



EMMA HAMM

BECOMING
MEDUSA

2

Para todos los que resistieron.

Que Medusa les dé fuerza.





MEDUSA

EMMA HAMM



Olympia pensó que si su vida se estaba derrumbando, al menos debería estar lloviendo.

Pero no era así. El sol estaba brillando aún más de lo que nunca antes lo hubiera visto. El cielo era tan azul que rivalizaba con el mar. Por supuesto, a Zeus no le importaba si su vida hubiera estallado y su alma hubiera sido arrancada de su pecho. Dejó que el sol brillara intensamente y la dejó hundirse en sus rayos.

Se subió la capa por la cabeza, enganchando la capucha cerca de sus hombros de modo que tal vez nadie la reconociera. Al menos, esperaba que no lo hicieran.

Los recuerdos de su padre ardían en su mente. Cómo le había dicho que tenía que casarse con el anciano porque su familia necesitaba el dinero. El deber de una hija era ayudar a su familia, y si eso significaba que tenía que casarse con un vejestorio de pesadilla, entonces eso era todo.

8

Pero las manos arrugadas en su cintura se habían apretado sin su consentimiento. Y cuando el anciano la llevó a solas a una habitación donde podrían hablar en privado...

Sus manos se cerraron en puños. Se esforzó por no pensar en los moretones que le había dejado. No quería pensar en el sudor que parecía no poder quitarse de su cuerpo. O su expresión cuando se dio cuenta que ella estaba sufriendo un dolor inmenso. Como si él hubiera disfrutado cada segundo en el que ella se retorció.

No, no podía casarse con ese hombre. Su padre no podía obligarla, y mataría a cualquiera que intentara convencerla de lo contrario.

Por eso Olympia había escapado. Haría su propia vida en algún lugar que no fuera escondida en esos campos dorados. Aún tenía la esperanza de que hubiera trabajo para una mujer como ella en la ciudad más allá de su hogar.

MEDUSA

EMMA HAMM

No en un burdel. No podría hacer eso.

Ajustándose mejor la capa al cuerpo, entró en el camino de piedra que serpenteaba por el centro de la ciudad. Multitudes de personas se la tragarón enseguida, como si se hubiera metido en una ola. La llevaron todo el camino hasta el centro de la ciudad, donde se detuvo sola y abrumada.

El ágora era mucho más grande de lo que recordaba. O tal vez solo se veía así porque su familia no estaba aquí con ella. Toda la ciudad estaba construida con piedra de color crema pálido, los techos de tejas de terracota reluciendo en rojo a la luz del sol. Los arcos delimitaban los edificios, mostrando dónde las personas podían ingresar a los negocios si querían.

¿Dónde podría encontrar trabajo?

Había una carnicería a su izquierda, pero eso no era probable. Siempre estaba el templo, de pie en la colina sobre la ciudad con sus pilares blancos y su gloria impresionante. Pero no quería ser sacerdotisa, ni sentía ninguna conexión con ningún dios o diosa. Tal trabajo sería una mentira, y los dioses la castigarían por tales transgresiones.

9

La mayor parte del trabajo aquí era adecuado para hombres. El herrero probablemente contrataría a un aprendiz, pero no podría hacerse pasar por un niño, incluso si vendara su pecho.

Olympia no sabía cuánto tiempo estuvo vagando por la ciudad, mirando en todas las tiendas que pudo y rezando para que necesitaran trabajo. Una costurera habló con ella, pero tan pronto como vio los puntos desiguales que Olympia intentó lastimosamente, la mujer se rio y la despidió.

Podría trabajar en las tintorerías donde convertían las telas de simples a deslumbrantes, pero ya tenían suficientes chicas. Al menos, eso es lo que dijo la mujer maciza que estaba al frente.

—Vuelve en un mes —había dicho la mujer—. Las mujeres no duran mucho en un trabajo como este.

Olympia terminó nuevamente en el mismo lugar donde había comenzado. En el centro del ágora, sus dientes mordiendo su labio inferior, y con miedo en su corazón.

MEDUSA
EMMA HAMM

No podía regresar.

Un hombre la sujetó del hombro, y sintió que el corazón le dio un vuelco en el pecho. Los escalofríos convirtieron su cuerpo en un desastre tembloroso. Sabía que era un extraño, no la persona que su corazón temía. Si miraba la mano, no estaría cubierta de arrugas y manchas hepáticas.

Saberlo no impidió que el sudor frío escurriera entre sus omóplatos o que su garganta se cerrara.

—Escuché que estás buscando trabajo. —Asintió y no miró al hombre—. Por allí, trabajo fácil, y es el único lugar que aceptará a una mujer solitaria como tú. —Su mano apretó su hombro, luego la giró hacia una calle en particular.

—Gracias —susurró. Olympia ni siquiera miró la señal sobre el camino. Corrió calle abajo y se negó a mirar atrás.

Una vez que comenzó a respirar normalmente, Olympia alzó la vista y su mandíbula se abrió. Las casas aquí no estaban conectadas. En su lugar, todas eran cabañas individuales con símbolos colgando sobre las puertas. Símbolos y grabados representando a personas haciendo cosas que le erizaron la piel.

El hombre la había enviado al distrito donde se ganaban la vida las putas y prostitutas. ¿Cómo se atreve?

Se giró para irse. Este lugar no era para ella. No podía... no podía hacer nada de esto después de lo que había pasado. Primero prefería morir.

Olympia chocó de cara contra un pecho muy abultado, usando solo unas túnicas finas para cubrir sus senos amplios. Se tambaleó hacia atrás con un grito ahogado, y se habría caído si la mujer inmensa no la hubiera agarrado por los hombros.

—Tranquila, pequeña. ¿Qué estás haciendo en un lugar como este? —La mujer que la sostenía por los hombros era más grande que la vida. Aunque parecía una espartana con cuerpo ancho y ceño fruncido, también había bondad en su mirada. Y tal vez un poco de comprensión de la situación de Olympia.

Todo era demasiado. El miedo. La huida. La esperanza de que alguien pudiera ayudarla y el temor de que a nadie le importara.

Olympia rompió a llorar.

—Oh, dulzura. —La mujer grande la tomó en sus brazos, y luego la guio hacia un edificio marcado solo con la cabeza de una mujer con serpientes en lugar de cabello—. Haremos que te instales. Ahora, deja de llorar. No queremos que nadie vea esas lágrimas.

La habitación más lejana estaba vacía, excepto por una cama y un fuego crepitando en la parte posterior. El aire era frío, aunque afuera hiciera calor y el fuego crujiera de vida. Una sola silla había sido colocada junto al fuego, obviamente sin intención de compañía. La mujer la acomodó junto a las llamas, y se calentó rápidamente.

—Toma —dijo la mujer grande a medida que le entregaba una taza—. Te calentará los huesos. Mi nombre es Xenia. ¿Cuál es el tuyo?

—Olympia. —Tomó un trago profundo del líquido ardiente. Y tosiendo por el ardor del alcohol, levantó la taza en señal de agradecimiento—. Está bueno.

—Siempre caliente el cuerpo y el alma. —Xenia se sentó al borde de la cama individual—. No se supone que estés aquí, amor. Este no es un lugar para niñas como tú.

—Necesito trabajo.

—¿Por qué? —Xenia miró su cuerpo por encima, después entrecerró la mirada cuando vio los moretones en la muñeca de Olympia.

Tiró de la tela de su capa sobre las marcas temidas.

—Solo necesito trabajo.

—Entonces, veo la manera de hacerlo. —Esos ojos veían demasiado. O quizás era simplemente que también había recorrido el mismo camino que Olimpia—. Querida... ¿viste el símbolo sobre esta puerta?

—¿No era Medusa? —Se estremeció de miedo—. No sé qué servicios brindan aquí, pero no puedo imaginar que sean fáciles. Medusa es una criatura monstruosa. ¿Qué hombres la buscarían?

—Ningún hombre en absoluto —respondió Xenia. Su rostro se dividió en una sonrisa amplia—. Aquí solo las mujeres buscan sus placeres, porque Medusa es la única que sabe lo que queremos.

MEDUSA

EMMA HAMM

Las mejillas de Olympia se encendieron de un rojo brillante. Miró la cama con intensidad, como si los recuerdos de aquellas sábanas fueran a reproducirse de repente delante de ella

—¿Las mujeres vienen aquí buscando... placer?

—A veces. Pero muchas veces lo que buscan es consuelo. Un lugar para alejarse de los hombres y las cosas que hacen a nuestra especie. —Xenia miró de nuevo las muñecas de Olympia intencionadamente—. Reconozco las marcas. Tú, más que nadie, necesitas a Medusa.

—¿Medusa? —Sacudió la cabeza con firmeza—. No necesito la ayuda de un monstruo. En todo caso, necesito la ayuda de una diosa.

—¿No son lo mismo? —Xenia arqueó una ceja—. Para empezar, ¿cuánto sabes de Medusa? Dices que es un monstruo y, aun así, es la única que salvaría a las mujeres como nosotras. La única que alguna vez entendería por lo que pasamos.

—Es un monstruo con cabello de serpiente. Nacida para aterrorizar a los hombres y convertirlos en piedra. —Olympia apenas podía entender las palabras que estaba diciendo Xenia.

Por supuesto que conocía la historia de Medusa. Todos lo hacían. Los terroríficos ojos rojos brillantes. La mirada que podía convertir a los hombres en piedra si la miraban. El héroe, Perseo, quien salvó al mundo cuando le cortó la cabeza y salvó a las pobres almas errantes de volver a lidiar con su ira.

Xenia observó sus expresiones con atención absorta, y luego chasqueó la lengua.

—No conoces en absoluto la historia, ¿verdad? Querida niña. Es la única deidad que deberías conocer. Olvídate de todos los demás dioses y diosas a quienes les importa un bledo nuestra especie. No se compadecen de los mortales. Pero ella lo hizo.

Una ráfaga de ira la atravesó como si Zeus la hubiera golpeado con un rayo.

—¿Te atreverías a blasfemar los nombres de los dioses? ¿Qué historia sobre el monstruo crees conocer tan bien?

Xenia se reclinó en la cama, apoyándose en la pared con una rodilla levantada y un pie apoyado en el colchón.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Bueno, aún no tengo clientes ni visitantes. ¿Por qué no te cuento la historia como la conocen las putas? ¿La historia que contamos todas las mujeres que hemos sentido los moretones y hemos visto el placer en la cara de un hombre cuando sentimos dolor? Quizás entonces entiendas a Medusa.

Su corazón se apretó en su pecho. Olympia no quería esa historia. Quería su libertad y saber que nadie más volvería a tocarla de esa forma.

Aun así, asintió.

—Cuéntame su historia.

MEDUSA

EMMA HAMM



El trigo dorado llegaba a la cintura de Medusa en esta época del año, y era un augurio bueno para los meses de invierno acercándose. Cambió su canasta tejida a la otra cadera y se apartó los largos mechones dorados de su cabello fuera de la cara. Inclinando la cabeza hacia el sol, dejó que los rayos acariciaran sus rasgos.

Solo quedaban unas pocas semanas de verano. Quería sentir cada instante de ellos.

Pero perdió el equilibrio con los ojos cerrados. Medusa intentó dar un paso hacia adelante, y entonces pisó en un agujero que había cavado alguna criatura. Tropezó y todas las verduras se derramaron fuera de la canasta.

14

Su madre se pondría furiosa.

Medusa se apoyó en sus manos y rodillas, suspirando. Su túnica estaba arruinada. No le importaba si la tela se ensuciaba un poco más, incluso si su madre le gritara más tarde por ello.

Una sonrisa suave se extendió con el pensamiento de su madre gritándole. Aunque la mujer podía aterrorizar terriblemente, su madre odiaba gritarles a sus hijos. Las palabras comenzarían en voz alta, luego se disiparían lentamente en algo similar a la decepción, antes de que arrojara las manos al aire y le diera a Medusa el abrazo más grande del mundo.

Meterse en problemas en su casa era un círculo de regaños al amor.

Las verduras habían rodado en todas direcciones. Tomó un racimo de uvas enorme y frunció el ceño ante el color púrpura.

—No recuerdo haberte comprado.

—Eso es porque yo lo hice. —La voz profunda rodó como un trueno, demasiado profunda para la voz de un simple mortal.

—¡Alexios!

Su padre era el herrero local y trabajar en las forjas había convertido los brazos de Alexios en troncos carnosos. Sus hombros eran anchos y sus manos ya estaban llenas de cicatrices por meses de trabajo. Pero sus ojos eran suaves y amables cuando la miraba. Y sobre todo, Alexios siempre era increíblemente gentil cuando la abrazaba.

—Hola, asteri mu¹, mi estrella. Ha pasado demasiado tiempo desde que te vi.

Medusa suspiró contra su hombro a medida que la acunaba por la nuca. Eso era lo que más le gustaba de Alexios. Él era la única persona que conocía que no se apresuraba al darle un abrazo. La dejaba sostenerse a él todo el tiempo que quisiera, y siempre quería sentir los latidos de su corazón contra los suyos.

Sin embargo, todas las cosas buenas tenían que terminar. Lo soltó con un suspiro renuente.

—Mi madre me ha mantenido ocupada.

—Ya lo veo. —Se inclinó y la ayudó a recoger todas las verduras que había comprado en el mercado—. Temo que yo también fui el torpe que dejó caer la comida que mi padre me envió a buscar.

Le devolvió el racimo de uvas.

—Entonces, esto es tuyo.

¹Asteri mu o Αστέρι μου: Mi estrella (griego).

MEDUSA

EMMA HAMM

Alexios negó con la cabeza. ¿Cuándo se le había engrosado tanto el cuello? Lo recordaba como un chico grande, pero ahora parecía más un hombre. Sus manos poderosas deambularon por el suelo, sus dedos suaves como si estuviera recogiendo y eligiendo lo que tocaba con cuidado infinito. ¡Y esos hombros! Su ropa apenas cubría los músculos que se agrupaban cada vez que se movía.

¿Los rayos del sol se habían vuelto más poderosos?

Tiró del pecho de sus túnicas y abanicó un poco de aire sobre su piel repentinamente resbaladiza.

—Deberías quedártelo, Alexios. Recuerdo lo mucho que le gusta a tu padre.

—¿Lo recuerdas? —Se acercó y tomó las uvas. Sus dedos rozaron los de ella muy sutilmente—. Padre puede comer uvas cuando quiera. Deberías conservarlas. El destino ya las ha arrojado de mis manos a las tuyas.

Miró esos vívidos ojos azules y se preguntó cuándo se había vuelto tan apuesto. Su mandíbula afilada podría haber cortado vidrio. Los mechones perfectamente enroscados de su cabello castaño oscuro caían frente a esa mirada inusual.

16

¿Cuánto tiempo lo conocía? Durante años, al parecer. Desde que eran niños, aunque no recordaba la primera vez que lo encontró en el mercado. Siempre había estado cerca, desde que tenía memoria.

Exhaló un largo suspiro bajo y colocó las uvas en su propia canasta.

—Gracias, Alexios. Eres demasiado amable.

—Medusa. —Se movió un poco más cerca, algo floreciendo en su mirada que ardió más caliente que el sol—. He tenido la intención de preguntar...

Otra voz interrumpió su conversación.

—¡Medusa! ¿Eres tú?

Se enderezó con estrépito, y con esa interrupción llegó un momento de claridad. ¿Qué estaba haciendo? Este era Alexios. Su mejor amigo y compañero de aventuras de la infancia. No podía mirarlo de otra manera, o se arriesgaría a perderlo.

Niña tonta. Sabía que era mejor no tentar al destino con un hombre que significaba tanto para ella.

MEDUSA

EMMA HAMM

Sin siquiera mirar quién gritó, Medusa levantó la mano por encima de la cabeza y la agitó frenéticamente.

—¡Aquí! ¡Sí, soy yo!

Alexios también se puso de pie, y esperaba que su expresión estuviera en blanco porque reconoció a la persona avanzando hacia ellos. Y no porque los hubiera interrumpido con toda la gracia de un sapo.

Medusa tendría que hacer algo por él más tarde. Tal vez prepararía su pan favorito y se lo llevaría a su padre y a él. O quizás robaría un poco del famoso vino de su madre. Eso podría ser mejor.

—Lo siento —susurró, y después miró al hombre caminando hacia ellos.

O mejor dicho, los hombres.

Dios mío, eran tantos. Toda una tropa de chicos de su edad. Ocho niños que pensaban que eran hombres, y que hinchando el pecho alrededor de las mujeres bonitas los llevaría un poco más a su favor.

No lo haría. Nunca lo había hecho. Pero Medusa no pensó que pudiera rechazarlos ahora que habían dejado tan claro que la estaban buscando.

Uno se adelantó a los demás, el joven que claramente había querido su atención. Por mucho que lo intentara, Medusa no tenía idea de quién era.

Ciertamente era apuesto en el sentido clásico. Alto, delgado, sin músculos de los que hablar, lo que solo podía significar que era hijo de un noble. O al menos alguien que tenía dinero suficiente para pagar el trabajo de otros en lugar de su hijo. Un buen partido, pero no uno que quisiera entretener.

Medusa no quería un futuro sentada en un sofá mientras otros hacían el trabajo por ella. Nunca había aspirado a ser otra persona que no fuera la hija del molinero y continuar con el trabajo de su padre. Incluso si era inusual que una mujer tuviera un trabajo así, estaba segura que su hermano se lo permitiría. Después de todo, un negocio familiar era un negocio familiar.

—Tu belleza me asombra cada vez que nos vemos —comenzó el chico—. He venido a pedir tu mano en matrimonio.

MEDUSA

EMMA HAMM

Bueno, eso fue un poco más directo de lo que esperaba. Y grosero. ¿No veía que estaba aquí parada con otro hombre? ¿No había pensado que Alexios ya podría haber tenido la misma conversación con ella?

Medusa miró a Alexios y sus mejillas rojas brillantes. No podía recordar si él se ponía rojo cuando estaba enojado o avergonzado. Supuso que, ambos casos eran malos en esta circunstancia.

Hizo un gesto hacia Alexios, aclarándose la garganta.

—Creo que ha llegado demasiado tarde, amigo. Ojalá pudiera brindarles noticias mejores, quizás más emocionantes.

El joven frunció el ceño.

—¿Él? ¿Vas a casarte con él?

¿Por qué el joven diría eso con tanta sorpresa? Alexios sería una opción excelente para cualquiera que quisiera casarse con él. Hacía buen dinero. La tierra de su familia era vieja, pero producía cosechas buenas. Y tampoco era tan difícil a la vista, aunque su aspecto no fuera el tradicional.

18

Medusa se estiró y enhebró su mano entre sus brazos cruzados. Lo atrajo más cerca hasta que se parecieron mucho más a una pareja.

—Sí —respondió—. Temo que es demasiado tarde.

La mandíbula del joven se abrió. Sus ojos se desplazaron entre los dos antes de soltar un resoplido.

—Bien. Si eso es lo que quieres. Pensaría que una mujer tan impresionante como Afrodita no cometería el mismo error y se casaría con un hombre que se parece a Hefestos.

Mientras todos los demás jóvenes reían, el que se dirigió a ella la miró con los ojos entrecerrados. Casi como si estuviera conspirando contra ella. Como si tuviera planes que solo él conocía, pero por los que ella debería estar muy preocupada.

La inquietud se instaló en su estómago, rodando por su vientre.

Medusa se humedeció los labios y asintió.

—Bueno, algunas personas pueden ver más allá de la capa exterior. Ciertamente puedo hacerlo. Y por dentro, definitivamente estás pudriéndote.

MEDUSA

EMMA HAMM

La risa de sus amigos se tornó cada vez más fuerte ante su respuesta. Tal vez solo había empeorado la situación. Si el chico no planeaba hacerle daño, entonces planearía hacerlo ahora. Podría seguirla a casa, y entonces su padre tendría que lidiar con este lío.

Alexios descruzó sus brazos y estiró un bíceps robusto sobre su cabeza. La rodeó con ese brazo y soltó una amenaza baja y malhumorada.

—Muchacho, si tocas tan solo un cabello de su cabeza, tendrás que lidiar conmigo. Podría ser una bestia fea, eso es cierto. Pero si quisiera arrancarte esa cabeza de tus hombros, podría hacerlo. Quizás no deberías amenazar a la mujer con la que pretendo casarme. ¿Entendido?

El joven tragó con fuerza y luego se fue con sus amigos. Sus risas se arrastraron detrás de ellos, como si el propio Hermes llevara el sonido a sus oídos.

A los chicos les tomó un tiempo huir de la vista. Pero al instante en que no pudo verlos más, soltó el aliento que estaba conteniendo y sujetó a Alexios.

—Lo siento —refunfuñó—. Estos días todos se están volviendo bastante persistentes. Lo juro, a veces piensan que tienen derecho a casarse conmigo.

19

Arqueó una ceja.

—¿Y en cambio, has decidido que vas a casarte conmigo?

Oh no, ¿le había hecho pensar eso? No, claro que no. Alexios sabía que su amistad era mucho más importante que arruinarla con la esperanza de algo romántico en el futuro. Nunca había sentido ni un solo pensamiento romántico hacia él.

Jamás.

Esta tarde no contaba.

Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja, riendo.

—No, Dios mío. Sabes que nunca intentaría hacer eso. Nuestra amistad es demasiado importante para mí. Para nosotros. No lo arruinaría con el matrimonio.

—Oh, por supuesto que no. —Se rio entre dientes con ella, pero su rostro se puso rojo nuevamente.

Deseó poder recordar si eso era enojo o vergüenza. Algún día volvería a preguntarle, pero tal vez ahora no era el momento.

—En serio debería irme. Madre va a preocuparse sin saber dónde estoy. Se suponía que debía estar de regreso hace horas.

—¿Vagando por el pueblo?

Ahora él no le dirigía la mirada. Ella esperaba que fuera porque había recordado que él también tenía mucho que hacer.

Por favor, no permitas que esta tarde arruine lo que tenían juntos. Medusa valoraba a Alexios más que incluso a su propia familia. Era su mejor amigo. La otra mitad de su alma y la única persona que la dejaba soñar con él. Pasaban horas hablando sobre el futuro que querían, no el futuro que se esperaba de ellos.

—¿Alexios? —Su nombre en su lengua sonó tímido. Preocupado. Seguramente entendía por qué.

—Estoy bien, Medusa. Mi padre también me necesita. Nos volveremos a ver pronto, estoy seguro.

Dio un paso atrás, luego otro.

—Por favor, más pronto que la última vez. ¡Te extraño cuando te vas por tanto tiempo!

Él hizo una mueca, y un músculo en su mandíbula saltó.

—Más pronto que la última vez, Medusa. Lo prometo.

Se dio la vuelta y se dirigió a casa con el estómago revuelto.

MEDUSA

EMMA HAMM



Alexios cargó el peso de la correa sobre sus hombros y tiró. El arado detrás de él labró la tierra, pero no fácilmente. Este año todo parecía luchar contra él, sin importar lo fuerte que era.

—Pensé que ser herrero significaba trabajar en la forja —gruñó.

—También significa asegurarse que tengamos algo para comer mientras trabajamos —respondió su padre con una sonrisa—. Sigue adelante.

Aunque su padre también era un hombre corpulento, Alexios era más corpulento. Ese era el argumento de su padre de por qué su hijo era el que tenía que hacer la mayor parte del trabajo en los campos, a pesar de que Alexios debería estar aprendiendo trucos de su oficio.

21

A veces no le importaba. En realidad, la mayoría de las veces. A Alexios le gustaba ayudar a cualquiera que lo necesitara, y su padre últimamente necesitaba aún más su ayuda.

Se quitó la correa del arado y lo dejó caer al suelo. Con las manos en las caderas, respiró profundo unas cuantas veces a medida que le hacía un gesto a su padre para que le trajera agua.

—Bueno, está bien. Pero solo por un tiempo más. Aún tenemos que trabajar en ese brazalete para el hijo del vendedor de vino.

Su padre le entregó un odre lleno de agua.

—Dudo que sea tan urgente como el chico lo hizo sonar. Va a ser un vendedor de vino como su padre, y su padre antes que él. El niño no debería engañarse a sí mismo pensando que algún héroe favorito de los dioses lo querrá a su lado. Es de mala suerte llevar a un joven a una guerra.

MEDUSA

EMMA HAMM

Tenía razón. Alexios bebió profusamente y trató de no mirar lo mucho que había envejecido su padre el año pasado. Recordaba al anciano como alguien magnífico. Como el hombre que interpretaba a un cíclope en todas las historias de su infancia porque era grande, ancho y alto. Y quizás un poco aterrador.

En estos días, su padre se parecía más al anciano que era. Se había casado con la madre de Alexios cuando ya tenía una edad avanzada. Por supuesto, ninguno de los dos esperaba que su madre muriera durante el parto. El anciano había heredado un niño que tenía más energía que un buey y era dos veces más grande. Al menos, eso es lo que siempre decía su padre.

Los años habían pasado factura al herrero. Aunque sus manos aún eran fuertes, y sus brazos aún nervudos, estaba sucumbiendo a una vida de trabajo duro. Como todos ellos algún día.

A veces le dolía mirar a su padre. Veía el paso del tiempo escrito en todo el rostro del anciano, y era tan doloroso pensar en el futuro. En la pérdida que se estaba avecinando.

Le tendió el obre a su padre y lo agitó.

—Toma también.

—No es necesario.

—No sabes que necesitas hacerlo hasta que ya ha pasado el momento en que debes beber. Simplemente hazlo.

Su padre sabía que era mejor no discutir con su hijo mucho más grande. Bebió y regresó a su asiento en la parte superior de la cerca mientras Alexios se volvía acomodar las correas en sus hombros. Clavó los talones en el suelo y volvió a arrastrar el arado.

Pero aún podía sentir los ojos de su padre. Siempre observándolo. Evaluándolo. Asegurándose que su hijo estuviera haciendo lo correcto, de la manera correcta. Esa era la vida honorable que le había inculcado a Alexios desde el principio.

—¿No ibas a ver hoy a esa chica? —gritó su padre—. Ya sabes, la bonita a quien los dioses odian.

Gruñó y se movió más rápido por la fila arada.

MEDUSA
EMMA HAMM

—No sé de quién estás hablando. Tendría que ser un tonto para hablar con alguien que ha perdido el favor de los dioses.

—Bueno, lo haces todo el tiempo. Esa chica del cabello dorado, ¿cómo es que se llama? —Su padre se llevó un dedo pensativo a la barbilla y luego señaló el cielo—. ¡Medusa! Esa es.

Puso los ojos en blanco ante las payasadas de su padre. El anciano conocía a Medusa desde el día en que nació. Y si recordaba la historia correctamente, su padre fue el primero en llegar a la puerta para felicitarlos por el bebé nuevo ya que quería verla antes que sus vecinos. Aún lo usaba contra la frágil mujer que les llevaba regularmente pan fresco.

—Conoces bien a Medusa, padre. Y no sé por qué alguna vez pensaste que los dioses la hubieran maldecido.

—No dije maldecida. Dije que la odiaban. —Agitó un dedo en el aire, haciéndolo girar en un gran círculo—. Hay una diferencia, y harías bien en recordar eso.

Alexios llegó al final de la fila y volvió a quitarse las correas. Se inclinó, levantó todo el arado y lo pasó a la siguiente fila.

—¿Ah, en serio? ¿Cuál es la diferencia?

A su padre le encantaba hablar sobre los dioses y sus favores. Sin embargo, Alexios nunca había entendido la fascinación de su padre por sus comportamientos. En lo que a él concernía, los dioses podían mantener sus narices fuera de sus asuntos.

Pero si la conversación impedía que su padre insistiera en que tirara del arado, entonces hablarían de los dioses.

Su padre saltó de la cerca y se paró a su lado mientras Alexios se abrochaba el cinturón.

—Escúchame muchacho, ser maldecido por los dioses no es tan terrible como la mayoría de la gente piensa. Lo que quieres evitar es que te odien.

—¿En serio? —Terminó de atar las correas.

—Una maldición es algo de lo que puedes salir. Quizás haya una búsqueda que lleve a la persona más lejos hacia un título heroico o incluso un reino. Pero ¿ser odiado por los

MEDUSA
EMMA HAMM

dioses? Ese es un hombre o una mujer olvidados, y ser olvidado es peor que ser visto. Al menos los dioses ven una vida maldita. Eso es un honor.

Alexios no estaba de acuerdo con nada de eso.

Ser maldito significaba que su vida se volvería más difícil. Siempre buscaría algo para arreglar lo que estaba roto, en lugar de vivir su propia vida.

Y si su padre pensaba que eran favorecidos por los dioses porque de vez en cuando les pasaban cosas buenas, entonces se estaba engañando a sí mismo. A los dioses no les importaba un herrero y su hijo.

Se preocupaban por los héroes. Hombres que forjaban su nombre en el fragor de la batalla y cambiaban el rumbo de la guerra. Ese era el tipo de personas por la que los dioses mostraban su favor, y los únicos a los que les interesaba ver.

Tiró con más fuerza, incluso cuando su padre siguió dando su sermón.

—Escúchame muchacho, esto es importante.

—Estoy escuchando —gruñó Alexios mientras chocaba el arado contra una roca.

—Puede que no quieras ser favorecido por los dioses, pero quizás deberías desear unirte a alguien que al menos les guste a los dioses. Si alguien en este pueblo va a conectar con un héroe, será mi hijo.

Eso lo detuvo en seco. Alexios se paró. Se enderezó, mirando a su padre con el ceño fruncido, quien de repente pareció mucho más bajo que antes. O quizás era que Alexios era más alto.

—¿Por qué querría conectar mi vida a un héroe? —preguntó. Su voz se elevó a un volumen atronador—. Quiero una vida tranquila, como tú la has tenido. Disfruto siendo herrero. La mejor parte de mi día es entrar al pueblo y ver a Medusa. ¿Por qué querría cambiar algo de eso cuando me hace tan feliz?

—¿En serio eres feliz? —Su padre cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿O simplemente estás caminando por la vida cuando en realidad podrías vivirla?

—¿Qué clase de acertijo es ese?

—No es un acertijo, hijo. Es una advertencia. Estás tardando demasiado en descubrir qué quieres de tu vida. Primero, era ser amigo de esta chica. Luego, querías que fuera tu

MEDUSA

EMMA HAMM

esposa. Ahora, después de todo, quieres dejarla en paz y revolcarte aquí conmigo por la eternidad. No soy un buen compañero de vida.

Alexios pateó el arado y miró a su padre fulminante. ¡¿Cómo se atrevía el anciano a decir que no era un buen compañero de vida?! Alexios había renunciado a todo para que su padre siempre lo tuviera a su lado. Y así quería que fuera.

Ni una sola fibra de su ser se arrepentía de las decisiones que había tomado. Su padre era el mejor hombre vivo en opinión de Alexios, y el tiempo que pasaba con él era una bendición. Cuando se giró con una réplica enojada en su lengua, su padre ya lo estaba mirando con una sonrisa amplia en su rostro.

Alexios lo señaló con un gruñido severo.

—Te estás entrometiendo en cosas que no deberías, viejo.

—No, me estoy entrometiendo donde se supone que debo estar entrometiéndome. Eres mi único hijo, Alexios. ¿Qué te hace pensar que quiero verte infeliz aquí conmigo?

—Su padre se dio la vuelta y le hizo un gesto a Alexios para que lo siguiera—. Ven aquí, muchacho. Sígueme.

25

Teniendo en cuenta que aún quedaba mucho arado por hacer, no estaba seguro de lo que su padre quería de él. Tenían trabajo que hacer. Demasiado trabajo, en realidad, para que se entretuvieran hablando de mujeres.

Tales conversaciones eran más bien recibidas alrededor de un fuego con una jarra de cerveza en la mano. No a las horas del día, cuando solo se avergonzaría cada vez más con cada segundo.

—Padre —gimió, pero aun así siguió al anciano. ¿Qué más podía hacer?

Alexios se dio cuenta que llegaría el día en que su padre no sería capaz de impartirle tanta sabiduría. Que algún día tendría una pregunta ardiendo en su pecho que solo su padre podría responder, pero no sería capaz de preguntarle al anciano. De modo que, lo siguió. Porque eso era lo que su corazón le decía que hiciera. Y Alexios era muy bueno siguiendo su corazón.

Entraron juntos en la casa pequeña junto al jardín. No tenían un patio como muchos de sus vecinos, pero los límites del jardín mostraban dónde terminaba su propiedad. Su

MEDUSA

EMMA HAMM

casa estaba construida con solidez, con paredes de piedra y un techo rojo que su padre estaba muy orgulloso de comprar. Las pequeñas ventanas abiertas dejaban entrar breves ráfagas de aire más fresco, aunque todas estaban cerradas para mantener fresco el interior.

Alexios pisó el suelo frío de baldosas que su padre había estado construyendo durante años. Recordaba años atrás cuando el piso solo había sido de tierra. Todos los meses, su padre compraría una sola baldosa en el mercado. Una sola que se sumaría al pequeño rincón que creció y creció cada mes hasta que todo el piso estaba cubierto con baldosas de color marrón liso.

Era más de lo que la mayoría de la gente tenía, y su padre estaba increíblemente orgulloso del logro.

—Siéntate —dijo su padre, señalando un taburete pequeño cerca de la ventana—. Necesitamos tener una conversación seria sobre esa chica de la que estás tan enamorado.

—¿Otra vez esto? —Se sentó, tamborileando sus dedos en las rodillas y mirando a su padre—. No sé por qué hoy estás tan obsesionado con ella. Nunca me verá como otra cosa que no sea su amigo.

26

—Entonces es más tonta de lo que pensé. —Su padre se sentó en una silla frente a él y agitó su mano, señalando de arriba abajo sobre el cuerpo de Alexios—. Eres atractivo. Tienes una casa buena y una herencia que te prepara bien para el futuro. ¿Por qué no estaría interesada en casarse contigo?

—Porque somos amigos. —Apretó los dientes—. No quiere arruinar lo que tenemos, y estoy de acuerdo con ella. Somos un buen equipo y estropear eso con sentimientos románticos solo crearía más angustia. Para los dos.

Su padre chasqueó la lengua y alzó las manos en el aire.

—Estos jóvenes. Una buena asociación implica una amistad, eso es lo que asegurará que su relación resista la prueba del tiempo. ¿Por qué no invitas a esta chica, tu amiga, a una vida de felicidad contigo?

Su padre tenía un buen punto. Sin embargo, Alexios sabía que era mejor no presionar a Medusa.

—Es una mujer testaruda. Más guerrera que la mayoría.

—Te mostraré.

MEDUSA

EMMA HAMM



Medusa se sentaba en la carreta traqueteante con su hermano a su lado. Lo había dejado conducir porque se estaba volviendo más hombre en estos días, y aparentemente había una linda señorita en Atenas a quien quería impresionar. De todos modos, era más fácil solo montar.

Se reclinó y estiró los brazos detrás de la cabeza.

—¿Quién es esta chica en la que estás interesado? ¿La hija de un molinero?

—Su padre es uno de los productores de vino más conocidos de Atenas — refunfuñó—. Lo sabrías si tuvieras algún interés en el vino.

28

A todos les gustaba el vino, de modo que por supuesto, le interesaba. Pero eso no significaba que Medusa conociera a todos los enólogos, y ciertamente no reconocía sus sellos. Después de todo, había un momento y un lugar para beber.

Llegaron a Atenas y sus ojos se abrieron por completo para asimilarlo todo. Amaba tanto esta ciudad que a veces le dolía el corazón. Los pilares blancos que delimitaban las calles bien barridas. Los impresionantes techos rojos que resplandecían con todo el poder de los dioses. Las baldosas pulidas de los caminos, incluso antes de que llegaran a la zona para dejar su carreta.

¡Y la gente! Tanta gente que no podía absorber toda su belleza. La gente de la ciudad era muy diferente a la que estaba acostumbrada. La gente de aquí se tomaba su tiempo para asegurarse que fueran hermosas, o al menos, algunas lo hacían.

Se fijó en una dama noble con sus sirvientes corriendo para alcanzarla. Su cabello estaba amontonado en rizos perfectos sobre su cabeza, con correas alrededor de la masa que brillaba con oro. Sus túnicas eran blancas perfectamente prensadas, bordadas en dorado

MEDUSA

EMMA HAMM

que hacían que todo su look pareciera aún más lujoso. También se veía tan limpia. Su piel brillaba fantásticamente a la luz del sol.

Incluso los sirvientes que corrían detrás de ella eran mucho más hermosos de lo que estaba acostumbrada Medusa. Se sentía monótona y demasiado simple, comparada con estas personas.

Su hermano sacudió su brazo con fuerza.

—¡Mira! Es ella.

Medusa lo miró primero, a los brillantes ojos plateados y sus manos temblorosas. Estaba envuelto en la idea de esta mujer, mucho más de lo que esperaba de su hermano menor. Tal vez había crecido sin que ella se diera cuenta. Miró alrededor, con una sonrisa, y comprendió que la joven estaba fuera de su alcance.

Claramente era la hija de un hombre rico. Esta no era hija de un enólogo a menos que fuera uno de los mejores de Atenas. Desde la parte superior de sus rizos ámbar hasta la parte inferior de sus pies con sandalias doradas, esta mujer era la perfección.

Oh querido. ¿Cómo iba a decirle a su hermano que no debía perder el tiempo?

—Adelfos... hermano —murmuró.

—Sé lo que vas a decir, Medusa, y no lo creo. ¡La ganaré! —Saltó de la carreta y la miró con determinación—. No puedes detenerme.

De hecho, podía. Se suponía que debían estar comprando para sus padres, no coqueteando con los lugareños como si no pudieran controlar sus necesidades más básicas.

Pero si quería entretener a la encantadora mujer que había captado su atención, ¿quién era ella para arruinar ese sueño? Había crecido tanto y quería ver en quién se convertía como hombre. El niño en él era alguien a quien amaba, de modo que seguramente su versión más adulta sería alguien de quien estar orgullosa. Como mínimo, sería respetuoso. ¿Y dónde estaba el daño en eso?

Echó un vistazo hacia el sol, suspiró y asintió.

—Bien, tenemos algunas horas, pero luego nos volvemos a encontrar aquí. Haré las compras.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¡Gracias! —Se aferró al costado de la carreta, se incorporó y le dio un único beso en la mejilla—. No te arrepentirás de esto. ¡Cuando esté casado y sea rico, me aseguraré que tengas las mejores casas!

—Seguro —susurró con una sonrisa. Corrió lejos de ella hacia la multitud. Tal vez le haría la vida más cómoda, pero incluso si se casaba con esta mujer, dudaba que recordara a la familia que dejó atrás. Estaría demasiado ocupado.

Tuvo tiempo para vagar por su cuenta, pero no se lo diría a su hermano. Después de todo, si quería mantener su imagen de hija obediente ante sus padres, entonces la única persona que podría arruinarlo era su hermano. Aún tenía que aprender a mantener la boca cerrada.

Medusa ya sabía a dónde quería ir. Solo había un lugar en toda Atenas que siempre le llamaba la atención.

El templo de Atenea.

La ciudad llevaba su nombre, y era la primera vez que Medusa había escuchado que una mujer tenía prioridad sobre un hombre. Podrían haberle puesto a la ciudad el nombre de Zeus, Hermes, Hades o Poseidón. En cambio, eligieron a la diosa y crearon una ciudad como ninguna otra.

Tal vez Medusa quería ver si podía conseguir el favor de la diosa si seguía siendo una servidora obediente. Después de todo, los Olímpicos eran conocidos por tener parroquianos bajo su protección. Y Atenea era a la que más veneraba.

La diosa de la guerra había surgido del propio Zeus, sin ninguna madre necesaria para crear una criatura tan magnífica como ella. Fue creada, completamente formada, ya vestida con una armadura que brillaba a la luz del sol.

Aterrorizaba a hombres y mujeres por igual. Casi tanto como su hermano, Ares, conocido por ser violento y cruel. Pero Atenea era más que eso. Era la versión femenina de su hermano y las mujeres la habían adorado durante siglos. Era un símbolo de fuerza y destreza.

Medusa quería ser como ella.

MEDUSA

EMMA HAMM

Caminó entre la multitud y ya podía ver el templo. Se elevaba por encima de los otros edificios de la acrópolis. Pilares blancos gigantes en la parte delantera y trasera, blancos y dorados donde carecían todos los demás templos.

Seguro, podría haber sido uno de los templos más pequeños de la ciudad. Pero Atenea no necesitaba algo masivo y monolítico para mostrar lo poderosa que era. Todo lo que necesitaba era un lugar individual donde solo pudieran entrar las sacerdotisas.

Algún día, Medusa esperaba que se le concediera el derecho a entrar en los lugares secretos dentro del templo.

Subió las escaleras, sin aliento cuando llegó a la cima. Había algunas personas frente al templo, aunque no las reconoció.

Un pensamiento tonto, se reprendió. Estaba en Atenas, no en una feria rural. Por supuesto que no conocía a nadie aquí.

Las sacerdotisas rodeaban el borde del templo. Se acercaban a las manos de los fieles y las sujetaban con gentiles dedos suaves a medida que escuchaban lo que la gente quisiera decirle a Atenea. A veces le llevarían el mensaje a su diosa. A veces, solo era para que la otra persona se sintiera escuchada.

Al menos, eso es lo que asumía Medusa. Nunca había tenido una conversación lo suficientemente larga con una sacerdotisa como para saber si su suposición era correcta.

Sin embargo, Medusa no estaba aquí para hablar con una de las sacerdotisas. Pasó junto a todas las personas que se inclinaban en adoración a la estatua que estaba justo afuera de la entrada del templo.

La escultura fue lo primero de lo que se enamoró. Era una representación de Atenea inclinándose para quitarse la sandalia antes de entrar en su propio templo. Prueba de que la diosa era más que una guerrera. Más que una olímpica que pensaba poco de las personas que la adoraban.

Atenea era como ellos. Se quitaba las sandalias antes de entrar a un lugar de culto, incluso si el templo era uno de los suyos.

Medusa se arrodilló y se llevó la mano al corazón.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Gran Atenea, es bueno verte otra vez. Te he adorado en cada oportunidad que pude. Solo te pido que veles por mi familia, asegurándoles una cosecha buena y seguridad en cualquier guerra que pueda venir —susurró en voz baja. Hizo una pausa y miró a ambos lados. Luego, agregó rápidamente—: Y me gustaría que me enviaras una señal sobre lo que debo hacer con mi vida. No creo que nací para ser madre o tejedora.

Una túnica blanca ondeó en su visión periférica. La sacerdotisa se arrodilló junto a Medusa y puso sus manos en su propio corazón.

—Es bueno ver a las mujeres jóvenes venir al templo de Atenea. Muy pocas de nosotras vemos los honores que puede otorgar nuestra diosa.

Medusa echó un vistazo a la sacerdotisa de cabello oscuro. Su apariencia era dura y afilada como una espada. Más ancha que la mayoría, con una mandíbula afinada y una nariz puntiaguda que era demasiado grande para ser considerada bonita. Su piel estaba quemada por el sol, y había una pequeña mancha de piel en su frente que se estaba desprendiendo.

Extraño. Se suponía que las sacerdotisas eran hermosas.

Frunció el ceño y miró a la mujer con ojos más críticos.

—No eres como las otras sacerdotisas que he visto antes.

—No, supongo que no. Pero una granjera que se convierte en sacerdotisa es bastante raro, ¿no crees? —Apoyó la mano sobre su pecho—. Mi nombre es Esteno. ¿Cuál es el tuyo?

—Medusa.

Esteno la sacerdotisa. Qué nombre tan extraño e inusual. Medusa no había pensado en conocer hoy a nadie así y, sin embargo, aquí estaba.

Observó la estatua de Atenea y se preguntó si esa era la señal que había pedido. ¿La diosa habría respondido tan rápidamente a la petición de una tejedora? Quizás debería hablar más con esta sacerdotisa.

Quizás había un mensaje aquí que Atenea quería que escuchara. Un mensaje que cambiaría su vida para siempre. O quizás en definitiva.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Qué te hizo elegir ser sacerdotisa de Atenea? —preguntó—. Hay mucho trabajo para mujeres como nosotras, especialmente cuando hay tanta agricultura por hacer.

—No quería casarme —respondió Esteno—. Pensaba que los hombres eran débiles y, sinceramente, me decepcionaron a cada paso. Mi padre intentó casarme cuando tenía trece años, pero el hombre era un anciano y no quería enfrentarse a una niña que intentó todo lo posible por envenenar su comida en cada momento.

Medusa resopló. De modo que, la mujer era tan ingeniosa como grande.

Supuso que entendía el deseo de no casarse. No lo había pensado antes, pero la vida sería mucho más fácil si no tuviera que pensar en un marido y unos hijos. Por ley, a Medusa ni siquiera se le permitía salir de la casa sin el consentimiento de su esposo. Incluso ahora, su padre tomaba todas sus decisiones.

Era una vida fácil, eso era seguro, pero siempre había ansiado algo más que eso.

Se lamió los labios y se encontró con la mirada calculadora de Esteno.

—¿Cómo me convierto en sacerdotisa?

—Respondes al llamado de Atenea. —Esteno miró alrededor, luego se inclinó más cerca y agregó—. Y si puedes conseguir que la suma sacerdotisa responda por ti, entonces eso será de gran ayuda para convencer a tus padres. Dirá que la propia Atenea pidió por ti. A veces eso es todo lo que necesitas.

Medusa dudaba que fuera necesario mucho para convencer a su padre de que la dejara ir. ¿Una hija era más un inconveniente que un hijo y no tener que preocuparse por su matrimonio? Aprovecharía esa oportunidad.

Se encontró con la mirada de la estatua de Atenea respirando pesadamente, con el corazón atorado en su garganta. La diosa la miraba con amabilidad en partes iguales a una fuerza que fluyó por las venas de Medusa. Su corazón latía más rápido. Sus palmas estaban empapadas de sudor. Y algo en su interior afirmó que esta era la elección correcta.

Había sido llamada. Quizás esta sacerdotisa le estaba ofreciendo una vida lejos de la granja y el tejido, pero este era el camino correcto que debía tomar Medusa. Atenea quería que la adorara más de cerca. Barrer los pisos del templo y orientar a quienes desearan conocer la verdad.

MEDUSA

EMMA HAMM

Eso era lo correcto.

Era todo lo que había querido.

Humedeciendo sus labios, se encontró con la mirada de Esteno y preguntó:

—¿Cómo hago para que la suma sacerdotisa responda por mí?

Esteno se puso de pie y después extendió la mano para que Medusa la tomara. La sacerdotisa la levantó y apretó sus manos.

—Me gusta ayudar a otros que creo que comparten mis propias experiencias. Creo que serás una gran sacerdotisa porque tengo el presentimiento de que hay algo más dentro de ti que solo alguien que se afana en el campo. ¿Entiendes eso?

—Lo entiendo. —Medusa infundió todo el fuego en su pecho en esas dos palabras. Todo el deseo corrió por sus venas y enderezó los hombros.

—Entonces, hablaré con la suma sacerdotisa por ti, Medusa. Regresa aquí en un mes y serás bienvenida como sacerdotisa en formación. —Esteno soltó sus manos—. Hasta entonces, despídete de tu antigua vida. Debes estar aquí, con nosotras.

Medusa salió del templo de Atenea con su alma cantando. Por primera vez en su vida, tenía una razón para vivir. Era más que la hija de una tejedora. Ella misma iba a ser sacerdotisa de Atenea.

¿Qué más podría querer una chica como ella? ¿O desear?

Recorrió todo el camino de regreso a la carreta y se sentó, soñando despierta sobre cómo sería su futuro. ¿Conocería a Atenea? Se sabía que la diosa hablaba directamente con sus sacerdotisas, por eso se la tallaba de esa forma. Se derrumbaría si se encontrara con la diosa misma.

—¿Medusa? —La voz de su hermano cortó sus pensamientos—. ¿Conseguiste todas las cosas que padre quería?

Hizo una mueca. Bueno, estarían en el mercado más tiempo del previsto.

35

Finalmente se detuvo y recogió las tenazas a su lado. Las usó para agarrar el metal al rojo vivo y luego lo sumergió en un cubo de agua fría junto a él. El calor crepitó, hirviendo el agua helada al instante, pero el metal se endurecería. Sabía que era perfecto tal como estaba. Alexios probablemente pasaría los próximos días puliéndolo a la perfección mientras esperaba que Medusa lo visitara.

MEDUSA
EMMA HAMM

Levantó el brazalete hacia la luz y observó la trenza compleja. Los extremos los había torcido en remolinos dobles que parecían la parte superior de los pilares del templo. Ella amaba los templos de los dioses y él quería regalarle algo que siempre se los recordara.

Y a él.

Su padre entró por la puerta abierta y se apoyó contra el marco.

—Se ve bien. ¿Crees que le gustará?

Solo podía esperar que lo hiciera. Esta iba a ser la única razón por la que ella lo elegiría sobre todos los demás. Hoy era el día en que le propondría matrimonio a Medusa y le haría ver que no estaba bromeando.

Ya había ensayado su discurso más veces de las que podía contar. Vería que él era una buena pareja. E incluso si no lo creía ahora, haría de su vida un sueño solo para que eventualmente se diera cuenta de lo afortunado que lo había hecho. Lo fuerte que hacía cantar su corazón y lo mucho que deseaba que el de ella hiciera lo mismo.

Alexios sabía en el fondo de su corazón que ningún hombre jamás la adoraría de la forma en que él lo hacía. Y no por su belleza, que era famosa en todas las ciudades fuera de Atenas. No por su amabilidad, por supuesto que lo era. La adoraba porque era su mejor amiga, la persona cuya alma cantaba la misma canción que la suya. Y no podía dejar que eso se le escapara tan fácilmente.

—Servirá —refunfuñó. Usó el borde de su delantal para limpiar algunas manchas mugrientas que aún quedaban de la forja—. ¿Qué piensas?

Su padre extendió una mano y palmeó el brazalete.

—Es muy bueno. Parece algo que habría hecho para tu madre cuando aún estaba viva. Pero tendrás que renunciar al pulido, muchacho.

¿Había hecho algo mal? Alexios no había hecho antes una pieza como esta, y no lo sorprendería en lo más mínimo si de alguna manera hubiera machacado mal un borde y tuviera que comenzar de nuevo.

Tomó el brazalete y le dio la vuelta.

—¿Se ve bien para mí?

MEDUSA
EMMA HAMM

—Lo es. Pero Medusa ya está de regreso en la ciudad y pidió verte. —La chispa en los ojos de su padre centelleó como el sol—. Pensé que tal vez querías hablar ahora con ella, de modo que le dije que fuera a esperar junto a la higuera. —¿Estaba aquí? ¿Ya? Su estómago cayó a sus pies.

Alexios aún no estaba preparado para darle el discurso. No se había lavado, y el sudor de un duro día de trabajo se le pegaba a la piel en una fina capa aceitosa. Le echaría un vistazo y se echaría a reír si le pedía que se casara con él así.

—¡No puedo hablar con ella! —tartamudeó—. ¡Mírame!

—Veo a un joven que ha trabajado duro todo el día para crear algo que la chica que adora amará. Llevará ese brazalete con orgullo, y todos los hombres de la aldea sabrán que tus manos lo hicieron. —Su padre le dio una palmada en la espalda lo suficientemente fuerte como para enviarlo a trompicones por la puerta—. Habla con tu mujer, hijo. Ella escuchará.

No estaba tan seguro de eso. Medusa no era buena para escuchar a nadie más que a sí misma. Era una de las razones por las que la adoraba, pero también la cualidad más frustrante que tenía.

Apretó el brazalete en sus manos, suspirando.

—Medusa —murmuró en voz baja a medida que rodeaba la casa—. Hemos sido amigos desde hace mucho tiempo, y pensé... No, eso no está bien. Sé que haríamos una buena pareja. Sí, eso servirá.

Estaba de pie junto al árbol, hermosa como siempre y demasiado buena para las personas como él. La luz del sol jugando con sus cabellos dorados. Aquellos que rivalizaban con la propia Afrodita, aunque nunca admitiría tal cosa. No haría caer la ira de los dioses sobre su cabeza, incluso si su padre afirmaba que ella ya había caído en desgracia.

Alexios retorció el aro de metal, luego lo deslizó en un bolsillo en su cintura. Se lo preguntaría. Por supuesto que lo haría. Pero no lo haría de inmediato. La dejaría hablar un poco con él. Se contarían historias sobre sus días, y eso sería todo. Recordaría por qué le gustaba estar cerca de él. Y entonces le haría una pregunta tan importante.

Tal vez se estaba demorando, pero no quería mirar demasiado lejos.

—¡Medusa! —llamó. Alexios se pasó una mano por su frente sudorosa, intentando ocultar el brillo de sus dedos—. No esperaba verte hoy.

Ella se giró con una sonrisa radiante en su rostro y casi lo hizo caer de rodillas. Dioses, cómo la amaba. El quitón amarillo pálido y el himatión² que llevaba combinaban con el color de su cabello y la vitalidad del sol. Las sandalias marrones en sus pies estaban atadas hasta sus piernas, abrazando sus pantorrillas musculosas. Era tan bonita y siempre tan feliz de verlo. ¿Quién más estaba feliz de verlo además de su padre?

Alexios era el hijo descomunal del herrero. Lo comparaban con el más feo de los olímpicos, y sabía que tenían razón. Era un bruto feo. Pero esta mujer diminuta pensaba que era su mejor amigo.

¿Qué más podía pedir?

—¡Alexios! —Saltó a su lado y lo alcanzó.

Dejó que lo abrazara por la cintura y trató de no acercarla demasiado a su corazón. Necesitaba darle espacio de modo que pudiera respirar. *No la aplastes. No hagas que todo esto se trate de ti cuando obviamente estaba emocionada por algo.*

Sus brazos traidores la rodearon y apoyó su barbilla sobre su cabeza con un suspiro.
Olía a sol y limones.

—Estás muy emocionada de verme hoy.

—Acabo de regresar de Atenas. Fue el viaje más asombroso. ¡Nunca creerás lo que pasó!

Atenas rara vez era asombrosa. Pensaba que la ciudad era sucia y repugnante. La gente estaba demasiado hastiada y peor, si alguien carecía de dinero, era rechazado. Como si los pobres ni siquiera fueran dignos de ser considerados personas.

Pero si estuvo feliz en Atenas, entonces quería saber por qué.

² **Himation:** prenda exterior que usaban los antiguos griegos sobre el hombro izquierdo y debajo del derecho, como una especie de chal.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Alexios, sé que es bastante repentino, pero tan pronto como hablé con esa sacerdotisa supe que este era el llamado correcto para mí. Se supone que debo estar allí y apoyar a la diosa a la que he venerado toda mi vida. Simplemente lo sé. —Se acercó y tomó sus manos entre las suyas—. Quiero que estés a mi lado mientras hago esto. Sé que no es lo que nadie habría querido para mí, pero quiero esto. Necesito que lo aceptes, así al menos una persona que me importa respaldará mi decisión.

Su boca estaba demasiado seca. Su lengua demasiado gruesa. Y, sin embargo, aún tartamudeó:

—¿Qué dirá tu padre?

—No tiene que decir nada. Es la primera vez que elijo algo para mí, y creo que es lo correcto. —Apretó sus dedos nuevamente, sus ojos evaluando los de él por algo que no podía precisar—. ¿Alexios? ¿Crees que esta es la decisión correcta?

¡No! Por supuesto que no. Debería quedarse aquí, con él, donde él la haría feliz. Y sabía que lo haría, porque estaba dispuesto a dedicar el resto de su vida para asegurarse que todo lo que ella quería y deseaba estuviera al alcance de su mano.

Pero no fue lo que dijo.

—Creo que si esto es lo que quieres, entonces deberías hacerlo. —Se aclaró la garganta—. Aunque es difícil imaginarte como una sacerdotisa.

Se rio y se puso de pie, sacudiendo sus manos sobre su quitón.

—Nunca había pensado en eso hasta ahora. Pero gracias, Alexios. Me has dado la valentía de contárselo a mi padre. ¡Deséame suerte!

Se fue a toda prisa por el camino y sintió como si su corazón se fuera con ella. El brazalete quemó un agujero en su bolsillo, recordándole todas las promesas rotas que se había hecho internamente.

—Adiós —susurró.

41

—Creo que eres una fanática y aún no lo ves. —Resopló—. Pero también me doy cuenta que nada de lo que diga te hará cambiar de opinión. Así que, ve a Atenas, hermana. Haz lo que crees que has sido llamada a hacer.

MEDUSA
EMMA HAMM

Lo haría, aunque habría sido mejor si tuviera la aprobación de su hermano. Sin embargo, Medusa sabía que nunca conseguiría su aceptación. Discutir con él solo dejaría un sabor amargo en la boca de ambos.

—¿Puedes levantar esto? —Señaló el baúl, y luego lo siguió hasta la puerta.

Puede que su hermano no quisiera que se fuera, pero su padre estaba infinitamente orgulloso. La vio acercarse con una sonrisa amplia en su rostro y extendió los brazos para un abrazo.

—¡Mi querida niña! Estás enorgulleciendo a toda la familia. Espero que lo sepas.

—Lo sé. —Se acurrucó en su abrazo y aspiró el aroma familiar a heno y caballos.

Nunca había sido bueno para mantenerse limpio. Incluso como tejedor, su ropa siempre tenía el aroma leve de un granero. Medusa se rio entre dientes al recordar a todas las personas que lo habían reprendido por el hecho. Siempre les decía que lavaran mejor la ropa cuando la recibían por primera vez.

—Voy a extrañarte —susurró contra su hombro.

—Nos volveremos a ver pronto. Quizás incluso vaya a visitarte al templo. Puedes transmitir a Atenea mis esperanzas para mi hija. Quizás los conceda. —La besó en la frente—. Ahora, vete. Te dejaremos el baúl o lo recogeré la próxima vez que esté en Atenas.

—Gracias. —Se apartó y le dio un abrazo a su madre—. Los amo a ambos. A todos.

Su hermano resopló de nuevo y luego regresó a la casa. Podía ser tan quisquilloso con la situación como quisiera. No lo culparía por estar molesto cuando ella se fuera. Era algo a lo que le estaba resultando difícil acostumbrarse. Ya no estaría cerca, y él sería el único hijo en el que sus padres se concentrarían.

No se había dado cuenta de lo enojado que eso lo pondría.

Medusa se subió a la carreta suspirando, y tomó las riendas.

—Enviaré a alguien de regreso con la carreta, padre.

—Puedo buscarla después si no te importa alimentar a estos chicos. —Acarició la cruz de sus caballos color crema.

—Voy a ser sacerdotisa, padre. —Le dedicó una sonrisa brillante—. Enviarán a los caballos de regreso sin quejarse. Solo espera.

MEDUSA

EMMA HAMM

Azotó las riendas, y los caballos avanzaron. No podía mirar atrás a la familia que estaba dejando porque si lo hacía, empezaría a llorar. Y llorar mientras iba a cumplir sus sueños simplemente no parecía correcto.

En su lugar, intentó concentrarse en lo hermoso que era. El sol estaba brillando. Ni una nube marcaba el cielo. Era un día azul en el cielo, y eso solo podía significar buena suerte. ¡Sería sacerdotisa de Atenea!

Medusa levantó sus brazos sobre su cabeza y señaló al cielo.

—No te defraudaré. También estarás orgullosa de mí, Atenea. Cantaré tus alabanzas a los cielos y cuidaré bien de tu templo. ¡Solo espera!

La risa estalló a través de sus divagaciones. Y como si hubiera aparecido de la nada, Alexios se estiró y se subió a la carreta con ella. Se movió hacia un lado, y el caballo soltó un gruñido disgustado antes de seguir moviéndose.

Pero aun así, estaba feliz que estuviera aquí. Había tenido la esperanza de despedirse de él, pero no había estado en casa cuando lo visitó en un principio. Así que, no le quedaba tiempo, y había hecho las paces con el hecho de que no lo vería antes de desaparecer para siempre.

—Hola —lo saludó. Intentó con todas sus fuerzas mantener la sonrisa en su rostro—. No pensé que quisieras despedirte de mí.

—Bueno, ¿por qué no querría despedirme?

—Porque no estabas en casa cuando te visité. Tu padre fue bastante grosero, y dijo que me cuidara alrededor de los dioses. Dijo que no era una de las pocas favorecidas, aunque la propia Atenea me eligió para ser sacerdotisa.

Las palabras aún dolían. Al padre de Alexios nunca le había gustado realmente, pero al menos había pensado que él estaría feliz de verla partir. En cambio, se había quejado de algo sobre malos favores y mujeres que no entendían la voluntad de los dioses. Luego le cerró la puerta en la cara.

—Padre siempre está gruñón —respondió—. No quería verte partir, eso es todo. Te va a extrañar.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Extrañarme? —resopló Medusa con incredulidad—. Alexios, nunca le he agradado a ese hombre. No puedo imaginar por qué.

Su amigo más querido se llevó un puño a la boca y sacudió la cabeza. Sabía que estaba ocultando una sonrisa, y probablemente eso se debía a que recordaba todas las cosas que habían hecho cuando eran niños. Medusa había acosado a su padre. Honestamente, el hombre tuvo suerte de que no le hubiera provocado un ataque al corazón con todas sus bromas e intentos divertidos de asustarlo.

Incluso funcionaron a veces.

Se pasó los dedos por su cabello, suspirando, y se echó a reír con Alexios a su lado.

Así era como quería recordar vivir aquí. Siempre pensaría en su hogar como en estos momentos riendo con Alexios en los campos de trigo. Siempre la hacía sentir como una mujer más fuerte, sin importar lo mal que se sintiera.

Medusa extrañaría eso cuando estuviera entrenando. No creía que permitieran que las sacerdotisas vieran a nadie hasta que estuvieran plenamente capacitadas, y eso estaba bien con su familia. Estaban ocupados. Y sabía que se estaban cuidando el uno al otro. Era más fácil despedirse de ellos cuando sabía que continuarían sin ella.

¿Pero Alexios?

Lo extrañaría. Más de lo que quería admitir.

—Te traje algo para que me recuerdes —dijo una vez que se acomodaron.

Metió la mano en su bolsillo y sacó un brazalete de oro impresionante. Era tan hermoso que la hizo jadear sorprendida. El oro por sí solo era una rareza, pero había sido cuidadosamente hilado en un patrón como las columnas de un templo. No supo qué decir. O incluso cómo decirlo.

Extendió una mano temblorosa y tomó el brazalete. El metal aún estaba caliente por haber estado presionado contra su pecho, y ese calor la atravesó con un rubor que se extendió hasta su estómago.

—Vaya —susurró—. Alexios, es tan hermoso. ¿De dónde sacaste esto?

Se encogió de hombros.

—Lo hice. Para ti.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Para mí? —Apretó los dedos a su alrededor.

¿Qué hombre le haría un regalo como este a una mujer que se iba para ser sacerdotisa? Este era un regalo para una futura esposa. O incluso alguien que significaba mucho más que la chica que desaparecía después de años de amistad.

No podía aceptar esto. Sin importar lo mucho que quisiera conservarlo para recordarlo.

Medusa se lo tendió de vuelta.

—No, Alexios, no puedo. Esto es demasiado hermoso. Deberías guardarlo para la mujer a la que algún día le propondrás matrimonio. La mujer que te hará mucho más feliz de lo que yo podría hacerlo.

Sus ojos se oscurecieron al azul más profundo que jamás hubiera visto. Se estiró y acunó sus manos entre las suyas, envolviendo sus dedos alrededor de los de ella hasta que ambos estuvieron empuñando el brazalete.

—Es tuyo, Medusa. Ninguna otra mujer podría hacerle justicia.

Sintió que había más en esas palabras. Como si estuviera intentando decirle algo que simplemente no podía entender.

¿Estaba enamorado de ella?

No, eso no era posible. No podía estar enamorado de ella, e incluso si lo estaba, estaba mal. Sabía que era mejor no arruinar algo bueno, y lo que tenían era un recuerdo que atesoraría toda la vida.

Aún lo hacía. El calor en su mirada estaba diciéndole lo importante que era este momento para él. Necesitaba que ella tomara el brazalete dorado, a pesar de que era demasiado para solo un amigo. Quería que tuviera algo para recordarlo, y también quería recordarlo desesperadamente.

Porque si fuera honesta consigo misma, Medusa lo había visto como más que un amigo durante mucho tiempo. Si hubiera pensado en enamorarse de alguien, habría sido Alexios. Sus manos firmes acunaron las de ella, y la tranquilidad en solo ese toque hizo que las lágrimas asomaran a sus ojos.

MEDUSA

EMMA HAMM

Respiró profundo y dejó escapar un siseo entre los dientes. Se quedó mirando donde se sujetaban entre sí y deseó que la vida fuera diferente. ¿Y si aceptaba la vida que le ofrecía? ¿Se consumiría en su casa, deseando tener otra opción? ¿Otra oportunidad de vida?

No podía renunciar a sus sueños por un hombre. No renunciaría a ellos por nadie.

Medusa levantó sus manos y presionó sus labios contra sus nudillos. Ignoró su inhalación brusca y el jadeo que escapó de sus labios. Necesitaba esto.

Ella necesitaba esto.

—Alexios, te extrañaré muchísimo —susurró contra su mano—. Ojalá pudiera llevarte conmigo, y pudiéramos servir juntos a los dioses.

—Podríamos, lo sabes —respondió. Su voz se quebró, y el sonido de su corazón rompiéndose retumbó a través de los tonos—. Podríamos servirles al tener hijos que los adoren. Al vivir una vida de la que estarían orgullosos y demostrando nuestro amor.

—No puedo hacer eso —dijo—. Sabes que no puedo hacer eso.

Suspiró y separó sus manos. Medusa sintió la pérdida de su toque como si le hubiera quitado una de sus extremidades. Lo necesitaba, ¿no lo entendía? Lo necesitaba, pero no podía quedarse por él.

—Sé que no puedes —murmuró—. Y sabes que nunca te pediría que renuncies por mí a tus sueños.

Sin embargo, así es como se sentía. Sentía como si estuviera eligiendo entre la vida que quería, y él. Y no podía elegir entre él y todo lo que amaba.

De modo que, Medusa no lo hizo.

Volvió a tomar las riendas y las apretó con fuerza. Con la otra mano, se puso el brazalete en el bíceps y apretó el metal con tanta fuerza que se clavó en su piel.

—Si pudiera quedarme, Alexios, si tuviera las ganas de convertirme en esposa y madre, espero que sepas que habría sido contigo.

Él se bajó de la carreta. Sus botas golpeando el suelo con un ruido sordo.

—Lo sé, Medusa. Y sé que nunca habrá otra mujer como tú. No por el resto de mi vida.

Con lágrimas en los ojos, azotó las riendas e instó a los caballos más rápido. Una vez que estuvo muy atrás de ella, dejó que las lágrimas cayeran.

MEDUSA

EMMA HAMM



Alexios necesitaba emborracharse. De hecho, más que emborracharse. Necesitaba desmayarse por el ridículo lío en el que se había convertido su vida, y luego necesitaba decidir qué hacer consigo mismo.

La mujer de la que estaba enamorado se había ido.

Su padre estaba envejeciendo, y la vida en su alma se estaba debilitando más allá de cualquier ayuda que Alexios pudiera proporcionar.

Incluso su futuro se estaba alejando lentamente hasta que no estaba muy seguro de lo que haría a continuación. Después de todo, se suponía que era herrero.

48

Pero, ¿qué era un herrero sin esposa? ¿Estaba condenado a convertirse en Hefestos?

De modo que, buscó consuelo en la cervecería local porque ¿a dónde más se suponía que debía ir? Esta había sido una posada una vez. Gente de todas partes había buscado un lugar para reposar entre Atenas y su destino. Por lo general, terminaban aquí.

Pero cuando esos clientes fueron pocos y dispersos, el posadero decidió que había una mejor manera de ganar dinero. Y este lugar se convirtió en el abrevadero local donde iban todos los hombres cuando querían dejar de sentir.

Y Alexios quería dejar de sentir.

Quería que el mundo se arrodillara ante él y le ofreciera su cuello desnudo por tomar a la única persona que había amado. O tal vez quería que el mundo se disculpara. Fuera lo que fuese, Alexios atravesó la puerta con un único propósito.

Alcohol.

Mucho, muchísimo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Hizo un gesto con la mano hacia el posadero, que lo conocía desde que era niño. El hombre le traería cualquier bebida que quisiera y la agregaría a la cuenta de su padre. Tendría que acordarse de disculparse con su padre cuando regresara a casa.

O cuando pudiera volver a sentir su cabeza. Uno u otro.

Alexios aterrizó con fuerza en una silla cerca de la parte trasera de la posada. No quería que nadie lo molestara hoy, no cuando ya se había despertado de mal humor.

Medusa no lo había mejorado.

¿Qué clase de tonto aún le daría el brazalete?

Sabía que igual se iría. Una joya no la haría cambiar de opinión, por opulenta que fuera. Como había dicho, esta era la primera vez que tomaba una decisión por sí misma. Y probablemente era la única decisión que tomaría por sí misma.

La mayoría de las mujeres aún debían tener el permiso de sus padres o maridos para incluso salir de la casa o su propiedad. Como sacerdotisa, podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera.

La vida se adaptaba a las necesidades de Medusa. Lo sabía.

Aun así, odiaba verla irse.

El posadero puso una gran jarra de cerveza frente a él y asintió.

—No pensé que esta noche querías vino.

—No, desde luego que no.

Alexios se llevó la cerveza a los labios. Y así fue. No quería algo refinado y dulce que le doliera el cuerpo. Quería un mazazo en la cabeza, no algo suave y sutil que le facilitara un dormir sin sueños.

Alexios no supo cuánto tiempo bebió, mirando fijamente el espacio en blanco frente a él. Pensó que tal vez si se emborrachaba lo suficiente, vería a esos dioses de los que Medusa hablaba todo el tiempo. Quizás le dirían que madurara, o que había otra mujer ahí afuera esperando a un alto herrero ancho con cara de bruto.

Resopló contra su bebida y la inclinó. Nada golpeó su lengua, incluso cuando sacudió la jarra.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Mi padre —respondió el chico. Tomó su bebida y bebió la mitad antes de limpiarse la boca—. Bueno, mi padre adoptivo. Mi nombre es Perseo, y soy el hijo de Zeus.

Alexios abrió la boca para responder, luego se lo pensó mejor en reírse en la cara del joven.

Después de todo, ¿quiénes se atrevían a afirmar que eran el hijo de Zeus? El hombre tenía pelotas, le daría eso. Es probable que el dios del rayo y el trueno derribara a un hombre por afirmar que es su hijo falsamente.

Después de todo, Hera odiaba cuando escuchaba que Zeus tenía otro bastardo engendrado de una mujer mortal.

—¿En serio? —se decidió a preguntar—. Nunca antes había conocido a un semidiós.

—Oh, difícilmente de la forma que podrías pensar. No soy el héroe en el que la mayoría de la gente piensa cuando escuchan del hijo de un dios. Solo un hombre normal, aunque mi madre podría decirte lo contrario. —Perseo inclinó su bebida hacia Alexios—. ¿Y tú? Te ves más grande que la mayoría de los hombres que he conocido.

—Hijo de un herrero.

—Ah, podría haber pensado que eras como yo si no hubieras dicho lo contrario. —Perseo entrecerró los ojos—. ¿Cómo es que dijiste que te llamabas?

—No lo hice.

—Bueno, deberías.

Alexios no podía creer que el joven frente a él estuviera dispuesto a presionar tanto a un extraño. Debería haber levantado un puño carnoso y amenazar con atravesarle la cara al chico. Pero no, no podía hacerle eso a un jovencito que apenas recién llegaba a la ciudad.

Además. Nunca había sido un gran luchador. Y no quiso manchar el recuerdo de él lamiendo sus propias heridas al saber que había dejado que la ausencia de Medusa lo cambiara tanto.

Tenía que seguir siendo un hombre bueno. En caso de que ella cambiara de opinión y quisiera volver a casa.

Tragando pesado, sacudió la cabeza y cedió a las preguntas del chico.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Mi nombre es Alexios. Mi padre es el herrero de esta ciudad.

—Qué gran persona para conocer considerando que siempre estoy buscando amigos. —Perseo sonrió, luego se inclinó hacia adelante con una chispa en sus ojos que hizo que Alexios se sintiera más que un poco cansado—. Mira, amigo, hay un grupo de jóvenes ahí afuera esperando que salga de esta taberna. Creen que les debo dinero, ¿sabes?, y no tengo forma de devolvérselo.

—Bueno, ¿les debes?

Alexios esperó a que Perseo respondiera, pero el joven dudó en darle esa respuesta. Fue suficiente respuesta.

—Entonces, les debes dinero —dijo Alexios.

—Tal vez un poco.

—¿Cuánto?

—No mucho. Aproximadamente cincuenta dracmas.

Alexios se atragantó con su trago y el alcohol le subió por la nariz. Seguramente había escuchado mal al chico. ¿Cincuenta dracmas? Eso era suficiente para comprar un caballo jodidamente bueno que pudiera cabalgar lejos de esos tontos, pero ¿qué demonios había hecho para deberles tanto?

—Entonces, te sugiero que les ofrezcas un trozo de tu carne. Tal vez un brazo —
respondió—. No sé cómo vas a ganar cincuenta dracmas aquí.

La multitud de personas a su alrededor no pareció notar al chico o la agitación en el rostro de Alexios. En todo caso, si alguien se dio cuenta, fue el posadero. Incluso ese hombre se mantenía al margen de lo que fuera que este forastero le estuviera diciendo al muchacho del herrero.

Perseo se inclinó hacia delante para que solo Alexios pudiera escuchar lo que tenía que decir. Y ahí estaba de nuevo, ese brillo lunático en sus ojos que no asustaba a Alexios tanto como debería.

—Oh, no tengo intención de devolverles nada. Sin embargo, esperaba que me ayudaras con este pequeño asunto. Tengo algo de dinero, y te pagaré por la ayuda generosamente.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No necesito dinero —respondió. Pero había una gran cantidad de curiosidad corriendo por sus venas.

El chico tenía un plan. De lo contrario, nunca se habría acercado al hombre más grande aquí y esperaba que Alexios no se uniera a sus perseguidores para tomar una onza de su carne.

Su curiosidad siempre le había ganado problemas. Sin importar cuán firmemente se dijera que no se metiera en los asuntos de este chico, cedió con un suspiro brusco.

—Está bien, ¿qué quieres de mí?

—¡Excelente! —Perseo aplaudió—. Eres un hombre grande, y estoy seguro que sabes cómo pelear con esos puños. Si te estás emborrachando así, supongo que te acaban de romper el corazón. O has sido despreciado. Es fácil de notar en la cara de un hombre. ¡Pero no importa! Derribar algunos dientes y asustar a una multitud bastante considerable debería hacerte sentir maravilloso. ¿Qué dices?

—¿Por qué haces que parezca que vamos a una aventura, cuando todo lo que quieres que haga es romper algunas narices? —Alexios se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. . Muchacho, solo dime quiénes son. Resolveré esto.

Perseo ya estaba justo a su lado cuando abrió la puerta. Pero no tuvo que preguntar quiénes eran los hombres que estaban esperándolo. Todos estaban parados en una multitud con sus capuchas sobre sus cabezas, observando la puerta con atención absorta.

Cada hombre era tan joven como Perseo, unos años más joven que el propio Alexios. Tenían un hambre en sus ojos que ardía un poco demasiado. Luchar era todo lo que tenían. Era la única manera de probarse a sí mismos y a los demás lo varoniles que eran.

Tontos. Algún día se darían cuenta que luchar no tenía nada que ver con la fuerza de un hombre. Era solo la fuerza de su cuerpo y cuánto tiempo podían contener el amargo dolor del sufrimiento.

Alexios giró el cuello de lado a lado estirándolo, y luego abrió las manos.

—Vamos, muchachos. No tengo toda la noche para darles una paliza como deberían haberlo hecho sus madres.

MEDUSA
EMMA HAMM

Fueron lo suficientemente inteligentes como para no atacarlo uno por uno. Tres de ellos se lanzaron hacia adelante con los puños en alto. Pensaron que si lo abrumaban, entonces no podría detener a los demás.

Dos se aferraron a cada brazo y el tercero se preparó para darle un puñetazo mientras Alexios estaba retenido. Pero habían subestimado su fuerza profusamente. Se sacudió a los dos de sus brazos como si no fueran más que mosquitos. Cayeron con gritos de sorpresa, y luego le dio un puñetazo al que tenía delante.

El joven cayó como una piedra.

Observó a los otros dos ponerse de pie. Se miraron el uno al otro como si se preguntaran qué hacer a continuación, pero él no les daría la oportunidad de reagruparse. Los agarró a ambos por las nuca, chocó sus cráneos y los dejó caer al suelo.

Los tres muchachos restantes lo miraron, luego entre sí, y después a Perseo.

—No lo haría —advirtió Alexios—. No han sido entrenados para la batalla, y claramente yo lo hice. Llévense a sus amigos con sus madres y, cuando estén listos, vayan al herrero. Les enseñaré a pelear como a mí. Y entonces podrán vengarse de mí. Hoy no.

Aunque la verdad obviamente les molestó, ninguno de los tres chicos restantes estuvo dispuesto a pelear con el hombre que acababa de dejar inconscientes a sus amigos en unos tres segundos.

El chico del medio señaló a Perseo.

—Nos debes dinero, Perseo. Lo conseguiremos de una forma u otra.

—¡Pueden intentarlo! —Perseo pasó un brazo por los hombros de Alexios—. Creo que mi amigo pondrá fin a cualquier plan que tengan.

Alexios se cruzó de brazos y observó a los chicos reunir a sus amigos caídos, y luego desaparecer en la noche. Después se quitó de encima el agarre de Perseo.

—¿Quién es que dijiste que eres?

Perseo sonrió.

—Déjame invitarte a otro trago, mi nuevo amigo con la fuerza de un buey. Te contaré mi historia, y tal vez me contarás sobre la mujer que perdiste.

Alexios, aunque gruñó, nunca rechazaría una bebida gratis. Y al final, le contó todo a Perseo. Cada pequeño detalle.

MEDUSA

EMMA HAMM



Ser sacerdotisa de Atenea no era exactamente lo que había pensado. Medusa había esperado pasar la mayor parte de sus días adorando a la diosa. Quizás había algunos rituales extraños de los que no sabía nada, pero que aprendería lentamente a través de instrucciones detalladas y horas de estudio.

En su lugar, la mayor parte solo se trató de la limpieza.

Tomaba un trapeador y un cubo todos los días y recorría todo el templo hasta que relucía. Luego tomaría su desayuno y comenzaría a lavar la ropa de las otras sacerdotisas. Una vez que terminaba, tenía que trapear nuevamente porque la gente había ensuciado el piso inevitablemente. Además, la parte delantera y trasera del templo estaban abiertas, de modo que la suciedad tenía tendencia a soplar con el viento.

56

Casi había terminado con la segunda ronda de limpieza, el sudor escurriendo en sus ojos. Gruñendo, balanceó el trapeador contra su cadera y se secó el líquido punzante. Esto no era lo que esperaba, pero aun así estaba feliz de estar aquí.

Atenas estaba llena de vida. No se había dado cuenta de lo animado que era hasta que caminó por las calles todos los días. Cada persona que conoció difirió enormemente de las personas con las que había crecido. Los colores de sus ropas la hacían sentir como si estuviera caminando por un jardín lleno de flores exóticas.

Respirando profundo, dejó que el sol jugara en sus rasgos y exhaló un largo suspiro bajo. Esto era lo que quería. Aunque era más difícil de lo que pensó originalmente, aquí era donde debía estar.

—Veo que te estás adaptando bien.

MEDUSA
EMMA HAMM

Girándose, sonrió a la mujer grande acercándose a ella con otra sacerdotisa mucho más pequeña a su lado.

—¡Esteno! Cualquier cosa que le dijeras a la suma sacerdotisa pareció funcionar.

Esteno se detuvo y abrió los brazos ampliamente.

—¿Qué puedo decir? Soy una hacedora de milagros.

La mujer más pequeña resopló a su lado.

—No, no lo eres. La gente solo quiere asegurarse de mantener tu boca cerrada porque nunca dejas de hablar. Incluso cuando la gente te dice lo molesto que es.

Medusa miró a la mujer más pequeña de arriba abajo. Era encantadora. Diminuta y delicada donde su contraparte era mucho más enorme. Su cabello era negro como la noche y sus ojos igualmente oscuros. Su piel estaba bronceada por el sol, aunque sus uñas eran de un hermoso color rosa nacarado. Posiblemente era la mujer más hermosa que Medusa hubiera conocido alguna vez.

Afortunadamente, asumió que las dos mujeres eran amigas. Y eso significaba que esta hermosa florecita de mujer era muy probable también que se hiciera amiga de Medusa.

La mujercita parpadeó, y luego se volvió de un rojo oscuro.

—Lo siento mucho, he oído hablar de ti tantas veces de Esteno que siento que te conozco. Obviamente no es cierto. Mi nombre es Euríale.

Medusa tuvo pocas dudas entonces de que todas serían las mejores amigas. Vio el destello de poder en los ojos de ambas y supo que las dos eran diferentes del ateniense promedio con el que se encontraría, en la calle.

—Perdón por preguntar si esto es de mala educación —comenzó—, pero ustedes dos...

—¿Hermanas? —preguntó Euríale—. Sí, lo somos.

—¿Inmortales? —preguntó Esteno. Su rostro se dividió en una sonrisa amplia—. Claro sí, nuestros padres son inmortales. ¿Cómo lo supiste?

Medusa se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja y trató con todas sus fuerzas de no mirarlás como si hubieran cambiado de forma.

MEDUSA

EMMA HAMM

—En realidad, no estoy segura. Simplemente no parecen humanas, eso es todo. Algo en la forma en que se ven, o tal vez la forma en que se desenvuelven.

—O tal vez sea porque ves que no nos sometemos a los hombres —respondió Esteno—. Igual que tú, Medusa.

Las palabras la llenaron de una sensación de fuerza y propósito. No recibía órdenes de nadie más que de sí misma, y había tardado mucho en descubrir lo que quería. Este era el primer paso para convertirse en su propia persona. Una sacerdotisa era libre. Una mujer no era más que una esclava glorificada.

Tragando pesado, cuadró los hombros y asintió.

—Tienes razón. No tengo ningún interés en someterme a los hombres.

Las hermanas se miraron entre sí, luego volvieron a mirar a Medusa. Esteno le tendió la mano a Medusa para que la tomara.

—Ven esta tarde con nosotras. ¿Por qué no te mostramos la ciudad?

El sol ya estaba bajo en el horizonte. Medusa no podía imaginar lo que querían mostrarle, pero aún tenía que completar su trabajo. Sacudió el trapeador que tenía entre las manos y luego miró al suelo intencionadamente.

—Me temo que no he terminado con mis tareas.

—Esas tareas seguirán ahí por la mañana cuando tengas que trapear de nuevo. Atenea puede durar toda la noche sin suelos de espejos. —Esteno puso los ojos en blanco y volvió a empujar la mano hacia delante—. Vamos, Medusa. Ven con nosotras.

No debería. El objetivo de vivir esta vida era mostrarle al resto del mundo que estaba dedicada a su diosa. Que podía ser una sacerdotisa buena cuando todos pensaban que solo estaba lista para ser madre.

Y, aun así, la aventura la llamaba. Echó un vistazo hacia la estatua de Atenea, y le pareció ver un gesto para ir con las otras dos sacerdotisas. Aún estaban dentro del redil. Sabían lo importante que era adorar a su diosa y ¿no era ella la diosa de la guerra? La aventura también llamaba a su diosa.

Medusa dejó caer el trapeador y tomó la mano de Esteno.

MEDUSA

EMMA HAMM

Las dos hermanas se rieron a carcajadas y la llevaron lejos del templo. Corrieron por los callejones de Atenas, evitando a los hombres que las miraron conmocionados y a las mujeres que se llevaron las manos a sus bocas. No se suponía que las sacerdotisas salieran sin un compañero masculino, y ciertamente no se esperaba que corrieran por las calles como paganas.

Alguien se enteraría en el templo. Alguien las delataría.

Pero incluso mientras el corazón de Medusa se aceleraba con ansiedad, las otras dos sacerdotisas se llenaron de risa y emoción. No parecía importarles lo que otras personas pensarán de ellas. Y tal vez por eso sus familias las habían enviado a ser sacerdotisas cuando podrían haberse quedado en su aldea.

Finalmente, la llevaron a detenerse junto a una casa que estaba bastante deteriorada. Las paredes se estaban derrumbando, y el techo había visto días mejores. Alguien había apoyado una escalera pequeña contra la pared, tal vez como una forma de arreglar el pobre techo.

—Arriba —dijo Esteno. Señaló la escalera a medida que Euríale comenzaba a trepar hasta la cima.

59

Las tejas no podían ser seguras. Incluso desde aquí podía ver la luz tenue filtrándose a través de los agujeros hechos por el tiempo y la negligencia.

—Nos vamos a caer de ahí —murmuró.

—No lo haremos. —Esteno siguió a su hermana por la escalera—. Hemos venido aquí durante meses, Medusa, y nunca me he caído. Sube, ¿quieres?

No quería. Ahora que estaban aquí, quería volver al templo donde sabía que estaba a salvo. La suma sacerdotisa iba a enterarse de lo que habían hecho, y entonces tal vez la echarían por completo. Se vería obligada a regresar a su aldea diminuta y esa vida pintoresca.

¿Alexios se casaría entonces con ella? ¿Después de haber sido deshonrada?

Pero otra voz susurró en su mente, si ese era el caso, entonces bien podría completar la aventura.

MEDUSA

EMMA HAMM

Euríale se rio.

—Sí, eso sería gracias a nuestra madre. Ceto.

También la madre de las Grayas, las criaturas que veían el futuro y contaban mitos y leyendas a los humanos.

Medusa recordaba bien la historia de esas mujeres. Cómo compartían un solo ojo que pasaban entre las tres. Podían ver a través del corazón de cualquier mortal que entrara en su guarida de locura y magia.

Entonces, ¿estas dos eran hermanas de tales monstruos?

Intentó calmar su temblor de miedo sabiendo que estaba alrededor de dos seres que durarían siglos en esta tierra. Aún estarían por aquí cuando los huesos de Medusa ya se hubieran convertido en cenizas y polvo. Verían el fin de los tiempos si quisieran, aunque ni siquiera sabía cómo matar a un inmortal.

Entonces, mil preguntas más florecieron en su mente. ¿Un inmortal podía morir? ¿Se verían obligados a vivir sin importar cuánto quisieran que terminara su vida?

Se dio cuenta que las hermanas la observaban absortas.

Medusa se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa?

—Podemos ver todo lo que estás pensando reflejado a través de esos rasgos bonitos —respondió Esteno. Sus ojos veían con demasiado brillo, su resplandor un poco más mortal de lo que a Medusa le habría gustado—. Quieres saber más sobre nosotras. Todo lo que puedas porque no nos tienes tanto miedo, ¿verdad?

—Has sido amable conmigo —respondió—. Eres la razón por la que escapé de mi aburrida vida. Hablaste con la suma sacerdotisa y te aseguraste de que pudiera estar aquí. Tengo una gran deuda contigo, Esteno.

—Oh, no quiero una deuda de una mortal. Hay tan poco que puedes hacer por mí que ya no tenga. —Hizo un gesto hacia la ciudad—. Después de todo, tenemos todo esto. Sin embargo, querida, lo que quiero de ti es algo que solo puedes dar voluntariamente.

MEDUSA

EMMA HAMM

Tragó pesado. ¿Esta hija de dioses primordiales pediría algo que no estaba dispuesta a dar? ¿Su alma? ¿Su vida? Medusa pensó en mil cosas que serían desgarradoras y horripilantes a la vez.

—¿Qué quieres? —preguntó, con voz temblorosa.

—Tu amistad —respondió Esteno. Tomó la mano de su hermana, y luego tomó la de Medusa—. Nos agradas, Medusa. Eres la única otra sacerdotisa que no nos mira con miedo o como si fuéramos una especie de monstruo. Y queremos ser tus amigas. Nada más. Nada menos.

El calor floreció en su pecho. Sí, quería una amiga. Quería que fueran sus amigas.

Tomó la mano de Esteno y se volvió para mirar la puesta de sol con ellas. Medusa sintió que finalmente estaba en casa por primera vez desde que dio el salto para mudarse a Atenas.

MEDUSA

EMMA HAMM

Perseo había sido la única persona que se quedó mientras averiguaba qué hacer con su padre. Ni una sola alma de la aldea lo había ayudado, a pesar de que su familia había hecho más por esta ciudad que cualquier otra. La rabia ardía en su pecho. Quería romper cosas, romper narices, obligarlos a apreciar todo lo que su padre había logrado.

Pero no podía.

La única luz que quedaba era el recuerdo de una chica que había desaparecido con un brazalete dorado. Jamás volvería a verla, pero sería un hombre mejor por ella. Estaba seguro de eso.

Alexios suspiró y se frotó la cara con una mano.

—No sé qué hacer ahora. Ni siquiera sé a dónde ir.

—Bueno, como lo veo, hay dos opciones. —Perseo le pasó un brazo por los hombros y lo apartó de la pira—. Puedes quedarte aquí y continuar con el trabajo de tu padre como herrero local.

No era una gran opción. No quería quedarse aquí, pudriéndose en la memoria de la familia que pudo haber tenido y la familia que había perdido.

—¿Cuál es la otra opción? —gruñó.

—Ven conmigo a casa. —Perseo lo soltó y dio un paso atrás, pero la sinceridad brilló en sus ojos—. Quiero que conozcas a mi familia. Ya eres como un hermano para mí, y solo te conozco desde hace unos meses. Sé que la pesca no está en tu sangre. Pero puedes ayudarnos a hacer los ganchos, arreglar el barco, hacer lo que puedas, y te recibiremos con los brazos abiertos.

Tampoco quería hacer eso. A Alexios le encantaba estar aquí, en este pueblo. Incluso si lo hubieran abandonado en este momento, al menos le darían trabajo cuando otros pueblos no lo harían.

Además, ¿y si volvía Medusa? Quería asegurarse de estar aquí, esperándola, por si acaso.

La idea de que ella regresara sin que él estuviera allí era demasiado para soportar. Se había dicho que sería leal, dedicado y valiente frente a una esperanza infundada. Y, sin embargo, no podía permanecer a la sombra de todos estos recuerdos.

MEDUSA

EMMA HAMM

Al final, asintió. El entumecimiento se apoderó de su mente una vez más, y se escuchó murmurar:

—Iré contigo.

Alexios apenas era consciente de cómo llegó desde su casa a la de Perseo. Recordaba vagamente el barco y cómo se había sentado junto a una barandilla, mirando hacia el horizonte y esperando que algún monstruo marino viniera y se lo tragara entero. Recordó que el nombre de la isla era Serifos, y que en su mayoría estaba llena de pescadores.

Cuando volvió en sí, ni siquiera recordaba si había empacado algo. Debía haberlo hecho, considerando que llevaba una mochila muy pesada en la espalda. Perseo estaba a su izquierda, subiendo la colina pequeña con él hacia una pequeña cabaña de pesca al borde del océano.

—Hagas lo que hagas —decía Perseo—, no menciones mi padre a Dictis. ¿Entendido?

Alexios no recordaba de qué estaban hablando.

—¿Dictis no es tu padre?

Perseo le guiñó un ojo y lo señaló.

—Exactamente. Esa es la actitud que quiero escuchar.

A Alexios no le importaba cuál era el drama de su familia, o lo extraña que era su dinámica. Todo lo que quería era un lugar donde reposar su cabeza, y la esperanza de que algún día saliera de esta niebla en su mente y volvería a ser la persona que recordaba haber sido.

Se abrió la puerta de la cabaña de pesca, y salió una mujer. Su cabello era liso y tan suave que resplandecía a la luz del sol como arcilla recién removida. Aunque había vetas grises en sus sienes, ni una sola arruga estropeaba su piel reluciente. Llevaba una túnica sencilla y un himatión, pero ambos estaban bien hechos y cuidados.

Extendió los brazos y gritó:

—¡Perseo! ¡Hijo mío, estás en casa!

Eso fue todo lo que necesitó el joven para soltar la mochila de sus hombros y correr directamente a los brazos de su madre.

MEDUSA

EMMA HAMM

Así que esta era Dánae.

Alexios recordaba ahora haber escuchado a Perseo hablar de ella durante todo el viaje. Nunca dejó de hablar de su madre o su belleza. Cómo incluso el propio Zeus no pudo negar su lujuria por ella. Y así nació Perseo.

Recordaba algo sobre una lluvia dorada cayendo sobre Dánae y la impregnación con el hijo de Zeus. Todo le sonaba bastante inverosímil. El tipo de historia que una madre le contaría a un niño cuando no quería que supiera lo infiel que había sido con su padre.

Aunque, Perseo había afirmado que estaba casada con un rey, y que no estaba casada con Dictis. El pescador había acogido a Dánae cuando los encontró perdidos en el mar y les había dado un hogar.

Dictis era el padre de Perseo, así le gustaba ser conocido. Pero no era el marido de Dánae.

Alexios esperó a que los dos se reunieran antes de acercarse. Era muy consciente de cómo se veía. Una bestia enorme de hombre con puños gruesos y frente recia. Le echaría un vistazo y se preguntaría qué soldado había traído su hijo de la guerra. O si le debía dinero a alguien, y este era un matón que había venido a reclamar el precio.

66

Pero Dánae no reaccionó así en absoluto. En cambio, soltó a su hijo y le tendió los brazos a Alexios.

—Cualquier amigo de mi hijo es amigo mío. Eres tan joven para ser tan grande.

Dudó por un momento antes de dejar que ella lo envolviera en un abrazo cálido. Se hundió en su abrazo y su corazón se aflojó un poco. ¿Era esto lo que se sentía al tener una madre? ¿Se suponía que era tan suave y frágil?

La pérdida de su padre ardió más que antes. Pensó en el cuerpo rígido y no pudo quitarse la imagen de la cabeza. Quería recordar a su padre como un herrero, un hombre poderoso y un padre amable. No cómo había terminado su vida.

Perseo se acercó y puso una mano en su hombro.

—Perdió a su padre, la única familia que tiene. Le dije que podía venir y quedarse con nosotros siempre que se mostrara útil.

Dánae se echó hacia atrás con lágrimas en los ojos.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Querido, lamento mucho que hayas perdido a alguien tan preciado para ti. Siempre eres bienvenido aquí. Ahora seremos tu familia.

Eso fue todo lo que necesitó escuchar. Alexios no se había dado cuenta de lo desesperado que estaba de que alguien le diera un propósito. Una familia era lo que necesitaba detrás de él, y ahora haría cualquier cosa por estas personas que tuvieron la amabilidad de darle la bienvenida a su hogar.

Todo lo que quería era alimentarse con ese propósito. Darle fuerza.

Y eso es lo que hizo. Alexios dedicó toda su energía a construirse una cabaña pequeña detrás de la de ellos. Trabajó incansablemente día y noche para construirse un espacio y, al mismo tiempo, los ayudó con todo lo que tenían que hacer. Arregló los barcos, aprendió de Dictis, hizo innumerables anzuelos y lanzas de pesca. Y en su debido tiempo, Alexios finalmente se había construido un hogar nuevo.

No era tan bueno como la casa que había dejado atrás.

Toda la familia tenía muy buena opinión de Perseo. Alexios los observaba desde el otro lado del fuego por las noches, aunque no estaba seguro de por qué continuaba apartándose de todos ellos.

Dánae miraba a su chico como si hubiera colgado la luna. Lo cual, considerando lo que Alexios sabía de las madres, encajaba con la descripción del padre cariñoso. Pero incluso Dictis miraba al joven como si su futuro ya estuviera escrito en las estrellas. Trataban a Perseo como si ya fuera un héroe de antaño.

Al final, Alexios no pudo soportarlo más. Tenía que entender de qué se trataba todo este comportamiento, y necesitaba saberlo más temprano que tarde.

Perseo estaba en los muelles, desenredando una red con un nudo impresionante que había visto días mejores. El sol brillaba en lo alto, rebotando en un mar en calma en diamantes radiantes hasta donde alcanzaba la vista.

Alexios se sentó junto a su nuevo amigo y apoyó su brazo sobre su rodilla.

—Tus padres te tratan como si ya fueras un héroe.

—Como deberían. —Perseo no levantó la vista de su trabajo—. Después de todo, soy el hijo de Zeus.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Sí, has dicho eso. Y, sin embargo, me cuesta creer que sea la verdad. No has mostrado señales de ser otra cosa que un mortal normal. —Alexios contempló fijamente al joven, intentando ver a través del rostro.

Si Zeus realmente era el padre de Perseo, cosa que a Alexios le costaba creer, entonces habría algo más allí. Una fuerza, un poder, una habilidad para ver el futuro, tal vez. Algo más que un chico mortal que había crecido con un pescador y una madre que alguna vez fue reina.

Perseo se encogió de hombros.

—No tengo nada que demostrar. Sé quién es mi padre. Yo mismo lo he visto, he hablado con él como pocos han hecho con el rey de los dioses. No necesito que me creas.

La ira ardió en su pecho. Este chico lo había convencido de cruzar el mar, lejos de todo lo que conocía y amaba, todo por una especie de cuento de hadas que se había inventado en su cabeza. En realidad había creído que había algo grandioso en Perseo. ¿Ahora? No estaba tan seguro de que este chico fuera otra cosa que el hijo de un pescador.

Alexios se acercó, sus cejas se fruncieron con intención peligrosa.

—Escúchame, muchacho. Tienes algo que demostrar porque me trasladaste hasta al otro lado del mundo. Lejos de la gente que conocía. Tan lejos de la mujer que amo. Me debes la verdad.

—¿La mujer que amas? —resopló Perseo—. ¿En serio, Alexios? Ahora es sacerdotisa de Atenea, y sabes lo poco que salen esas mujeres. La perdiste hace mucho tiempo, y no pudiste conservarla por mucho que lo intentaras. Si crees que te alejé de ella, entonces estás buscando a alguien a quien culpar por tus propios errores.

Una parte de su mente reconoció que Perseo solo estaba intentando provocarlo. Eran palabras de lucha, aunque no podía adivinar por qué el chico quería pelear con alguien que le doblaba en tamaño.

Debería haber tomado una respiración profunda y alejarse. Alexios podría haberlo hecho con el entrenamiento de su padre resonando en sus oídos. Sin embargo, estaba cansado. Estaba enfadado. Y estaba tan jodidamente hastiado por todas las mentiras.

MEDUSA

EMMA HAMM



No se suponía que debía estar fuera de sus recámaras tan tarde en la noche. Pero Medusa no podía dormir.

Su vida había dado un giro tan brusco en tan pocos meses, y ahora no sabía qué hacer consigo. Aquí estaba en el templo de Atenea, donde siempre había querido vivir. Sus amigas eran hijas de dioses primordiales. Y aún no sentía que todo fuera como quería que sea.

¿Por qué?

Su alma aún no se sentía satisfecha, como si no estuviera bien descansada, pero eso no podía ser cierto. Había trabajado tan duro para llegar aquí, para ser exactamente lo que era ahora.

70

¿Por qué no podía ser feliz?

Así que, se bajó de su catre, se escabulló de las recámaras de las sacerdotisas, y entró en el templo en medio de la noche. Quizás si pudiera rezarle a Atenea, entonces todo se sentiría mejor.

La diosa nunca antes la había llevado por mal camino. Medusa la había adorado durante años, a pesar de que Atenea no era la diosa protectora de su familia. Su madre se había enojado mucho cuando Medusa le dijo que no volvería a rezarle a Deméter.

Pero no quería que una matrona le dijera cómo vivir su vida. Quería una diosa guerrera que la guíe a la batalla y le dé la oportunidad de ser más que la simple hija de un tejedor.

Atenea la había traído aquí. Eso tenía que significar algo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Vagó por los pasillos de mármol blanco, iluminados con antorchas encendidas en cada pilar, y dejó que su mente divagara. Este lugar era ahora su hogar. No entendía por qué no podía sentirse como si lo fuera. Todo aquí era exactamente lo que quería.

Había gente que venía todos los días para hablar con la diosa que tanto amaba. Susurraban peticiones que conmovían su corazón.

—Por favor, deja que mi hijo vuelva a casa sano y salvo.

—Por favor, dale a mi hijo el honor que se merece. Déjalo luchar con el mejor de los héroes de la tierra.

—Mi hijo resultó herido en la batalla. Deja que se cure, porque aún tiene el corazón de un guerrero y quiere seguir luchando en tu nombre.

Tal vez ese era el problema a la hora de la verdad. Todos aquí oraban por sus hijos, y muy pocos susurraban alguna palabra por sus hijas. En cambio, era más probable que visitaran el templo de Afrodita, o tal vez Hera, si su hija estaba atrapada en un matrimonio infeliz.

Medusa nunca había entendido la adoración a Afrodita. Era tan fuerte como cualquier hombre. Podía luchar en la batalla si sus padres se lo permitirían, pero nunca pondrían a una mujer en el campo de batalla. Las mujeres espartanas eran las únicas a las que se les permitía esas vidas, e incluso se las consideraba extrañas.

Suspirando, se apoyó en una columna y cruzó los brazos debajo del pecho. Algo aún no se sentía del todo bien en su corazón. No debería importar que tantas mujeres no tuvieran la vida que querían. Al menos ella había conseguido la vida que quería.

Y aun así...

Unas voces irrumpieron en sus pensamientos. Fueron bajas pero fuertes, emanando del jardín como si hubieran aparecido de la nada.

¿No los habría escuchado antes?

Medusa se acercó con cuidado a los jardines, saltando de columna en columna para mantenerse fuera de vista. Quizás no era la más astuta de las personas, pero esperaba que no la vieran el tiempo suficiente para que escuchara lo que estaban diciendo.

MEDUSA

EMMA HAMM

O al menos ver quién estaba en los jardines de Atenea tan tarde en la noche. Tal vez algunas de las otras sacerdotisas realizaban rituales que se suponía que ella aún no conocía. Tal vez llamaban a Atenea para hablar de todas las grandes cosas que necesitaba que hicieran.

Y allí, en medio de un lecho de rosas, estaba la única persona que había querido ver desde que llegó aquí.

Atenea.

No podía ser nadie más. La mujer medía casi dos metros de altura, hombros anchos y rostro severo. Su cabello estaba suelto alrededor de su cabeza, dorado como los campos de trigo que Medusa había dejado atrás. Llevaba un casco en la cabeza de oro pulido. Resplandecía a la luz de la luna. Una lechuza se sentaba en su hombro, justo al lado del borde afilado de la espada atada a su espalda.

La tela blanca se agrupaba en sus hombros y caía por su cuerpo en una cascada de luz brillante. Tal vez su piel estaba de hecho brillando a la luz de la luna, Medusa no se sorprendería. Después de todo, era una diosa.

72

¿En serio era ella? Después de todo este tiempo, ¿Medusa estaba a punto de conocer a la única mujer que significaba tanto para ella?

Medusa casi salió de detrás de su pilar, pero entonces habló otra voz. Esta era mucho más profunda y sonaba como el rompimiento de las olas contra la orilla.

Un hombre dio un paso adelante. Su piel era tan oscura que era casi azul. Su barba blanca flotaba en el aire, como si aún estuviera bajo el agua. Y sus ojos eran del vívido azul del océano.

¿Poseidón?

Nunca había oído que el dios del mar abandonara su hogar. ¿Por qué estarían ambos aquí, de todos los lugares?

Se hundió en las sombras detrás del pilar, escuchando con atención.

—Escúchame, tío —gruñó Atenea—. No te entrometerás con las mujeres que tengo aquí. Sé que está en tu naturaleza explorar cualquier deseo que puedas tener, pero mis sacerdotisas viven con reglas muy específicas.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Entiendo, Atenea. Me lo dijiste una vez y te escuché. No es necesario repetir las palabras una y otra vez. —Puso los ojos en blanco dramáticamente—. No tengo ningún interés en tocar a una mujer aburrida que te adore.

—Entonces solo puedes venir aquí hasta que encuentres lo que buscas. Hombre necio, no tengo ningún interés en encontrar a tus malditos retoños. —La lechuza en su hombro se erizó ante su tono enojado. Pasó una mano sobre sus plumas erizadas, suavizando la ira de sus alas—. Fuiste quien pensó que era inteligente engendrar un hijo con un mortal.

—Y ahora está causando más problemas de los que vale. Le prometí a Zeus que encontraría al chico y me ocuparía de él. Lo haré. —Se inclinó profundamente—. Por supuesto, con tu ayuda. Me debes una, Atenea.

—La única ayuda que tendrás es un lugar para quedarte. Te irás tan pronto como se solucione este lío. —Enseñó los dientes en un gruñido impresionante—. Te estoy vigilando, tío.

—Sí, sí, eres tan aterradora. Como el dolor de cabeza que te provoca tu padre.

73

Poseidón no parecía intimidado en lo más mínimo por su sobrina. De hecho, si Medusa veía lo suficientemente cerca, parecía estar disfrutando.

Quizás la amenaza de tener que luchar con otro dios era suficiente para excitarlo. Todo lo que hizo fue hacer que Medusa se alejara un paso de los dos y esperar que no la vieran.

No tuvo tanta suerte.

La voz de Atenea atravesó la noche como si le hubiera arrojado una espada a Medusa.

—¡Tú allí! Muéstrate.

Esperó unos segundos a que otra persona saliera de las sombras. Medusa rezó para que otra sacerdotisa se levantara de la cama mucho antes que el resto de ellas y esa otra persona era la que terminó atrapada por los dioses.

MEDUSA

EMMA HAMM

Desafortunadamente, nadie salió de las sombras. Y eso significaba que era a ella a quien le ladraba Atenea. La primera vez que iba a conocer a la diosa que tanto amaba, y sería porque estaba rompiendo las reglas.

Esto era mucho peor que su madre regañándola. Las mejillas de Medusa ardieron cuando rodeó la columna y bajó al jardín.

Los dos dioses se alzaron sobre ella. Atenea la miró con una expresión de decepción que ardió en su corazón y en su propia alma. Su diosa no estaba feliz de encontrar a una sacerdotisa fuera de cama, y peor aún, espiando a dos dioses que estaban teniendo una conversación privada.

Poseidón la observó con demasiado interés en sus ojos. Inclino la cabeza hacia un lado y le sonrió con una amplia sonrisa abierta.

—Pero bueno, ¿quién eres tú?

Su atención debería haber sido considerada un regalo. Uno de los dioses originales y más fuertes la miraba como si fuera interesante. Fueron Zeus, Hades y él quienes habían hecho del mundo lo que era. Fueron ellos los que lucharon contra los titanes y dieron a los humanos la oportunidad de vivir mientras lo hacían.

Intentó decirse que su atención era algo bueno. Que se alegraba que estuviera tan interesado. Pero su piel aun así se erizó de disgusto porque él no podía dejar de mirar sus senos o sus piernas a través de las túnicas que usaba.

Cayó de rodillas ante los pies de Atenea, aclarándose la garganta.

—Mi diosa. Por favor, perdóname por entrometerme. No podía dormir, así que pensé en venir a rezar ante tu estatua.

Al menos eso era cierto. La estatua de Atenea quitándose los zapatos estaba directamente detrás de los dos dioses.

Atenea miró por encima del hombro al mármol hermoso y resopló.

—Sí, a todo el mundo le gusta rezar ante esa. ¿Por qué será, sacerdotisa? —Medusa podría haber balbuceado mil razones.

Pero lo que salió fue:

MEDUSA
EMMA HAMM

—Porque te hace parecer más a nosotros, gran Atenea. Incluso eres lo suficientemente respetuosa como para quitarte los zapatos antes de entrar a un templo.

Aunque la diosa la contemplaba con expresión pensativa, Poseidón era otra historia completamente diferente.

Inclinó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada.

—¿Que los dioses son como tú? ¿Eso es lo que quieren los mortales en estos días?

Dios mío, ustedes son ridículos.

Quiso mirarlo fulminantemente con tanta fuerza que le dolieron los ojos. ¿Cómo se atrevía a reírse de su respuesta? Era la verdad. Por eso tanta gente amaba a Atenea. No era la prístina Afrodita que estaba tan lejos del alcance de los mortales. No era Hera con su comportamiento aterrador y el miedo a insultarla. Atenea era el esfuerzo mortal envuelto en el cuerpo de una guerrera.

Los mortales la adoraban porque era mucho más que una olímpica.

Medusa ignoró a Poseidón, apretando los dientes, y miró a Atenea.

—Es por eso que siempre he pensado en adorarte. Es por eso que tomé el puesto aquí cuando me lo ofrecieron. Para entenderte y acercarme a la diosa que quería emular en cada paso de mi vida.

—Esa es una tarea honorable —respondió Atenea—. Pero temo que eso podría ser imposible para ti, pequeña.

—¿Por qué lo dices? —Medusa casi no quiso hacer la pregunta. No quería saber lo mucho que le faltaba para convertirse en una mujer como Atenea.

La diosa se arrodilló ante ella, una rodilla en el suelo y la otra apoyándole el codo.
Se acercó y apoyó un dedo calloso en la barbilla de Medusa.

Atenea inclinó su cabeza hacia un lado de modo que la luz de la luna pudiera jugar con sus rasgos.

—Una mujer tan hermosa como tú debe saber que tal belleza es tanto un regalo como una maldición. Los guerreros se construyen a partir de lo feo y lo fuerte. La belleza es una debilidad, querida, y tú eres una de las más débiles que he visto en mi vida.

MEDUSA

EMMA HAMM

La mezcla de cumplidos e insultos fue demasiado para su mente. La boca de Medusa se abrió, y luego se cerró.

Quiso argumentar que aún podía ser una mujer fuerte. La batalla no requería que nadie sea feo o cruel. Se requería gente con corazón y necesidad de justicia. Al menos, eso era lo que anunciaban todas las historias de héroes.

Atenea soltó su barbilla y se puso de pie. Se unió a su tío, uno al lado del otro, y los dos dioses la miraron con piedad y hambre ardiente a partes iguales.

—Deberías regresar a tus aposentos, sacerdotisa. No es seguro para una mujer como tú estar sola.

Medusa se puso de pie y se alejó del jardín corriendo. El sonido de sus pies resonando en su cabeza como el ritmo constante de unos tambores. Los dioses no la querían cerca de ellos, pero más que eso, ahora no quería estar cerca de ellos.

Después de todo el tiempo que había pasado adorándolos, ahora temía a los dioses. No por sus poderes. No por su crueldad.

Sino por lo que podían hacerle.

77

Sacó una de las redes del bote de Dictis y la dejó en el suelo para que se secara. Las cuerdas se habían deshilachado en los bordes de las afiladas aletas cortantes del pescado que pescó. Alexios le preguntaría si podía arreglar esta, así como la red actual en la que

MEDUSA

EMMA HAMM

estaba trabajando. No les quedaban muchas más redes, y Dictis necesitaba todas las que pudiera conseguir.

Escuchó un grito en la distancia. El grito fue tan fuerte que un grupo de cuervos estalló en el aire. Demasiados de ellos para un buen augurio.

Alexios inhaló profundamente. La voz sonaba como Perseo, pero eso no podía ser correcto. El chico era hijo de Zeus. Nada podría hacerle daño.

Otro grito cortó el aire, esta vez seguido por el largo y prolongado sonido de su propio nombre.

—¡Alexios!

Soltó la red y se alejó corriendo del mar. Sus piernas lo llevaron más rápido de lo que jamás había corrido, y aun así no fue lo suficientemente rápido para su propio gusto.

La familia lo necesitaba. Perseo lo necesitaba, y estaría condenado si decepcionaba a su hermano por ser demasiado lento.

Alexios patinó por la esquina del camino y se detuvo frente a la casa donde Perseo se arrodillaba ante la puerta. El joven tenía sus brazos alrededor de su torso, balanceándose de ida y vuelta mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Un horrible grito agudo escapó ahora de sus labios. No tan fuerte como antes. Dánae estaba en la puerta, viendo hacia la casa con una mirada desesperada en sus ojos.

¿Dónde estaba Dictis?

Su estómago cayó a sus pies cuando se dio cuenta que la figura del padre anciano no estaba saliendo de la casa. Ahora no. Nunca más.

Se acercó a Perseo y puso su mano sobre el hombro de su amigo.

—¿Qué pasó?

Perseo levantó la vista hacia él, sus ojos rojos inundados con lágrimas, y trató de balbucear alguna respuesta. Las palabras fueron confusas, y estaba demasiado perturbado para darle a Alexios una respuesta razonable. A pesar de lo fuerte que era el chico, no estaba preparado para perder la figura paterna en su vida. Alexios sabía lo poco preparados que estaban para ese momento.

Le dio una palmada en el hombro a Perseo y se acercó a Dánae.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Mi señora? —preguntó, su voz suave—. ¿Qué pasó?

—Estaba bien —susurró—. Estaba un poco cansado de trabajar al sol toda la tarde, pero no se quejó de dolores ni molestias. Dijo que iba a tomar una siesta. Eso fue todo.

Tan similar a su propio padre. Alexios ya podía adivinar lo que había sucedido. Dictis probablemente se había sentido mal por un tiempo, pero no se lo había dicho a su familia porque era mayor y no quería que se preocuparan.

Un corazón es algo muy frágil si no se le cuida adecuadamente.

Suspiró y cuadró los hombros.

—Dánae, vete. Lleva a Perseo a un lugar donde pueda calmarse.

Se llevó un trozo de tela a los labios y negó con la cabeza.

—Tenemos que encargarnos de él. No podemos dejarlo así, Alexios, se merece algo mejor que eso. Después de todo, lo dio todo para que estemos aquí...

—No estoy diciendo que lo dejen aquí —respondió Alexios. La atrajo hacia su pecho y la abrazó con fuerza—. Dánae, me ocuparé de él. Ustedes dos deben alejarse de esto y dejar que sus corazones descansen. Lo prepararé, y esta noche lo enviaremos en su bote. Justo como él habría querido.

Sacudió la cabeza contra su hombro, sus resoplidos empapando su piel.

—No puedo pedirte que hagas eso. No después de lo que le pasó a...

Sabía lo que ella no podía decir. Que había perdido a su propio padre tan recientemente y que ver esto podría ser demasiado difícil para él.

No lo era, extrañamente. Este momento ya era catártico para él porque sabía qué hacer. Sabía cómo preparar el cuerpo, y cómo colocar las monedas en sus ojos correctamente. Alexios sabía cómo enviar a un ser querido a las aguas del Hades, y su tiempo con Dictis y Dánae le había dado la oportunidad de aprender una lección importante.

Volvería a ver a todas estas personas en los Campos Elíseos. En lo más profundo de sus huesos, sabía que su padre y Dictis fueron hombres buenos y ahora, todo lo que tenía que hacer era esforzarse por ser también bueno. Si vivía una vida honorable, los volvería a ver sin dudarlo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Tal conocimiento hizo que fuera más fácil dejarlos ir. No era una despedida por siempre. Solo era una despedida por ahora.

Se apartó del abrazo de Dánae. Sus ojos estaban tan rojos como los de Perseo, pero al menos intentó sonreír cuando lo miró a los ojos.

—Gracias, Alexios. No sé qué haríamos si no hubieras entrado en nuestras vidas.

—Imagino que estarían igual de bien —respondió con una sonrisa—. Pero espero facilitarles las cosas. Ese es mi único objetivo.

—Lo haces. —Sus rasgos hermosos estaban deformados por las lágrimas, pero aún se veía deslumbrante. No creía que Dánae pudiera verse fea, incluso en las peores circunstancias—. Me llevaré a Perseo. Necesita tiempo.

—Déjalo llorar —respondió a medida que entraba a la casa—. Es importante dejarle sentir esto.

Ella echó un vistazo a su hijo, luego de vuelta a él. Alexios sabía cómo se veía en la puerta, corpulento y más grande que lo normal. Pero también un hombre que había manejado antes estas emociones y salió al otro lado como una persona más fuerte.

80

Dánae le dio un asentimiento brusco.

—Sí, creo que tienes razón. Es importante que sienta este dolor.

Esperó hasta estar seguro de que se hubieron ido antes de darse la vuelta. Dictis yacía en la cama con las manos ya dobladas sobre el pecho, en paz y relajado.

Una vez más, Alexios tuvo la sensación extraña de que este no era el hombre al que había llegado a respetar tanto. No era la misma persona, solo un caparazón que había sido dejado para que aquellos a quienes amaba lloren.

—Vamos a prepararte para descansar, mi querido amigo —murmuró.

Alexios levantó el cuerpo del anciano en sus brazos y lo llevó al agua. Allí, lavó a Dictis como deberían haberlo hecho sus amigos más queridos. Limpió la suciedad de cada centímetro de su piel, después regresó a su casa para recoger su mejor ropa. Alexios lo vistió, lo colocó dentro de su propio bote, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Descansarás durante muchos años —murmuró—. Pero tu familia volverá a verte. Te juro que, cuidaré de tu hijo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Y Perseo era el hijo de Dictis. Sin importar qué semilla o lluvia dorada hubiera venido de Zeus, Perseo era el hijo de Dictis. Nadie lo convencería de lo contrario.

Alexios esperó allí junto al agua hasta que Perseo y Dánae se unieron a él. Ambos tenían expresiones de tristeza a juego, pero al menos ya no lloraban. Sus ojos estaban rojos. Sus manos temblando, pero se pararon a su lado y juntos enviaron a Dictis al Inframundo.

Cuando llegó el momento de empujarlo al mar, Alexios metió la mano en el bolsillo y sacó sus dos monedas restantes. Monedas de oro que enviarían a Dictis a las partes adecuadas del Inframundo.

Dánae lo agarró del brazo con un jadeo suave.

—Alexios, no. Necesitas ese dinero al igual que nosotros. Es un simple pescador, podemos despedirlo con plata.

Pensó en lo acogedora que había sido la familia cuando se unió a ellos. Recordó la sonrisa suave que siempre mostraba Dictis cuando miraba a Perseo porque amaba a su hijo mucho más que a cualquier otra cosa en su vida.

Alexios sabía que este hombre valía las monedas. No eran más que piezas de metal. Pedazos del mundo mortal que todos tenían que dejar ir, sin importar cuánto quisieran quedarse aquí.

—Son para él —respondió. Tomó sus manos entre las suyas y las apretó, luego deslizó las monedas en sus palmas—. Nunca fueron para nadie ni para nada más, Dánae. Se merece la bienvenida de un héroe al Inframundo, y es un honor para mí asegurarme que la reciba.

Su mirada se suavizó. Miró al pescador que la había acogido a ella y a su hijo cuando nadie más había querido una mujer joven con su bebé resplandeciendo como la luz del sol. Conocía la risa estruendosa de Perseo y se preguntó qué tan extraño le había parecido de niño. Si su risa retumbante había sonado como un trueno y si la gente había sabido de inmediato quién era. De dónde había venido.

Se había necesitado un pescador, no un rey, para ver el valor de Dánae y su hijo.

Y el pescador había resultado ser un hombre bueno.

MEDUSA

EMMA HAMM

Se metió en el agua, la tela blanca de sus túnicas flotando encima como espuma de mar. El cabello de Dánae se agitó con un viento repentino que empujó contra la popa del bote, intentando empujarlo hacia el mar.

Alexios tuvo que preguntarse si incluso los dioses estaban participando en el entierro de Dictis. Del hombre bondadoso que los había adorado hasta el día de su muerte.

Miró hacia el cielo nublado y se alegró de ver que el sol se había dividido en el horizonte. Hoy el cielo estaba hermoso, un telón de fondo perfecto para que el alma de un hombre bondadoso descansara.

Dánae colocó las monedas en cada ojo gentilmente. Se inclinó, y le dio un beso a ambas monedas de metal, luego le susurró algo al oído a Dictis que ni Alexios ni Perseo pudieron oír. Entonces, esta hermosa mujer fuerte empujó el bote hacia las olas.

Mientras estaba allí, con sus túnicas blancas arremolinándose en el agua alrededor de sus muslos, Alexios alcanzó a su hijo. Envolvió un brazo alrededor de los hombros de Perseo y se mantuvo firme hasta que el chico finalmente cedió.

Toda la tensión desapareció de sus hombros y se relajó contra Alexios con un pesado suspiro de pesar.

—¿Cómo soportaste esto? —le preguntó, su voz aún cargada de emoción—. ¿Cómo sufriste una pérdida tan grande y continuaste?

Alexios intentó pensar en la respuesta. Quería darle al chico la sabiduría que lo llevaría por el resto de su vida. Palabras que reforzarían su valor y le darían una razón para continuar.

Pero todo lo que pudo pensar fue:

—Simplemente lo haces.

La expresión de Perseo se endureció. Contempló las olas y repitió las palabras como si tuvieran el significado del mundo dentro de ellas.

—Simplemente lo haces.

MEDUSA
EMMA HAMM

Recordó la forma en que sus ojos se habían detenido en su pecho. No le había parecido muy amable, ni le había parecido el dios que siempre había pensado que era. De hecho, todo lo que Poseidón había hecho fue hacerla sentir incómoda.

—En realidad, no.

Quizás era algo en su tono lo que hizo que Esteno frunza el ceño. O tal vez su amiga la conocía lo suficientemente bien como para entender cuando algo andaba mal.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no quieres verlo?

Exhaló un suspiro largo y se apartó el cabello de la cara.

—Esteno, no pasó nada. Sabes que te lo diría si hubiera pasado algo.

Pero había experimentado algo extraño. Quería preguntarle a Esteno si así era como eran todos los dioses. Seguramente su hermana y ella habían conocido a algunos de ellos. Sus padres se encontraban entre el mismo tipo de criaturas que Poseidón y Atenea.

Quería saber si todos eran tan de otro mundo que parecían crueles. Quería saber si mirarlos hacía que Esteno se sintiera pequeña y débil. Pero sobre todo, quería saber si su instinto le había dicho lo correcto sobre Poseidón.

Que nunca debería estar sola con él.

Era una tontería siquiera pensar así. Poseidón era un olímpico. Había luchado contra los titanes para crear un espacio mejor en el que vivieran los mortales. Y aunque a veces sentía como si las mujeres hubieran sido olvidadas de esa salvación, al menos no tenía que vivir con gigantes vagando por la tierra que devoraban a cualquier humano a la vista.

Le debía toda la amabilidad y lealtad que pudiera reunir. Este miedo en su pecho solo era la reacción natural de una mujer mortal encontrándose por primera vez con un dios. Nada más. Nada menos.

—Supongo que tienes razón —respondió finalmente—. ¿A dónde vas con esos?

—A Poseidón. —Esteno sonrió y le tendió la canasta—. Pero si quieres ver a tu primer dios y conocerlo, te sugiero que tú misma le lleves esta canasta. Terminaré aquí de modo que puedas tomarte tu tiempo. Los dioses del mar a veces son un poco abrumadores, pero siempre me han parecido más amables que la mayoría.

MEDUSA

EMMA HAMM

Medusa tomaría su palabra. Si Esteno pensaba que era digno de confianza, por supuesto que lo vería. Esteno era más protectora que nadie que hubiera conocido. Tenía que ser seguro estar cerca de Poseidón.

Tomó la canasta y descartó la sensación de malestar revolviéndole el estómago. Tenía que controlarse o Poseidón vería su debilidad, justo como lo había hecho anoche.

No pasaría nada. Todo lo que estaba haciendo era llevarle algo de comer. Eso era algo bueno, ¿no?

Salió del templo sacudiendo la cabeza, y bajó al pabellón pequeño preparado para los dioses. A ningún mortal se le permitía entrar en este lugar, a menos que hubiera un dios aquí que los convocara. Probablemente Poseidón no habría elegido a una sacerdotisa en particular para atenderlo. Por lo tanto, aquí estaba ella. Rezando para que no se sintiera tan incómodo como esa noche.

Poseidón descansaba cerca de una fuente pequeña en el centro del pabellón. Pasó los dedos por las aguas y la magia saltó al aire. El líquido tenía la forma de un pez cristalino, imposible de ser real y, sin embargo, la magia que ejercía lo hacía más real que un pez real.

85

Tragó con fuerza y pisó las baldosas de piedra.

Se giró, como si tuviera orejas de murciélago, y la miró de arriba abajo con ojos vagos.

—¿Qué sacerdotisa viene a traerme mi comida?

No quería decirle su nombre. El solo pensamiento de una palabra tan personal en sus labios hizo que se le erizara la piel. No merecía saber su nombre, y ciertamente no estaba obligado a llamarla de otra manera que no fuera sacerdotisa.

La miró con expectativa en sus ojos. Y Medusa se dio cuenta que no tenía otra opción.

—Medusa —refunfuñó entre dientes—. Le he traído higos y dátiles.

—Ah, sí, el único alimento mortal que se acerca al néctar de los dioses. —Le hizo un gesto con la mano—. Acércate. Quiero ver tu cara bonita.

Se acercó a la fuente temblando, y dejó la canasta en el borde.

—Tengo trabajo que hacer. Me temo que no puedo quedarme mucho tiempo.

MEDUSA
EMMA HAMM

—La suma sacerdotisa lo entenderá. Tu trabajo no es solo asistir al templo, tu trabajo es asistir a los dioses. —Se enderezó y su barba ondeó alrededor de su rostro—. ¿No soy uno de los dioses?

—Sí —susurró—. Es uno de los dioses más grandes, si mal no recuerdo.

—Sí. Mis hermanos y yo somos la única razón por la que ustedes, los mortales, tienen un hogar. Un lugar donde pueden estar a salvo sin preocuparse de que los gigantes se coman sus huesos. —Se acercó y tocó su mejilla con un dedo. Lo recorrió desde el pómulos hasta la barbilla, después alzó su cabeza hacia el sol—. Qué bonito. Siempre olvido la suavidad de la piel de las mujeres mortales hasta que veo a una de ustedes nuevamente.

Intentó con todas sus fuerzas tragar la bilis acumulándose en su garganta. Su estómago se revolvió, y deseó poder huir desesperadamente de este dios y su toque demasiado familiar. Pero era una sacerdotisa que servía, y Medusa no estaba segura de poder irse.

Entonces, en lugar de huir de su toque como quería, Medusa se quedó congelada en su agarre.

—Imagino que no hay muchas mujeres mortales donde vive.

Se rio entre dentes.

—¿Dónde crees que vivo, sacerdotisa bonita?

—¿El océano? —Después de todo, era el dios del mar. Solo podía asumir que pasaba la mayor parte del tiempo allí entre los peces y las criaturas marinas que lo necesitaban.

Poseidón echó la cabeza hacia atrás y rio. El estruendo de sus carcajadas arañó sus oídos. No era un sonido en lo más mínimo de alegría. Podría argumentar y decir que su risa estaba llena de crueldad en lugar de alegría.

Cuando finalmente se calmó una vez más, soltó su cara y se sentó de nuevo en la fuente.

—¿Es ahí donde los mortales creen estos días que vivo? Qué pintoresco. No, querida. Vivo en el Monte Olimpo con todos los demás dioses. Pero aún quedan muy pocas mujeres mortales que escalan la montaña para disfrutar de nuestra compañía.

MEDUSA
EMMA HAMM

¿El Monte Olimpo? ¿Por qué iba a vivir allí? Siempre había oído que los dioses vivían donde estaba su gente. Por eso Deméter estaba aquí en el reino de los mortales y era tan fácil de contactar con granjeros y trabajadores.

¿Por qué Poseidón no hacía lo mismo? Obviamente, su gente era un poco diferente. Los pescadores lo adoraban a él y a los demás dioses del océano, pero también había ninfas y náyades que necesitaban su atención.

Quizás sus pensamientos se reflejaron en sus rasgos. La estaba observando con demasiada atención para el gusto de Medusa.

—Crees que me equivoco al vivir en el Monte Olimpo, ¿no? —preguntó.

No iba a jugar con él. Si pisaba la línea, Poseidón podría hacer algo mucho peor que solo tocarla. Podía hacer que la echen del templo para siempre, y entonces tendría que arrastrarse de regreso a su familia con la esperanza de que incluso la dejaran regresar.

Tragó pesado y negó con la cabeza.

—No. Creo que los dioses tienen todo el derecho a vivir donde quieran. Mi opinión de todo eso no importa.

—Ah, pero tienes una opinión. —Sus ojos veían demasiado. Era incómodo, como si pudiera despegar las capas de su mente y ver exactamente lo que estaba pasando dentro de su cabeza—. ¿Sabes lo raro que es que una mujer tenga una opinión?

Lo hacía, pero una vez más, Medusa no le dijo nada en absoluto.

Aunque, podría ya haber sobrepasado la línea. Poseidón se humedeció otra vez sus labios, mirándola de arriba abajo como si ya la estuviera desnudando.

—Curioso —murmuró—. Ahora que te miro, me pareces bastante familiar.

No. No podía recordar que era la sacerdotisa del jardín. Entonces ¿no solo estaba rompiendo las reglas sino también teniendo opiniones? Destacaría demasiado entre la multitud.

Medusa dio un gran paso atrás.

—Nunca antes nos habíamos conocido, lord Poseidón. Solo me dieron la tarea de traerle fruta porque otra sacerdotisa no pudo hacerlo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿En serio? —Se puso de pie nuevamente, siguiéndola a cada paso mientras intentaba alejarse de él—. Creo que te reconozco de hace unas noches. Sí, eso es. La pequeña sacerdotisa deambulando por los jardines después de su hora de dormir.

—Esa no era yo. —Medusa sintió que su espalda golpeó una columna del templo—. Nunca salgo de mi habitación después del anochecer, no es seguro.

—No, no es para nada seguro. —Apoyó un brazo sobre su cabeza y levantó la otra mano para acunar su mandíbula—. Pero no eres el tipo de joven que disfruta de la seguridad. ¿Verdad, Medusa? No eres para nada como las otras sacerdotisas. —Estaba atrapada.

La columna se presionó contra su espalda con tanta fuerza que dolió. Su mano contra su rostro no era bienvenida, pero no podía decírselo. El olor salado de su aliento llenó sus pulmones y no pudo alejarse de él.

Era demasiado grande. Demasiado poderoso. Y era un dios.

Ella solo era una mujer mortal. Tenía que dárselo, sin importar lo que él quisiera. ¿Así no era la regla?

88

No, ya no podía sufrir por esto. Sin importar lo mucho que la asustara, era lo suficientemente fuerte para superar esto.

—Ahora me gustaría volver a mi trabajo —susurró, su voz quebrada por el miedo.

—Oh, eso no es muy amable. Nos estábamos conociendo. Quédate conmigo. —Se inclinó mucho más cerca. Podía sentir la presión suave de sus labios contra su mejilla, arrastrándose hacia el largo pilar de su cuello—. ¿No quieres saber a qué sabe un dios?

Todo su cuerpo se estremeció de miedo. Podía tomar lo que quisiera.

Seguramente lo sabía.

Pero no estaba segura de sobrevivir a eso.

Medusa tragó y repitió:

—Ahora me gustaría volver a mi trabajo. Por favor.

La soltó con un bufido de disgusto. Poseidón se apartó y caminó hacia la fuente, adaptándose como un borracho común.

—Está bien, de acuerdo. Si eso es lo que quieres, Medusa, entonces puedes irte.

No se detuvo a preguntar por qué la estaba dejando correr, o incluso qué le había hecho cambiar de opinión. Se giró y salió disparada del pabellón.

90

Suspiró una vez más, y luego se sacudió. A estas alturas estaba estancándose, todo porque no quería molestar a la familia que lo había acogido. Quizás aún había una parte de él que temía que lo echen.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Eso no es lo que estoy intentando decir...

Perseo lo interrumpió, esta vez con una palmada sólida de su mano contra el brazo de su silla. El sonido resonó en el aire y silenció cualquier otra palabra que Alexios pudiera haber dicho.

Esta vez fue Dánae quien se inclinó hacia adelante. Su movimiento silenció a los dos jóvenes de su casa.

—He sido convocada por Polidectes. ¿Reconoces el nombre?

Vagamente. Alexios estaba seguro de haberlo oído antes, aunque no podía precisar por qué ni cuándo. El nombre retumbó en sus oídos, rodando en su mente.

—No —respondió—. No lo reconozco.

—Quizás Dictis nunca te contó de su propio linaje. —Se reclinó en su silla y se mordió las uñas—. Verás, Dictis no solo era un pescador. Era el hermano del rey. Polidectes gobierna toda la isla, y me ha convocado para atenderlo.

¿Eso no era algo bueno? Alexios frunció el ceño y miró entre ellos.

—¿El rey quiere verte? ¿Eso no sería lo mejor para toda la familia? Podría ayudarnos.

92

Perseo desplegó sus labios en un gruñido.

—No. Polidectes es todo lo malo donde mi padre era todo lo bueno. Este rey es cruel y de mal genio. Sé que quiere que mi madre lo vea simplemente porque quiere reclamar lo que su hermano siempre tuvo. Dictis nunca se casó con mi madre, pero eso no la salvará de la obsesión de Polidectes por ser mejor que mi padre.

—Hijo —reprendió Dánae—. No sabemos si eso es lo que quiere.

—Sí. —Perseo la fulminó con la mirada—. Puedes negar eso todo lo que quieras, madre. Pero ambos sabemos dónde está la mente de Polidectes. Una vez antes te casaste con un rey, y ahora quiere que lo hagas de nuevo. —El silencio resonó en su pequeña casa.

Alexios aún estaba confundido. Si Dánae se casaba con un rey, todos sus problemas se resolverían. Y ciertamente se pensaba que la mayoría de los reyes eran de mal genio. A nadie le iban a gustar todas las decisiones tomadas por cualquier gobernante. Por eso se mantuvo al margen de esas conversaciones.

MEDUSA

EMMA HAMM

Y Dánae era su propia mujer. Si quería ir a ver a ese Polidectes, entonces debería permitírselo. El hecho de que él fuera el hermano de Dictis, con quien ella nunca se casó, no significaba nada para Alexios.

Quizás esta discusión tenía más que ver con el chico que con Polidectes.

Miró a Dánae y vio que ella no cedería en este asunto. Quería escuchar la súplica de este rey. Y si ese era el caso, entonces ¿quiénes eran para detenerla? Era una mujer adulta. Tenía más madurez y comprensión del mundo que Perseo y él juntos.

—Creo que debería ir —dijo.

Perseo lo señaló con un dedo en su dirección.

—Alexios, no tienes nada que decir en esto.

—Sí, lo hace. —Interrumpió Dánae—. Es parte de esta familia. Perseo, lo recibiste con los brazos abiertos, no puedes quitarle eso solo porque no está de acuerdo contigo. También creo que debería escuchar lo que Polidectes tiene que decir. Y si eso solo es para confirmar sus temores, que así sea. Volveré una vez que sepa lo que quiere.

Perseo se puso de pie tan rápido que derribó la silla detrás de él.

—Si ustedes dos quieren hacerlo de esa manera, entonces está bien. Madre, recuerdo lo que dijo mi padre de su hermano y sé que te arrepentirás. Marca mis palabras.

Luego salió de la casa sin decir otra palabra a ninguno de los dos.

Alexios miró a Dánae y suspiró.

—Entonces, ¿cuándo te vas?

—Mañana enviaré un mensajero. —También se puso de pie, aparentemente lista para irse a la cama—. Ya dije que iría. No se trataba de pedirle permiso a mi hijo, sino de decirle que estaba haciendo lo que tenía que hacer por esta familia.

—Entiendo.

Y lo hacía. Las dificultades caían con frecuencia sobre los hombros de las mujeres. Estaba siendo una madre ejemplar, y una persona segura de sí misma que podía manejar las necesidades de su propia familia. El hecho de que Perseo no lo viera, no cambiaba la cantidad de valentía que ya había mostrado.

MEDUSA

EMMA HAMM

Alexios la despidió al día siguiente con un abrazo y la promesa de que cuidaría de su hijo. Dánae acunó su mandíbula y le sonrió a la cara.

—Sé que lo harás, Alexios. Siempre lo has cuidado muy bien. No sé por qué te envié Dios a nuestras vidas, pero estaré agradecida eternamente.

La calidez de su amor y comprensión llenó su corazón casi a reventar. Por eso estaba allí cuando Perseo regresó dos días después.

El chico estaba cubierto de tierra y sus nudillos estaban manchados de sangre. Alexios sabía que era mejor no preguntar lo que había sucedido y, en su lugar, todo lo que preguntó fue:

—¿Ya terminaste?

Perseo le dio un asentimiento rápido, después desapareció para limpiarse. Solo entonces regresó y se sentó con Alexios junto al fuego una vez más.

—¿Madre aún no ha regresado?

—No.

—Entonces Polidectes la quiso por esposa.

¿Otra vez esto? El chico era peor que un perro con un hueso.

Alexios negó con la cabeza.

—No puedes saber eso con certeza. Tenemos que esperar hasta que tu madre regrese para tomar alguna decisión.

—Conozco a Polidectes. Padre me dijo más de lo que le dijo a madre. Sé de la oscuridad en el corazón de ese hombre, y todas las cosas horribles que ha hecho en su vida. Quiere que madre sea su esposa, no solo por su hermano, sino porque una vez fue reina. — Perseo se llevó una mano a la cabeza como si un dolor de cabeza se hubiera fraccionado entre sus ojos—. Padre nunca debió haberle contado sobre la historia de mi madre. Debí haberla dejado seguir siendo una mujer sin nombre y en desgracia que había encontrado en medio del mar.

—¿Por qué no lo hizo? —Alexios sintió curiosidad por esta parte de la historia, incluso si pensaba que era poco probable que Perseo tuviera razón.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Al primer marido de mi madre le dijeron que un hijo falso lo mataría. Cuando mi madre me tuvo, y claramente no era su hijo, entendió que la profecía era cierta. —Perseo hizo una pausa y se humedeció los labios—. Por eso fuimos arrojados al mar. Y cuando padre nos acogió, Polidectes quiso echarnos como meros plebeyos que no tenían derecho a estar aquí. Dictis no pudo soportar el insulto.

Eso sonaba como al Dictis que conoció. El hombre nunca podría soportar tal insulto a las personas que amaba.

—Ah —respondió Alexios—. Entonces Polidectes sabe que es una reina de renombre a la que le robaron un trono. Algo bastante atractivo para un hombre que desea poder.

—En efecto. —Perseo miró las llamas fijamente, sus músculos rebotando en su mandíbula—. No podemos dejar que caiga en sus manos. El hombre es cruel y desalmado. Golpeará a mi madre hasta convertirla en papilla, hasta que no quede nada de ella que tú o yo reconozcamos.

Alexios se enderezó con el ceño fruncido.

—¿Crees que va a brutalizar a tu madre?

—Creo que lo hará algo mucho peor que eso. —El joven cerró sus manos en puños.

Unos puños que Alexios sabía que podían matar a un hombre de un solo golpe. Perseo probablemente se estaba imaginando terminando esta batalla con un derramamiento de sangre e ira. Pero esa no era la forma de hacerlo.

—Perseo, no puedes matar a un rey. —Alexios se inclinó hacia adelante y puso una mano sobre los puños de Perseo—. Debemos hacer esto a la manera de la nobleza y los dioses, no como hombres mortales. Ahora tienes que pensar como tu padre de sangre. Derrocarás al rey de su trono como solo puede hacerlo el hijo de un dios.

Los ojos del chico se despejaron de la rabia roja por unos momentos. Se encontró con la mirada de Alexios con una sonrisa aguda.

—Sí. Creo que podríamos derrocar a un rey de su trono. Juntos. Tú y yo iremos a la ciudad y hablaremos con Polidectes. Le llevaremos su fin.

Bueno, eso no era lo que quería decir Alexios.

—Y solo soy el hijo de un pescador. Pero estamos a punto de convertirnos en héroes, mi amigo. Nuestros nombres se escribirán en libros de cuentos para las eternidades venideras.

97

Este era uno de los trabajos más honorables que podía conseguir una sacerdotisa. El acto de alimentar a las serpientes demostraba su propia piedad y dedicación a la diosa Atenea.

MEDUSA

EMMA HAMM

¿Qué esperaba Medusa? El otro símbolo de Atenea era el búho, y ese pájaro también se alimentaba de ratones. La suma sacerdotisa probablemente tenía miles de diminutas criaturas peludas viviendo en jaulas, esperando hasta que fueran alimentadas con alguna criatura u otra. Sabía que también había un aviario en algún lugar de la ciudad que honraba las costumbres de Atenea.

No podía ser tan inocente. No cuando estaba convirtiéndose en sacerdotisa de una diosa de guerra.

Así que se obligó a quitarse los dedos de las orejas. Los chillidos de los ratones ya se habían detenido, y por eso, exhaló un suspiro de alivio.

—¿Sientes lástima por algo tan pequeño? —La voz vino de las sombras. Era profunda y retumbó como el océano durante una tormenta. Rompiendo sus sentidos y silenciando todos los pensamientos en su cabeza.

Se quedó sin aliento. Poseidón estaba detrás de ella, y estaba aquí en la parte más alejada del templo. Sola. Nadie acudiría en su ayuda. Nadie intentaría siquiera ver dónde estaba durante mucho tiempo.

98

Había ido a alimentar a las serpientes. A veces eso tomaba horas mientras se suponía que debía ver a todas y cada una de las cobras alimentarse de los ratones. La suma sacerdotisa le había dicho a Medusa que se tomara su tiempo para asegurarse que cada uno de los animales estuviera satisfecho con su ofrenda.

Su corazón palpitó con fuerza en su pecho. Se le revolvió el estómago y pudo saborear el sabor amargo de la bilis en su lengua. Una parte de su mente sabía que estaba en grave peligro, y que debía moverse. Irse. Correr.

Pero no podía. Porque él era un dios y ella solo una sacerdotisa.

Medusa tragó una bocanada de aire antes de responder:

—Lord Poseidón. ¿Qué está haciendo aquí?

Salió de las sombras profundas detrás de una columna. Llevaba el quitón cerrado a la altura del hombro, su pecho desnudo era amplio y resbaladizo. Su barba aún se movía alrededor de su rostro, ondulando en un patrón de movimiento nauseabundo.

Extendió la mano y pasó los dedos por los mechones dorados de su cabello.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Fascinante —murmuró—. Tu cabello es como el oro. ¿Lo sabías?

—Sí, alguien lo ha dicho antes. —Dio un gran paso atrás—. No sé por qué siente el derecho a tocarme así, lord Poseidón. No tengo ningún interés en aceptar su atención.

—¿Y por qué no?

Algo ardió en sus ojos. Algo oscuro que hizo que su corazón se retorciera.

Dio otro paso atrás.

—No quiero que nadie me toque. Por eso me convertí en sacerdotisa de Atenea. Sin embargo, hay muchas sacerdotisas aquí a quienes estoy segura que les encantaría pasar tiempo con usted.

—Ah. —Asintió sabiamente—. Pero no quiero a ninguna de ellas.

Y ahí estaba. Flotando en el aire entre ellos. Él la deseaba. Ella no lo quería.

Medusa se dio cuenta de repente que, lo que vendría después cambiaría su vida para siempre. No sería la misma mujer, sin importar el paso que eligiera. Pero ahora todo estaba en sus manos. Su futuro. Su destino. Su cordura.

Él también lo sabía.

Poseidón cubrió la distancia entre ellos con una velocidad anormal. Envolvió un brazo alrededor de su cintura y tiró de ella firmemente contra su pecho.

Ella golpeó sus palmas contra su piel cálida, pero eso no lo detuvo en absoluto.

Le sonrió.

—Tú y yo nos vamos a conocer muy bien.

—Ahora me gustaría irme —susurró.

—No.

Sus labios descendieron sobre los de ella y odió cada momento. Quiso separarse, pero no podía luchar contra el agarre de hierro de sus brazos. La rodeó. Tragándola entera hasta que no quedó nada de Medusa. Era una marioneta para que él jugara. Solo un saco de huesos y carne que cumplía su intención.

Y cuando la acostó en el suelo, sintió que se alejó de esta cosa horrible que le estaba sucediendo. No debería haber sucedido. Ni siquiera se suponía que debía alimentar a las

MEDUSA
EMMA HAMM

serpientes y, sin embargo, aquí estaba. En el lugar equivocado con la persona equivocada que solo quería lastimarla.

Sus manos estaban magullando sus hombros, estómago y muslos. No era amable, como siempre había oído que podían ser los hombres. Su madre siempre había dicho que buscara a alguien que fuera amable y estuviera dispuesto a dar mucho más de lo que tomaba.

Él le abrió los muslos, y ella desapareció en su mente. Dejando la realidad a un lado de lo que estaba sucediendo y sumergiéndose en un futuro en el que no estaba aquí en absoluto.

La mente de Medusa la llevó a un lugar más tranquilo. Uno en el que nunca había elegido ser sacerdotisa de Atenea. Un futuro en el que se había asentado con un marido estable que llegaba a casa oliendo a metal y humo.

Él llegaba tarde a casa. Como hacía siempre, porque mucha gente necesitaba un herrero a todas horas de la noche. Ella se había acostado antes que él. Por eso estaba acostada, y por eso le acariciaba la cara con tanta ternura que le lloraban los ojos.

Sí, por eso estaba llorando.

—Medusa —susurró Alexios—. Despierta, mi amor.

Dioses, lo extrañaba. Lo extrañaba tanto que se le cerró la garganta y se le atascó el aliento en los pulmones.

Pero eso tenía poco sentido. Ya estaba aquí con él, y Alexios nunca la dejaría. Sin importar lo que pasara o lo que estaba pasando.

La amaría hasta el fin del mundo porque así era él.

—Lo siento, llegué tarde —dijo. Su voz una canción de cuna y un bálsamo para su alma que se estaba rompiendo por las costuras—. Sé que no te gusta preocuparte por mí.

—No estaba preocupada —respondió—. No estaba preocupada por ti, en absoluto. Nunca tengo que preocuparme por dónde estás o qué estás haciendo.

Porque era bueno. Era todo lo bueno en este mundo, todo envuelto en un cuerpo que era como un martillo y, aun así, ejercía esa fuerza con gentileza y humor. Era un hombre bueno.

MEDUSA

EMMA HAMM

Quizás uno de los últimos.

Su visión de Alexios acarició su cabello y le sonrió.

—Te amo más que a todas las estrellas del cielo.

Lo hacía. Ella lo sabía. Nunca había tenido que decir las palabras tantas veces para que se diera cuenta de lo que sentía por ella, a pesar de que lo había negado desde que eran niños. Y podría haber tenido esta vida. Esto había estado a su alcance, pero lo había rechazado tantas veces. Ahora no estaba segura que él siquiera la hubiera esperado.

Quizás no lo había hecho. Quizás Alexios ya estaba casado con pequeños herreros corriendo alrededor de sus pies, agitando martillos pequeños en el aire. Pero esta versión de Alexios era toda suya.

—Alexios —susurró—. Tengo que decirte...

Un dolor desgarrador la sacudió entre las piernas. Era peor que los calambres que había sentido antes cuando sus menstruaciones la habían puesto de rodillas por primera vez. Este tipo de dolor era completamente nuevo y extraño. Dolió más que todo lo que había sentido antes.

Su rostro se contrajo por la incomodidad y Alexis volvió a acariciar su cabello.

—Lo sé, mi amor —susurró—. Lo soportarás.

—No —respondió—. No dejes que él también arruine esto. Solo quería estar aquí contigo. A salvo de todo esto.

—A veces no podemos huir de lo que nos está pasando. A veces, tenemos que estar en el momento para saber cómo curarnos más adelante.

Miró a los ojos de su amado, intentando aferrarse a algo parecido a la cordura del recuerdo de quién era.

—Sé que en realidad no estás aquí —susurró—. ¿Pero te quedarás conmigo?

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y ella juró que pudo sentir una sola gota caer sobre su mejilla.

—Nunca te dejé, Medusa. Nunca.

El recuerdo de Alexis se inclinó y presionó su frente contra la de ella.

MEDUSA

EMMA HAMM

Podría soportar esto mientras sintiera su fuerza. Mientras recordara la bondad que albergaba en su alma. Podría hacerlo.

Y lo hizo.

Cuando Poseidón terminó, se apartó de ella con una risita. El sonido de su voz atravesó su imaginación y su visión de Alexios se desvaneció como las estrellas desapareciendo.

—Eres mucho más entretenida que las demás. Al menos no gritaste.

¿Las demás?

No podía moverse. Le dolía todo el cuerpo como si hubiera estado corriendo un maratón. En el fondo de su mente, Medusa sabía que eso se debía a que todos sus músculos estaban tensos. La tensión nunca había cedido, y no estaba segura que lo hiciera. Tenía los hombros en llamas, los músculos entre los omóplatos doliéndole. Pero sus muslos estaban peores. Y sus músculos internos hacían que toda su alma se sintiera como si estuviera en llamas.

Hubo otras mujeres que habían pasado por la misma experiencia. Sus pensamientos volvieron a la comprensión de que no era la primera a la que le había hecho esto. No era la primera, y no sería la última.

¿Quién detendría a un dios? ¿Quién pelearía contra un inmortal como Poseidón solo porque había buscado sus propios placeres en el cuerpo de una sacerdotisa que se había dedicado a servir a criaturas como él?

Estaba destinada a estar aquí por él. Y si eso es lo que él quería, así sería. Nadie entendería que ella no había querido esto. A nadie le importaría.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Bajaron por sus mejillas, pero no las secó. Quería que él las viera, aunque sabía que no le importaría.

Poseidón la miró una vez más y suspiró. Se puso de pie, se pasó una mano por el torso, y luego estiró los brazos por encima de la cabeza. Se encogió de hombros, con un bostezo falso.

—Siempre lloran. —Y entonces, se fue.

Se fue como si nada hubiera pasado y ella no importaba en absoluto.

Sus manos temblaban contra el azulejo frío. Ese hielo gélido quemó a través de su piel, dejando marcas en su espalda que estaba segura que nunca desaparecerían. Las marcas de congelación eran peores que las yemas de sus dedos aún magulladas en su carne.

Ese hielo se instaló en su corazón a medida que se estremecía.

Medusa rodó muy despacio sobre su costado, y llevó las piernas contra su pecho. Con dedos temblorosos, intentó pasar los bordes rasgados de sus túnicas sobre sus piernas, pero no había tela suficiente. Había jirones en el suelo demasiado lejos para que los alcanzara.

No podía gatear hacia ellos. No podía moverse para nada.

Y estaba muy, muy sola.

MEDUSA

EMMA HAMM



—¿Medusa?

Se alejó bruscamente de la mano en su hombro. No quería que nadie la tocara en este momento, y no le importaba que estuviera en el suelo.

Unas horas breves de sueño le habían permitido tener perspectiva. Al menos podía pensar en algo más que unos dedos aferrando su carne. Más que solo el sonido de su piel golpeando contra la de ella. Y, sin embargo, un solo toque lo había devuelto todo.

—¿Medusa? —Euríale se arrodilló ante ella, sin extender la mano nuevamente, pero lo suficientemente cerca para que Medusa viera las motas de zafiro en sus ojos—. ¿Qué pasó?

104

No quería contárselo a su amiga. ¿Cómo podía decir las palabras?

Él estaba aquí. Había visto lo que quería, y lo había tomado.

Ni siquiera luchó contra él.

Las palabras se le ahogaron en la garganta, pero tartamudeó:

—Poseidón.

Los ojos de Euríale se oscurecieron.

—¿Él te hizo esto?

No tuvieron la oportunidad de aclarar el nombre que escapó de la lengua de Medusa. Un rayo del sol poniente atravesó el templo e iluminó una figura dorada que descendía de los cielos.

Atenea se veía diferente a la primera vez que vio a la diosa hermosa. Su cabello estaba enrollado en la parte superior de su cabeza, envuelto alrededor de un casco dorado

MEDUSA
EMMA HAMM

que estaba abollado por años de batalla. Tenía las piernas desnudas desde las rodillas para abajo con sandalias atadas alrededor de los músculos gruesos allí.

Su lechuza voló detrás de ella. Atenea aferraba una lanza gigante de oro en su mano, el extremo golpeando con fuerza contra el azulejo cuando aterrizó ante ellas.

El rostro de la diosa se contrajo en un gruñido de rabia.

—¡Sacerdotisa! —tronó—. ¿Te atreves a profanar mi templo con tu cuerpo?

Medusa ni siquiera sabía cómo responder a eso. ¿Profanar? Sí, sabía que ninguna sacerdotisa había tenido ningún tipo de relación con un hombre mientras estaban empleadas en este templo. Pero esta no fue su elección. No había querido que Poseidón la tocara. Incluso le había dicho que no.

¿Cierto?

Oh dioses, ¿había dicho que no? ¿En serio dijo la palabra?

No podía recordar, y ahora todo estaba tan revuelto en su cabeza. Quizás era la que estaba equivocada. Quizás el dios había malinterpretado sus palabras, y pensó que ella estaba siendo tímida o quizás que ella había querido esto tanto como él.

Euríale gruñó a Atenea, poniéndose de pie y señalando a Medusa.

—¿Crees que la profanación se hizo a tu templo? ¿Gran diosa? —Las dos últimas palabras sonaron con sarcasmo—. Tu sacerdotisa yace en el suelo frío donde tu tío la dejó, y sin embargo, ¿te atreves a culparla por este acto de crueldad?

—Ninguna de las dos sabemos lo que pasó —respondió Atenea. Su mano se retorció en la lanza como si estuviera lista para pasarla a través de Medusa y acabar con todo.

Unas manos acunaron los hombros de Medusa y la levantaron suavemente hasta que se sentó. Esteno luego la soltó de inmediato y se unió a su hermana.

—Ambas sabemos lo que pasó aquí. Conocemos las costumbres de los dioses, aunque nunca habría pensado que alguien como Poseidón tendría el descaro de insultar a una sacerdotisa de Atenea tan a fondo. Debería atacarlo a él, no a Medusa.

—Señoras, apártense de mi camino. —Atenea dio un peligroso paso adelante, con agresión en cada movimiento—. Ambas saben tan bien como yo que Poseidón no puede

MEDUSA

EMMA HAMM

ser castigado. Fuiste bienvenida en mi templo y nunca me he arrepentido de eso. Pero el castigo por un acto como este es la muerte. Tengo que matarla.

La mente de Medusa corrió a toda prisa. ¿Matarla? ¿Por qué?

Luchó por ponerse de pie, los músculos de sus piernas protestando y los moretones en todo su cuerpo volviendo a ser dolorosos.

Pero se mantendría firme ante la diosa a la que había adorado toda su vida. Se negaba a dejar que nadie más hablara por ella, incluso sus mejores amigas.

Usando nada más que una túnica andrajosa que estaba rasgada y raída, mostrando todos los moretones en forma de dedos que decoraban sus caderas y piernas. Ni siquiera intentó ocultar la sangre escurriendo entre sus muslos. Medusa se paró con las manos sueltas a los costados y dejó que Atenea se fijara en cada centímetro de su cuerpo maltrecho.

—Yo no profané tu templo —dijo. Las lágrimas hicieron que su voz temblara, pero no se detendría. Ahora no, cuando su vida dependía de ello—. Él tomó lo que quería y luego me dejó aquí para morir o vivir. Elegí vivir. Elegí servirte porque eso es lo único que he querido en mi vida. Si eso me lleva a la muerte, entonces, que así sea. Pero necesito que sepas que esta no fue mi elección.

La mandíbula de Atenea se movió hacia un lado, su lengua empujándose contra sus dientes mientras veía a Medusa a los ojos.

—No puedo castigar a mi tío. Comenzaría una guerra entre los olímpicos y todo se derrumbaría. Mi lugar entre los dioses de la guerra ya es frágil. Puede que ahora sea la diosa de la guerra, pero eso no significa que no puedan quitármelo todo si me salgo demasiado de la línea.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Medusa. Cayeron libremente por su rostro y soltó una risa miserable.

—Una vez más, demuestras ser la más humana de los dioses. Eres justo como una mujer mortal, Atenea. Luchando por encontrar tu camino en el mundo de los hombres que toman lo que quieren y nos dejan para que nos pudramos.

—No puedes decir eso. Soy una olímpica. Una diosa. No eres más que una mortal.

MEDUSA

EMMA HAMM

Una brisa fría atravesó el templo y agitó los bordes de las túnicas de Medusa. La sintió tocar la carne hinchada entre sus piernas, la sangre seca, las marcas que le habían dejado sus uñas en el interior de los muslos.

Echó un vistazo a su cuerpo, luego volvió a mirar a Atenea.

—Tienes razón. No somos iguales. Estás dispuesta a matarme cuando he dedicado toda mi vida a ti, solo para mantenerte a salvo. Solo para demostrar que apoyarías a un hombre que le hizo esto a una mujer mortal. Deben tomarse decisiones difíciles. Decisiones que ninguna de las dos queremos hacer.

Euríale se acercó a Medusa y le tendió la mano.

—Apoyo a Medusa. Cualquier cosa que le hagas a ella, también debes hacérmelo a mí.

—Euríale —siseó Esteno.

—No. Esteno, esto se trata de algo más que nuestra amiga. Esto es lo que nuestra especie hace con las mujeres mortales, y no puedo soportarlo más. No pasaré miles de años viendo cómo se arruina la vida de las personas porque un dios quería algo que una mujer no daría. —Los ojos de la mujer diminuta brillaron con ira—. No soy un objeto para comprar o vender. No estoy aquí para complacer a un hombre o incluso a un dios. ¿Y tú?

Esteno vaciló antes de dejar escapar un largo suspiro enojado. Luego se unió a su hermana al otro lado de Medusa.

—Hermana, sabes que no tengo ningún interés en que ningún hombre gobierne mi vida. Y si esta es la posición que debemos tomar, entonces debemos hacerlo.

Atenea las miró a las tres con ojos brillantes resplandeciendo con lágrimas.

—Señoritas, saben que tengo las manos atadas.

Aunque quería salvar a las mujeres que ahora consideraba hermanas, Medusa no estaba pensando con claridad. Todo lo que podía sentir eran sus piernas temblando.

Su corazón se aceleró. El recuerdo de él presionándola como si estuviera detrás de ella.

Todo lo que quería era que esto termine. Ya estaba exhausta de llevar la carga de su recuerdo y sabía que no desaparecería. Pasarían siglos recordando su toque, el sonido de

MEDUSA

EMMA HAMM

su voz en su oído, y el miedo interminable de que él estaría justo detrás de ella cuando se diera la vuelta.

Se apartó de sus hermanas y se acercó a Atenea. Se hundió sobre sus rodillas magulladas lentamente y bajó la cabeza.

—Entonces, mátame —susurró—. Tus manos están atadas y también las mías. Ninguna de las dos tiene elección en este asunto. Por favor. Si me matas, al menos todo esto desaparecerá.

El sonido de un sollozo resonó en la recámara. Al principio, pensó que era Euríale con su corazón sensible y su alma amable.

Pero entonces Atenea también cayó de rodillas. Su armadura de metal chocó contra la baldosa y la agrietó. Las fisuras se extendieron alrededor de las dos cuando la diosa se arrodilló ante su sacerdotisa, y entonces tomó las manos de Medusa.

Atenea estaba temblando. Sus dedos estremeciéndose en el agarre de Medusa cuando Atenea levantó sus manos y presionó sus labios contra las yemas de los dedos de Medusa.

108

—Mi leal sacerdotisa, nunca debiste haber sufrido bajo mi casa. Y saber que lo hiciste... me destroza.

Una parte pequeña del alma de Medusa volvió a su lugar. Por lo menos, su diosa la había perdonado. Podía ir al Inframundo con el aliento de alivio sabiendo que al menos no sufriría también en la otra vida.

Atenea continuó hablando.

—No puedo castigar a Poseidón, pero puedo darte el poder de no permitir que esto te vuelva a pasar a ti o a tus hermanas. Puedo convertirte en algo más que una mortal. Más que una mujer. Serás poderosa, y la guardiana de la familia que te has creado.

La esperanza se encendió en su pecho. Esperanza de que hubiera una vida más allá de esto, si tan solo pudiera curar las heridas de su alma.

Medusa asintió.

—Aceptaría una vida así.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No será fácil. Para darte tal poder, tengo que despojarte de tu belleza. De las tres.
—Atenea miró a sus hermanas y su rostro se contrajo en decepción—. Librar al mundo de tres joyas radiantes sería una lástima.

Esteno resopló.

—La belleza nunca me ha dado nada. No me interesan los hombres ni sus pensamientos sobre mí. ¿Qué es la belleza más que un escudo? Prefiero sostener uno de metal que algo tan endeble como la belleza.

Euríale asintió.

—No tengo ningún uso para esta forma. Mis padres son monstruos. De todos modos, era raro que las dos nacióramos tan hermosas. Quizás les gustemos más.

Atenea miró a Medusa.

—Tendrás la peor parte, querida. Sin embargo, nadie te volverá a mirar nunca más. Estarás protegida de los ojos de todos los hombres mortales y dioses por igual. El poder estará en tu mirada. La más poderosa de todas las criaturas que he creado.

Una parte de ella quiso correr. Revolcarse en la oscuridad que le prometía entumecimiento por lo que había sucedido. Podía escapar de todo esto. Podía volver a ese lugar de su mente donde no había tomado las decisiones que la llevaron a este tiempo y este lugar.

Pero también estaba enojada.

Muy enojada.

Quería que todos los dioses se pudrieran porque podían salirse con la suya en algo como esto. Ni siquiera tenían que intentar salirse con la suya, porque simplemente lo hacían. Podían tomar, arruinar y destruir, y luego la persona a la que lastimaban era la que tenía que ser castigada.

Con fuego en sus ojos, se encontró con la mirada de Atenea y gruñó:

—Sea cual sea la carga que deba soportar, no quiero que nadie me vuelva a tocar nunca más.

Atenea asintió.

—Entonces, que así sea.

MEDUSA

EMMA HAMM

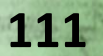
Una lluvia de magia cayó sobre los hombros de Medusa. Lo sintió cambiar y transformar algo dentro de ella. Su cuerpo se agrietó y se dobló, pero no sintió dolor. La fuerza y el poder corrieron por sus venas, elevándola más alto que antes.

Ahora tenía las manos en forma de garras como dagas, con una fina capa de escamas sobre la piel. Sus piernas se habían fusionado para crear una cola poderosa que azotó como las cobras detrás de ella. Y cuando se estiró, pudo sentir que cientos de serpientes siseantes habían reemplazado su cabello hermoso.

Y por primera vez en su vida, Medusa se sintió como si fuera a quien temer.

Atenea se levantó con ellas y levantó las manos.

—Las nombro, Gorgonas. Vayan a la base del Monte Olimpo donde harán su hogar. Ningún dios ni mortal volverá a mirarlas sin un castigo del más alto nivel. Medusa, eres mi arma. Ahora, te esgrimirás como mi espada. —Desplegó sus colmillos afilados, se giró en los brazos de sus hermanas con forma de serpiente y huyeron de la ciudad.



MEDUSA

EMMA HAMM



Olympia se miró sus uñas sucias. También recordaba cómo se habían sentido sus manos. Quizás no Poseidón, pero conocía el toque amargo de un hombre que no tenía derecho a poner sus dedos sobre su piel. Un hombre que había tomado lo que quería y no le importó en lo más mínimo lo que Olympia había querido.

Se suponía que él era su marido. Ahora, no tendría nada porque ella había tomado su vida en sus propias manos.

—Siempre pensé que ella era un monstruo —susurró Olympia—. Pensé que había nacido así, y que alguien la había cazado con toda razón. Perseo siempre afirmó que estaba destinado a matarla. Adoramos a los héroes.

112

—Y nunca adoramos a los que cayeron tras ellos. —Xenia se levantó de la cama y estiró los brazos por encima de la cabeza—. ¿Estás lista para conocer más mujeres como tú? ¿Mujeres que no tienen ningún interés en los hombres?

Miró a la prostituta con recelo.

—No tengo ningún interés en ser como tú. No quiero que un hombre me vuelva a tocar jamás.

—Entonces, no lo harán. No te estoy pidiendo que trabajes para nosotros, Olympia. Te estoy pidiendo que encuentres mujeres como tú para que podamos ayudarte a sanar. Sabemos cómo sanar. —Extendió una mano para que Olympia la tome—. Permítenos sanar contigo.

Eso sonaba... bien.

No le importaría caminar un rato para conocer a otras mujeres como ella. Mujeres que deben ser fuertes, porque habían soportado el mismo sufrimiento.

MEDUSA

EMMA HAMM

Mujeres que entendían su dolor y preocupaciones.

Olympia se acercó y tomó la mano de Xenia.

—Bien —respondió Xenia—. Ahora saldremos por la parte de atrás porque nadie quiere que ninguno de esos hombres te vea. Te comerán viva, tan bonita como eres.

Olympia tragó con fuerza.

—Oh, así no. —Xenia la acercó a la parte de atrás y luego apoyó su hombro contra una parte pequeña de madera de la pared—. La mayoría de los hombres que vienen aquí son bastante buenos en todo. Hay monstruos en el mundo, por supuesto, pero no todos muerden.

Con un guiño, empujó con más fuerza, y la pared se abrió. Olympia intentó no quedarse boquiabierta ante la entrada secreta a una calle que no estaba en absoluto abierta al público.

Salieron al camino empedrado y miró a todas las mujeres que estaban sentadas en mesitas alrededor. Se plantaron jardines en las paredes que probablemente conducían a sus recámaras privadas donde se reunían con sus clientes. Fácilmente, una docena de mujeres estaban afuera, disfrutando del sol y tomando un descanso de su trabajo.

Olympia no tenía idea de que hubiera lugares como este.

—Mantén la boca cerrada —dijo Xenia con una risita—. Podrían ser prostitutas, pero son iguales que tú, Olympia. Solo mujeres abriéndose camino en el mundo.

Siguió detrás de Xenia mientras se dirigían al final de la calle, donde se abría a un pabellón más grande. Las piedras aquí habían visto días mejores. Algunas baldosas agrietadas no coincidían con las demás, y Olympia asumió que la mayoría de las mujeres hacían sus propios intentos de arreglar las piedras en lugar de traer a alguien aquí para hacer el trabajo.

Parecían disfrutar de ser autosuficientes, estas mujeres extrañas.

Una se sentaba a la cabecera de una mesa con unas figuras diminutas de mármol en la mano. Las movía en un tablero con otra mujer que miraba sus acciones con atención absorta.

MEDUSA

EMMA HAMM

La mujer en la cabecera de la mesa llamó inmediatamente la atención de Olympia. Su cabello estaba enrollado en la parte superior de su cabeza en trenzas intrincadas, mientras que su ropa era mucho más bonita que la de las otras mujeres sentadas con ella. Había algo fascinante en esta mujer. Era simplemente más que las demás, cautivadora y fascinante por la sola forma en que se desenvolvía.

Xenia se sentó a la mesa y le indicó a Olympia que se uniera a ella.

—Esta es Alexandra. Es dueña de toda esta calle y, por lo tanto, de todos aquí.

Alexandra miró a Xenia.

—Por favor. Nadie podría ser dueño de ninguna de ustedes aún si el destino del mundo dependiera de ello. ¿Quién es tu amiga?

—Olympia. Está huyendo de un hombre. —Xenia señaló sus propias muñecas—. Tiene las marcas, así que le estaba contando la historia de Medusa. Pensé que querías terminarla.

¿Por qué estaban hablando de ella como si no estuviera aquí? Olympia podría haber estado en un estado frágil, pero era fuerte.

114

Como Medusa, supuso. Aún podía hablar por sí misma sin que otra mujer intentara ser su salvadora.

Respiró hondo, se aclaró la garganta y se sentó.

—Si es una opción, estoy interesada en escuchar el resto de la historia. No quiero imponerme en tu juego.

Alexandra la miró de arriba abajo, y luego asintió con firmeza.

—Entonces eres un poco como ella. Si quieres escuchar la historia de Medusa, supongo que ya sabes que se convirtió en el monstruo. No porque haya nacido así.

—Sí.

—¿Y cómo te tomaste esa revelación?

Olympia abrió la boca para dejar escapar la reacción inicial. Que Xenia se lo había inventado todo en la cabeza, y que la historia no podía ser cierta. Después de todo, ¿por qué alguien querría inventar una historia sobre un monstruo en la que la gente podría compadecer a la criatura?

MEDUSA

EMMA HAMM

Pero luego hizo una pausa. No fue su reacción real, ¿verdad? No había pensado que Medusa era un monstruo al que no se debería amar. De ningún modo.

—Estoy enojada de que tantos se enfoquen en Perseo. Cómo fue el héroe más grande de todos los tiempos, el primero antes de Heracles en hacerse un nombre. Habría preferido saber que todo vino a expensas de una mujer a la que los hombres le fallaron continuamente. Repetidamente —respondió, al final.

Alexandra asintió lentamente.

—Todos menos uno. Muchos le fallaron, excepto el único hombre que la amó de verdad. Con el que debería haberse quedado hace todos esos años.

—¿Debería haberse quedado? —Olympia no estaba tan segura. ¿Por qué Medusa debería haber envuelto su vida en torno a un hombre, cuando aún tenía la aventura de su vida? Y luego se convirtió en una leyenda que podía protegerse a sí misma.

—La vida como un monstruo no es fácil —respondió Alexandra—. Y la historia de Medusa no mejora milagrosamente porque estaba a salvo de Poseidón. ¿Pensaste que lo haría? Ya sabes cómo termina su historia.

115

Sí, lo sabía. Perseo le cortó la cabeza y la usó para hacerse con un reino. Una esposa. Una vida que era mucho mejor de lo que jamás soñó Medusa.

Tenía tanta esperanza que esa parte de la historia no fuera cierta. Olympia esperaba que le dijeran que algo había cambiado y que, de hecho, Medusa seguía viva y bien. Tal vez la maldición se rompió, y pudo encontrar a Alexios más tarde en la vida.

—¿Cuánto peor podría ser? —preguntó, su voz elevándose con incredulidad—. Le despojaron su honor en el templo de la diosa que amaba más que a nadie. Después se convirtió en un monstruo con cabeza de serpiente con sus hermanas, desterrada a vivir debajo del Monte Olimpo. ¿Seguramente no podría ser peor que eso?

Alexandra dejó su pieza en el tablero y observó cómo la otra mujer movió la suya.

—¿Qué les hace el sexo a las mujeres, querida Olympia? ¿Y eso es algo de lo que te has encargado?

Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. ¿Cómo no había pensado en eso? Por supuesto, el sexo era la forma en que se creaban los niños.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No, aún no me he encargado de eso —respondió, tragando con fuerza.

—¿Cuánto tiempo hace?

Sacudió su cabeza.

—¿Una semana?

—¿Lo querrías si estuvieras embarazada? —La dueña de este burdel se quedó mirando su vientre—. No es un camino sencillo para caminar, pero si quieres conservar lo que podría estar cociéndose en tu vientre, también te ayudaremos con eso.

El mero pensamiento la puso enferma.

—No. No lo quiero si está ahí. —Alexandra miró a otra mujer que se levantó y se fue inmediatamente.

—Entonces, te traeremos algo de beber. Algo para calmar tus nervios mientras te cuento el resto de esta historia. Después estarás en tu camino feliz si así lo deseas.

La ansiedad en su vientre cedió. Se sintió mucho mejor sabiendo que estas mujeres estarían allí para ella, incluso si eso significaba ocuparse de un problema que aún no había considerado.

116

Olympia apoyó los brazos en la mesa y miró el juego de ajedrez que tenía delante.

—Está bien, de acuerdo. ¿Cuál es el resto de la historia de Medusa? ¿Qué tan oscuro se pondrá esto?

Las otras mujeres se rieron.

—Oh, puede oscurecerse mucho más de lo que imaginas, pero hay luz incluso en esa oscuridad. Nuestra Medusa es una mujer resistente, y solo demostró su espíritu en los meses siguientes.

—¿Y Perseo?

Alexandra frunció el ceño.

—Se hizo aún más fuerte.

MEDUSA

EMMA HAMM



Nadie le había dicho que convertirse en un monstruo sería como... esto.

Medusa arrastró su cuerpo pesado por el suelo, con la cola flácida y las escamas raspando las piedras. Empujó con la parte superior de su cuerpo porque no sabía cómo mover su cola nueva. Se suponía que debía deslizarse, imaginó, pero eso no era natural para una mente que siempre había sido humana.

Las serpientes en su cabello tampoco se callaban nunca. Susurraban palabras en sus oídos, siseando historias sobre cada persona con la que se cruzaba.

—Esteno una vez mató a un hombre en un callejón porque la miró mal. Le arrancó las entrañas y lo dejó por muerto, aún vivo, mientras jadeaba en busca de aire. —La serpiente que susurró las palabras era una víbora cobriza. Sus escamas doradas y su patrón de diamantes eran hermosos mientras rozaba su pesado cuerpo contra su mejilla.

Otra, esta vez una víbora de gabón, le acarició la otra mejilla con su cabeza plana en forma de hoja.

—A Euríale le gusta gritar. A veces inmovilizaba a los hombres cuando era muy joven, solo para gritarles en los oídos hasta que sangraban.

—Por favor, dejen de hablarme —susurró. Solo podía esperar que escucharan porque rara vez guardaban silencio.

Era casi como si le estuvieran diciendo a quién castigar. Siempre tenían algo que decir cuando miraba a otra persona, aunque hasta ahora solo había mirado a sus hermanas.

Arrastrándose hasta lo alto de una piedra, finalmente dejó que su cuerpo se relajara.

Sentándose, colocó su cola larga sobre la piedra y la dejó colgar en el charco de agua debajo de ella.

MEDUSA

EMMA HAMM

Esteno y Euríale ya estaban descansando sus cuerpos de serpientes en las profundas aguas saladas. Decían que las hacía sentir más en casa. Y aunque las dos habían crecido con monstruos, no estaban tomando este cambio mejor que Medusa.

Esteno era quizás la que tuvo menos cambios. Su cuerpo aún era hermoso, la piel aún suave y brillante. Pero sus manos se habían convertido en metal bronce que crujían al mover los dedos. Su cabello una vez oscuro ahora era de un rojo impactante que se encendía alrededor de su rostro como llamas en la noche. Incluso brillaba en la oscuridad. La larga masa de su cola era de un hermoso color cobrizo, casi como si todo su cuerpo estuviera ahora hecho de metal. Como un escudo.

Euríale aún era pequeña y hermosa. Su cola era de una delicada esmeralda y era mucho más delgada que las otras dos hermanas. Su cabello aún era negro azabache y encantador, su rostro aún encarnaba la perfección. Pero su voz era tan fuerte que tenía que tener mucho cuidado al hablar. Incluso un tono normal era ahora tan poderoso que hacía que las piedras alrededor de su cabeza se sacudieran y amenazaran con derrumbarse.

La única que cambió tanto fue Medusa. Su cabello de serpiente, su piel escamosa, incluso la larga cola oscura con la que luchaba era muy diferente de como se había visto antes.

118

¿Pero eso no era lo que había dicho Atenea? Medusa tendría que soportar la peor parte de sus cambios y, por lo tanto, este era su castigo.

Apoyó el pecho contra la piedra y exhaló un largo suspiro doloroso.

—No pensé que sería así —dijo, su voz resonando a través de la caverna—. Pensé que al menos sabría cómo mover mi cuerpo.

—Tomará un tiempo acostumbrarse —respondió Esteno. Hizo girar sus manos de bronce en el agua, mirándolas con amor—. Pero tienes que admitir que, un cuerpo como este tiene sus ventajas.

¿De qué estaba hablando su hermana? ¿Ventajas? Medusa apenas podía moverse por su hogar, y mucho menos descubrir formas de usar este cuerpo nuevo. Quería recuperar sus piernas. Quería recuperar su belleza.

MEDUSA

EMMA HAMM

Incluso su propio reflejo era difícil de ver en el agua. Todo lo que podía ver era la masa de serpientes retorciéndose. Sus ojos rojos la fulminaron en ella, y ya susurraban.

—Eras la hija amada de una familia que no quería dejarte ir. Eras demasiado egoísta para quedarte con ellos y, por lo tanto, provocaste tu propia caída. Todo lo que te pasó es tu culpa. El castigo por una vida así ya ha sido forjado.

Se agachó y dio una palmada en el agua, apartando la vista de sí misma.

—Medusa —susurró Euríale. Su voz un ronroneo brusco mientras intentaba con todas sus fuerzas no ser ruidosa—. No hay nada de malo en liberar tu mortalidad. Ninguna criatura que sea verdaderamente feliz es mortal.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó—. Sabes cómo nos vemos ahora, y cómo solíamos ser. Ves todos los días en lo que me he convertido.

—Y veo que eres más fuerte por eso.

Pero no lo era. Medusa aún tenía que hablar sobre lo que Poseidón le había hecho. No quería decir una palabra sobre la oscuridad que aún vivía en su alma y lo mucho que quería herir... a todos. Sus hermanas. Los dioses. Quería maldecir al cielo y esperaba que el mismo Zeus los visitara para poder ver cuál era este poder nuevo que le había dado Atenea.

119

Medusa nunca había deseado causarle dolor a nadie más. Siempre había querido ser una persona amable, el alma más gentil que tenía más probabilidades de ayudar que obstaculizar. Y sin embargo, ahora, parecía que estaba condenada a convertirse en el ajuste de cuentas de tantas personas que simplemente estaban intentando abrirse camino en la vida.

O tal vez estaba destinada a ser una espada, como había dicho Atenea. Estaba destinada a dañar a los que tomaban lo que no se les daba.

De cualquier manera, no estaba segura en qué se estaba convirtiendo su futuro. Y eso era muy difícil de digerir.

Esteno se levantó del agua. Su cuerpo reluciente moviéndose con una gracia anormal a medida que se acercaba al afloramiento donde Medusa se había envuelto. Alzando una mano bañada en bronce, tocó la mejilla de Medusa.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Mi querida hermana —dijo en voz baja—. Tienes mucho por lo que vivir. Y hay mucho que haremos. Pero por ahora, debes dedicarte a reconstruir el alma y el corazón que alguna vez tuviste. Lo vimos y podemos ver que no eres la misma que antes.

¿Cómo le decía a Esteno que eso no ayudaba? La presión de volver a su antiguo ser era demasiado para ella.

No creía que pudiera volver a ser esa chica inocente que solo quería adorar a los dioses. ¿Cómo podía? Ahora sabía cómo se sentía el toque de los dioses, y lo horrible que podía ser. Sabía que solo tomaban, mutilaban y dañaban. Eran las peores criaturas de este reino.

Por encima de todo, había aprendido que incluso los dioses eran demasiado similares a los mortales. Y eso significaba que quería matarlos a todos.

Medusa se incorporó sobre sus manos, arqueando su espalda dolorida para liberar parte de la tensión.

—No creo que nunca vuelva a ser la Medusa que conocían y amaban.

—¿Por qué no? Eras una chica tan dulce que veía el mundo con ojos encantadores. Sigues siendo esa chica, Medusa. No entiendo por qué te niegas a creerlo.

—¡Porque ya no soy esa niña inocente! —Su grito resonó a través de la caverna y sacudió las estalactitas colgando del techo—. ¡Nunca más volveré a ser ella, ni deseo serlo!

Y ahí estaba. La verdad que salió de su lengua y ahora colgaba en el aire entre ellas.

Medusa no quería volver a esa visión inocente de sí. No quería ser esa mujercita débil que se había metido en la trampa de un depredador sin siquiera darse cuenta. Ahora, quería ser un monstruo y una criatura que podía protegerse.

El rostro de Esteno se dividió en una sonrisa amplia.

—Entonces, si no quieres ser la chica mortal, ¿quién quieres ser?

—No lo sé. —Cayó nuevamente sobre la piedra con un suspiro enojado—. No quiero ser un monstruo. Tampoco quiero ser la espada de Atenea.

—Me parece que solo quieres que te dejen en paz. —Esteno pasó una mano por las serpientes en el cabello de Medusa. Todas se elevaron en una gran nube, siseando ante el contacto—. Estas ayudarán con eso, por supuesto, pero creo que también podemos ayudar.

MEDUSA

EMMA HAMM

Cualquier hombre o mujer que ponga un pie en esta caverna tendrá que enfrentarse a todas nosotras, Medusa. Y no creo que nadie quiera hacer eso.

No, no podía imaginar a nadie viendo a Medusa y sus hermanas sin correr de miedo. Pero tampoco sabía qué poder le había dado Atenea. Aparte de la fealdad, por supuesto.

Euríale también se levantó del agua. Su cuerpo elegante avanzó con sus movimientos mientras luchaba por pararse. Finalmente, se rindió y simplemente nadó hacia ellas dos.

Se arrastró por las rocas y apoyó la cabeza junto a la de Medusa.

—Medusa, escúchame. Tienes que aceptar lo que somos ahora. Está bien ser un monstruo. Mírate en el agua y mira lo que eres. Acepta la belleza que viene con el cambio.

—¿Belleza? —preguntó—. Estás ciega si piensas que alguna de nosotras sigue siendo hermosa.

—No. No soy ciega. Crecí con aquellos que eran considerados feos y horribles. Conozco los secretos internos de los monstruos y sé lo amables que pueden ser.

La amargura en su corazón se elevó. A pesar de que las serpientes nunca habían susurrado que las dos hermanas inmortales sabían lo que hizo Poseidón, aún se le quedaba atrapado en la garganta. Medusa enseñó los dientes en un gruñido.

—¿Así como Poseidón? ¿Como el hombre que dijeron que sería interesante conocer?

Euríale se estremeció.

—Supongo que nos lo merecíamos.

Esteno las interrumpió con un gruñido.

—¿Es por eso que has estado tan enojada con nosotras? ¿No por las cosas horribles que somos ahora, sino porque sientes que te empujamos hacia el camino de Poseidón?

—¡Lo hicieron! —Medusa dejó que la rabia la controlara. Se levantó de las piedras y se elevó por encima de sus hermanas. Los músculos pesados de su cola se flexionaron y la mantuvieron erguida—. Me arrojaron sobre él como si no tuvieran idea de lo que haría. Y, aun así, sabían que era un olímpico. ¡Sabían lo que les hacía a mujeres como yo!

MEDUSA

EMMA HAMM

Los gritos de rabia la hicieron más poderosa. El dolor de liberar algo que había mantenido encerrado en su corazón la atravesó ferozmente.

Pero todo lo que Medusa podía ver era su rostro en el reflejo detrás de ellas. Un monstruo imponente con cabello de serpiente y escamas. Colmillos en su boca que estaban al descubierto por odio a los olímpicos. Unos ojos rojos brillantes proyectando sombras sobre las piedras.

Las serpientes alrededor de su cabeza se levantaron, siseando y susurrando la verdad sobre las dos hermanas. Pero esta vez, Medusa las ignoró.

Se miró a los ojos y vio su nuevo poder peligroso. Vio la verdad de que nadie entraría en esta cueva, ni siquiera un dios, y desafiaría a las mujeres que vivían allí.

Toda su ira y rabia desaparecieron de su cuerpo. Se dejó caer nuevamente sobre las piedras y sintió que algo en su corazón volvió a encajar en su lugar. Aunque ya no era hermosa, estaba a salvo.

En serio, de verdad a salvo después de todo este tiempo, temiendo que nunca más se sentiría así.

122

El terror en su corazón cedió. La angustia por lo que le había pasado se liberó, sabiendo que ahora podía cuidarse sola.

No era esa niña.

No era una mortal.

Cada centímetro de su cuerpo estaba preparado para cualquier dios que entrara en esta cueva. Si Poseidón intentaba deslizarse de regreso a su cama, entonces tendría que lidiar con cien víboras listas para atacar, garras listas para cortar y dientes listos para rasgar.

Él había creado este monstruo. Había creado una criatura que podía destruirlo.

Volvió a mirar a Esteno y Euríale, respirando pesadamente.

—Y ahora eso queda entre nosotras.

Esteno se acomodó de nuevo en el agua, con los ojos muy abiertos y el cabello ondeando alrededor de su rostro.

—Que así sea. Aunque entiendo, no estoy de acuerdo. Nunca te habríamos puesto en peligro si hubiéramos sabido qué clase de monstruo vivía dentro de su corazón.

MEDUSA

EMMA HAMM

Su hermana asintió.

—Nada me gustaría más que desgarrarlo miembro por miembro, pero Atenea tenía razón. Podríamos atacar a un dios menor o al hijo de un dios. Pero no Poseidón. Es intocable sin prender fuego al mundo entero.

Una parte de ella quería hacer precisamente eso. Dejar que los mortales de ardan para que puedan ver a qué dioses adoran. Dejar que todo en el mundo entero desapareciera en la nada.

Sin embargo, no era tan egoísta. Sin importar lo que las serpientes le sisearan en los oídos, no estaba dispuesta a renunciar a la vida de tantos porque la hubieran agraviado. Aunque sería satisfactorio ver la cara de Poseidón mientras veía hervir todo lo que amaba.

Medusa apoyó su rostro en sus brazos y lanzó otro suspiro.

—Entonces, esperamos —susurró—. Algún día. Algún día tendremos nuestra venganza.

MEDUSA
EMMA HAMM

18

Alexios estaba junto a Perseo en una taberna, observando al joven que estaba más que borracho.

Aún les quedaba un largo camino por recorrer hasta que pudieran enfrentarse a Polidectes. Dánae contó con la ayuda del rey y por lo tanto había viajado mucho más rápido que su hijo. Solo podían empujar a sus caballos hasta cierto punto antes de tener que descansar durante la noche. Y, lamentablemente, el único lugar para descansar resultó ser también una taberna.

Se estaba arrepintiéndolo de permitir que Perseo bebiera tanto.

El chico estaba gesticulando otra vez, su voz demasiado fuerte.

—¡Alexios, no te entiendo! Te vi golpear a un hombre en la cara y derribarlo de un solo golpe. ¿Por qué no estás en el ejército?

—Porque no hay necesidad de un ejército, Perseo. —Se sentó a la mesa y bajó la voz—. No quiero ser un héroe. Quiero ser herrero, lo sabes.

—¡Todos quieren ser héroes! —Perseo estaba de pie con su jarra de cerveza en la mano. El líquido dentro se agitaba peligrosamente con los movimientos acentuados—. ¡Incluso el hijo de Zeus! Aunque, supongo que tengo un poco más en mi cabeza que tú.

—¿Podrías bajar la voz? —siseó Alexios.

Lo último que necesitaban era algún otro borracho en la taberna pensara que podrían luchar contra un hijo de Zeus. Incluso si no le creyeran a Perseo, el chico aún estaba lo suficientemente ebrio como para matar a alguien accidentalmente. ¿Y entonces dónde estarían?

MEDUSA

EMMA HAMM

Alexios no tenía tiempo de encubrir un asesinato y también llevar a este joven inmaduro a su madre.

¿Por qué había dejado su pueblo tranquilo por este chico?

Perseo lo apuntó con un dedo en la cara.

—Te arrepientes de haber venido aquí conmigo, ¿no?

No debería mentir. Alexios debería decirle al chico la verdad y terminar con eso. Podía levantarse y salir de esta taberna, trabajar en uno de los barcos en el puerto, y regresar a casa. Tal vez encontraría a Medusa allí, aunque dudaba que ella lo estuviera esperando. Era demasiado valiosa para que los hombres del pueblo la ignoraran.

Pero no podía defraudar a Perseo de esa manera. El chico ya había hecho demasiado por él.

Alexios le debía una deuda.

Se puso de pie como si tuviera cien años. El peso de todas sus responsabilidades le oprimía la espalda y le dolía hasta los dientes.

Tenía que compensar todo esto con Perseo, quien le había dado un hogar y una familia nueva cuando nadie más lo haría.

Dánae merecía ser salvada. Después de todo, había dejado entrar a Alexios en su casa y se había asegurado que fuera alimentado, amado y respetado.

Dictis había sido una figura paterna nueva y había dado su propia vida para asegurarse que su familia estuviera bien cuidada. Su espíritu merecía descansar, y Alexios era el único que podía hacerse cargo de lo que había dejado el anciano.

Estirándose, agarró a Perseo por el hombro y lo empujó hacia abajo en su silla.

—Siéntate, Perseo. Sabes que no me arrepiento de haber venido aquí. Nunca podría arrepentirme de haberte seguido, sin importar cuánto trabajo se vuelva.

—¿Trabajo? —resopló Perseo—. ¿Eso es lo que ahora te importa?

—Eres un hermano para mí. Encontraremos a tu madre y la devolveremos sana y salva a su hogar. Esta es mi promesa para ti. —Pero las palabras sonaron huecas, incluso para sus propios oídos.

Perseo bebió el resto de su jarra y la estampó con fuerza contra la mesa.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Necesitamos una pelea.

—¿Disculpa?

—No entre nosotros dos, ambos sabemos cómo sería eso. —Perseo se rio entre dientes—. Pero tiene que haber alguien en esta maldita taberna que esté dispuesto a lanzar algunos puños con el hijo de Zeus, ¿eh?

Alexios se inclinó sobre la mesa y casi le tapó la boca con la mano. En cambio, siseó en voz baja y tranquila:

—Recuerdas la última vez que me pegaste, ¿no? ¿Exactamente cómo vas a luchar contra alguien sin matarlo?

Se encogió de hombros en respuesta.

—Si quieren luchar contra el hijo de Zeus, deben saber que habrá riesgos. El poder del rayo corre por mis venas. Nadie es tan tonto como para no darse cuenta que puedo matarlos.

—La mayoría de las personas que entran en un combate amistoso de lucha libre esperan salir con vida.

Los ojos de Perseo se volvieron calculadores y fríos. Se inclinó hacia adelante y gruñó:

—Entonces supongo que debes luchar por mí, Alexios.

No, eso no era parte del trato. Alexios no quería pelear con nadie, y no creía que debieran hacerlo. Necesitaban mantener un perfil bajo de modo que Polidectes no se enterara que estaban de camino. De esa manera, podrían colarse en el castillo, convencer a Dánae de que fuera con ellos, y nadie se daría cuenta.

Pero vio el borde afilado en la mirada de Perseo. Entendía que esto no era lo que Perseo quería en lo más mínimo.

Este muchacho estaba determinado hacer un héroe de sí mismo, y si eso requería acabar con algunos hombres en su camino, entonces lo haría. Quizás incluso peor aún, había sed de sangre en él. Una sed de dolor y violencia que iba más allá del enojo por su madre. Más allá del deseo de ser héroe.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Alexios, si eres menos hombre que yo, entonces puedes esconderte en la habitación que alquilamos. De lo contrario, pelearás conmigo. —Su mirada dura atravesó el aire entre ellos como si hubiera enviado un fuego para calentar a Alexios.

Pero no se doblegaría ante este chico que quería violencia porque estaba molesto. Esa no era la respuesta a sus problemas, y ciertamente no los llevaría más lejos en su búsqueda.

Alexios se alejó otro paso de Perseo y sacudió la cabeza.

—Si eliges hacer esto, entonces estás solo.

Perseo resopló.

—Está bien, de acuerdo. Nunca te tomé por un cobarde.

Vio cómo Perseo se acercó a los hombres con una sonrisa amistosa. Dio una palmada en la espalda a los hombres y los sacó afuera. Esos pobres, pobres soldados pensaban que iban a darle una lección a un joven.

Alexios se negó a mirar.

Volvió a sentarse e ignoró el sonido de la pelea afuera. Las bromas afables, luego los rugidos de ira, después los gritos de miedo. Se negó a levantarse y ayudar a ninguno de ellos, porque Perseo tenía razón.

Deberían haber sabido el riesgo que corrían al luchar contra un hijo de Zeus. Todo lo que podía hacer era esperar que Perseo no estuviera tan borracho para que no pudiera contenerse. Los hombres merecían vivir, incluso si fueron lo suficientemente tontos como para arriesgarse con un semidiós.

Lo más probable es que, no hubieran creído las afirmaciones de Perseo. ¿Quién podría? Los hijos de los dioses no deambulaban exactamente por las tabernas de los pueblos pequeños.

Y cuando todo estuvo dicho y hecho, la mayoría de la gente había abandonado la taberna. Alexios se obligó a escuchar el sonido de sus exclamaciones cuando salieron por la puerta. Muchos hombres se estremecieron cuando se detuvieron en la puerta. Algunos incluso jadearon. Algunos vomitaron en el suelo antes de correr hacia su casa.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Eso no lo hace mejor. —Alexios se llevó una mano al terrible dolor de cabeza que le atravesaba el cerebro—. No sé si eso empeora las cosas.

Perseo se puso de pie rápidamente, derribando la silla detrás de él como siempre hacía cuando estaba enojado.

—Te traje conmigo para ayudar, no para obstaculizar. Hasta ahora, no has hecho nada más que distraerme de lo que hay que hacer.

—¿Y qué crees exactamente que se debe hacer? —Alexios también se puso de pie, con el pecho hinchado de ira—. Ambos queremos salvar a tu madre, aunque aún no estoy convencido de que esté en tanto peligro como crees. Hasta ahora, ¡todo lo que has hecho es enojarte, emborracharte y pelear! ¿Cómo nos ayuda esto a recuperar a Dánae?

Perseo volvió a señalar con un dedo en el aire.

—Es mi madre, no la tuya.

—Y fuiste tú quien me trajo aquí e hizo mía tu familia. —Alexios negó con la cabeza y volvió a sentarse—. Perseo, ve a dormir un poco. Me quedaré aquí y esperaré a ver qué pasa con los cuerpos que dejaste. Alguien tiene que limpiar tu desastre.

130

—¿Qué desastre? —respondió Perseo a medida que se alejaba—. Alexios, aquí todos somos adultos. Deja de intentar tratarme como tu patito al que tienes que acorralar constantemente.

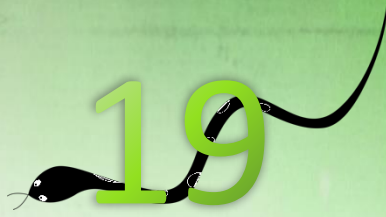
¿Pero eso no era lo que era Perseo? Alexios vio al chico alejarse y negó con la cabeza.

No le estaba pidiendo a Perseo que madurara o incluso que renunciara a su sueño de convertirse en héroe. Solo le estaba pidiendo que fuera un poco más cuidadoso.

Y tal vez mostrar algo de aprecio por el hombre detrás de la cortina.

MEDUSA

EMMA HAMM



Medusa había encontrado el espejo en la parte trasera de las cuevas. No estaba segura de dónde había venido, pero estaba casi intacto. Se habían caído algunos fragmentos y había un patrón de telaraña en el lado izquierdo, pero aún se podía usar.

Lo arrastró hasta la caverna que llamaba suya. El sistema de cuevas en el que vivían era una red de muchos túneles, todos conectados a una cueva mucho más grande con afloramientos y charcos de agua.

Medusa prefería estar lo más alto posible, lejos de cualquiera que pudiera entrar accidentalmente y encontrarlas. Así que eligió una red de túneles que se abrían a la caverna más grande, muy por encima del suelo.

131

Puso el espejo en uno de estos lugares y se armó de valor para ver lo que había hecho la magia de Atenea. Medusa aún era hermosa. Seguía siendo ella misma. Todo lo que tenía que hacer era aceptar el hecho de que ya no era mortal.

Y eso estaba bien.

Se giró lentamente, y miró su propio reflejo.

Las serpientes alrededor de su cabeza se levantaron, siseando y susurrando las palabras que no quería escuchar.

—El chico que amabas jamás te querría así. Este monstruo no es digno de ser esposa ni madre. Este monstruo hará cosas que ningún mortal jamás consideraría dignas de amor.

—Dejen de hablar —siseó. Medusa desplegó los dientes en un gruñido desagradable—. No tienen voz en cómo vivo mi vida, pequeños monstruos desagradables y horribles. Pueden decir lo que quieran sobre las personas que entran en esta cueva, pero déjenlos a mi familia y a mí en paz.

MEDUSA

EMMA HAMM

Las serpientes se quedaron en silencio, una a una. Se miraron entre sí, y luego la miraron con sorpresa. Al menos, si las serpientes podían parecer sorprendidas, ciertamente lo hacían.

Pero dejaron de sisear sus palabras venenosas.

—Eso está mejor —dijo con una sonrisa suave.

La expresión se vio mal en su rostro monstruoso. Aunque sus labios se estiraron de la manera correcta, todo lo que hicieron fue revelar unos dientes puntiagudos y unos colmillos tan largos que asomaban sobre su labio inferior. Las escamas de su rostro se estiraron y deformaron su rostro con cada movimiento.

Se deslizó más cerca del espejo, obligándose a ver el daño hecho a su rostro y apariencia. Tenía que sentirse más cómoda con su cuerpo y la nueva versión de sí misma. Sin importar lo difícil que fuera reconocer que así era cómo se veía.

Medusa se estiró y tocó su pómulo con un dedo, donde una capa fina de escamas hacía que su mejilla resplandeciera a la luz del sol. Quizás eso estaba bien. Era bonito, casi, si uno ignoraba sus ojos rojos y colmillos. Y el cabello. Siempre estaría el cabello.

Pasó una mano por su estómago hasta el espacio donde sus caderas se encontraban con la cola. Aunque era feo para la mayoría, las escamas eran más grandes aquí. El patrón en forma de diamante era inusual para las serpientes en estas partes. Entonces, si alguien estaba interesado en las serpientes, podría encontrar la cola bastante bonita.

¿Estaba intentando convencerse que aún era hermosa?

Medusa negó con la cabeza y pasó una mano por el espejo. Lo habría hecho añicos si la superficie lisa no fuera tan preciosa. Además, no quería darse más mala suerte. Ya había sido maldecida por los dioses.

El sonido de unas escamas en las piedras se deslizó detrás de ella. Euríale tocó con una mano el hombro de Medusa y la giró lentamente.

Su hermana se llevó un dedo a los labios, sus ojos completamente abiertos por una emoción que Medusa no podía ubicar.

¿Silencio? ¿Por qué tenían que hacer silencio?

MEDUSA

EMMA HAMM

Entonces, escuchó el sonido de unos pasos sobre piedras. Suaves, pero sus oídos podían oír mucho mejor que cuando era una simple mujer mortal. Había alguien en su sistema de cuevas. Alguien a quien no habían invitado.

Regresó con cuidado a la cornisa sobre la gran caverna y miró por encima del borde.

Un hombre atravesaba el centro de la caverna con una espada en las manos. Pasó con cautela sobre cada piedra caída, pasando a través del paisaje y alrededor del agua. Evidentemente, no quería que nadie lo escuchara moverse.

Euríale se arrastró junto a ella, y juntas lo vieron escabullirse por su hogar.

—¿Qué es lo que quiere? —susurró Medusa.

La voz de su hermana era demasiado fuerte para responder, de modo que Euríale se encogió de hombros en respuesta.

—¿Crees que quiere hacernos daño? —Una sensación de ardor se construyó en su pecho.

Si este hombre quería lastimarlas a sus hermanas o a ella, entonces lo desgarraría miembro por miembro. Le arrancaría las entrañas del vientre, tal como las serpientes habían afirmado que Esteno había hecho antes. Se encontraría en un mundo de oscuridad y miedo si pensaba en matarlas.

Una cola de serpiente se deslizó a través de las piedras detrás de él, presionada cerca del suelo de modo que nunca viera al monstruo siguiéndolo a través de las cuevas.

Aparentemente, solo pensar en Esteno la llevó a la refriega. Siguió al mortal, siempre allí para asegurarse que su plan fuera moverse a través de la cueva y no dañar a ninguna de las hermanas allí. Pero, mientras Medusa observaba a través de la oscuridad turbia de su hogar, otro mortal entró en la cueva detrás de su hermana.

Este sostenía una antorcha en alto sobre su cabeza. La espada en su mano era mucho más grande, y su expresión era de oscuridad e ira. Él era el que debía temer. Quien debía preocuparse porque ciertamente quería lastimar a alguien o algo.

Llevaba una banda sobre el ojo, como si lo hubiera perdido en una batalla reciente. Sostenía su espada con una confianza que aseguraba el conocimiento de la lucha, y sobre su pecho llevaba una placa de plata deslustrada. Quizás no plata.

MEDUSA

EMMA HAMM

Medusa sospechaba que el metal era en realidad hierro, un metal bastante barato. De modo que, también era un hombre pobre.

¿Acaso estos dos estaban intentando convertirse en héroes al solo deambular por las cuevas debajo del Monte Olimpo?

Medusa aún no creía que hubiera historias sobre las hermanas que vivían debajo de los dioses. Nadie las había visto viviendo aquí, lo que solo podía significar que estos hombres actuaban solo bajo sospecha, o pensaban atacar a los dioses.

Si planeaban dañar a los olímpicos, los dejaría pasar sin dudarlo. Pero no parecía que ese fuera el caso.

Esteno apareció detrás del primer hombre. Sus garras de bronce radiantes a la luz del sol, y Medusa quería gritarle que se detuviera. Dejara ir a los hombres cuando no habían amenazado a nadie.

Sin embargo, era demasiado tarde para ese tipo de conversación. Esteno levantó las manos por encima de la cabeza, lista para lanzarlas sobre el hombre con un golpe impresionante que le habría cortado la cabeza del cuello.

134

Pero el otro hombre la vio primero.

La luz de las antorchas iluminó su figura, y ese fue el final. El rojo brillante rebotó en sus manos de bronce. Ambos hombres se volvieron hacia ella con gritos de miedo, luego rabia. Las espadas se levantaron en el aire y Medusa supo que no podía permitir que los hombres atacaran a Esteno.

Aunque su hermana era una guerrera de corazón, y su cuerpo era un arma peligrosa, aún no se habían acostumbrado a estas formas nuevas. Esteno necesitaba su ayuda.

—Euríale —dijo rápidamente—. Grita.

Su hermana la miró con sorpresa en sus ojos. Su mandíbula se abrió, pero no salió ningún sonido.

Medusa se encabritó sobre su cola de serpiente y gritó:

—¡Grita!

MEDUSA

EMMA HAMM

El sonido que brotó de la boca de Euríale rivalizó con el de un gigante. El terrible sonido espeluznante retumbó a través de la caverna, sacudiendo las estalactitas hasta que cayeron sobre los mortales y la propia Esteno.

Bien. Le daría a Medusa tiempo suficiente para bajar y ayudar a su hermana. De cualquier forma que pudiera.

Correr por los túneles y las cavernas fue el peor momento de su vida. No podía comparar este miedo con el momento en que Poseidón le había quitado tanto. No podía, en absoluto.

En este momento, no temía por sí. Temía por el destino de otra persona.

Medusa salió de los túneles y entró en la caverna enorme. Esteno ya estaba manejando a uno de los hombres por su cuenta. Tenía una mano envuelta alrededor de su garganta y sus garras ya se clavaban en su piel. Ríos de sangre se deslizaron por su cuello y gorgoteó con un ronroneo que sabía que significaba que ya estaba muerto.

El otro hombre era quien le preocupaba. Al que le faltaba un ojo y estaba detrás de Esteno con su espada levantada.

135

Esteno no lo había visto. No sabía que había otro guerrero detrás de ella, preparado y listo para quitarle la vida. Y aunque no estaba segura que el hombre pudiera tener éxito, Medusa se lanzó a la batalla sin pensarlo.

Se abalanzó entre su hermana y el hombre, extendiendo las manos y esperando que él entrara en razón. O al menos, que otra mujer serpiente ante él lo hiciera vacilar.

Su único ojo encontró su mirada con locura. Dejó escapar un grito de rabia, y luego se quedó helado. Un tono gris se filtró entre el color cálido de su piel. Fisuras como las venas en piedra subieron serpenteando por sus mejillas y dentro del único ojo, mirando en su alma fijamente.

Se puso rígido. Solidificado. Y entonces el hombre se convirtió en piedra.

¿Qué había hecho?

Atónita, Medusa permaneció detrás de Esteno y escuchó el gorjeo del hombre que murió con garras en la garganta. No pudo moverse ni siquiera cuando Esteno soltó al hombre y se volvió hacia su hermana.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Medusa? —siseó Esteno. Empujó frente a Medusa como si estuviera poniendo su propio cuerpo frente a la espada levantada.

Entonces, Esteno se dio cuenta que el hombre no se movería. De hecho, podría nunca volver a moverse.

Medusa se estiró y tocó con una mano temblorosa el hombro de Esteno.

—No sé lo que hice.

Su hermana se dirigió hacia adelante. Esteno tocó la espada con un dedo y luego retrocedió como si la maldición pasaría a ella. La piedra no había cambiado nada más que al hombre. La espada seguía siendo de metal, su armadura aún brillaba en la penumbra, pero cualquier cosa que fuera carne ahora era roca.

Esteno se rio entre dientes, y luego el sonido se convirtió en una carcajada atronadora.

—¡Se ha convertido en piedra! —gritó.

¿Eso era algo bueno? Medusa estaba horrorizada por lo que había hecho.

¿Por qué el hombre se había convertido en piedra? ¿Era una maldición o había hecho algo?

Surgieron demasiadas preguntas para que ella se alegrara por esto. ¿Y si no podía controlarlo? ¿Y si lo activaba contra sus hermanas y ni siquiera sabía cómo funcionaba?

Esteno pasó un brazo alrededor del cuello del hombre de piedra, aún sonriendo con una sonrisa demente.

—¿Qué te preocupa tanto, Medusa? Conozco esa mirada.

—¿Qué significa esto? —preguntó Medusa—. Podría hacerte daño a ti, o a Euríale. Esta última gritó detrás de ellas.

—Creo que si fueras a hacer eso, entonces ya lo habrías hecho. —Se deslizó hacia los lados y cruzó los brazos sobre el pecho—. Creo que este es el regalo del que habló Atenea. El poder que te dio y te protegerá. Aunque, creo que necesitamos una aclaración al respecto.

Medusa estaba de acuerdo, aunque respondió con vacilación:

—¿En qué aclaración estabas pensando?

MEDUSA
EMMA HAMM

—¿Solo funciona con las personas que quieren hacerte daño? ¿Solo los hombres? ¿Mortales? Hay bastantes preguntas que debemos responder antes de poder relajarnos.

El ceño de Euríale se profundizó.

—Estoy segura que también hay más que eso.

Eran todas las preguntas que Medusa tenía ella misma. Era un alivio saber que no era la única que veía fallas en este regalo.

—Estoy de acuerdo. Ahora, ¿cómo vamos a encontrar las respuestas a cualquiera de esas preguntas?

Fue Esteno quien respondió con esa loca sonrisa salvaje.

—Creo que tenemos que atraer a muchas personas diferentes a las cuevas.

—¿Y cómo crees que haremos eso? —preguntó Medusa.

Esteno se encogió de hombros.

—¿Cuántos hombres cazarían monstruos si supieran que existimos?

—Bastantes.

—Entonces, sospecho que tenemos que empezar un rumor sobre las criaturas peligrosas que viven bajo el Monte Olimpo.

138

MEDUSA

EMMA HAMM

Se inclinó hacia adelante y agarró el hombro más cercano frente a ellos. Era un anciano con la mano enroscada en las riendas de un caballo viejo.

El anciano lo miró de arriba abajo, y luego sonrió. Las arrugas alrededor de sus ojos hablaban de muchos años de felicidad.

—Hola, muchacho. ¿Puedo ayudarte?

Alexios se sorprendió por las palabras amables. El hombre no parecía molesto por entrar en el castillo de Polidectes, ni parecía ofendido por un extraño sujetándolo.

Toda esta situación se estaba volviendo cada vez más curiosa. Perseo había hecho que pareciera que Polidectes gobernaba la ciudad con puño de hierro y hacía gritar a la gente con el poder de sus golpes. Y, sin embargo, este no era el rostro de un ciudadano que odiara a su rey. Este era el rostro de un anciano que había vivido una vida ejemplar.

Alexios hizo una reverencia profunda al anciano, Suspirando.

—Llegamos a la ciudad sin saber que todos los demás en la ciudad estaban haciendo lo mismo. ¿Por qué se han reunido tantos ante el castillo?

—¿No has oído? Polidectes está recolectando tributos por la mano de la princesa Hipodamía, hija de Enómao. ¡Nuestro rey finalmente va a tener una esposa! —Los ojos del anciano se iluminaron de orgullo y felicidad—. Todo el país viene y trae sus mejores caballos para que él se los dé a Enómao. ¿Dónde está tu caballo, muchacho?

¿Caballos? ¿Por qué demonios querría un rey un ejército de caballos a cambio de su hija? Extraño.

Alexios sonrió y se encogió de hombros.

—No tenemos ningún caballo para dar. Pero pensamos que la presencia de nuestros rostros hermosos sería suficiente para convencer al rey de que debería encontrar una mujer que se vea como nosotros.

El anciano inclinó la cabeza hacia el sol y se echó a reír.

—Bueno, supongo que algunos de nosotros no hemos llevado una vida tan malcriada. ¡Pero ese rostro hermoso tuyo ciertamente asustará al rey en los brazos de Hipodamía!

MEDUSA
EMMA HAMM

La multitud se separó ante Perseo como una ola. Todos se movieron a un lado, preguntándose por qué este joven enloquecido pensaba que podía interrumpir esta ceremonia. Y luego probablemente se preguntaron quién era este niño cuando se acercó al rey.

—¡Tío! —gritó Perseo la palabra, como si no se hubieran visto en muchos años—. Es bueno verte. Te ves pálido y demacrado. ¿Te sientes bien?

Los ojos de Polidectes se abrieron sorprendidos, después se entrecerraron en lo que Alexios solo podía suponer que era placer. Estaba preparado para que su sobrino viniera y tratara de rescatar a su madre. Por supuesto que Polidectes lo estaría.

Si Perseo tenía razón, entonces este anciano había estado esperando mucho tiempo para vencer a su hermano. Su sobrino era lo único que se interponía en su camino.

—Perseo —respondió Polidectes con una sonrisa cálida—. Bienvenido.

—Ahora regresaré con mi madre. Creo que preferiría irse a casa conmigo que quedarse aquí contigo.

Ahora que estaban lo suficientemente cerca como para que Alexios pudiera leer bien a este anciano, pudo ver que Polidectes podría haber sido el hermano mayor, pero la vida había sido mucho más amable con él de lo que había sido con Dictis.

Era una figura fuerte de pie ante la congregación de su pueblo. La corona sobre su cabeza resplandecía a la luz del sol, el oro cuidadosamente vertido contenía cientos de piedras preciosas que brillaban a la luz del sol. Sus hombros eran anchos y rectos, no doblados por años de trabajo que habían torcido su cuerpo. Sus manos lucieron suaves cuando levantó una y la colocó sobre el hombro de Dánae.

Alexios entrecerró los ojos y observó sus reacciones con atención. Aunque el movimiento fue leve, quizás invisible para cualquiera que no la conociera muy bien, vio cómo ella se apartó de su toque.

Le bastó para creerle a Perseo. Dánae no quería estar aquí, y probablemente solo se quedaría porque Polidectes la hubiera amenazado con algo que se negaba a perder.

Como la vida de su único hijo.

MEDUSA
EMMA HAMM

Mujer tonta. Quiso maldecir y luego reprenderla por tomar su propia vida en sus manos, todo porque quería proteger a su hijo. El joven tenía la edad suficiente para protegerse y, sin embargo, insistía en ser el hombre más temerario que Alexios hubiera conocido. Embistiendo en situaciones que no solo pondrían en peligro su propia vida, sino la de las otras personas que estaban con él.

Esta situación era un ejemplo excelente de eso.

La multitud contuvo la respiración mientras Polidectes consideraba cómo responder a su sobrino. El rey abrió los brazos, extendió los labios en una sonrisa amplia y miró a su sobrino como si un niño amado hubiera regresado a casa.

—Ah, Perseo. No creo que ella quiera ir contigo. Y de todos modos, no la dejaría hacerlo. ¿Quieres tomar a una mujer que una vez fue reina y devolverla a una apestosa cabaña de pescadores repugnante? Mi muchacho. Eres cruel con la única mujer que te ha amado.

Alexios escuchó a alguien jadear detrás de él, como si la crítica fuera un aguijón brutal. No lo era. Perseo era claramente un joven apuesto y había muchas mujeres que se habrían postrado a sus pies si les prestara atención.

A la gente le gustaban los hombres apuestos. Aunque Alexios estaba bastante seguro que cuanto más lo conocieran, menos estarían interesados en Perseo.

Perseo había perdido la chispa de valor en el poco tiempo que Alexios lo conocía.

Perseo se acercó a su tío y se llevó las manos al corazón.

—Ah, Polidectes. No te llamaré rey porque somos familia y nuestra relación es mucho más estrecha de lo que nadie sabía. Creo que mi madre volverá conmigo, ya sea que vayamos a casa a una cabaña de pesca o no. Porque ella no quiere quedarse aquí contigo, y tú no tienes derecho a mantenerla en ningún lugar donde no quiera estar.

La expresión cambió en el rostro del rey. Sus cejas se tensaron con ira y su mandíbula saltó a medida que rechinaba los dientes. Pero tan rápido como ocurrió el cambio, se despejó hasta una suavidad que no aseguraba ninguna emoción.

Polidectes volvió a sonreír al joven.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Perseo, eres el chico que recuerdo. Siempre esforzándose por ser un héroe, pero nunca teniendo la oportunidad de serlo.

Otro jadeo resonó entre la multitud.

Esa, admitiría Alexios, era una buena respuesta. Si estaban luchando con las palabras, entonces Polidectes acababa de pasar una espada por la garganta de Perseo y dejó que su cuerpo inerte cayera al suelo.

El rey sabía lo mucho que Perseo deseaba ser considerado un héroe entre los dioses. Quería entrar en los Campos Elíseos, sabiendo que merecía estar allí con todos los demás héroes de antaño. Perseo no deseaba más que su nombre estuviera escrito entre las estrellas.

Vio el cambio en Perseo. La oscuridad que cubrió sus ojos y la forma agresiva en que sus manos se cerraron en puños. El hijo de Zeus estaba a punto de matar a un rey, y eso simplemente no sería suficiente.

Alexios se lanzó hacia adelante.

—Entonces, si insiste en quedarse con su madre, rey, tal vez debería darle una tarea digna de un héroe para recuperarla.

144

Pudo sentir todos los ojos de la multitud sobre él. Todos se preguntaban quién era este recién llegado, pero más importante aún, estuvieron de acuerdo con él.

El anciano con el que había hablado con el caballo viejo se abrió paso entre la multitud y levantó la mano.

—¡Estoy de acuerdo! Polidectes, has ofrecido un desafío a este joven y debes honrarlo. Los dioses declaran que este muchacho debe demostrar su valía en una búsqueda noble. Deberás nombrar una.

Alexios no tenía idea de a quién pensaba el granjero anciano que se estaba dirigiendo de esa forma sino a un rey, pero lo benefició. Aceptaría el apoyo y esperaría que funcionara para mantener a Perseo alejado del destino de asesinar un rey.

Al parecer, su plan funcionó. Polidectes miró a la multitud y luego volvió a mirar a Alexios.

MEDUSA

EMMA HAMM



Medusa tenía días buenos y días malos. Sin embargo, cuanto más tiempo estaba lejos de Atenas, más fácil era sentirse un poco más su propio ser.

Desafortunadamente, hoy era un día malo.

Se había despertado en medio de la noche con el corazón latiendo demasiado rápido. Estaba cubierta por una capa resbaladiza de sudor y todas las serpientes alrededor de su cabeza siseaban, enroscadas y listas para atacar a un enemigo que no podían ver.

No es que hubiera un enemigo al que atacar. Ningún hombre jamás la querría así. Y aun así, temía lo que sucedería si Poseidón entraba en las cavernas que estaban justo debajo de su hogar.

A veces podía sentirlo muy por encima de ellas. Todo ese poder la llamaba, y sabía que no podía hacer nada al respecto. Deslizarse hasta el Monte Olimpo y buscarlo no la llevaría a ninguna parte.

¿Qué haría si lo viera?

A Medusa le gustaba pensar que se defendería. Tal vez tomaría una página del libro de Esteno y le atravesaría la garganta con una cuchilla solo para ver la sangre manando. Cada parte de su alma quería marcarlo como él la había marcado a ella por toda la eternidad. Quería dejar una cicatriz en su bonito rostro para que nadie volviera a mirarlo nunca más, tal como ella se había visto obligada a sufrir.

Y, sin embargo, nada de eso sucedería.

El mero pensamiento de él la hacía temblar en la cama. Sus dedos estremeciéndose con tanta fuerza que ni siquiera podía moverlos, y mucho menos agarrar una espada.

Él le había hecho esto. Y había pensado que era una mujer más fuerte que esta.

MEDUSA

EMMA HAMM

Saliendo de la cama, se enderezó y estiró las extremidades. No dormiría esta noche, pero estaba bien. Ahora que no era mortal, no necesitaba dormir tanto.

Esteno y Euríale aún dormían, pero ambas entraban en el mundo de los sueños como muertas. Nada las despertaría.

Así que, salió de la caverna para encontrar algo de aire fresco. De todos modos, Medusa quería hacer algo que ellas no aprobarían. Algo que tanto Esteno como Euríale habían descartado al momento en que se convirtieron en las Gorgonas monstruosas.

La cueva de la que salió Medusa se abría al océano. Estaba por encima de la espuma del mar, pero la vista de las olas calmó sus pensamientos turbulentos. Seguro, era el símbolo del dios que le había quitado todo. Pero estaba trabajando para recuperar todas las cosas que él había roto. Una a una.

Se inclinó ante el altar improvisado de piedras planas y una estalactita que había caído cuando los primeros hombres habían entrado en sus cuevas. Medusa la había tallado con amor en una representación tosca de la diosa a la que había adorado toda su vida. Y la diosa a la que seguiría adorando, sin importar lo difícil que fuera confiar en su juicio.

147

Pasando sus manos sobre la superficie plana, se aseguró que el altar estuviera limpio antes de comenzar.

Medusa reunió sus manos frente a su pecho y se arrodilló. Enroscó la cola y se sentó sobre lo que alguna vez podrían haber sido sus talones. La punta de su cola hacía un sonido silencioso en la oscuridad, como una serpiente de cascabel.

—Atenea, escúchame.

La proclamación una vez tuvo la intención de llamar la atención de la diosa, aunque en estos días Medusa estaba casi segura que no estaba escuchando. Era casi como si nadie supiera que existían las Gorgonas, ni siquiera los dioses.

Medusa tomó la pequeña jarra que le había robado a Euríale y vertió con cuidado un trago de vino sobre las piedras manchadas.

—Te llamo, Atenea, hija partenogenética de Zeus. Brotaste de su cabeza, con armadura brillante ya reluciendo. Desde tu primer aliento fuiste una guerrera, nacida con

MEDUSA

EMMA HAMM

toda la habilidad de un antiguo señor de guerra. Te pido que me regales parte de ese poder, esa valentía, para que pueda dormir toda la noche sin soñar con quien me hizo daño.

Si tan solo la diosa le diera eso. Entonces Medusa sabría que podía dar el primer paso con confianza hacia esta vida nueva. Caminaría hacia el futuro que la diosa le había regalado.

Respiró profundo, y dejó el vino en el suelo. Luego tomó la última ramita de cebada que había robado de sus pequeños productos de comida. La mayor parte de lo que les quedaba era carne, pero la cebada era un regalo raro que un comerciante errante había olvidado cuando pasó la noche fuera de sus cuevas.

Dejó el pedacito de cebada en el altar y miró la ofrenda lamentable. No era mucho, y probablemente Atenea ignoraría sus súplicas.

Aun así, continuó.

—Atenea de ojos de acero, diosa de la sabiduría, hija de los atronadores Zeus y Metis, das tus favores a los valientes e inteligentes, a aquellos que se atreven a tentar a los nobles destinos. Los tienta con mi mera existencia, y ahora te pido... te ruego. Dame la fuerza para superar los recuerdos y ser fuerte.

148

Medusa no tenía idea de cuánto tiempo estuvo arrodillada sobre las piedras frías con las manos presionadas contra su corazón. Una parte de ella pensó que Atenea le regalaría su fuerza por lástima. Medusa había dedicado toda su vida a adorar a la misma mujer y, sin embargo, ningún poder inundó su pecho. No se sintió como un héroe noble que pudiera luchar contra su propio pasado y ganar.

En su lugar, continuó sintiéndose como la mujer frágil que se convertía en una hoja al viento cuando pensaba en lo que le había pasado.

¡Le habían dado el poder de destruir a cualquiera que se acercara a ella con solo una mirada! Ya había diez hombres aún como estatuas en su caverna que movieron para decorar la recámara principal y, sin embargo, aún no se sentía más poderosa que en aquellos momentos en que Poseidón la había dejado en el suelo.

—¿Medusa? —Las palabras susurradas provinieron de Euríale. Tranquilas y contemplativas—. ¿Puedo interrumpir?

MEDUSA

EMMA HAMM

Supuso que rechazar a su hermana sería imposible. Si Euríale tenía algo que decir, lo diría. Sin importar lo mucho que Medusa intentara detenerla.

Se giró suspirando, y le hizo un gesto a su hermana para que entrara en la cueva.

—Aún la adoro —respondió—. Sé que Esteno y tú no ven el mérito en ello, pero sigo pensando que merece nuestro respeto. Adorarla es la única forma en que sé cómo hacer eso.

—Oh, Medusa. —Euríale se deslizó a su lado y se arrodilló con ella—. No me importa a quién adores o si deseas dedicar tu tiempo a Atenea. Tú lo sabes.

—A Esteno le importa. —La mayor de todas habría hecho añicos el altar si hubiera visto que Medusa había construido uno en su hogar—. Querría que esto no fuera más que polvo desmenuzado si sus deseos se cumplieran.

—Supongo que tienes razón. —Euríale se rio entre dientes—. Pero no soy ella, ni tú tampoco. Entonces, ¿te importaría decirme para qué estás haciendo ofrendas? Pensé que habías terminado de pedirles algo a los olímpicos.

También lo había pensado. Pero esto se sentía importante. Como si no pudiera hacer esto por su cuenta sin la intervención de una diosa. Sin alguien que la ayudara cuando estaba flotando y vagando por su cuenta, deseando desesperadamente que alguien la viera.

Pero, ¿a quién recurría cuando incluso los dioses se negaban a escuchar?

Euríale se acercó y tomó sus manos. Las palmas de su hermana fueron suaves y gentiles cuando sostuvieron a Medusa con fuerza.

—¿Quieres hablar de eso? ¿O prefieres quedarte con los recuerdos por tu cuenta?

Por supuesto que quería hablar de eso. Medusa quería escupir las palabras de su propia alma y purgarlas como si fuera vómito. Quería dejarlo todo a los pies de Euríale, cada detalle repugnante para finalmente poder sacar los recuerdos de ella. Incluso por unos momentos.

Pero cada vez que intentaba abrir la boca, las palabras se le quedaban atascadas en la garganta. Se negaban a salir por mucho que intentara expulsarlas. Sin importar lo mucho que necesitara expresarlas.

Entonces, en su lugar, sacudió la cabeza y mantuvo la boca cerrada.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Lamento que aún estés pasando por esto —dijo Euríale—. Entiendo que hay muchas cosas en las que tienes que trabajar. Créeme, yo de todas las personas lo sé. Pero lo que también recuerdo de mi propio tiempo en las sombras es que también es bueno hablar de las cosas buenas en tu vida. No solo tienes recuerdos oscuros.

—¿Cosas buenas? —Medusa apenas podía recordar lo que era sentir que un recuerdo era bueno. Había estado tan atrapada en el atolladero de estos recuerdos que pensar en algo bueno era como pedirle que predijera el futuro.

—Sí, cosas buenas. Sé que tuviste personas en tu vida que te hicieron feliz. Sé que experimentaste cosas maravillosas antes de ir al templo. Estabas tan llena de luz cuando te conocí, Medusa. —Euríale apretó su mano con fuerza—. Quiero escuchar esos recuerdos. Quiero saber todo sobre quién eras antes de convertirte en sacerdotisa.

Era tan difícil pensar en ese momento de su vida. Quizás porque le recordaba todas las cosas que alguna vez podría haber tenido. Los recuerdos que llenaron su mente de vivir en ese pueblo diminuto solo hicieron que su corazón doliera aún más. Quería lo que no podía tener.

150

Hizo que le doliera el estómago y todas las serpientes en su cabeza sisearon como si quisieran escupir veneno a Euríale por siquiera preguntar. Pero lo intentaría, porque tal vez su amiga tenía razón. Tal vez, después de todo este tiempo, podría hablar de las personas que extrañaba.

—Mi madre y mi padre son tejedores —comenzó—. Mi hermano estaba obsesionado con casarse con una joven noble que estaba tan lejos de su alcance que era casi divertido.

—¿En serio? —Euríale sonrió—. ¿Pero era adorable?

—Oh, más bonita que el sol mismo.

—Entonces, como tú.

No, no era para nada así. Medusa podría haber sido alguna vez una de las mujeres bonitas, pero nunca se había sentido así. Solo quería continuar con su vida sin que la gente mencionara lo hermoso que era su color de cabello. Cómo sus ojos eran como el cielo. Y

MEDUSA

EMMA HAMM

sin hombres intentando seguirla porque pensaban que si eran lo suficientemente fuertes, captarían su atención más que los demás.

Se estremeció al recordarlo y apartó las manos de las de Euríale. Medusa se abrazó a sí misma y trató de aquietar esos recuerdos. Alejándolos porque solo se preguntaría si esos hombres habrían hecho lo que hizo Poseidón.

Euríale pareció saber a dónde vagó su mente.

—Antes te escuché hablar de un hombre —dijo—. ¿Alexios? Creo que ese era su nombre.

—Era mi amigo de la infancia —respondió, su voz baja, con anhelo—. Si no hubiera ido al templo, entonces podría haberme casado con él.

—¿En serio? ¿Tú? Casada. Nunca habría pensado que hubieras considerado tal cosa. Siempre estuviste tan emocionada de ser sacerdotisa. —Euríale se dejó caer sobre una de las piedras cerca de Medusa, luego hizo un gesto con la mano para que continuara—. Entonces, sigue. Háblame de ese. Lo admito, estoy muy interesada en lo que tienes que decir sobre el hombre que calmó tu corazón errante.

151

—Pero no lo calmó. De todos modos, fui a convertirme en sacerdotisa.

—¿Y?

—Y nada. No lo volví a ver después de eso. —Medusa deseaba haberlo hecho.

La próxima vez que abrió la boca, escupió todos los detalles que recordaba sobre Alexios. Lo amable que era, a pesar de que era más grande que nadie. Cómo siempre se había tomado el tiempo para ir a verla. Que su gran tamaño solía alejar a las personas de él, y así fue como se hicieron amigos. Tenía el tamaño de un hombre cuando el resto de los niños eran pequeños y desgarbados. Medusa nunca le había tenido miedo. Y por eso, había sido su amigo más querido.

Al final, no hubo nada más que pudiera decir. Medusa se había acercado a Euríale y había apoyado la espalda contra la piedra en la que estaba acostada su hermana.

—Cuando Poseidón estaba... bueno. Vi a Alexios como si estuviera allí conmigo. Ayudándome a superar este momento tan horrible que me marcaría para siempre —añadió, respirando profundo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Euríale se inclinó y apoyó una mano sobre el hombro de Medusa.

—Parece que te dio fuerzas cuando los dioses te abandonaron.

—Sí, supongo que lo hizo.

La cola de su hermana se envolvió alrededor de sus hombros.

—Entonces, tal vez deberías buscar fuerza en tu memoria del hombre que amas, en lugar de en los dioses.

—Sí, lo amo —susurró. Era la primera vez que decía esas palabras, y Medusa no se dio cuenta que le destrozarían el alma—. Solo desearía habérselo dicho cuando aún tenía la oportunidad.

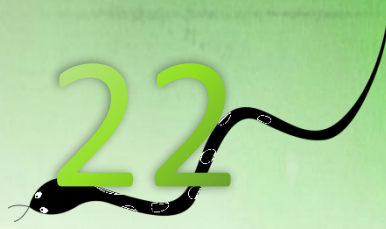
—El tiempo tiene su propia forma de curar heridas como esa —respondió Euríale—. Nunca se sabe, Medusa. Algún día volverás a verlo, y entonces tendrás tu oportunidad de cambiar lo que pasó. Aún puedes curar esa herida en tu alma por tu cuenta.

Pero, ¿qué le diría si alguna vez volvía a ver a Alexios? Decir: “Ahora soy un monstruo, ¿pero quería que supieras que aún te amo?”. No. Aquellos tiempos habían terminado.

Y saberlo le dolió mucho más que el resto de sus recuerdos.

MEDUSA

EMMA HAMM



Cabalaron toda la noche, cada vez más duro de lo que Alexios hubiera montado antes. Sus caballos echaban espuma por la boca y aun así Perseo los empujó hacia adelante. Quería llegar al mar antes de que el último barco partiera en medio de la noche, y Alexios ya podía ver la locura en sus ojos.

—¡Perseo! —llamó—. Tenemos que parar por la noche. ¡Los caballos no aguantan más!

—¡Pueden hacerlo! —respondió Perseo. El viento atrapó su voz y la arrojó contra el borde del acantilado junto a ellos—. ¡No perderemos este barco, Alexios! ¡Lo lograré, así sea lo último que haga!

153

Alexios no se preocupaba por ellos. No eran ellos los que corrían por la arena hacia el puerto.

Deberían haber estado en el camino. La arena era difícil para que sus caballos corrieran una hora normal, pero ¿durante horas como esta? Iban a desplomarse y eso sería un desperdicio total.

Pero el aspirante a héroe no escuchó a Alexios. Rara vez lo hacía.

Para cuando llegaron al puerto, sus caballos ya estaban muertos en pie. Alexios se bajó de su bestia y vio cómo la gran bestia se inclinó hacia un lado, y luego cayó. Sabía en el fondo de sus entrañas que el animal no volvería a levantarse.

La ira hirvió en su sangre. Quiso golpear a este joven tonto hasta que entrara en razón, pero no podía. El hijo de Zeus sería el primero en sacar sangre si intentaba luchar contra Perseo.

Todo lo que pudo hacer fue intentar razonar con el chico que nunca veía la razón.

—Perseo —gruñó—. Los caballos.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Déjalos descansar. —Perseo ya estaba corriendo hacia los muelles.

—No pueden descansar —respondió Alexios. Su voz cayó del aire y se desplomó al suelo como la espuma escurriendo de la boca del caballo—. Perseo, están muertos.

El chico no podía oírlo. Ya estaba tan lejos en el muelle que Alexios tendría que gritar para que oyera una sola palabra, e incluso entonces dudaba que Perseo lo escuchara.

Si continuaban a este ritmo, nunca llegarían al Monte Olimpo. Ni siquiera llegarían al barco sin que uno de ellos se derrumbara y su corazón encontrara el mismo final que Dictis.

Echó un vistazo hacia las estrellas donde seguramente el anciano lo estaba observando desde arriba.

—Me dejaste un niño problemático con el que lidiar —murmuró—. Y en momentos como estos, me doy cuenta que solo soy un niño.

Algunas de las estrellas parpadearon sobre él. Casi como si Dictis se estuviera riendo de su situación difícil. Que ría el viejo, supuso. Había pasado años intentando domesticar el espíritu salvaje de Perseo y nunca lo había logrado. Ahora era el momento de que Alexios metiera algo de sentido común en el chico que solo podía ver el final, no el viaje para llegar allí.

Avanzó hacia los muelles donde Perseo estaba solo, suspirando. No había ningún barco en el extremo, lo que significaba que a pesar de quitarle la vida a dos caballos hermosos, aún no habían llegado a tiempo. De alguna manera, no se sorprendió.

—Perseo —comenzó—. Amigo, habrá otros barcos. Conozco al posadero aquí. Solíamos llevar pescado a su padre, así que puedo conseguírnos una habitación para pasar la noche. Unas pocas horas no le costarán la vida a tu madre. Quizás podamos...

—Silencio —interrumpió Perseo—. Alexios, ¿no la ves?

¿Verla? Alexios no veía nada más que la luz de la luna en el océano ante ellos. El agua como siempre, provocándole una sensación enfermiza en el estómago.

Había ayudado a la familia a pescar durante casi un año, y aún no podía ver el océano sin sentir náuseas. Alexios no sabía por qué, pero algo al respecto siempre lo inquietaba. No era el movimiento de las olas, solo la sensación instintiva que debía odiar el agua.

MEDUSA
EMMA HAMM

—No —respondió—. No veo a nadie.

Los ojos de Perseo estaban abiertos de par en par por la conmoción, o quizás por el asombro a medida que miraba hacia arriba.

—Atenea está aquí —susurró—. Amigo, está justo ahí. Y dijo que está dispuesta a ayudarnos a llegar a donde tenemos que ir. Quiere ayudarme a convertirme en un héroe.

¿Por qué Atenea ayudaría al chico? Los tipos de dioses que estarían interesados en Perseo serían heroicos en sí mismos. Quizás Ares o Apolo se ocuparían de un joven que se tenía en tan alta estima.

¿Pero Atenea? Era la diosa de la sabiduría, exactamente lo contrario de lo que era este joven. Debería haber visto a través del barniz delgado de valentía y darse cuenta que solo deshonraría su buen nombre.

—¿Atenea está hablando contigo? —preguntó, como si la aclaración pudiera provocar un dios o diosa diferente—. ¿Qué está diciendo?

—Que la única forma de saber dónde están las Gorgonas es hablar con las Grayas. Aparentemente, son hermanas, y ese es el primer paso al que nos llevará nuestro viaje. —Hizo una pausa y sus ojos se pusieron vidriosos—. Dijo que encontraré una esposa que me hará rey. Una esposa que resistirá la prueba de la mortalidad y el tiempo, más hermosa que cualquier mujer viva.

¿Desde cuándo Atenea también se interesaba en el matrimonio? Esto no cuadraba, sin importar lo mucho que intentara comprender la intención de la diosa.

—;Y?

—El barco que buscamos partirá mañana por la mañana con las primeras luces. Tendrá la marca de un búho, y seremos recibidos con los brazos abiertos. —Perseo finalmente miró a Alexios con una sonrisa loca—. ¿Ves, amigo mío? No había necesidad de preocuparse. Estamos en una búsqueda divina.

¿Por qué eso empeoraba todo? Alexios no quería estar en una búsqueda divina. Quería recuperar a Dánae y luego regresar a su vida tranquila donde podría seguir siendo el hijo melancólico de un herrero cuya vida le había sido robada. Eso era lo que quería. No

MEDUSA

EMMA HAMM

perseguir a un joven que soñaba con hacer que su nombre quedara plasmado en los libros de historia.

—Creo que deberíamos buscar una habitación en la posada —refunfuñó—. Con la ayuda de Atenea o no, necesitamos descansar si mañana vamos a encontrar un barco.

—Creo que tienes razón —respondió Perseo.

Se alejaron del extremo del muelle, pero Perseo no tardó en volver a hablar.

Esta vez, su voz retumbó a través de la noche con alegría y ligereza.

—Como hijo de Zeus, esperaba que un dios nos ayudara una vez que tuviéramos una misión digna de un héroe. Pero no pensé que sería la propia Atenea. ¿Por qué crees que eligió ayudarme?

—Ayudarnos —respondió.

—¿Hm? —Perseo frunció el ceño, luego la expresión se despejó cuando comprendió lo que había dicho—. Ah, tienes razón. Lo siento, Alexios. Es solo que siempre estás aquí y eres tan fiel. Olvidé considerar que también te ayudaría en esta búsqueda. ¡Quizás también serás recordado como un héroe, amigo mío!

156

La última parte fue arrojada tan al azar que, Alexios estaba casi seguro que Perseo trabajaría para ver que el nombre de Alexios no permaneciera en los pensamientos o las mentes de nadie.

Y eso estaba bien con Alexios. No quería ser un héroe. Nunca había querido estar en los libros de historia.

La única razón por la que estaba aquí era porque tenía una deuda con los padres de Perseo, y un poco con el chico en sí. Pero cuanto más tiempo estuvieran juntos, más se sentía Alexios como si ya hubiera pagado diez veces más su deuda con Perseo.

—Creo que a los dioses les gusta entrometerse en todo lo que pueden. Si te ofreció ayuda, entonces tal vez crea que tendrás éxito en esto —respondió, al final.

—Por supuesto que sí. Los dioses están ahora de nuestro lado. —Perseo pasó un brazo alrededor de su hombro—. Vamos a dormir un poco, ¿de acuerdo? Y luego montaremos en el barco de Atenea hacia la puesta del sol, donde podremos encontrarnos con estas Grayas.

MEDUSA

EMMA HAMM

Obviamente, Perseo no recordaba las historias sobre las criaturas aterradoras. Eran tres hermanas que podían ver a través de todos los velos del tiempo, pero solo podían hacerlo con un solo ojo que compartían entre las tres. Nacidas como brujas viejas, no disfrutaban más que atormentando a los hombres y mujeres mortales que acudían a ellas con la esperanza de descubrir algo útil sobre su futuro.

Pero supuso que era hora de dejar que el chico se divirtiera. De modo que Alexios no dijo nada en absoluto. Ni siquiera por la mañana cuando regresaron a los muelles, y vio el reluciente barco dorado con el tope de un búho dorado, con las alas extendidas.

Todos en el área estaban mirando el barco fijamente, señalándolo con el asombro que deberían estar sintiendo. Después de todo, era claramente de Atenea.

Perseo subió la rampa sin mirar atrás. Su pecho se hinchó como si fuera el dueño del barco y como si ya fuera un héroe que la gente debería adorar. La mayoría de la multitud ya murmuraba sobre el nuevo héroe.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó alguien.

—Perseo, creo que es como lo llamó su amigo.

—Perseo. —El nombre se repitió entre la multitud hasta que estaba seguro que los dioses del Olimpo escucharon la palabra.

Y así, Perseo ya se había convertido en un héroe ante los ojos de los mortales. Ahora solo tenía que impresionar a los dioses.

Alexios se esforzó por no complacer al joven mientras el barco se alejaba del puerto. Nadie estaba en el barco excepto ellos y, aun así, la nave se abrió camino por su cuenta. Sin capitán. Sin tripulación.

Ese cosquilleo frío se estremeció entre los omóplatos de Alexios. Esto era mágico, de principio a fin, y lo hizo sentir más incómodo de lo que podría haber esperado. La diosa no se estaba andando con rodeos. Si estaba ayudando a Perseo, lo estaba haciendo con entusiasmo.

Perseo estaba apoyado contra la barandilla, mirando hacia el mar con una sonrisa radiante en su rostro. Este era su elemento. Estaba maravillosamente feliz en una aventura, mientras que Alexios ya quería volver a casa.

MEDUSA
EMMA HAMM

Se unió a su amigo en la barandilla y se apoyó contra la madera dorada.

—¿Cómo lo llevas?

—Mejor que nunca, amigo mío. Finalmente, estamos dando los pasos para convertirnos en los héroes para los que nacimos ser. ¿Qué hombre no sería feliz?

Alexios.

Alexios no estaba feliz.

Pero, maldita sea, no debería arruinar la diversión del chico solo porque no deseaba estar en este barco mágico dirigiéndose hacia una isla donde había tres mujeres monstruosas esperándolos. Y no había un hueso en el cuerpo de Alexios que no creyera que las Grayas no eran conscientes de su misión. Esas mujeres estaban esperando a su próxima presa, y eso es lo que eran.

Sin embargo, por ahora tendrían unos momentos de paz antes de que necesitaran sus ingenios. Al menos le podía dar eso al chico.

—Tu padre estaría muy orgulloso —dijo. Alexios contemplaba las luces parpadeantes del sol sobre las olas del océano.

A Dictis le encantaría ver a su hijo haciendo lo que siempre había querido hacer. Después de todo, eso era lo único que quería el anciano. Solo asegurarse que su hijo tuviera la vida que quería.

—Sí —respondió Perseo—. Mi padre estará muy orgulloso de mí, especialmente cuando le lleve la cabeza de la Gorgona. El rey de los dioses me recibirá con los brazos abiertos. ¡Quizás incluso me conceda permiso para ser un hijo de sangre pura!

Las palabras fueron tan sorprendentes que, la lengua de Alexios se pegó al techo de su boca antes de tartamudear:

—Me refiero a tu verdadero padre. Dictis.

—Oh. —La felicidad en el rostro de Perseo disminuyó por un momento antes de reír—. ¡Ah, bueno! Es un error simple de cometer cuando tienes dos padres. Ambos estarán orgullosos de mí. ¡Ya verás!

Esas sensaciones inquietantes en su estómago volvieron a crecer. El chico ya había olvidado de dónde venía.

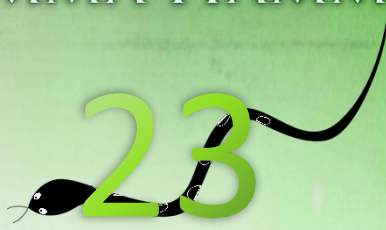
¿En qué se había metido Alexios?

159

MYTHS & MONSTERS
BECOMING

MEDUSA

EMMA HAMM



El estómago de Medusa se revolvió de nuevo. Aunque estaba acostumbrada a no sentirse bien por las mañanas, esta vez fue peor que las otras. Estaba tomando todo lo que estaba en su poder para no vomitar sobre las piedras, y no sabía por qué.

Les había preguntado a sus hermanas si la carne que tenían en la cueva estaba mala. Tanto Esteno como Euríale se habían reído y le habían dicho que ahora eran monstruos. La carne mala no les afectaría, como tampoco a los dioses.

De alguna manera, Medusa pensó que tal vez era diferente a ellas.

Presionando una mano contra su estómago mientras se retorció una vez más, se dirigió hacia sus hermanas. Tal vez conocerían algún remedio que la aliviaría un poco de las náuseas que simplemente no cesaban.

Odiaba arruinar su estado de ánimo feliz, especialmente cuando habían trabajado tan duro para aliviar el tormento de Medusa. Todos los días la hacían hablar de las cosas felices de su vida que había dejado atrás. Y esa felicidad se había extendido por su alma cuanto más hablaba de ellos.

Recuerdos agridulces, supuso que eso era lo que eran ahora. Medusa sabía que nunca regresaría al pequeño pueblo donde había crecido. Nunca volvería a ver a su familia, y probablemente pensaban que estaba muerta.

¿Cómo la llorarían? ¿Cuánto tiempo les tomaría seguir adelante con sus vidas?

Suspirando, se apoyó contra el túnel de piedra para orientarse. Cada vez que pensaba en su familia, la ansiedad y el burbujeo en su estómago empeoraban. Tal vez ese era el problema.

MEDUSA

EMMA HAMM

Había estado pensando en cosas que no podían ser durante mucho tiempo, y ahora se estaba poniendo enferma. Sí, eso sonaba cierto.

Pero, con suerte, Esteno o Euríale podrían cocinar algo esta noche que no la haría vomitar. Esto sería un problema con el tiempo.

Presionando el dorso de su mano contra su boca, se deslizó el resto del camino por el túnel hacia la caverna en la que habían estado trabajando diligentemente.

Más y más hombres mortales las habían visitado, exactamente como Esteno había querido. Cada uno perseguiría a su hermana a través de las cavernas, guiados por los gritos de Euríale en caso de que se perdieran o a Esteno en la persecución. Y al último minuto, Medusa se mostraría para poner a prueba los límites de su poder nuevo.

Hasta ahora, no parecía importar quién la mirara. Sus hermanas eran inmunes a la magia que convertía a los hombres en piedra. ¿Pero todos los demás?

Todos caían ante el poder de su mirada.

Pasó junto a un hombre que había muerto de rodillas. Presionaba las manos contra su corazón, apretándolas con fuerza mientras le rogaba que detuviera la magia que lo dejó en un mármol blanco hermoso. Medusa deseó haber podido ralentizar el proceso, o incluso revertirlo. Pero el hombre aun así se había convertido en piedra.

Odiaba mirarlos. Todos eran personas con familiares y amigos que los extrañarían tanto como su propia familia probablemente la extrañaba a ella. Y Medusa fue quien los puso a todos en esta situación en la que sus familias nunca sabrían la verdad o la comprensión de dónde estaban. Todo esto era su culpa.

Aunque, si estaba siendo un poco más honesta consigo misma, todo esto era culpa de Poseidón.

Simplemente no podía castigarlo por crear el problema que afectaba a tantos.

Esteno estaba de pie junto a una de las estatuas, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia un lado. Claramente perdida en sus pensamientos, no reaccionó al acercamiento de Medusa.

Medusa esperó unos momentos antes de decir:

—¿Por qué lo miras como si fuera a volver a la vida?

MEDUSA
EMMA HAMM

—Solo me estaba preguntando si alguno de ellos podría volver a la vida. —Esteno se inclinó hacia adelante y golpeteó una mano de bronce contra el rostro del hombre—. ¿Crees que aún están ahí? ¿Están encerrados en esa piedra, viendo pasar los días y preguntándose cuándo se romperá la maldición?

Dioses, qué pregunta tan horrible. Medusa nunca lo había pensado así, pero supuso que aún podrían estar allí.

Se inclinó aún más cerca del hombre en cuestión y presionó la oreja contra su pecho. No hubo ningún latido dentro de la piedra. No se escuchó ni el más leve sonido.

Negó con la cabeza, enderezándose.

—No lo creo. Creo que en realidad se han ido y que incluso cuando algún día muera, permanecerán aquí como un recordatorio del monstruo que una vez vivió bajo el Olimpo.

Esteno se rio entre dientes.

—¿Morir? Medusa, ahora eres una de las criaturas del mundo. Nunca vas a morir.

Pero sentía que podía. De hecho, Medusa hacía apenas dos días se cortó con una piedra y sangró. Sus hermanas, por otro lado, rara vez sangraban ahora que estaban en esta forma. Y si algo era lo suficientemente afilado para cortar sus gruesas capas de piel, ciertamente no sangraban por más de unos segundos.

Medusa se inclinó contra el hombre de piedra y se encogió de hombros.

—Aún no creo que estén vivos allí dentro. Lo más probable es que sus almas ya estén vagando por el Inframundo, aunque ninguno de ellos tiene las monedas para cruzar.

—Bien. No deberían poder buscar la última felicidad de sus almas cuando fueron lo suficientemente tontos como para atacar a tres mujeres desarmadas. —Esteno presionó sus garras contra su corazón—. Unas pobres mujeres inocentes que nunca hicieron daño a un alma.

Medusa resopló y luego golpeteó un dedo contra el hombre de piedra.

—Claro, nunca lastimaron a nadie en absoluto. En realidad, ¿cómo pudieron asumir que éramos unos monstruos horribles?

—Solo somos mujeres con serpientes en el cabello y la mitad inferior de una serpiente. Cualquiera que nos mire, pensaría que no éramos más que mujeres encantadoras

MEDUSA

EMMA HAMM

Ya sabía lo que sospechaban las otras dos Gorgonas mucho antes de que volvieran a mirarla. Medusa podía reunir la información. Había estado enferma por las mañanas y la enfermedad mejoraba por las tardes. Había estado horriblemente malhumorada e incapaz de manejar situaciones que normalmente podía. Incluso la idea de matar a estos hombres la hizo llorar, sin embargo, estaban cazando a las Gorgonas con la intención de dañarla a ella y a sus hermanas.

Todos estos detalles no habían sucedido al mismo tiempo, de modo que ni siquiera había considerado que el peor resultado posible podría ser cierto.

Pero la mirada en los ojos de Euríale cuando se apartó fue toda la prueba que necesitó Medusa. La verdad estaba en el terror de Euríale y el horror de Esteno.

Todas sabían lo que había que decir. La verdad necesitaba ser expresada, purgada de sus almas y luego tratada en consecuencia.

Si ellas no podían decirlo, entonces sería ella quien clavaría el último clavo en el ataúd de su alma.

—Estoy embarazada, ¿no? —El silencio fue su respuesta.

164

Medusa se llevó las manos al estómago y las sostuvo sobre lo que aún era totalmente plano.

—¿Siquiera puedo llevar a un niño? No estoy hecha para tener hijos. Así no.

Esteno se acercó más, usando su cola para impulsar su cuerpo sobre las rocas. Las escamas se desprendieron de sus costados y dejaron un rastro de brillo oscuro en las rocas.

—No lo sé. Medusa, no sé cómo responder a eso. Nunca debiste haber tenido que soportar esta carga.

No sabía si era una carga. Medusa no había pensado que alguna vez tendría hijos. Había renunciado a todo al momento en que aceptó ser sacerdotisa de Atenea. ¿Y en una forma como esta? ¿Cómo podía haber pensado siquiera que era posible?

Un hijo complicaba las cosas.

¿Un hijo de un dios? Eso era aún peor.

Sino porque ya no quería estar sola.

MEDUSA

EMMA HAMM



Más de un mes en el mar.

Quizás incluso más.

Alexios había perdido la cuenta después de tantas noches y la luna moviéndose en el cielo. Incluso las constelaciones se veían diferentes ahora que las veía. Ni siquiera podía distinguir la estrella del norte. La que siempre lo guiaba sin importar en qué parte del mundo estuviera.

Este barco mágico los había llevado lejos de su tierra natal. Más allá del continente donde se había criado, y hacia el vasto páramo del océano, y recordó por qué odiaba el mar.

Las olas rodaban, subiendo y bajando constantemente. El movimiento nunca tuvo fin. Ballenas monstruosas pasaron nadando junto a ellos, escupiendo agua al aire.

Y no podía quitarse la sal de la piel. Se secaba y agrietaba alrededor de sus labios y ojos. Le picaba constantemente, preguntándose cuándo habría una pizca de agua. De vez en cuando aparecía un poco en el fondo del barco, pero siempre se acababa antes de que apareciera el siguiente barril.

Estaba cansado. Y estaba listo para poner los pies en tierra.

Pero eso no sucedería hasta que llegaran al destino a donde Atenea quería que fueran. Y, aparentemente, las Grayas vivían tan lejos de la humanidad que temía que nunca volverían a ver tierra.

Lo odió. Odió cada minuto de esto y ¿la peor parte?

Perseo era más feliz de lo que hubiera sido en toda su vida.

El chico despertaba tan pronto como el sol salía en el horizonte cada mañana. Habló y habló con Atenea, aunque Alexios no estaba seguro si en realidad estaba hablando con la

MEDUSA

EMMA HAMM

diosa o no. Alexios nunca había visto a la diosa guerrera, y no sabía si Perseo estaba inventando todo esto o no.

Aun así, Perseo despertaba. Luego entrenaba en la parte superior del barco donde trabajó su cuerpo hasta que se pareció menos a un niño y más a un hombre. Horas y horas de flexiones, corriendo de arriba abajo por la cubierta, levantando los barriles pesados y volviéndolos a colocar en su sitio.

Nada de eso tenía sentido para Alexios, quien se mantuvo ocupado trabajando en el barco. Limpió. Envolvió las sogas y cualquier magia que guiara a su barco a través del mar probablemente se dio cuenta que no tenía que hacer todo.

Así que, mientras Perseo se volvía voluminoso con los pesos pesados que levantaba todos los días, Alexios se volvió más nervudo. Sus músculos ya no eran pronunciados e hinchados, sino más bien cordones fuertes de semanas en el mar, trabajando hasta que su cuerpo estaba tan desarrollado como cualquier marinero.

Y entonces, vieron la isla.

Alexios recordó las historias de las criaturas que buscaban. La isla de Cisthene era tan hermosa como letal. Las tres mujeres eran hijas de dioses del mar, de modo que vivían en una isla que era apenas más alta que el océano. No había vegetación, nada podría vivir en ese lugar desolado. Solo piedra desnuda y una casa en el centro donde el humo se elevaba hacia el cielo. La piedra gris de la casa se mezclaba con la roca de la isla, tanto que cualquier transeúnte podría no haberla notado.

Alexios observó cómo la tierra se acercó y la nave desaceleró. Viajó todo el camino hasta la isla y luego se detuvo antes de llegar a la playa.

Perseo se unió a él al timón del barco e inhaló el aire salado.

—Aquí estamos, amigo mío. ¿Vamos?

Saltó por encima del borde como si no hubiera nada que temer. En estos días su valentía se mezclaba con una sensación embriagadora de insensatez. Alexios no estaba seguro que eso lo ayudaría.

De cualquier manera, tenía que cuidar al chico. Así que también saltó por el borde.

MEDUSA

EMMA HAMM

Se acercaron a la casa sin intentar esconderse. Las Grayas eran tan poderosas como cualquier dios, de modo que no les haría ningún bien esconderse. Alexios mantuvo un ojo atento en la puerta principal. Esperando a que las mujeres se mostraran.

Perseo se acercó y llamó a la puerta con tres golpes sordos.

—¡Graya! Vengo en una búsqueda de Atenea. Necesito hablar con ustedes.

No hubo respuesta.

Perseo miró por encima del hombro y se encontró con la mirada curiosa de Alexios.

—¿Crees que están aquí?

Alexios miró alrededor de la isla y respondió:

—Creo que las veríamos si estuvieran en cualquier otro lugar. Aún deben estar adentro.

Habría permanecido dentro de los muros de esa casa. No había nada más que mares agitados más allá de la seguridad de sus muros. Por qué las tres mujeres poderosas seguirían viviendo aquí, nunca lo entendería.

Perseo se dio la vuelta y llamó de nuevo. Esta vez, sus golpes fueron mucho más poderosos y fuertes.

—¡Necesito hablar con ustedes!

Quizás llegaban demasiado tarde. ¿Las Grayas vagaban por algún lugar en determinadas épocas del año? Quizás también estaban visitando a familiares o... cualquier cosa que hicieran los monstruos cuando estaban ocupados.

—¿No tienes los pensamientos más dulces? —susurró una voz a su oído—. La mayoría de las personas que vienen aquí solo pueden ver al monstruo y nunca ven más allá. Pero crees que somos personas, ¿verdad, Alexios?

Se quedó paralizado, con los músculos bloqueados. Tragando con fuerza, miró al frente a Perseo, quien también había dejado de moverse.

—¿Supongo que eres una de las Grayas?

—Sí, querido muchacho. Puedes llamarme Dino. —La Terrible.

Tragó pesado nuevamente.

—¿Y dónde están tus hermanas?

MEDUSA

EMMA HAMM

—Enio está dentro de la casa —respondió, su voz sedosa y tranquila.

Enio era La Belicosa. Quizás custodiaba su hogar.

—¿Y la última? —susurró.

—Penfredo está conmigo —respondió Dino—. Pero, por supuesto, en este momento no puede verte, así que temo que tendrás que girarte para conocerla. Es de buena educación saludar cuando intentas irrumpir en la casa de alguien.

Alexios se resistía a admitir que estaba temblando, pero estaba bastante seguro que Perseo y él estaban a punto de morir.

El joven héroe se dio la vuelta y su rostro se puso blanco como la nieve. Quienquiera que estuviera detrás de Alexios seguramente lo aterrorizaría si incluso el héroe estaba nervioso.

Respiró profundo, se armó de valor y giró.

Las Grayas eran monstruos, lo sabía. Pero las dos mujeres que estaban detrás de él eran figuras más trágicas que temibles. Eran dos mujeres ancianas, apenas manteniéndose firmes en sus pies. Su piel gris estaba moteada por el aire del mar y era tan fina como el papel. Les faltaban los ojos, solo dos grandes agujeros donde antes había orbes.

170

El cabello de Dino se veía más frágil que el de su hermana, y esa era la única forma de diferenciarlas. Aparte del ojo que Dino tenía agarrado con sus dedos ancestrales.

Alexios se atragantó. El ojo fue arrancado recientemente. El mito afirmaba que las hermanas nunca de hecho tuvieron el ojo en sus órbitas. Pero la pegajosa sustancia viscosa que se pegaba a los dedos de Dino le hizo cuestionar si ese mito era cierto.

—Oh —dijo Dino con una sonrisa—. ¿Pasa algo, muchacho?

Afortunadamente, Alexios no tuvo que responder. Perseo lo apartó a un lado con un empujón sólido.

—Vengo en una misión de Atenea —dijo—. Me dirán cómo encontrar a la Gorgona y qué necesito para derrotarla.

—¿Lo haremos? —Dino movió su mano, mirando a su hermana y luego de nuevo al héroe—. ¿Estás declarando que debemos ayudarte?

—Sí. Atenea lo ha ordenado.

MEDUSA

EMMA HAMM

Penfredo se echó a reír y el sonido fue como clavos en vidrio.

—Ningún olímpico nos da órdenes. Aquellos que ven el futuro están libres de las garras de Zeus y sus hijos.

La puerta se abrió detrás de ellos y Alexios se volvió de nuevo. Otro ser anciano estaba en la entrada de la cabaña de piedra. Tenía un aspecto aún más rudo que las otras dos, aunque él no sabía por qué. Quizás era el aspecto andrajoso de su ropa o simplemente el odio que retorció sus rasgos en una máscara oscura.

—¿Qué están haciendo ustedes dos en mi isla? —gruñó Enio.

—¡Venimos en busca de su ayuda! —respondió Perseo con incredulidad. Su tono sonaba totalmente mal si quería que estas mujeres ayudaran.

Alexios habría intentado cortejarlas. Podrían tener un aspecto antiguo, pero no creía que fueran tan viejas. Al menos en términos de diosas. Además, seguían siendo mujeres. Y tener a dos jóvenes atractivos en la puerta de su casa era una ruta fácil de tomar.

Dino movió el ojo para mirarlo con una sonrisa.

—Este tiene pensamientos encantadores, hermanas. ¿Han estado escuchando?

—Lo hago —respondió Enio. Dio un paso agresivo hacia la puerta—. Y su amiguito debería estar pensando lo mismo. Pero este hombre no lo hace.

—Déjame ver —dijo Penfredo. Le quitó el ojo a Dino y lo levantó con una mano moteada—. Oh, es apuesto.

—¿Cuál estás mirando? —preguntó Dino.

—El que está frente a Enio.

—No, no, ese no. Él es el que tiene pensamientos malos. —Dino tomó la mano de su hermana ciegamente y la movió hacia Alexios—. Mira ese. Él es el apuesto con pensamientos buenos. Deberíamos invitarlo a entrar.

Esto se estaba saliendo de las manos rápidamente. Alexios tragó pesado y de repente temió lo que estas ancianas querrían hacerle. No tenía la experiencia suficiente para manejar a ninguna de ellas. Se lo comerían vivo, y luego, ¿qué haría?

Enio se echó a reír. El sonido retumbante fue sorprendente viniendo de una anciana que parecía que apenas podía dar un paso afuera.

MEDUSA
EMMA HAMM

—¡Hermanas, tiene miedo de lo que le haríamos! Oh, querido, te comeríamos vivo.
Arrójame el ojo, necesito ver a este.

El orbe voló por el aire hacia las manos del ser antiguo. Alexios se sintió como si fuera un ratón atrapado debajo de una roca esperando a que los gatos se lo comieran.

—Planeamos comerte, querido. —Enio se lamió los dientes—. Pero te prometo que disfrutarás de la experiencia entera si abres un poco tu mente.

Dino se echó a reír e hizo un gesto con la mano.

—¡Dámelo! Quiero ver su cara.

Podrían haber continuado burlándose de Alexios para siempre. Pero cuando el ojo voló hacia Dino, Perseo se acercó y lo atrapó en el aire. Las tres mujeres dejaron escapar un sonido similar a tres cuervos y entonces guardaron un silencio inquietante.

El ojo se sacudió en el agarre de Perseo, como si quisiera huir de regreso a sus dueñas.

Alexios sintió el escalofrío helado de disgusto antes de que lo recorriera. Quería irse. Estaba tan harto de estas criaturas, la isla y... todo.

Dino le siseó.

—Qué rápido caen los buenos. Y solo así, eres tan malo como el niño al que dices servir.

—¿Niño? —Perseo hizo malabarismos con el ojo de un lado a otro—. Eso es algo extraño de decir, considerando lo que tengo en mis manos. No creo que les guste perder esto.

—Ese ojo no es tuyo para sostenerlo —siseó Enio—. No tienes respeto por los dioses.

—Tengo mucho respeto por mis dioses. —Perseo levantó el ojo y lo miró fijamente—. Pero tú no eres una diosa a la que adore, y no planeo devolverte esto hasta que me den la información que busco. ¿Dónde está la Gorgona? ¿Cómo puedo encontrarla y sean lo más detalladas posible? O aplastaré este ojo en mi puño y ninguna de ustedes volverá a ver jamás.

Dino dejó escapar un siseo largo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Entonces, hazlo, héroe. No ayudaremos a un hombre como tú.

Enio soltó una carcajada.

—No lo hará, hermana. Es demasiado joven para amenazar a tres diosas así. Puro ruido, y pocas nueces.

Por favor, no se enfaden con él, pensó Alexios. Si le estaban leyendo la mente, con suerte lo escucharían. Es un niño que no entiende lo que puede hacer con sus palabras o acciones. Les hará daño si puede.

Penfredo se acercó a Perseo y levantó la mano en el aire.

—Muchacho, dame el ojo, y te diré todo lo que quieras saber.

Todos en el claro se quedaron en silencio. Sus dos hermanas la observaron fijamente con miradas ciegas como si hubiera perdido la cabeza. Perseo la observó con una mirada fría, esperando la información que iba a darle porque eso era lo que pensaba que merecía.

Pero Alexios sabía que debía intervenir. Este era su momento para seguir siendo la persona amable en esta historia.

Y así lo hizo.

Dio un paso más hacia Penfredo y le pasó la mano por debajo del brazo. La guio de regreso a la cabaña, con cuidado.

—Anciana, debes ser venerada, no amenazada. Danos la información y te prometo que me aseguraré que te devuelva el ojo.

—La criatura que buscan vive debajo del Monte Olimpo. Las cuevas son casi imposibles de encontrar. Aquellos que las han encontrado hasta ahora han sido por casualidad. Pero la encontrarán porque están destinados a buscar a esta criatura. —Le dio unas palmaditas en el brazo y susurró en voz baja—: Tú en particular, Alexios de Atenas. Encontrarás todo lo que buscas en esas cuevas y también todo lo que temes.

Soltó a la anciana frunciendo el ceño, y preguntó:

—¿Cómo?

—Rodea el Monte Olimpo tres veces. A la tercera vez, mira hacia el sol y deja que te ciegue. Después, regresa hacia los bordes del acantilado y habrá una mancha oscura revelada ante tu mirada. Esa es la entrada a la cueva de la Gorgona. Pero ten cuidado. —

MEDUSA

EMMA HAMM

Volvió su mirada ciega hacia Perseo—. La Gorgona que buscas puede convertir a un hombre en piedra con solo su mirada. Ningún hombre la ha derrotado jamás.

—Entonces, seré el primero. —Perseo miró el ojo que tenía en su mano y volvió a mirar a las mujeres—. Si me hubieran ayudado sin pelear, podría haberles devuelto esto.

Antes de que Alexios pudiera detenerlo, Perseo se giró y lanzó el ojo lo más lejos que pudo. Voló por el aire como una flecha y se hundió en las aguas turbulentas más allá.

Todas las Grayas gritaron como una sola. Sus chillidos fueron tan poderosos que hicieron sangrar los oídos de Alexios. Presionó sus manos contra el costado de su cabeza y casi cayó al suelo.

Pero Perseo lo agarró del brazo y juntos, corrieron de regreso al barco dorado que los esperaba.

Subieron a bordo y Alexios agarró a Perseo del brazo. Sacudió al chico más fuerte de lo que jamás se había atrevido.

—¿Por qué harías eso? —gruñó.

—Porque no me ayudaron cuando se los pedí. —La mirada dura en los ojos de Perseo no ofrecía remordimiento—. Luego se centró en ti, Alexios, cuando deberían haberse centrado en el héroe de esta historia.

Al soltar el brazo de Perseo, Alexios se tambaleó hacia atrás. El barco avanzó por sí solo, pero una parte de su corazón se quedó en la isla.

MEDUSA

EMMA HAMM



Medusa se sentó en una repisa que daba al mar. Había pasado más o menos un mes desde que descubrió que estaba embarazada, no había manera de que en realidad supiera qué tan avanzada estaba. Todo lo que sabía era que su barriga comenzaba a mostrarse y después de tanto tiempo sabiendo que estaba embarazada, se había vuelto más fácil de aceptar.

Sus hermanas le habían dado la opción de encargarse de la situación. Afirmaron que sería como si nada hubiera pasado. Y, sin embargo, eso no era lo que quería.

Una parte pequeña de ella quería crear un monstruo a partir de este niño. Quería fomentar el odio por su padre y luego, algún día, liberaría a su niño heroico en el mundo. Puede que Medusa no fuera capaz de matar a Poseidón.

Pero su hijo podría.

Así que, se sentó en esta roca y se frotó el vientre, sabiendo que había más en esta historia de lo que había visto hasta ahora. Algún día tendría la satisfacción de saber que lo que quería, lo que más deseaba, cobraría vida.

Inclinando la cabeza hacia el sol, dejó que el calor jugara en su rostro y calentara su figura escamosa. Su cola caía sobre el borde, meciéndose con la brisa salada. Esto era casi agradable, la forma en que vivía. Aunque los recuerdos dolorosos aún la atormentaban a veces, la mayoría de las veces podía ver más allá de la oscuridad hacia un futuro lleno de luz.

La brisa que pasaba disminuyó, luego se aquietó.

Frunciendo el ceño ante la naturaleza extraña, inclinó la cabeza y abrió los ojos. Flotando en el aire frente a ella había un hombre con alas en la espalda y lo que parecían lentes gigantes cubriendo sus ojos. La miró antes de sonreír lentamente.

175

MEDUSA

EMMA HAMM

—En el nombre de Zeus, ¿qué eres?

Miró detrás de ella, luego de nuevo al hombre.

—Podría preguntarle lo mismo al hombre flotando en el aire.

¿Cómo podía mirarla sin convertirse en piedra?

Flotaba allí con esas alas extrañas batiendo detrás de él hasta que ella se dio cuenta que no eran para nada alas. Estaban hechas de lo que parecía lienzo y restos de madera. No tenía idea de cómo estaba soportando su peso. Pero, por otro lado, tampoco tenía idea de cómo los pájaros se mantenían en el aire.

Abriendo la boca, lo miró boquiabierta antes de volver a preguntar:

—¿Quién eres tú?

Tomó los lentes cubriéndole los ojos.

Pero, ¿y si eso era lo que le había impedido convertirse en piedra? Quizás era que tenía que mirarla directamente, sin barreras. Si se convertía en piedra, caería en picado desde el aire y arrojaría su cuerpo contra las rocas, rompiéndose en mil pedazos mucho antes de que ella pudiera advertirle. Medusa se lanzó hacia adelante con un grito.

176

—¡No lo hagas!

Él se congeló.

—Si te los quitas, temo que te convertirás en piedra con solo mirarme. —Colgaba del borde del acantilado, su mano extendida hacia él mientras le suplicaba con los ojos—. Déjalos puestos. Creo que estarás a salvo si los dejas puestos.

El joven la observó fijamente, y luego bajó las manos.

—Curioso. ¿Eres una mujer serpiente que convierte a los hombres en piedra con solo tus ojos?

—Sí. —Se acomodó en la cornisa y se preguntó por qué estaba hablando con él. Diciéndole todo.

Quizás era el bebé en su vientre. El niño la había vuelto débil y más propensa a ver algún tipo de cualidad redimible en los hombres.

MEDUSA

EMMA HAMM

O tal vez era la conversación con Esteno que aún pesaba en su alma. ¿Y si los hombres a los que convirtió en piedra estaban atrapados aquí? ¿Atrapados en esos cuerpos de piedra hasta el fin de los tiempos?

El hombre tiró de una cuerda junto a su hombro derecho y se movió más cerca en el aire. No se acercó para tocarla o estrechar su mano. En su lugar, se llevó una mano a la cabeza.

—Mi nombre es Dédalo. Soy inventor.

¿Un inventor? Ahora eso no era algo que hubiera escuchado antes.

Había muchos alquimistas y científicos dentro de las murallas de Atenas. Siempre eran los que discutían con las sacerdotisas, alegando que la magia y los dioses no hacían que el mundo girara. Las leyes de la naturaleza y la ciencia eran mucho mayores que los sacrificios y las figuras sagradas que podían dar su favor.

Y, sin embargo, Medusa ahora les había demostrado que estaban equivocados. El mundo estaba dirigido por dioses y monstruos.

Ella era uno de ellos.

177

Inclinando la cabeza hacia un lado, lo miró de arriba abajo, observando las alas en su espalda con curiosidad obvia.

—¿Hiciste esos?

—Sí, en efecto. —Su pecho se hinchó de orgullo—. Sé que la mayoría de la gente no habría perdido el tiempo con alas, pero estas son solo la primera versión. Tengo muchas más ideas para mejorarlas.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Dédalo con un resoplido—. ¿Por qué los dioses deberían ser los únicos que pueden volar? ¿Por qué debería tener que mirar a los pájaros y desear poder hacer lo mismo que ellos? Porque, mi querida señora, los mortales no deberían limitarse a una vida en el suelo. Y seré yo quien nos dé alas.

Bueno, a todos menos a las personas como ella. Envolvió su cola alrededor de sí misma.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Creo que ver una serpiente gigante volando por el cielo asustaría a la mayoría de las personas.

—Sí, supongo que lo haría. —Se cruzó de brazos y se llevó un dedo a los labios—. ¿Alguna vez has pensado en respirar bajo el agua?

—No. —Medusa señaló el mar—. Puedes culpar a Poseidón por todo lo que ves aquí, incluyendo mi maldición.

—Naturalmente, entonces querrás evitar entrar al agua. —Dédalo volvió a golpear el labio con un dedo—. ¿Puedo unirme a ti en la cornisa mientras intentamos descubrir qué creación fantástica te mereces?

No debería. Esteno asumiría que el mortal estaba intentando encontrar una debilidad para matar a Medusa. Euríale estaría de acuerdo con su hermana mayor, aunque era más probable que asumiera que estaba pasando algo más.

Pero Medusa no era como esas dos mujeres que habían crecido con los dioses. Había crecido con mortales y descubrió que en estos días confiaba en ellos más que en lo divino.

Podría haber oscuridad en su corazón. Podría tener la intención de hacerle daño, como muchos de los hombres que vinieron a las cuevas. Pero este hombre, este Dédalo, no llevaba ni una espada ni un arma. Era un hombre que intentaba aprender a volar y debido a sus logros había volado hasta el Monte Olimpo.

Dudaba que hubiera una pizca de oscuridad en su corazón. Este solo era un hombre bueno que quería mostrarle al mundo cómo el poder no tenía nada que ver con su cuerpo y todo que ver con su mente.

Medusa palmeó la piedra a su lado.

—Si te atreves.

—Me atrevo mucho, mi señora. —Tiró de algunas cuerdas más y se hundió en el aire para aterrizar en la cornisa suavemente. Con un tirón rápido, las alas golpearon contra su espalda y lo mecieron hacia adelante.

La miró con una sonrisa tímida y se encogió de hombros.

—Supongo que aún no has resuelto todos los problemas —dijo Medusa en voz baja.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Es el primero de su tipo, hay muchas cosas que quiero cambiar al respecto. —Se sentó en una roca a solo unos metros de ella y luego apoyó la mano en el manubrio—. Entonces, dijiste que conviertes a los hombres en piedra. ¿Cómo es eso?

—No lo sé. Atenea me maldijo después de encontrar mi cuerpo profanado en su templo. Era una de sus sacerdotisas. —Medusa tomó una piedra pequeña y la hizo rodar entre sus dedos—. Me dio esta maldición para que ningún hombre pudiera volver a verme.

—Estoy viéndote.

Señaló los lentes en su cabeza, el artilugio extraño con lentes oscuros que asumía lo ayudaba a mirar el sol.

—Creo que tiene algo que ver con eso.

—Ah, entonces deben verte con los ojos al desnudo, y luego la maldición convierte un cuerpo en piedra. Qué inusual. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te dolió la transformación?

Medusa se dio cuenta que nunca antes había hablado de la transformación con nadie. Sus hermanas no hablaban de eso. Actuaban como si fuera normal que una persona cambiara de forma y se esperaba que lo hicieran. Y tal vez lo era para las hijas inmortales de los dioses.

Pero nunca había pensado en hablar de eso. Lo doloroso que había sido y cómo todo su cuerpo se sintió como si hubiera sido reformado. Cómo ni siquiera se reconocía a sí misma porque los dioses no dejaron nada sin tocar.

Abrió la boca, la cerró y entonces respondió:

—No sé cómo explicarlo. Mi piel ya no es mi piel, ni mi cuerpo es mío.

—Los dioses tienden a quitarle eso a los mortales desprevenidos. Mis disculpas. Es un camino difícil que has tenido que recorrer. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un cuadrado de tela pequeño. Con manos suaves, se estiró y limpió la lente de niebla salina—. Temo que no tengo las herramientas para ayudarte. Creo que hay una línea divisoria entre la ciencia y la magia. Desafortunadamente, caes en el lado opuesto de mi conjunto de habilidades.

Dédalo finalmente se puso de pie y abrió las alas.

—Temo que debo dejarte, Medusa, o estaré volando en la oscuridad.

Asintió y entonces se lanzó por el acantilado. Vio como la pequeña silueta del hombre alado desapareció hacia el sol poniente.

—Ya puedes salir —dijo.

Euríale se deslizó a la vista, sus ojos también en el hombre.

—No pensé que fuera prudente interrumpir. Si hubiera intentado lastimarte, por supuesto que habría intervenido, pero...

—Pero fue amable.

—Sí. —Su hermana se acurrucó a su lado, con la cola metida en la cintura—. No esperaba que fuera tan amable.

Y esa era la peor parte de todo. Dédalo había demostrado que aún había hombres buenos en el mundo.

Esos hombres simplemente no sabían cómo encontrar monstruos.

MEDUSA

EMMA HAMM

Alexios caminó penosamente detrás de su amigo descarriado suspirando y tramó su salida de este juego. No quería cazar a una pobre monstruo y matarla. Lo último que quería era estar en esta búsqueda. Pero tenía que recuperar a Dánae, ¿no?

Cuanto más tiempo estaba lejos de la cabaña de pesca, más pensó que no les debía nada. Tal vez todo esto estaba en su cabeza y a Perseo no le importaría si se iba. De todos modos, el chico pensaba obviamente que estaba liderando la carga hacia esta búsqueda. Podía hacerlo solo si Atenea lo ayudaba en cada paso del camino.

Tres mujeres aparecieron detrás de un árbol doblado. Sus formas eran perfectas, delgadas y ágiles con caderas suaves y pechos redondeados. Su ropa era completamente translúcida, por lo que la luz del sol recortaba la silueta de sus cuerpos. Sus rostros eran como mármol tallado y sus sonrisas eran gentiles y acogedoras.

—Perseo —gritaron, sus voces hablando como una sola—. Te hemos estado esperando. Llegaste a nuestros brazos, sano y salvo.

El héroe miró por encima del hombro a Alexios y sonrió.

—¿Lo ves? Esta es la bienvenida que estaba esperando. Te lo dije. Atenea les advirtió que íbamos a venir, y se estaba asegurando que recibiéramos una mejor bienvenida que la última vez.

Alexios no podía responder. Cuatro mujeres más caminaron hacia ellos, las siete más bonitas que la puesta de sol.

No le gustó.

No le gustó nada de esto.

Una de las Hespérides se acercó a él y trató de tomarlo del brazo. Aunque fue grosero, se apartó de su toque y sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Estoy aquí por el chico, no por ustedes.

Ella lo miró a los ojos como si pudiera ver el misterio detrás de ellos. Las Grayas podían leer sus pensamientos, y tal vez estas criaturas también. Alexios pensó en Medusa y la belleza que tenía en su interior. No el tipo de belleza mágica que ardía cuando la miraba, sino la verdadera bondad que irradiaba de su alma.

MEDUSA

EMMA HAMM

Quería que vieran que ya estaba enamorado de una mujer y no cambiarían eso. Su toque no era bienvenido porque la única persona que él quería tocar era la única mujer que no podía tener.

Quizás eso lo convertía en un romántico empedernido. Quizás solo lo dejaba desesperado.

Pero Alexios aún no estaba dispuesto a renunciar a su recuerdo. No cuando aún había tiempo en su vida para reconquistar a la sacerdotisa de Atenea.

La comprensión se le ocurrió al final del pensamiento. Por eso se había quedado. No porque fuera leal a Perseo o Dánae. Sino porque si ayudaba al héroe de Atenea, entonces tal vez, solo tal vez, ella renunciaría a ser sacerdotisa de modo que él pudiera tenerla en sus brazos.

Las Hespérides que habían intentado tocarlo retrocedieron.

—Este viaje no fue hecho para ti —susurró, con los ojos completamente abiertos con tristeza—. ¿Qué estás haciendo aquí, héroe?

—No soy un héroe —respondió.

—Hay muchos tipos de héroes. —Echó un vistazo a Perseo, cuyos ojos estaban cerrados por el éxtasis cuando las Hespérides restantes se envolvieron sobre él—. Ese será del tipo que mata. Eres del tipo que ama y ama bien.

La vio alejarse de él y se dio cuenta que estaba tan lejos de su cabeza. Las oleadas de vida se estrellaron contra sus hombros y ya no sabía qué hacer. O cómo existir.

Quiso preguntarle a Medusa qué pensaría. Siempre sabía qué decir cuando él estaba confundido. Siempre veía los pensamientos de una persona y los explicaba mejor de lo que él creía.

—Ven —llamaron las Hespérides—. Los dioses te han estado esperando, Perseo. Has llegado a nuestras costas, y ahora tenemos regalos para dar.

¿Regalos? ¿Dioses?

Alexios tragó pesado. No sabía lo que les esperaba a través del bosquecillo de árboles, pero tenía el presentimiento de que cambiaría su vida para siempre.

MEDUSA

EMMA HAMM

Siguió detrás del aspirante a héroe y las mujeres hermosas. Luego se paró al borde de los árboles para observar el desarrollo de la historia. Después de todo, la arboleda rodeaba un círculo lleno de flores blancas y tres dioses que esperaban al propio Perseo.

El chico se tambaleó hacia ellos con los ojos completamente abiertos. La primera persona que lo saludó fue una mujer con una armadura dorada y un yelmo con plumas amarillas. Ella le sonrió a Perseo y lo atrajo a sus brazos.

—Sabía que llegarías tan lejos —dijo Atenea—. Me has hecho sentir muy orgullosa, muchacho. Y ahora te convertirás en un héroe tal como oraste ser.

Las palabras resonaron en el cráneo de Alexios. ¿El chico en serio había estado hablando con la diosa de la guerra? Había creído que Perseo había perdido los sentidos y estaba hablando con el cielo. Pero aparentemente Atenea se había mantenido en secreto de Alexios todo el tiempo.

La siguiente persona en dar un paso al frente fue un joven apuesto con zapatos alados en los pies. Llevaba el cabello muy corto y su sonrisa era brillante como el sol.

—Francamente, me sorprende que hayas llegado tan lejos. Ese barco no se mueve con todos, así que deberías estar orgulloso de que navegara por ti.

Y la última persona que nadie podría confundir. Era increíblemente atractivo con una cabeza impactante llena de cabello blanco y una gran barba blanca. Su pecho de barril se elevaba con cada inhalación masiva, y su risa resonó como el estallido de un trueno.

—¡Mi hijo! Vaya viaje que has tenido, y apenas ha comenzado.

Cuando los tres dioses abrazaron a Perseo, Alexios sintió que sus rodillas se debilitaron. ¿Se arrodillaba ante los dioses? ¿Se suponía que debía tener la cara en el suelo para no contemplar su gloria?

Pero parecía que ninguno de ellos sabía que estaba allí. No les importaba que Alexios se quedara observándolos. En cambio, se enfocaron plenamente en el joven que iban a convertir en un héroe cuyo nombre duraría por siglos.

Las Hespérides que habían hablado con él se separaron de las demás y se colocaron a su lado.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Mi nombre es Hesperia, soy la mayor de mis hermanas. La primogénita encargada de cuidar las manzanas de oro de Hera.

—¿Y por qué no está ella aquí?

—No tiene idea de que Zeus está ayudando a otro de sus retoños. —Cruzó los brazos sobre el pecho y desplegó los dientes en un gruñido irregular—. Se supone que no debe traer a ninguno de sus hijos engendrados aquí.

—Es un gusto conocerte, Hesperia. —Se aclaró la garganta—. Supongo que es seguro decir que no hay amor perdido entre el rey de los dioses y tú.

Resopló.

—No. Ni siquiera debería estar ayudando a Perseo en absoluto. No me gusta el chico, ni tampoco mis hermanas. Pero son más fáciles de persuadir.

—Entonces, ¿por qué lo están ayudando? —Alexios casi quiso advertirles a todas sobre la oscuridad que había visto en el alma de Perseo. La forma en que el chico haría cualquier cosa para convertirse en un héroe, incluso si eso significaba realizar actos menos que heroicos.

—Por la misma razón por la que estás ayudándolo —susurró—. Porque no tienen otra opción.

Las hermanas restantes con los dioses y la diosa le dieron a Perseo una alforja.

Alexios frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Una alforja que contendrá la cabeza de la Gorgona. Sabes que puede convertir a hombres mortales en piedra con solo una mirada, ¿no? —Cuando él asintió, ella agregó—: Entonces, eso te protegerá una vez que se la quite de los hombros.

No quería pensar en esta pobre mujer a la que estaban a punto de atacar.

Pero si esto le devolvería a su querido amigo, si podía convencer a Medusa de que volviera a casa con él después de que todo esto estuviera hecho, entonces tomaría la cabeza de la Gorgona con Perseo.

Zeus extendió una espada y un yelmo que eran completamente diferentes entre sí. La espada resplandecía como si contuviera luz solar en su interior. Pero el yelmo se

MEDUSA

EMMA HAMM

arremolinaba con sombras en el interior, casi como si estuviera hecho de la propia oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó de nuevo.

—Una espada adamantina —respondió Hesperia—. Cortará la carne de cualquier inmortal de modo que ciertamente pueda matar a la Gorgona. Y ese es el yelmo de Hades, aunque estoy segura que el hermano de Zeus no sabe que desapareció. Esto lo ocultará de las hermanas de la Gorgona hasta que esté lo suficientemente cerca para matar a la criatura.

Su estómago dio un vuelco. Ni siquiera iban a atacarla como hacían los hombres honorables. Si los mataba en la batalla, entonces lo llamaría una buena vida vivida. Pero se estaban infiltrando en su casa hasta que fuera demasiado tarde para que ella se defendiera.

Hermes se quitó los zapatos alados y se los entregó a Perseo.

Alexios no necesitó preguntar sobre ese regalo. Estaba bastante claro que esperaban que volara hasta la cueva y destruyera a la Gorgona rápidamente.

Enarcó una ceja cuando Atenea le entregó a Perseo un escudo que estaba tan pulido que parecía un espejo.

—Tengo que preguntar —dijo—. ¿Qué es ese?

—Es el escudo personal de Atenea. La mirada de la Gorgona solo funciona si mira directamente al corazón de un hombre. —Hesperia tragó con fuerza—. El escudo lo protegerá si todo lo demás falla. Con el favor de los dioses, no puede perder. —Eso era lo que temía.

Alexios casi quería que Perseo perdiera. No sabía quién era esta Gorgona, ni le importaba en realidad. Al final, solo era una pobre mujer que estaba a punto de ser asesinada en su propia casa. Todo porque un rey había escuchado que era una criatura aterradora, y quería su cabeza en su sala de trofeos.

Ninguna otra razón. Solo un hombre que quería algo y decidió que haría lo que fuera necesario para conseguir lo que quería. Incluso enviar a un niño que quería demostrar su valía como héroe.

Estaba mal. Todo lo que estaban haciendo estaba horriblemente mal.

Hesperia le puso una mano en la espalda y señaló a Perseo con la cabeza.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Aún tendrás que seguirlo, héroe. Y temo que no recibirás el mismo trato en los libros de historia.

—No me importa la historia. Estaría bien desapareciendo en el tiempo cuando muera. Quiero una buena vida ahora y una familia que me quiera. Eso es todo lo que siempre he querido.

Ella parpadeó con esos ojos grandes suyos y asintió.

—Sí, puedo ver eso. Hasta en tu propia esencia, solo eres un sencillo hombre bueno. No quedan muchos como tú, Alexios. Desearía que tuvieras una historia mejor que la establecida para ti.

Deseó que él también lo hiciera. Pero cambiaría el futuro si eso era lo que hiciera falta. Probaría ser digno a los ojos de Atenea porque le daría el héroe que ella quería. Y luego suplicaría de rodillas que Medusa regresara con él a su tranquila casa.

O dedicaría su vida al mismo templo solo para verla sonreír todos los días.

Hesperia le dio una última palmada en la espalda y luego señaló a Perseo.

—Él te necesita —dijo—. Debes irte ahora con todos los regalos de los dioses. Pronto conocerás a la Gorgona. Pero si pudiera darte un regalo de despedida...

—Cualquier cosa.

Se inclinó y susurró:

—Busca a la Gorgona antes que Perseo. Lo que hay en su cueva es algo que debes encontrar por ti mismo. No la mires. No lles armas. Encuentra a la Gorgona, Alexios. Este es tu destino.

MEDUSA

EMMA HAMM



Medusa se pasó la mano por el vientre hinchado y suspiró. Estos días no podía dormir. El bebé se movía constantemente y, a veces, le preocupaba que hubiera más de uno dentro de ella. ¿Cuánto podrían moverse?

Otro pie pateó su costilla, y eso fue todo. No podía dormir así, y esperar más solo haría que su malestar fuera aún mayor. Tenía que levantarse y moverse.

Con un suspiro profundo, se deslizó de su cueva hacia los túneles. Medusa no estaba segura qué haría en esta noche, pero al menos se estaba moviendo. Eso ayudó.

Para el ojo inexperto, probablemente no parecía embarazada. Su estómago mortal estaba solo ligeramente distendido ya que el bebé estaba principalmente en la parte de serpiente de su cuerpo. Él o ella encajaba exactamente donde necesitaba sin que los problemas de un hueso pélvico se interpusieran en su camino.

Medusa temía cómo iban a sacarle al niño, pero supuso que se ocuparían de eso cuando llegara el momento. Y aún faltaba mucho tiempo para que el bebé estuviera listo para salir al mundo.

Frotándose el estómago gentilmente, se movió a través de los túneles hasta un saliente que daba a la caverna principal. A veces le gustaba mirar a los guerreros de piedra que estaban todos congelados en algún estado de miedo. No porque estuviera orgullosa de ello, sino porque sentía como si en cierto modo tuviera compañía.

La observaban con horror, pero al menos parecían personas.

Y no como serpientes.

O las ratas con las que a veces hablaba.

—Ahí —susurró, frotando su mano sobre su vientre—. ¿Esto es más cómodo?

MEDUSA

EMMA HAMM

El bebé dejó de moverse. Solo parecía cómodo cuando Medusa estaba de pie o sentada. Dormir era difícil, pero al menos podía descansar con los ojos cerrados.

Unas piedras se deslizaron por el suelo y el sonido de unos pasos resonó en la caverna. ¿Ahora quién estaba intentando entrar a su casa? ¿Por qué estos héroes estúpidos pensaban que podían derrotarla cuando ya tenía cien cuerpos congelados de miedo a sus pies?

Suspirando, abrió los ojos nuevamente y miró hacia la caverna principal. Con suerte, pronto se daría cuenta que no había nada aquí para él y se marcharía.

Excepto que no era un hombre quien entró en su caverna. Era un fantasma.

Conocía la anchura de esos hombros. Conocía la frente gruesa y el cabello que siempre se cortaba él mismo, demasiado cerca de las orejas y demasiado largo en la frente. Sobre todo, conocía esas manos que tocaban las piedras circundantes.

Alexios no llevaba luz. No portaba ningún arma. Entró en su caverna como si supiera que ella estaba allí y la estaba buscando.

Medusa sabía que eso no podía ser cierto. Ahora habían pasado demasiados años entre ellos, y si él estaba aquí, entonces estaba cazando a las aterradoras Gorgonas de las que todos estaban hablando.

Saberlo no detuvo los latidos rápidos de su corazón.

Con lágrimas en los ojos, se apretó contra las sombras.

—¿Por qué has venido a mi casa, guerrero?

Se quedó helado en medio de la caverna. Una de sus manos descansaba sobre un soldado que había muerto con un escudo que no le llegaba a los ojos. La otra mano la sostuvo frente a él como si pudiera estirla y tocarla.

—No soy un guerrero —llamó—. Solo un herrero.

Lo recordaba. Pero ¿cómo le decía que era ella? ¿Esa Medusa, la mujer por la que había proclamado su amor, y se había convertido en un monstruo con forma de serpiente?

Su corazón dolió. Las serpientes alrededor de su cabeza se aplastaron tanto que le dieron dolor de cabeza. Incluso ellas no querían que él la viera así.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Nunca debiste haber venido aquí —susurró—. Este es un lugar peligroso para hombres como tú.

—Eso he oído. —Dio otro paso adelante, caminando a ciegas a través de la cueva—. Pero fui enviado en una búsqueda de los dioses con un hombre en quien no confío. Busca matarte, y me dijeron que te busque primero.

—¿Por qué?

¿Los dioses querían castigarla más de lo que ya lo habían hecho?

Atenea le había dado esta forma para mantenerla a salvo, y ahora había otro hombre cazándola. ¿Cuándo finalmente llegaría a sentir paz y seguridad? ¿Por qué este era siempre su destino?

Alexios dio otro paso hacia adelante y se golpeó la rodilla con un hombre de piedra arrodillado. Cayó junto al hombre, y de repente todo fue demasiado real. Demasiado para que ella lo soportara porque él parecía que la había visto y su propio corazón se convirtió de piedra en su pecho.

Apretó las manos contra su corazón.

—Puedo decir que eres una mujer, Gorgona. No eres el monstruo que dicen ser, y está mal que te cacemos. Solo peleo con él porque busco a la mujer que amo.

—¿La mujer que amas? —repitió. Iba a romperla si continuaba, pero necesitaba escuchar las palabras.

—Sí. Está al servicio de Atenea, y me he comprometido con uno de los héroes de Atenea. Si lo ayudo, entonces tendré la oportunidad de recuperar el favor de mi corazón. —Permaneció en el suelo—. Lamento que tenga que pagar el precio con tu vida, Gorgona.

Se humedeció los labios y decidió hundir la daga en su propio corazón.

—Oh, Alexios. Aún puedes llamarme Medusa.

La forma en que se quedó paralizado le dijo todo lo que necesitaba saber. Reconoció su voz al momento en que dijo su nombre, pero se negó a creer que era ella. No quería que la mujer que amó, la mujer que aún amaba, fuera el monstruo al que había sido enviado a matar.

Su voz se tornó más profunda hasta convertirse en un gruñido irregular.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Monstruo, no sé cómo llegaste a escuchar ese nombre. Pero no es para que tus labios lo pronuncien.

—Lo es, porque es mi nombre. —Debería haber esperado que él no le creyera.

Medusa se movió, una mano cubriendo su vientre donde su hijo había comenzado a patear otra vez. Estiró la otra y se quitó el brazalete que él le había hecho tantos años atrás. Nunca se lo había quitado, incluso cuando era sacerdotisa. Había escondido el metal que ahora estaba caliente por años presionado contra su piel.

Con un gran tirón, lo arrojó por el aire y aterrizó a sus pies con un golpe sólido.

—Entiendo que no quieras creerme, Alexios. Yo tampoco quería creerlo cuando sucedió. —Su voz se espesó, y se detuvo para tragarse la tristeza y el miedo—. Aún no lo hago.

Él se quedó mirando el brazalete que había creado, después se inclinó para recogerlo. Sus manos temblaron cuando palmeó el metal. Un sonido horrible brotó de sus labios, espantoso y devastador.

—¿Medusa? —susurró—. ¿En serio podrías ser tú?

192

Apretó la espalda contra las piedras y esperó que él no viera dónde se estaba escondiendo.

—Sí, Alexios. Siento mucho que tuvieras que averiguarlo de esta manera.

—Yo no... —Sacudió la cabeza—. Nunca podría haber sabido que estabas aquí.

—No habría esperado que lo supieras —respondió con una risa pequeña—. ¿Cómo podría alguien haber adivinado que me convertiría en esto?

Aún le temblaban las manos. Alexios se derrumbó sobre su trasero y miró en la dirección de su voz.

—¿Qué pasó? ¿Son ciertos los rumores? ¿En serio eres...?

No pudo terminar de decir cómo debía verse ahora, y no lo obligaría. Medusa no lo dejaría verla si se salía con la suya. Ni siquiera desde atrás, donde su mirada no podía convertirlo en piedra.

Quería que la recordara como la mujer hermosa de la que se había enamorado. No el monstruo hecho por una diosa.

MEDUSA

EMMA HAMM

¿Podría contarle la historia? Merecía saber la verdad. Después de todo este tiempo, aún estaba enamorado de ella. No debería ocultarle esto al hombre que había hecho una gran diferencia en su vida.

El hombre cuyo recuerdo la había ayudado a superar los momentos más difíciles que había vivido.

Tomando una respiración profunda, Medusa derramó la historia en la oscuridad. El niño en su vientre también dejó de moverse para escuchar las palabras. Las serpientes en su cabeza se asentaron en nada más que cabello. Y mientras purgaba las palabras de su alma, se sintió nuevamente un poco similar a una mortal. Como una persona real y no una mujer serpiente aterradora que vivía en una cueva.

Era de nuevo Medusa. La misma Medusa que había nacido en un pueblo pequeño y amaba a este hombre con todo su corazón.

Cuando terminó, vaciló y se humedeció los labios.

—Lo siento mucho. —Sacudió la cabeza en negación a la historia—. No debí haberte dicho nada de eso, Alexios. No es de tu preocupación.

—Lo hago. —Las palabras brotaron ferozmente de sus labios, casi violentas con su emoción—. Me preocupo más de lo que crees. Y si pudiera atravesar con una espada el corazón de ese bastardo, lo haría mil veces.

También deseó que pudiera hacerlo, pero eso no los llevaría a ninguna parte. Ambos entendían eso.

Eran productos de los dioses. Si Poseidón quería tomar lo que pensaba que se le debía, entonces la violaría mil veces porque no le importaba. Nada lo hacía. No importaba que estuviera embarazada o que él le arruinara la vida. No importaba que la hubiera destruido tanto a ella como a otro joven que una vez lo había adorado.

Exhaló un suspiro largo.

—Dijiste que estabas aquí para matarme. Que el héroe fue enviado para destruir todo lo que represento.

Se atragantó y luego las lágrimas corrieron por su rostro.

—Medusa, no puedo dejar que te haga eso. Tú lo sabes.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Dijiste que era para convertirlo en un héroe. —Y odiaba a los héroes, pero este era un final apropiado. Se pasó una mano por el vientre y miró hacia el techo de la cueva.

¿Este era el camino que debía seguir? ¿Debería permitir que este héroe la mate porque eso ayudaría al hombre que amaba? Después de todas las cosas que había hecho, de toda las personas que había matado, a Medusa no le importaría tanto si esta era la forma en que moría.

—No —repitió Alexios—. No dejaré que te mate.

—¿Quién es este héroe? —Quería conocer al hombre que iba a matarla. Si los dioses lo enviaban, no podía hacer mucho para detener su destino.

Alexios negó con la cabeza como si estuviera negando este camino.

—Un hijo de Zeus. Un semidiós y un joven criado por un pescador. Espera que su nombre aparezca en los libros de historia de todos los tiempos.

Sus serpientes se alzaron y sisearon. Sabían quién era este chico. Susurraron sobre su odio por todos menos por él mismo y cómo el deseo de fama lo consumía.

No podría escapar de este.

194

Medusa había pensado que la amenaza de su propia muerte la habría asustado. Pero estaba tan condenadamente cansada. Y ahora había vuelto a ver a Alexios.

Él se iría. No podía esperar que se quedara aquí en esta cueva con ella, y Medusa no podía volver al reino mortal cuando su mirada convertía a los hombres en piedra. No importaba si el héroe la dejaba vivir, aún tendría que quedarse aquí con sus hermanas.

Los hombres de todas partes aún la cazarían. Querrían matarla porque era una monstruo mítica y querrían llevar una parte de ella a su propia historia heroica.

Su vida estaría plagada con más hombres que querrían tomar, tomar y tomar.

Y estaba condenadamente exhausta por todo eso.

Frotando su vientre, dejó que sus palabras flotaran en el aire.

—Alexios, solo hay una cosa que puedes hacer ahora por mí.

—Nómbrale —respondió—. Nómbrale y aún dedicaré mi vida entera a romper esta maldición que te ha cambiado, Medusa. Arreglaré esto aun si tengo que escalar el Monte Olimpo todos los días durante el resto de mi vida.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Alexios, no puedes arreglar esto. Pero puedes demorar al héroe. Dame unas semanas más. Solo... —No podía decirle que estaba embarazada. Había omitido esa parte de la historia, y no se sentía correcto.

Medusa siempre había pensado que si iba a tener un bebé, sería de él. El niño tendría los ojos de Alexios y la línea amplia de su mandíbula. Caminaría con piernas como troncos de árboles, tan grande como su padre y dispuesto a empuñar un martillo sin miedo alguno.

Pero ese después de todo no era su destino.

Sacudió la cabeza y se aclaró la garganta.

—Por favor, solo dame un poco de tiempo. Solo necesito unos días más.

—No dejaré que te mate —gruñó.

—No creo que tengas otra opción. —Se deslizó de regreso al túnel y miró por encima del hombro al hombre al que amaba desesperadamente. Una última vez—. La historia de un héroe es mucho más importante que cualquiera de las nuestras, corazón. Pero estoy agradecida de poder verte por última vez.

Medusa lo dejó de rodillas en la caverna y envió una oración en silencio a cualquier dios que pudiera estar escuchando. Pero sabía en su alma que los dioses se habían olvidado de ella.

MEDUSA

EMMA HAMM



Alexios regresó a su campamento con el corazón apesadumbrado.

La mujer que amaba era un monstruo.

No, esa no era la forma correcta de pensar. Aún era Medusa. Podía escuchar la esencia misma de su alma en su voz, incluso si no la hubiera visto. Y nunca más podría hacerlo, porque la horrible verdad estaba justo frente a él.

Era el monstruo que decían que era. Había estado junto a las estatuas de piedra de hombres que habían intentado hacerle daño. Y aunque debería haber tenido miedo, el único sentimiento que había sentido era el orgullo de que ella los destruyera antes de que pudieran lastimarla.

¿Eso también lo convertía en un monstruo?

No le importaba si lo hacía o no. Seguía siendo Medusa, seguía siendo la mujer que amaba, y él haría cualquier cosa para mantenerla viva y sana. Incluso luchar contra el hijo de Zeus para asegurarse que nunca tuviera que lidiar con el orgullo de un héroe.

Pero, ¿cómo podía convencer a Perseo de que se rindiera? El niño estaba obsesionado con esta misión, y sabía que ya no tenía nada que ver con la madre del chico. A Perseo no le importaba Dánae. No le importaba Alexios o incluso Dictis, quien había dado su vida para asegurarse que su hijo creciera feliz y saludable. Todo lo que le importaba era él mismo y su propio legado que estaba destinado a estar escrito en las estrellas.

Medusa tenía razón. Luchar contra todo esto era inútil y, sin embargo, tenía que intentarlo.

Alexios caminó hacia su pequeña fogata y su estómago se apretó. Le preocupaba cómo iría esta conversación, pero también sabía en el fondo de su corazón que fracasaría. Y eso era lo peor de todo.

MEDUSA
EMMA HAMM

Su joven encargo se sentaba junto al fuego con la espada de Zeus en su regazo. El acero adamantino resplandecía a la luz con todo el poder del sol. Perseo la observaba con gloria en los ojos, como si ya hubiera luchado y ganado mil batallas con la espada.

Quizás lo había hecho. La magia dentro de la espada puede haberle mostrado una época en la que los hombres fueron más que mortales. Cuando los hombres lucharon, batallaron y vivieron para contarlo. Sin la ayuda de los dioses.

Alexios se sentó junto al fuego con Perseo y miró las llamas fijamente.

—No creo que esta sea la forma correcta de salvar a tu madre.

Podía escuchar los grillos a lo lejos, pero ni siquiera el sonido de la respiración de Perseo.

Cuando Alexios alzó la vista, vio que el aspirante a héroe lo estaba mirando con fuego en los ojos.

—No voy a parar. Entiendo que tienes un corazón más blando que yo, amigo mío. Y eso es algo que siempre he admirado de ti. Pero no creo que estés viendo el futuro claramente con ese corazón blando.

—Veo el futuro muy bien. Te veo abriendo un camino de sangre y dolor frente a ti, sin importarte a quién o qué haces daño. —Alexios podía igualar fuego con fuego.

¿Perseo pensaba que tenía un corazón blando? Alexios estaba hecho de hierro y acero, donde el chico solo lo empuñaba.

Pero el hijo de Zeus se alzaría ante cualquier batalla, incluso una de palabras. Se inclinó hacia adelante, peligrosamente cerca tanto de la llama como de la espada.

—¿Qué quieres que haga, Alexios? ¿Dejar a mi madre en las garras de ese monstruo? ¿Conformarme con amar a una mujer normal y no aceptar el destino de convertirme en rey? Soy el hijo de un dios. Tengo más en mi sangre que una vida común.

—¿Y qué hay de malo en una vida común? —Alexios también se inclinó hacia adelante—. Pareces menospreciarnos a quienes deseamos vivir una historia tranquila y te obligas a dar los pasos innecesarios para convertirte en alguien mucho más de lo que naciste siendo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¡Nací como el hijo del mismísimo Zeus! —El grito resonó a su alrededor, probablemente advirtiéndole a las Gorgonas que había alguien afuera de su puerta—. Él fue quien me dio a luz en una lluvia dorada. Él me eligió para recorrer este camino. Puedes negarle a Atenea todo lo que quieras porque a ella no le importó que la veas, pero no puedes negar lo que viste con tus propios ojos.

Alexios recordaba demasiado bien el huerto. Recordaba a los dioses y sus frías miradas calculadoras.

La voz de Hesperia susurrándole al oído: *“Siento mucho el camino que debes recorrer”*.

Había sabido quién era Medusa. Quién era la Gorgona y qué encontraría en la base del Monte Olimpo. Todos sabían el destino horrible que él sufriría y cómo usarían a Medusa una vez más.

Quizás su padre había tenido razón todos esos años atrás. Los dioses no la maldijeron ni la consideraron en absoluto. Los dioses le habían dado la espalda a Medusa y su historia, pero no por la razón que había pensado su padre. Alexios se echó hacia atrás y abrió las manos ampliamente.

—Perseo, solo es una mujer. Es una mujer a la que los dioses han negado toda felicidad porque eligieron tu historia sobre la de ella. ¿Quiénes somos para quitarle la vida cuando podríamos cambiar la historia? Podrías darle tranquilidad a una mujer buena, amigo mío. Podrías darle la oportunidad de vivir de verdad.

—¿Vivir de verdad? —Perseo se rio. El sonido cargado de crueldad—. Es un monstruo, Alexios. Una criatura horrible que ha matado a cientos de hombres solo con su mirada. Ambos vimos las estatuas de piedra alineadas en el camino para llegar aquí. Las colocaron allí como advertencia, pero marca mis palabras. No es una mujer buena, y no se merece la oportunidad de vivir.

Podría contarle todo a Perseo. Podría explicarle que conocía a Medusa y que había crecido con ella cuando era niño. Toda la historia estaba en la punta de su lengua solo para que pudiera arruinar los pensamientos de Perseo sobre lo que estaba sucediendo aquí.

MEDUSA

EMMA HAMM

Pero entonces recordó que el niño quería ser un héroe. Y que pisaría a cualquiera que se interpusiera en su camino.

A Perseo no le importaría si Medusa era una mujer maldita que solo intentaba mantenerse con vida. Tampoco le importaría que sus hermanas hubieran intentado salvarla de un destino peor que la muerte, y también habían sido maldecidas.

Escucharía la historia y luego se reiría de la locura de las mujeres. Perseo diría que todas merecían aquello con lo que habían sido maldecidas, y si Alexios no estaba de acuerdo con él, entonces era simplemente su corazón blando interponiéndose en el camino.

Alexios miró al chico que se estaba convirtiendo en un hombre horrible y decidió que este era el final. Ya no caminaría con una persona que pensaba que todos estaban por debajo de él. Cualquier cosa que le debiera a Perseo ya se había pagado diez veces más, y esta era la gota que colmaba el vaso.

—Dale una semana —dijo Alexios—. Todo lo que pido es una semana.

—¿Por qué estás pidiendo algo tan específico? —Perseo se inclinó y tomó un palo. Atizó el fuego, pero había algo frío y calculador en sus ojos—. Una semana parece mucho tiempo para sentarse fuera de una caverna llena de riquezas y Gorgonas esperando ser asesinadas.

—Una semana no es mucho tiempo. Y mi corazón blando simplemente desea darle a una mujer un poco más de tiempo con su vida antes de quitársela sin previo aviso. —No miró al héroe a los ojos. No podía.

Perseo siempre lo había leído bien, y sabía que si Perseo veía en su mirada, el héroe vería su plan. Sin embargo, Alexios no dejaría que el chico llegara tan lejos. Se negaba.

—Una semana significa que tendrá tanto tiempo para encontrar aún más víctimas. ¿Qué hacemos si otro hombre vaga por aquí, deseando ser un héroe igual que yo? ¿Le advertimos que le daremos una semana de vida? —Perseo arrojó su palo al fuego con disgusto evidente—. Una semana es demasiado.

—¿En serio estás preocupado por la vida de otro héroe? ¿O te preocupa que otro hombre te robe la gloria?

El fuego en la mirada de Perseo ardió al rojo vivo.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, querido amigo. Quizás deberías buscar tu cama en otro lugar.

—¿O qué? —Alexios lo miró entonces.

Vio fijamente la mirada de este hombre horrible y supo que Perseo solo podía ver su propia ira y rabia. Que la emoción lo asustaba y no leía nada más en las elecciones de Alexios.

Perseo sonrió, pero la expresión careció de cualquier emoción que no fuera malicia.

—Suceden cosas extrañas en las noches, especialmente alrededor de una caverna llena de Gorgonas. Busca tu cama y un lugar seguro para descansar tu cabeza, Alexios. Te doy una semana, pero nada más. —Era todo lo que necesitaba.

Alexios podría hacer un plan en tanto tiempo. Podía averiguar cómo sacarla de las cuevas y de algún otro lugar. Quizás podría encontrar un barco y las tres mujeres serpiente podrían huir a algún lugar donde nunca volverían a ser tocadas.

Las Hespérides serían un buen comienzo. Parecían simpatizar con la situación difícil de otras mujeres, y odiaban a Zeus lo suficiente como para ir en contra de sus deseos.

Todo lo que tenía que hacer era averiguar dónde conseguir un barco. Ahora que había vivido con un pescador, tenía algunas ideas sobre cómo conseguir uno. Quizás Medusa tendría mucho oro reunido de las personas que había matado. Era un pensamiento morboso, pero al menos sus muertes no serían en vano.

Una semana. Podía hacer mucho en esa cantidad de tiempo, y Perseo no podría evitar que la salvara.

—Gracias —murmuró, después se levantó del fuego y se volvió para irse—. Una semana es tiempo suficiente para que una mujer viva, sin importar que no sepa que va a morir.

—¿Estás seguro que ella no lo sabe? —Las palabras murmuradas le siguieron como si fueran una amenaza apenas velada—. Como dije, Alexios, una semana es una cantidad de tiempo muy específica.

—Fue simplemente lo primero que salió de mis labios.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Y, sin embargo, una solicitud muy cuestionable para un hombre que se suponía que me estaba ayudando a cazar. —Perseo lo observó con ojos que veían demasiado—. Quiero saber que eres un héroe como yo, Alexios.

—Te lo dije mucho antes de que comenzáramos este viaje, no tengo ningún interés en convertirme en un héroe. —Especialmente si eso requería que asesinara a mujeres inocentes. Especialmente si requería vender su alma a los dioses solo para que le prestaran algún tipo de atención.

Alexios no era como el joven que estaba sentado frente al fuego. No estaba interesado en esa vida, o las cosas horribles que Perseo había hecho. Haría.

Aunque no podía ver el futuro, Alexios sabía que Perseo sería recordado durante siglos y por todas las razones equivocadas. O tal vez el mundo en realidad lo consideraría un héroe y aquellos como Medusa se convertirían en un mito. Recordada solo por unos pocos elegidos que conocían la bondad en su corazón.

Odió este viaje.

Odió esta búsqueda que provocaría el fin de la mujer que amaba. Pero lucharía hasta el amargo final.

Perseo se encogió de hombros.

—Creo que todo hombre debería buscar convertirse en algo más de lo que los dioses les dieron. Miraré la muerte a los ojos cuando venga por mí, y le diré que la inmortalidad me fue dada en la forma de mi nombre en las lenguas de miles durante los años venideros. ¿Qué dirás cuando te encuentres con la muerte?

Alexios ya se estaba alejando del chico, pero dejó que su respuesta volara en el viento como una flecha.

—Cuando venga Tánatos, le diré que fui un hombre bueno que vivió bien. Que luché por los que necesitaban a alguien y que estaba orgulloso del recuerdo que dejé. Sin importar lo pequeño que fuera. Sabré que mis decisiones afectaron la vida de los demás de una manera que mejoró su tiempo en la tierra. —Hizo una pausa, luego volvió a mirar la silueta del hombre luchando por convertirse en héroe—. Perseo, esto podría ser un trampolín para

Las palabras perduraron mucho después de que Alexios encontrara su cama, como si las hubieran quemado en las piedras.

MEDUSA

EMMA HAMM



Regresó al día siguiente. Medusa no estaba segura de por qué regresó, pero se coló en la caverna como si no hubiera nadie más que ella.

Ella permaneció en la boca del mismo túnel y lo esperó. No podía estar aquí. No era seguro.

Alexios se sentó en medio de la caverna con un cuchillo pequeño en la mano, luego sacó un bloque de madera de su bolsillo. Lo había visto hacer exactamente eso mil veces, pero no iba a sentarse allí y tallar una estatuilla pequeña para ella, ¿verdad?

Si había venido aquí con un héroe, entonces sabía lo peligrosas que eran sus hermanas y ella. ¡Estaba sentado en medio de cien hombres convertidos en piedra! Todo lo que haría falta era un movimiento en falso, y entonces la miraría accidentalmente y terminaría entre ellos para siempre.

Otra cola se enredó alrededor de la de ella y la apartó.

—Cuidado, hermana —murmuró Euríale—. Cometerás un error que arruinará tu alma para siempre.

—No lo quiero aquí.

—Eso es mentira —respondió su hermana con una risita—. Lo deseas mucho aquí y dejarás que pase su tiempo contigo. Es un hombre amable, Medusa.

—¿Cómo sabes eso con tanta seguridad? —Ciertamente no lo sabía. Había pasado mucho tiempo desde que había visto a Alexios, y muchas cosas podrían cambiar en años de dificultades—. Lo conocí cuando era un niño, pero ahora es todo un hombre.

Un hombre al que no había podido ver bien anoche, pero a la luz del día podía ver demasiado. Alexios había tenido hombros anchos y rasgos fuertes cuando era joven.

MEDUSA

EMMA HAMM

Siempre pensó que él había crecido en su piel más rápido que los otros jóvenes de su edad. Ahora, podía ver que no había dejado de crecer ni de cerca.

Era enorme. El tipo de hombre que parecía que debía luchar en un campo de batalla porque un solo golpe de uno de sus puños habría matado a otro. Sus hombros eran anchos y sus caderas eran esbeltas. Y aunque su rostro seguía siendo, desafortunadamente, tan intimidante como lo había sido cuando eran niños, se volvió mucho más atractivo por el poderoso conjunto de su cuerpo.

Cualquier mujer se consideraría afortunada de estar casada con una figura así. Y estaba perdiendo el tiempo enamorándose de Medusa cuando ya podría haber salido y formar una familia.

Sacudió la cabeza decepcionada.

—Tiene que irse, Euríale. Todo esto podría ser un complot elaborado para matarnos y, sin embargo, no puedo convertirlo en piedra como los demás.

—¿Por qué no le preguntas a las serpientes? —Euríale se estiró y acarició un áspid por su oreja derecha—. Siempre conocen el alma interior de una persona. Sabrían si él está aquí para hacernos daño.

Medusa tenía miedo de preguntarles. ¿Y si confirmaban su miedo y Alexios en realidad estaba aquí para matarla? ¿Quizás la estaba conduciendo por un camino peligroso y, al final, ella se arrepentiría de volver a confiar en él?

Su corazón no podría aceptar la verdad si era esa. Se desmoronaría por las costuras y jamás volvería a juntarse.

—No puedo hacer eso —susurró—. No puedo ver si mis miedos son ciertos.

—Entonces, tienes que confiar en tu instinto —respondió Euríale. Soltó a Medusa y se deslizó hacia la oscuridad—. Esteno y yo te daremos tiempo con él. Sabes que no puede quedarse mucho tiempo, pero convencí a Esteno de que esto es importante. Habla con él. Necesitas este momento para ayudarte a sanar.

¿En serio? Medusa no sabía si había algo más que sanar cuando ya había asumido la realidad de su situación. Iba a ser la madre de lo que probablemente era un niño monstruoso. Su destino permanecía aquí en estas cavernas aun si su amigo héroe no lograba

MEDUSA

EMMA HAMM

matarla. Y estaba atrapada en este reino sin nadie que la cuidara. Sin importar lo mucho que deseara desesperadamente que alguien estuviera a su lado. Más que solo sus hermanas.

Y, sin embargo, este hombre había cruzado los mares por ella. Había viajado lejos de su hogar y aun así terminó con ella. Los hilos de su destino estaban entrelazados a pesar de que hubiera intentado cortar ese lazo hace tantos meses atrás.

¿O fueron años?

El tiempo había pasado demasiado rápido para que lo supiera.

Respiró profundo, se acercó al borde del túnel y dejó que el sonido de sus escamas raspando la piedra resonara a través de la caverna. Alexios detuvo su tallado y luego continuó.

—Buenos días —llamó—. Tengo algunas sorpresas reservadas hoy para ti.

—¿Sorpresas? —Se escondió detrás de una de las rocas y se llevó la mano a la boca—. Alexios, sabes que ni siquiera puedo mirarte. Te convertirás en piedra. Deberías haberte ido cuando te dije que lo hicieras.

—Sí, si me miras, me convertiré en piedra. Me di cuenta que es muy cierta esa parte del mito. —Golpeó con el cuchillo al soldado de piedra más cercano—. Estos también lo demuestran. Tienes un sentido perverso del estilo de decoración, Medusa. No recuerdo que fueras tan morbosa.

—Convertirse en un monstruo tiene una forma de hacerle eso a una persona —respondió con una risita.

Sabía que ella nunca había sido material de esposa. Decorar una casa era lo último en lo que pensaba, y su padre la había llamado la niña más desordenada que hubiera conocido. Su madre siempre discutía hasta que se cansara que Medusa necesitaba aprender a ser una mejor esposa. Una mejor ama de casa. Tener más estilo que una simple mujer que había criado en una granja.

—No creo que haya sido la parte del monstruo, pero si quieres culpar de tu gusto horrible al cuerpo de serpiente, entonces lo permitiré. —Se movió entonces.

El sonido de su tela crujendo mientras se ponía de pie hizo que su corazón se acelerara. ¿Qué iba a hacer? ¿Cuál era su plan?

MEDUSA

EMMA HAMM

—Entonces, puedes darte la vuelta, Alexios.

No quería saber cuándo se dio la vuelta, pero Medusa no tuvo ese lujo. El sonido de su inhalación sorprendida le hizo saber el momento en que la vio. Y supo lo que había visto. Aún se miraba en el espejo todos los días, solo para darse cuenta de lo fea que era en realidad.

Alexios dio un paso más cerca de ella hasta que pudo sentir el calor de su cuerpo junto al de ella. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien más que sus hermanas estuvo cerca de ella? No podía adivinar los largos meses. Había sido antes de que fuera sacerdotisa, de eso estaba segura. Y entonces quizás incluso más que eso. Sus padres no eran de los que abrazan. Su hermano nunca había intentado estar cerca de su hermana.

La última persona en abrazarla, la última persona cercana a ella, era él.

Unos dedos cálidos rozaron su costado donde su piel se encontraba con las escamas. Dejó escapar un suspiro largo de alivio cuando él trazó el contorno de sus costillas. Las yemas de sus dedos callosas se hundieron hasta el hueso de la cadera y rasparon suavemente las escamas allí.

207

—Son tan delicadas —susurró—. Pensé que tus escamas serían mucho más grandes.

—No soy como un pez. —Intentó aligerar el tono, aunque su voz sonó ronca—. Las serpientes tienen escamas más pequeñas. Más apretadas a la piel.

—Como piedras preciosas.

Eso no era en absoluto cierto. Sabía que parecía un monstruo. Se suponía que las serpientes y las mujeres no coincidían y, sin embargo, eso es lo que había sucedido en la creación aterradora de las Gorgonas.

Su dedo recorrió sus costillas hasta sus brazos, donde acarició su hombro suavemente.

—Aquí también tienes escamas.

—Parece que un poco por todas partes.

Alexios levantó su mano, y ella lamentó la pérdida de su calor. No quería nada más que enterrarse en la comodidad de sus brazos, pero no era así como iba a suceder esto. No

MEDUSA
EMMA HAMM

podía. Él no podía. Ambos sabían que aquí no había nada para ninguno de los dos. Y, sin embargo, saberlo no hizo nada para desaparecer el deseo.

El calor de su toque apareció nuevamente, esta vez acunando su mejilla. Deslizó sus dedos peligrosamente cerca de las serpientes en su cabello.

—¿Son tan venenosas como parecen?

—No lo sé. —Nunca había puesto a prueba a las serpientes—. Nunca han mordido a nadie más que a mí. Y ya no me muerden.

Retiró la mano y se rio entre dientes.

—Entonces, creo que no les daré la oportunidad.

Cada parte de su cuerpo se congeló. La había tocado y aún no huía de ella preso del pánico. No había gritado, y ahora ninguna parte de él parecía tenerle miedo. Seguía siendo Alexios. Aún era el hombre amable que vio a través del aspecto aterrador de su cuerpo.

Dioses, ella lo amaba.

Quiso lanzarse hacia adelante y envolver sus brazos alrededor de su cuello. Quiso enterrar su rostro en el calor de su pulso y nunca soltarlo.

Era su hogar. La hacía sentir más segura que nadie más, e incluso ahora, aún veía a la Medusa debajo de la Gorgona. La mujer que había escondido durante tanto tiempo por temor a ser demasiado frágil si alguien se daba cuenta que, después de todo, no era un monstruo.

Su corazón se hinchó en su pecho, latiendo feroz una vez más. Había pasado tanto tiempo desde que se había sentido como una persona. Como alguien que aún podía vivir su vida sin temer lo que otras personas podrían pensar.

Y aunque su futuro probablemente era confuso en el mejor de los casos, ahora podía ver una vida. No solo vivir y esconderse en una caverna con la esperanza de que nadie la volviera a encontrar. Podrían encontrar una isla remota donde nadie fuera a visitarla. Tendría que tener cuidado de no mirarlo nunca, pero podrían atarle los ojos con una venda. Ella no necesitaba ver.

209

MEDUSA
EMMA HAMM

Sus piernas le temblaron. Tal vez el veneno ya estaba desapareciendo, o tal vez su fuerza de voluntad le dio suficiente adrenalina para moverse. Fuera lo que fuera, Alexios se levantó con dificultad sobre sus manos y rodillas. Ahora no quedaba mucho tiempo.

—¡Perseo! —gritó, con una voz más débil de lo que le habría gustado—. ¡Si alguna vez me respetaste, amigo mío, dejarás su cabeza pegada a sus hombros!

El hombre al que había considerado como un hermano lo miró, sus ojos desprovistos de cualquier emoción.

—Y si me respetaras, hermano, sabrías que este es el único camino.

Alexios conocía esa mirada. Conocía la contracción de los músculos antes de la embestida. Había visto a Perseo luchar suficientes veces para saber que este era el golpe final que le quitaría todo a Alexios.

—¡No! —gritó la palabra con toda la rabia y angustia de su alma.

Perseo se lanzó desde el aire y blandió la espada de adamantina en alto. Medusa giró hacia él, pero el héroe no la estaba mirando. Estaba mirando en el escudo y había esperado el momento perfecto para blandir su espada en el aire con todo el poder del mismísimo Zeus.

La hoja la alcanzó en el cuello. El corte fue prístino y limpio, separando los músculos y hueso con facilidad. La cabeza de Medusa voló por el aire, las serpientes siseando y escupiendo veneno en un último intento de salvar a su ama.

Golpeó el suelo con un sonido sordo y rodó tres veces antes de asentarse contra una piedra.

El cuerpo de su amada seguía en pie. La luz del sol atravesaba un agujero en la caverna e iluminaba la forma de la Gorgona una vez poderosa. Se balanceó, y sus escamas brillaron a la luz del sol como si alguien hubiera espolvoreado su cuerpo con trozos de oro.

El veneno liberó su dominio sobre Alexios. Se puso de pie, arañando las piedras y obligándose a levantarse para poder estrangular al héroe que le había quitado el futuro. El héroe que no vio otra cosa más que un monstruo que matar en lugar de la mujer que había sido utilizada toda su vida.

MEDUSA

EMMA HAMM

Un grito resonó en la caverna. Alexios volvió a caer de rodillas a medida que sus oídos comenzaban a sangrar por la fuerza del sonido. Otro cuerpo pasó junto a él, con las manos de bronce alzadas y los dientes enseñados en un gruñido.

A pesar del dolor, se tambaleó hasta el cuerpo de Medusa y se aferró a lo único que le quedaba. Qué luchen. Qué el héroe y los monstruos se desgarran entre sí con espada y garras.

Su amada estaba muerta.

Alexios ayudó a su cuerpo sin cabeza a caer al suelo tan suavemente como pudo. Acunó su corazón contra su pecho, sin importarle cómo la sangre manchó su piel. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras la mecía, con suavidad, tan suavemente.

—No —susurró una y otra vez—. Este no puede ser tu final, mi amor. Mi querida, Medusa.

La mujer serpiente gritando saltó desde una saliente de piedra sobre ellos. Su cola azotó y golpeó el hombro de Perseo. Se desplomó al suelo justo al lado de la cabeza de Medusa.

El héroe la metió en la alforja mientras observaba a las otras Gorgonas. La sonrisa en su rostro sin corresponderse a lo que había hecho.

Asesino. Alexios quiso gritar al héroe por todas las cosas que había hecho. Quiso borrar esa sonrisa de la cara del hombre horrible y acabar con él. Que Perseo golpeará a Alexios hasta la muerte. Sería un final apropiado siempre que pudiera dar un solo golpe en la cara del joven.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Podría haberse levantado para luchar si el cuerpo de Medusa no hubiera empezado a moverse en sus brazos. Su cola se retorció, sacudiéndose y agitándose como si estuviera agonizando. Pero eso era imposible. Ciertamente estaba muerta.

Entonces, su cola se abrió por la mitad.

La sangre se acumuló a su alrededor a medida que dos cuerpos infantiles cayeron de su forma. Uno de ellos, rodó por el barro y la sangre, luego se levantó sobre cuatro patas temblorosas. El caballo creció en un abrir y cerrar de ojos, y después extendió sus alas. El

MEDUSA
EMMA HAMM

sol golpeó sobre las plumas blancas mientras el caballo echaba la cabeza hacia atrás y lanzaba un grito hermoso como el sonido de un arpa.

—Perfecto —dijo Perseo. Corrió hacia delante y se agarró al Pegaso. Y sin otra palabra, saltó sobre el lomo del caballo y juntos salieron volando de la cueva con los gritos de las Gorgonas que quedaron atrás.

Alexios se quedó mirando los restos, aturdido por todo lo que había sucedido tan rápido.

El cuerpo de Medusa cayó de sus manos inertes, deslizándose entre las grietas de la piedra, encajándose entre dos piedras grandes y cayendo inerte. Desgarrada por el caballo que acababa de salir de su estómago.

—¿Qué pasó? —susurró. Alexios levantó sus temblorosas manos sangrientas—. No puede haberse ido.

Una mano de bronce se posó en su hombro y apretó lo suficiente como para hacerle estremecer.

—Se ha ido, mortal, y el hombre que trajiste contigo causó su muerte.

Si lo mataban por esto, que así fuera. Aceptaría ese destino porque no había sido capaz de salvarla.

Alexios escuchó un bajo sonido agudo de dolor. Y entonces se dio cuenta que el sonido estaba saliendo de sus propios labios. Se balanceó de adelante hacia atrás, con las manos frente a él, horrorizado.

—Debí haberla salvado. Dijo que nos daría una semana. Podría haberla sacado de este lugar... podría haber... —¿Qué podría haber hecho? ¿En serio?

Nada. Y debería haber sabido que este sería el destino de todos ellos sin tener que luchar contra Perseo. El héroe siempre gana. El monstruo siempre muere.

Así funcionaba el mundo. Aunque injusto y desgarrador, era incapaz de cambiar el paso de la historia. Un solo hombre no podía evitar que el mundo destruyera a los inocentes.

La mujer serpiente suspiró.

—Ahora veo que no tienes nada que ver con esto.

—Quería salvarla —susurró de nuevo—. Quería...

MEDUSA
EMMA HAMM

El llanto de un bebé se elevó en el aire. No era un aullido rabioso como el que cualquier niño debería haber tenido en el suelo frío de piedra en una cueva. En su lugar, el bebé dejó escapar un graznido bajo como si estuviera haciendo una pregunta.

Ninguna de las dos Gorgonas se movió, pero no tuvieron que hacerlo. Alexios se lanzó hacia delante en manos y rodillas, deslizándose por el barro y la sangre para llegar al bebé que había caído entre dos piedras junto al cuerpo destrozado de su madre.

Se inclinó sobre la saliente pequeña y miró fijamente hacia dos brillantes ojos dorados.

De hecho, el bebé era completamente dorado. Como una pequeña escultura de metal, con unas mejillas regordetas perfectas y unos ojos que veían demasiado. Diez dedos en las manos y en los pies se extendieron hacia Alexios. El niño lo buscaba. Sin más chillidos. Sin más gritos. Solo un bebé pidiendo que lo abrazaran.

Los ojos dorados se llenaron de dolor y lágrimas, aunque no cayeron por las mejillas del bebé. Casi como si la criatura supiera que su madre hubiera muerto al darlo a luz.

—Ven aquí, pequeño —murmuró Alexios. Alcanzó al niño con ambos brazos y lo sacó de la grieta.

Acunando al niño contra su pecho, apoyó un dedo tierno en las mejillas regordetas. Se parecía a Medusa. El niño se veía exactamente como la mujer que Alexios amaba, y nadie podía decirle que había otra línea de sangre en las venas de este niño.

Este niño era Medusa hasta la médula.

—¿El niño es varón? —preguntó la Gorgona con manos de bronce.

—Sí —respondió—. Y es perfecto.

Alexios levantó el borde de su chitón y limpió una mancha de sangre en la cara del bebé. Quiso declarar a los cielos que este niño sería suyo. Lucharía hasta la muerte para mantener a este niño vivo, sano y feliz. Cada centímetro de su alma amaba a este niño como si fuera del propio Alexios.

Se sentó con fuerza en un borde irregular de la piedra y miró fijamente al bebé en sus brazos.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Nada te hará daño —susurró—. Nada podrá tocar jamás esta piel dorada. Pongo mi vida a tus pies, pequeño. Soy tuyo. Te serviré y protegeré hasta mi último aliento.

Otra Gorgona apareció, esta con una melena de cabello oscuro enredado en su cabeza. La gritona, supuso.

—Cuidado con lo que le dices a un dios, mortal. Ahora has comprometido tu vida con la suya. Y eso no es un simple niño dios... —Sacudió la cabeza—. Ese fue un nacimiento más elevado que la mayoría.

Frunció el ceño y miró a la Gorgona en busca de más respuestas.

—¿Un nacimiento más elevado?

—Vino de la herida de su cuello, nació de la cabeza en lugar de Pegaso, que nació de su vientre. —Se deslizó más cerca, luego tocó el pie regordete del bebé—. Atenea es una diosa nacida de la cabeza. Más poderosa que la mayoría y significativamente más importante.

El bebé agitó los dedos de sus pies y sonrió a las mujeres Gorgonas, quienes devolvieron la sonrisa cariñosa.

Alexios no tenía ni idea de lo que significaba todo esto. No sabía a dónde ir a partir de aquí, aparte de sostener al bebé contra los latidos de su corazón y sentir que el último recuerdo de Medusa se desvanecía.

La otra Gorgona se acercó y apoyó la mano en su hombro una vez más.

—Eres un hombre bueno, Alexios, y estoy segura que este niño te lo agradecerá.

—Crisaor —respondió—. El que sostiene la espada de oro. Una que tengo la intención de hacerle de modo que pueda blandirla contra el héroe que mató a su madre.

El bebé se rio de nuevo, balbuceando y haciendo burbujas mientras miraba al hombre que se convertiría en su padre. El hombre que lo criaría como un verdadero héroe debe ser criado.

Y por un momento, Alexios sintió que tenía un propósito. A pesar de que había perdido todo lo que amaba.

Porque él era el herrero que haría el arma para que este niño tomara su venganza.



217

MEDUSA

EMMA HAMM

31

Olympia se sentó a la mesa, atónita ante la historia que acababa de escuchar.

—¿Medusa tuvo hijos? —Se quedó mirando a Alexandra, que movía las piezas de ajedrez y trató de conciliar la historia con la que había conocido toda su vida—. Pensé que Medusa era el monstruo. No sabía que había sido madre de dos niños.

—Poca gente lo sabe, pero los que lo hacen, recuerdan dejar una ofrenda para Crisaor cuando vamos a los altares. Aunque es un dios menos conocido, es mucho más amable que cualquiera de los otros. —Adelantó una de las piezas y luego se llevó las manos a los labios—. ¿Y qué piensas ahora?

—Estoy horrorizada. —Olympia sacudió la cabeza en señal de negación—. Medusa no debería haber tenido ese destino. Y sus hijos, creciendo sin una madre...

218

La idea era horrible. No sabría qué hacer sin sus padres, aunque hubiera huido de ellos.

Una mujer volvió con una taza llena de té humeante. La puso encima de la mesa y la deslizó hacia Olympia. El vapor surgió de los bordes y se enroscó en el aire. El agua se arremolinaba con hierbas que no podía nombrar y un olor a turba.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El té que se encargará de tu pequeño problema. —La mujer se sentó de nuevo en la mesa y la observó con una mirada calculadora—. Es el té que todas bebemos aquí. Sangrarás como nunca antes lo has hecho durante unos días, pero luego se acabará. Los calambres también serán peores. Pero no tendrás un niño.

Miró al agua y vio que sus ojos se habían ensanchado en el reflejo.

—¿El niño sentirá algo?

Alexandra se acercó y tomó su mano.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Hace dos semanas desde que has estado con él, ¿eso no es lo que dijiste?

—Sí.

—Ni siquiera estás segura que haya un niño, querida. Pero si no quieres criar uno por tu cuenta, entonces el té es tu mejor opción para evitar eso. —Alexandra le dio una palmadita en la mano y luego retiró su toque—. Es tu elección. Y sé que es una difícil.

Pensó en las manos del anciano sobre su cuerpo y en cómo mirar a este niño siempre le recordaría eso. Si es que estaba embarazada. Olympia no lo sabría hasta dentro de un mes, probablemente, e incluso entonces podría llevar un tiempo. Sus menstruaciones nunca fueron regulares.

¿Qué tipo de vida sería capaz de darle a este niño? ¿Vivir en la calles o quizás yendo de casa en casa en un burdel mientras la madre se reunía con hombres para conseguir comida en su mesa?

Levantó el té y bebió.

Alexandra la observó antes de asentir con firmeza.

—Entonces, que así sea.

El sabor amargo se agitó en su lengua e hizo que el interior de su boca hormigueara. Luego el hormigueo se convirtió en un ardor anormal que le hizo sentir toda la boca en llamas. Que se arrastró hasta su pecho hasta que tosió.

Xenia le golpeó la espalda.

—Eso también desaparecerá pronto. ¿Quieres escuchar el resto de la historia de Medusa?

Miró la profunda taza llena de hierbas desagradables y suspiró.

—¿Ayudará a que todo esto sea un poco más fácil?

—Por supuesto.

—Entonces, sí. —Volvió a mirar a Alexandra y le hizo la pregunta que ardía en su pecho casi tan caliente como el té—. Si Medusa estaba sin cabeza, ¿cómo su historia puede continuar? Está muerta. Un hombre la violó, condenó su destino a convertirse en un monstruo, y luego otro hombre la violó de una manera diferente. Perseo le quitó la vida, pero sigue siendo lo mismo que le hizo Poseidón.

220

MEDUSA

EMMA HAMM

32

Alexios se paseaba de un lado a otro, agitando las manos sobre su cabeza.

—No creo que lo entiendas. He estado aquí durante semanas, y ninguno de los dioses ha mostrado interés en hablar con nosotros.

Euríale se revolvió sobre su estómago desde donde estaba encaramada en su saliente favorita.

—Y no creo que entiendas que a Atenea le gustaba Medusa. Era su sacerdotisa más dedicada y creo que vendrá a hablar con nosotros. Lo que pasó fue horrible, todos estamos de acuerdo, y Atenea no dejará que la muerte de su sacerdotisa más dedicada quede impune. Es una diosa. Está muy ocupada.

221

Su rostro se calentó de ira. El enrojecimiento ardiente de sus mejillas debería haber sido una advertencia para la Gorgona que a estas alturas lo conocía bien.

Había permanecido durante semanas en esta caverna con el niño y las hermanas de Medusa. Cada noche hablaban de ella, intercambiando historias como si fueran piedras preciosas de la mujer que todos conocieron y amaron. Aunque Alexios se había encariñado con las Gorgonas, también sabía que sentarse y esperar que una diosa los ayude no los llevaría a ninguna parte.

Las Gorgonas tenían más paciencia que Alexios. Pensaron que la mejor opción de acción era sentarse en esta caverna y pudrirse hasta que un dios o diosa viera apropiado explicar lo que había sucedido.

Porque ciertamente había ocurrido algo.

Se giró rápidamente sobre sus talones y levantó una mano para señalar a Euríale.

—Sabes tan bien como yo que ninguna diosa vendrá aquí. Si Medusa era tan venerada como una de las sacerdotisas más leales, entonces ¿por qué Atenea ayudó a

MEDUSA
EMMA HAMM

Perseo a llegar aquí? ¡Le dio el escudo que lo protegió contra su mirada! Eso salió de su propia mano. La vi dárselo.

—Alexios, no podemos conocer todo el funcionamiento de los dioses. —Euríale frunció el ceño y miró fijamente su dedo como si quisiera morderlo—. No nos corresponde cuestionar su propósito. Tal vez Perseo tiene una parte más grande en esta historia que simplemente aún no conocemos.

Él resopló.

—Ambos sabemos que eso es mentira. Los dioses no se preocupan por Medusa, por nosotros, o por cualquiera que no les proporcione el entretenimiento que buscan.

—No expreses tales pensamientos, mortal. —Euríale se aferró a la cornisa con sus garras y desplegó sus dientes puntiagudos—. Serás golpeado por el mismo Zeus por decir tal blasfemia.

Después de todo lo que había vivido, y todas las cosas que los dioses le habían hecho a él, a Alexios le gustaría ver a Zeus intentarlo. Estaba de humor para luchar contra un dios, y ahora sabía cómo hacerlo. Eran justo como él. Sangraban. Follaban. Destruían todo lo que podían porque estaban aburridos.

Y estaba condenadamente harto de todo eso.

Esteno se movió en su lugar desde las sombras. Se deslizó por las piedras con el bebé dorado en sus brazos.

—Creo que Alexios tiene razón. No creo que sentarse y esperar a Atenea nos llevará a ninguna parte. Obviamente ha olvidado a la sacerdotisa que profanó su templo.

Crisaor balbuceó en sus brazos. Llegó a un mechón rubí de su cabello y tiró de él con fuerza, forzando su atención hacia el niño.

Al pequeño le gustaba la atención. Y todos en esta caverna estaban más que dispuestos a dársela al niño dios.

Su corazón se conmovió cuando el pequeño se asomó y lo vio. Con un gorjeo de felicidad, Crisaor se estiró hacia Alexios mientras agarraba el aire con sus pequeños dedos regordetes.

MEDUSA

EMMA HAMM

Toda la ira y rabia se desvanecieron. No podía pensar en la infelicidad cuando este niño lo miraba a través de los ojos de Medusa. ¿Cómo podía permanecer infeliz cuando Crisaor hacía esos sonidos de bebé y su corazón se apretaba?

Alcanzó al bebé, inmediatamente.

Esteno suspiró.

—Puedo llevarlo por un tiempo, ya sabes. También era nuestra hermana.

—Sí, lo era. —Tomó al bebé de sus brazos y lo acercó a su corazón—. Y era el amor de mi vida. Creo que él lo sabe.

—Sabe muchas cosas —respondió Esteno. Miró su rostro dorado con el ceño ligeramente fruncido—. No es un niño normal. Los dioses como él tardan en desarrollarse, pero nacen con la mente de un anciano. Será difícil de criar.

¿Difícil? Alexios miró la expresión frustrada de Crisaor, y luego de vuelta a la Gorgona.

—No será para nada difícil. Será un joven respetuoso que sabe que el mundo necesita que sea la mejor versión de sí mismo. Todos sabemos lo desesperadamente que los mortales necesitan un dios que se preocupe por nosotros.

223

El bebé casi pareció asentir en respuesta, después posó su mano sobre la de Alexios, donde se apoyaba en el vientre redondeado del niño. Lo habían alimentado con leche de cabra, y el bebé parecía estar bien. Sin embargo, otro detalle al que probablemente no habría sobrevivido un niño mortal. Pero mientras Crisaor tuviera unas horas al sol todos los días, parecía crecer normalmente.

Aunque un poco rápido.

Crisaor solo tenía dos semanas de edad, pero ya tenía el tamaño de un infante. Alexios sentía el peso del niño en el dolor de sus hombros y brazos. No estaban seguros de cuánto crecería el niño, pero temía que un viaje con un niño dios sería más duro de lo que había imaginado en un principio.

—¿Qué piensas, pequeño? —preguntó—. ¿Crees que es el momento de tomar el asunto en nuestras manos?

El bebé gorjeó en señal de acuerdo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Ves? —Miró a Euríale y levantó una ceja—. Incluso el niño dios está de acuerdo conmigo. Tenemos que hacer algo más que sentarnos aquí a esperar que alguien nos ayude.

—Entonces ¿qué sugieres, herrero? —Solo usaba ese término cuando estaba descontenta con él. Como si su profesión fuera algo de lo que se tenga que avergonzar.

Bueno, se negaba a avergonzarse de ser mortal. Y se negaba a dejar que se meta en su cabeza cuando el camino estaba tan claro frente a él, que alguien podría haberlo convertido en realidad.

—Quiero hablar con Atenea —respondió—. Personalmente. Con el niño.

Tanto Euríale como Esteno lo observaron con la boca abierta.

Esperó a que dijeran algo, lo que sea, pero ninguna de las dos pareció capaz de pronunciar ni una sola palabra en respuesta a su plan. Se limitaron a observarlo como si hubiera perdido la cabeza. O tal vez como si se hubiera convertido en otra cosa ante sus ojos.

—Señoras —dijo—. Voy a hacer esto tanto si creen que es una buena idea o no. Pero supuse que tendrían una idea sobre dónde encontrar a Atenea.

Esteno emitió un sonido ahogado, y luego respondió:

—Creo que la única manera en que Atenea hablaría con alguien como tú es si subieras al mismísimo Monte Olimpo.

No era el mejor de los planes, pero supuso que era posible. Después de todo, había cruzado los mares en el barco dorado de Atenea. Había conocido a las Grayas, a las Hespérides, y había visto a los propios dioses. Luego había llegado a la mismísima guarida de las Gorgonas y había sobrevivido sin problemas.

Subir al Monte Olimpo no podía ser tan difícil.

Echó un vistazo a Crisaor y juró que el chico asintió como si ese también fuera el único plan que podía pensar. Este niño era más que un simple bebé. Sus ojos veían demasiado, y si este era el plan con el que estaba de acuerdo, entonces Alexios tenía que asumir que era el plan correcto para ambos.

—Muy bien —dijo—. Entonces, eso es lo que haremos.

El sonido ahogado salió de Euríale esta vez, justo antes de estallar en carcajadas.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Disculpa? Esa es una búsqueda imposible y no eres un héroe, Alexios. Eres un herrero.

—A veces los héroes vienen de los lugares más improbables. —Les dio a ambas un asentimiento con firmeza y añadió—: Además, no me interesa en ser un héroe. Quiero venganza por lo que le pasó a Medusa, y quiero que Atenea me asegure que su sacerdotisa será atendida en el más allá. Necesita enmendar todo lo que ha hecho.

—¿Qué ha hecho Atenea? —exclamó Euríale—. ¿En serio estás pensando en subir al Monte Olimpo para regañar a la Diosa de la Guerra?

Supuso que esa era una forma de verlo. Alguien tenía que hacerlo, porque Atenea estaba jugando en ambos lados de los héroes y los monstruos. No podía pretender ayudar a una persona y luego ayudar al lado opuesto.

Perseo podría haber ido tras cualquier monstruo. Podría haber luchado contra mil criaturas en este mundo. Todo lo que Atenea tenía que hacer era susurrar al oído de Polidectes que otras criaturas eran más impresionantes que la Gorgona.

No había razón para que Medusa tuviera que morir para que un héroe deje su huella en el mundo. Que no sea para el entretenimiento de una diosa que se preocupaba poco por nadie más que sí.

Acurrucó a Crisaor en sus brazos un poco más fuerte, luego sonrió a sus mejillas regordetas.

—Sí, supongo que eso es lo que estoy planeando.

—Es una idea tonta. —Esteno cuadró los hombros y cruzó los brazos sobre el pecho—. Atenea te derribará si incluso llegas a la cima del Olimpo. Solo porque hayas estado cuidando a un niño no significa que seas el padre de todos, Alexios. No puedes regañar a una diosa y esperar que siga siendo amable.

—Sí, creo que puedo. —Se echó el bebé al hombro y comenzó hacia la pequeña cueva donde había dejado sus mínimas cosas—. Creo que la única manera de que alguien llame la atención de Atenea sería de alguna manera extraña. ¿Alguna vez ha tenido que enfrentarse a la ira de un mortal? No. Todos le tienen miedo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No tienes que hacer esto. Puedes quedarte con nosotros y con Crisaor. Todo lo que tienes que hacer es decir la palabra y te daremos la bienvenida a esta vida. Alexios, aquí es seguro. Mucho más seguro que el resto del mundo.

—¿Seguro? —Metió una placa para el antebrazo en su bolsa con un poco de agresividad—. Medusa no estaría de acuerdo contigo.

—Era una anomalía. Sin ella, mi hermana y yo solo somos monstruos normales de los que nadie se preocupa. —Se deslizó más cerca, con la voz tan baja que casi no pudo oírla—. Podrías quedarte aquí.

—Podría. Pero no sería la opción correcta. —Señaló a Crisaor—. Ni para mí, ni para él.

—¿Para él? —Esteno apareció detrás de su hermana—. ¿Quieres llevarte al niño contigo? No puedes hacer eso, Alexios. Los peligros ahí afuera son diez veces mayores para él. Podrías sobrevivir al reino de los mortales si volvieras a él, pero echarían un vistazo a ese bebé dorado y sabrían exactamente lo que es.

No le importaba lo que tuvieran que decir las Gorgonas. Terminó de empacar, la colocó encima de la cama, y entonces se volvió para mirarlas fijamente.

—Quieren que sea un dios bueno, ¿no? ¿El tipo de dios que renuncia a los que se sientan en tronos falsos en el Olimpo?

Ambas permanecieron en silencio.

—Entonces, ¿su opción sería dejarlo aquí, debajo de los mismos dioses en los que no quieren que se convierta? —Negó con la cabeza—. No. Se viene conmigo, como Medusa habría querido. Estará mejor viviendo en el mundo donde pueda ver a los mortales y aprender a apreciarlos.

Ninguna de las dos hermanas pareció capaz de responder. Lo miraron con el corazón en los ojos, viendo cómo se inclinaba y tocaba con el dedo la mejilla del bebé.

No podían discutir con él. Tampoco podían quedarse con el bebé por su cuenta. Todos los adultos de la habitación sabían que la vida que ellas le darían sería en una cueva, solo, sin ninguna compañía humana, y con la amenaza constante de que alguien quisiera matarlas a ellas o a él.

Esteno suspiró y se llevó una mano a la frente.

Podía darles más tiempo. Debería hacerlo.

Así que, asintió.

—Entonces, otro mes. Lo veremos crecer juntos y luego cazaré a Atenea.

—Y nos aseguraremos que estés listo —prometió Esteno—. Gracias por darnos un poco más de tiempo con nuestro querido sobrino.

No creía que un poco más de tiempo sería suficiente. Y una fuerza se asentó en sus hombros, instándole a que se apresurara en el tiempo.

Medusa aún lo necesitaba. Podía sentirlo.

MEDUSA

EMMA HAMM

33

Sus despedidas fueron horribles, aunque debería haber adivinado que sería difícil dejar a las Gorgonas. Una parte de él aún las equiparaba con Medusa, y despedirse de sus formas serpenteantes fue como si estuviera perdiendo otra vez a Medusa.

Sin embargo, sabía que tenía que hacerlo. Solo había una manera de seguir este camino.

Se ajustó las correas de la mochila y miró hacia la montaña donde vivían los dioses. *El Monte Olimpo*. Nunca en su vida pensó que intentaría escalar la montaña monolítica.

Aunque, cuando se paró al pie de la montaña antes de comenzar la escalada, no pareció tan alta. Le llevaría casi todo el día llegar a la cima, pero podía verla desde su posición.

229

Alexios frunció el ceño.

—Bueno, eso es diferente a lo que dicen los mitos —murmuró.

Todo el mundo decía que el Monte Olimpo estaba cubierto de nubes en la cima. Esos remolinos de niebla ocultaban la vista de los dioses a los ojos de los mortales. Se suponía que nadie debía subir a la cima, porque seguramente los dioses los castigarían por intentarlo.

Pero Alexios ya llevaba una hora subiendo y ningún dios lo había detenido. De hecho, dudaba en creer que los dioses se dieran cuenta que estaba allí.

Crisaor parloteaba en forma de bebé en su espalda. Al niño le encantaba estar en el sol. Su piel resplandecía como el metal y buscaba alcanzar los rayos cada vez que se movían. Era una cosa encantadora de ver, pero también lo dejó aún más preocupado por llevar al bebé de vuelta al mundo real con él.

MEDUSA

EMMA HAMM

a la luz de la mañana, rebosantes de ambrosía y néctar. Vio innumerables dioses y diosas observándolo con expresiones desconcertadas hasta que todo volvió a desaparecer.

Una mujer estaba de pie donde él había estado mirando. Su armadura dorada cubría su cuerpo como si hubiera sido derramada sobre su torso. El yelmo de su cabeza estaba perfectamente ajustado con un brillante penacho de plumas en la parte superior. Un búho se posaba en su hombro, y sostenía una lanza de oro en su mano.

—Atenea —dijo, mientras asentía en su dirección.

—Eres muy persistente.

—Eso me han dicho. —Cambió al bebé a su otra rodilla y rebotó de nuevo. La risa de Crisaor superó el sonido de su gruñido desaprobador—. Eres una diosa difícil de localizar.

—Soy una mujer muy ocupada. —Atenea miró al niño—. ¿Por qué tienes tus manos en un dios?

—Porque es el hijo de la mujer que amaba, pero no es por eso que estoy aquí. — Aunque, en parte, lo era. Quería alardear su error en su cara. Aunque puede haber matado a Medusa, había olvidado que rara vez un corte así queda limpio—. Ayudaste a Perseo a convertirse en un héroe, y estoy seguro que ha tenido éxito con tu ayuda. Pero, ¿alguna vez consideraste a las personas que dañaría en el camino?

Sus hermosas cejas se fruncieron, y entonces vio la comprensión reflejándose en su rostro.

—¿Este es el hijo de Medusa?

—Este es el hijo de tu sacerdotisa más devota. La que permitiste que sea violada en el suelo de tu templo y luego castigaste al convertirla en un monstruo. Estaba embarazada de gemelos cuando llevaste a tu héroe a su puerta. —Sostenía al niño con demasiada fuerza. Alexios se obligó a soltar el agarre castigador y ser más gentil con el hijo de Medusa—. Le diste al héroe todas las herramientas que necesitaba para matar a una mujer irremediamente dedicada a ti. Quiero saber por qué.

La expresión de Atenea siguió siendo fría y calculadora. Escuchó cada palabra que dijo, pero luego respondió:

MEDUSA

EMMA HAMM

—Entonces, ¿es el hijo de Poseidón?

¿No había escuchado nada de lo que había dicho?

—Sí —gruñó—. Este es el hijo de Poseidón con Medusa. La mujer que yo amo.

Atenea extendió una mano.

—Dame el niño, mortal. Pertenece con los suyos. No contigo.

—No lo haré.

—Podemos quitarte el bebé, Alexios. Estuve allí cuando viajaste con Perseo, sé que no eres apto para la vida que requiere un dios. Entrégalo.

Entrégalo.

¿Ni siquiera veía a Crisaor como el niño que era? ¿Todo lo que podía decir era que lo “entregue”?

Alexios apenas se dio cuenta que se movía. Colocó al pequeño suavemente en la piedra junto a él, asegurándose que el bebé estuviera bien equilibrado. Acarició al niño en la cabeza.

Después, buscó en su mochila con un movimiento gentil y sacó una espada dorada. Brilló a la luz del sol, el arco tan rápido que apenas se vio moverse hasta que la punta se apoyó en la base del cuello de Atenea.

Su boca se torció en un gruñido furioso.

—Pon una sola mano en su cabeza, Atenea, y no me importará que seas una diosa. Quitaré la mano y todo lo que lo toque.

Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró de arriba abajo.

—Tienes más valentía que la mayoría, lo admito.

—No estoy aquí por él. Crisaor se queda conmigo, como su madre habría querido.

—La ira creció en su pecho hasta que fue otro ser por completo—. Ya has hecho bastante daño a su madre.

—¿Lo he hecho? ¿Qué daño le he causado a mi sacerdotisa aparte de darle el poder de protegerse a sí misma? —La mano de Atenea se flexionó sobre el bastón que tenía en la mano—. La convertí en un monstruo que solo los héroes se atreverían a cazar. Y cuando uno se acercó, dependió de su propio poder para protegerse. Fracasó.

MEDUSA

EMMA HAMM

Abrió la boca y dejó que sus palabras vuelen como flechas.

—Permitiste que tu tío la viole. Permitiste que un héroe le quite la vida y use su cabeza como moneda de cambio. Y ahora, ¿quieres dar lo único que queda de su alma al hombre que la profanó y comenzó todo este proceso? Quieres dar un niño a un hombre que ve a una sacerdotisa e inmediatamente la clava en el suelo. Ese es el daño del que hablo, Diosa de la Guerra.

Aunque su espada no vaciló, su vista sí lo hizo. Alexios estaba mareado por el poco aire de la montaña y las emociones corriendo a través de su corazón. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, y dos se derramaron por cada mejilla.

Sacudió la cabeza negando que la diosa pudiera ser tan cruel.

—Renunció a todo para servirte —gruñó—. Y todo lo que hiciste fue causarle dolor.

—Esa nunca fue mi intención.

—Entonces, ¡ demuéstalo! —Su grito resonó en la cima de la montaña como si estuviera en los salones dorados del Monte Olimpo—. Haz algo más que exigir los derechos de un niño sobre el que no tienes poder. Haz algo más que decirme que me vaya de esta montaña porque soy mortal. Malditos sean todos, soy el único aquí con un sentido del deber o del orgullo. La verdadera naturaleza de tu ser es asquerosa y repugnante, Atenea. Exijo una retribución por el alma de la mujer que amo.

234

Crisaor aulló y su grito llamó a algo profundo dentro de Alexios. Dejó caer su espada inmediatamente, volviendo junto al niño sin vacilar. Levantó al bebé dorado contra su corazón y presionó la cabeza del niño contra su hombro.

Saldrían juntos adelante. Seguramente incluso este niño dios sabía que Alexios moriría antes de permitir que estos Olímpicos toquen a su muchacho.

Tal vez era por eso que el bebé lloraba.

Atenea soltó el agarre de su bastón. Los observó a los dos con una expresión calculadora antes de suspirar una vez más.

—Bien. Quédate con el niño si lo deseas, pero solo te traerá dificultades. En cuanto al alma de Medusa, no puedo hacer nada por ti. Sin las monedas en sus ojos y sin un entierro apropiado, vagará por la eternidad en el Inframundo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿No harás nada para ayudar? —La miró incrédulo—. ¿He oído bien tus palabras? Después de todos los problemas que has causado, todo el dolor y la angustia, ¿no harás nada?

—¿Qué quieres que haga, mortal? —La voz de Atenea se quebró como un trueno en el horizonte—. No puedo ir a Hades y recoger su alma. No puedo traerla de vuelta a la vida, ni habría cambiado mis decisiones. Perseo tiene un papel más importante que una sacerdotisa sin nombre en uno de mis muchos templos.

—¿Sin nombre? —Su corazón gritó y su voz se alzó con ira—. ¡Su nombre era Medusa!

Su grito de indignación quedó suspendido entre ellos. Un desafío para que ella acepte o niegue.

Otra diosa apareció detrás de ella. Esta estaba cubierta de tela negra de la cabeza a los pies, su cabello castaño oscuro cayendo sobre sus hombros en ondas suaves.

—Este es diferente a los demás mortales, Atenea. Quizás podría tener una sugerencia.

235

—Perséfone, no te metas en esto.

Entonces, esta era la esposa de Hades. Tal vez después de todo había esperanza.

Alexios enderezó sus hombros y giró a Crisaor para mirar a las dos mujeres.

—Digan su precio, diosas. Lo pagaré con gusto.

Perséfone le sonrió.

—No lo dudo. Tampoco puedo llevar su alma al otro lado del río Estigia. Pero si pudieras recoger su cabeza y devolverla al Olimpo, tal vez podríamos darle el entierro que se merece. Si tienes éxito en recuperar la cabeza de Perseo, entonces, escoltaré su alma personalmente a los Campos Elíseos.

Sus rodillas casi ceden.

Podía hacerlo. Sin importar cuántos años le llevara convencer al héroe. Podía recuperar la cabeza y la devolvería al Monte Olimpo.

Alexios podía salvarla.

—Sí —graznó—. Acepto ese trato.

Creía en su corazón que el amor podía conquistar incluso la mayor de las pruebas. Junto con el hijo de Medusa, desafiaría el mismísimo desierto del mundo para traer la paz a su alma.

MEDUSA

EMMA HAMM



34

Bajó de la montaña con un corazón pesado y la certeza de que había tenido razón. Medusa no podía ser enterrada sin su cabeza. Su alma vagaría eternamente si no hacía algo, y él era la única persona que podía hacer algo.

Esteno y Euríale no podían salir al mundo y exigir la cabeza de su hermana. Sin importar lo talentosas que fueran en la batalla, mil hombres cazando monstruos las atraparían. Y entonces su destino se convertiría también en vagar sin rumbo.

Se negaba a permitir que eso les ocurra a las que habían cuidado de Medusa.

Metiendo las manos por debajo de las correas de sus hombros, intentó aliviar parte del peso del niño. Cris le balbuceaba al oído, sus brazos regordetes saludaban a un pájaro que había levantado el vuelo.

237

El niño parecía mucho más curioso y consciente que cualquier otro bebé que hubiera conocido antes. Y aunque Atenea parecía estar convencida que sería como su padre y, por lo tanto, como los Olímpicos, Alexios ya percibía algo diferente en su muchacho.

Crisaor veía el mundo con los ojos totalmente abiertos y apreciaba de verdad la belleza que los rodeaba. Veía a los pájaros en el cielo, a las flores en el suelo, y escuchaba el sonido del agua goteando con mucho fervor en su mirada. Alexios se preguntó qué significaba eso.

Pero sabía con certeza que el niño no era como los demás.

Ajustando la correa, se detuvo en una saliente y echó un vistazo hacia las cuevas donde vivían las Gorgonas. Podía volver allí. Podía depositar al niño para que al menos estuviera a salvo mientras Alexios galopaba por las afueras esperando encontrar a Perseo. El maldito héroe lo había dejado sin la más mínima pista de dónde podría ir.

Y sin embargo, no se sentía bien dejando a Cris.

MEDUSA

EMMA HAMM

Las palabras de Atenea ardían en su mente. Que no iba a ser seguro para el niño cuando los mortales le echaran un vistazo y supieran que el bebé no era humano.

Alexios no estaba tan desilusionado con los suyos. Sabía lo que la gente diría cuando viera al niño, y que algunos de ellos estarían dispuestos a hacerle daño solo para ver qué harían los dioses.

No obstante, se alejó de las cuevas y comenzó a bajar hacia el puerto donde había visto un barco antiguo. Tendría tiempo para reflexionar sobre su plan. Más tiempo del que cualquiera de ellos quería en realidad, teniendo en cuenta que el barco tenía un aspecto muy deteriorado.

Tardó otro día más en llegar a la costa donde las olas estrellándose habían hecho un agujero en su barco. Pero aparte de eso, la nave aún estaba en buena forma. Sorprendentemente. No había pensado que el barco se vería tan bien, pero las tablas no estaban podridas y las velas eran robustas y fuertes.

Se quitó la mochila y estiró los músculos de los hombros y espalda.

—Aquí estamos, pequeño —murmuró—. Tenemos mucho trabajo por delante. Pero juntos, vamos a navegar hacia el atardecer. Recuerda mis palabras.

238

Alexios pasó el día siguiente revisando el barco. Pasó las manos por los costados, asegurándose que todos los posibles puntos de fuga siguieran llenos de brea y resina endurecida. Dictis le había enseñado bien en el año que había pasado bajo la tutela del maestro de barcos.

Deseó que el viejo estuviera ahora aquí con él. Alexios se cuestionó en todo momento. Había reparado antes barcos, pero nunca uno con un agujero del tamaño de un hombre en su costado.

Acariciando el costado del barco herido, murmuró:

—Ojalá estuvieras aquí para ver esto, Dictis. Habrías dicho que parece que un monstruo marino ha mordido el barco. Y probablemente me habrías dicho que estaba siendo un insensato por perseguir a una mujer tan lejos.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No. No creo que importe si algún hilo no hubiera llevado a nuestro matrimonio. Ese niño es mi hijo, mucho más de lo que es de Poseidón. —La mera idea hizo que sus mejillas enrojecieran de ira y apretó las manos en sus costados—. Ahora se lo pido nuevamente, Perséfone. Por favor, bájelo.

La diosa le tendió al niño y se abalanzó sobre él rápidamente. Crisaor dejó de quejarse una vez que estuvo en brazos de Alexios, incluso balanceándose sobre el hombro de este para mirar a la diosa.

Ella levantó las manos en señal de sumisión.

—Entiendo que hay un vínculo entre ustedes dos. Me sorprendería que no lo hubiera. Todo lo que quería era confirmar que mis sospechas fueran correctas y cuidarías bien del niño. Verás, los mortales tienden a mentir, especialmente para conseguir algo que quieren.

No comprendía. ¿Por qué a Perséfone le importaba si mentía o no?

Alexios miró a Cris, y luego de vuelta a la diosa.

—¿Por qué le importaría?

—Jugué mi honor por ti en el Monte Olimpo, y eso no les gusta mucho. —Jugó con el dobladillo de sus peplos—. Aún no me ven como una diosa de verdad, aunque esté casada con Hades. Esta es la primera vez que he dicho algo delante de ellos. Como puedes imaginar, sería bastante desastroso si mi instinto sobre ti estuviera equivocado.

—¿Y cuál era ese instinto?

Agitó una mano en el aire y toda la madera a la deriva rodeándolos se puso en su sitio. Con solo un movimiento, había montado una bonita zona para sentarse y una hoguera que se apilaba ordenadamente en el centro. Perséfone chasqueó los dedos y unas llamas azules cobraron vida.

—Creo que eres un hombre bueno que ama de verdad a una mujer que nunca debe haber estado involucrada en nada de esto. Tu historia es desgarradora, Alexios.

No buscaba compasión. Estaba buscando ayuda.

MEDUSA

EMMA HAMM

Pero para conseguir esa ayuda, suponía que tendría que hablar con esa diosa que tenía el mundo de los muertos en la punta de sus dedos. Si iba a hacerse amigo de alguno de los dioses, era la mejor para llamar la atención.

Tomó su bebé y se sentó en el tronco opuesto al de ella. La observó a través de las llamas danzantes mientras su expresión se suavizaba cada vez que miraba a Crisaor.

—Quieres tener tu propio hijo —dijo.

—Sí, algún día. Pero por ahora, hay mucho trabajo que hacer en el Inframundo. — De nuevo, jugueteó con el dobladillo de su túnica—. Supongo que es bastante obvio que tengo debilidad por los niños que han perdido a sus padres.

Acomodó a Cris en el hueco de su brazo y le dio una concha marina para que juegue con ella. Cris emitió un sonido de arrullo sorprendido, girando la frágil concha suavemente en sus manos a medida que inspeccionaba las ondas del exterior.

—Sí —respondió—. Veo que te gustan los niños. Pero lo que aún no entiendo es por qué insistes en ayudarnos.

Perséfone volvió a suspirar y se quedó mirando las llamas azules.

—Conocí a Medusa en el Inframundo. Tiene un alma encantadora.

¿Había visto a Medusa? El estómago se le salió del pecho y desapareció en algún lugar del suelo. O tal vez solo se hundió en el reino de los mortales con la esperanza de encontrarla en el Inframundo.

Apretó su mano libre contra su corazón dolido y trató de calmar las emociones en su pecho. Podía hacerlo. Ya habían dado los pasos para recuperarla, pero ¿oír que alguien la había visto?

Casi le hace perder la cabeza.

Despejando su garganta, agitó la mano en el aire para que ella continúe.

—Odio pensar en ella vagando sin un entierro adecuado. Es...

—Duele —terminó Perséfone por él—. Puedo ver que te duele.

Más de lo que podría saber. No podía expresar con palabras cómo le latía el corazón al pensar en Medusa, sola en el frío, preguntándose si alguna vez sería capaz de buscar su propio alivio.

MEDUSA
EMMA HAMM

Perséfone se inclinó hacia delante, casi dentro del propio fuego.

—Ahí está —susurró—. Esa es la razón por la que te ayudé. El amor que sientes por ella irradia de ti cuando temes por su seguridad o felicidad. Puedo ver cómo se desprende de tu cuerpo, Alexios. Es un escudo a tu alrededor que muchos de los dioses probablemente no podrían reconocer.

—Pero ¿tú puedes?

—Aquellos que aman con todo su espíritu pueden ver la misma emoción en los demás. —Sonrió, y la expresión fue suave. Encantadora. Demasiado alentadora para una diosa de la muerte.

Le dolió el corazón. No sabía por qué, ya que no sentía que Medusa fuera la única razón por la que le doliera. Ahora, se preguntó si era Perséfone la que provocaba el dolor.

Cris dejó caer la concha marina una vez más en la mano de Alexios. Balbuceó algo en su lenguaje infantil y luego se estiró para apoyar su palma contra la mejilla de Alexios.

Miró al niño con una delgada risa acuosa.

—Ahora lo tengo —dijo, con una áspera voz profunda—. Mi hijo, que importa más que la vida misma.

—Como debería. Y por eso te estoy ayudando. Aunque la mujer que amas esté muerta, estás dispuesto a ir más allá de lo que cualquier otro habría hecho por ella. Tomarás a su hijo como propio. Irás hasta los confines de la tierra para que su alma sea enterrada como es debido. —Perséfone se levantó y se quitó el polvo del trasero—. Hay más cosas en la vida que el poder y la gloria, a diferencia de lo que parecen pensar los Olímpicos. Quiero ver a la gente como tú feliz. No a los héroes.

—¿Por qué?

Hizo una pausa y se encontró con su mirada con una expresión triste.

—Veo héroes todos los días en los Campos Elíseos. Su sed de honor nunca se detiene, ni siquiera en la muerte. No saben cómo ser felices, Alexios. Y creo que, con la oportunidad adecuada, podrías aprender a ser feliz.

Desapareció de la vista, y dejó una cesta llena de comida a su paso. Era suficiente para mantener a Alexios y Crisaor con vida durante bastante tiempo.

243

MEDUSA

EMMA HAMM

—Entonces, no perdamos tiempo.

Alexios se apresuró a recoger sus cosas. Se aseguró de llevar la cesta que Perséfone le había regalado, porque siempre parecía estar llena de comida por mucho que comieran. Siempre estaba lista con más suministros cuando lo necesitaban.

Una vez que todo estuvo guardado en el barco, puso las manos en la cadera y asintió.

—¿Listo?

Crisaor trepó por el borde de la pequeña nave y se arrastró por su cuenta a la cubierta. Luego imitó la postura de Alexios y respondió:

—Listo.

Amaba a su muchacho. Más de lo que jamás podría decir.

Navegaron juntos por los océanos y le señaló todo lo que Dictis le había enseñado al pequeño niño que siguió creciendo cada día. Alexios saboreó los momentos en los que podía señalar las ballenas al niño dios que amaba ver cosas nuevas. Pescó con el muchacho cuando tuvieron que hacerlo, pero sobre todo navegaron y vieron pasar las nubes sobre el horizonte.

245

Solo tardaron unas semanas en llegar a la primera ciudad portuaria que Alexios sabía cómo encontrar. La capital bulliciosa de Argos ya estaba llena de barcos y cientos de personas charlando en los muelles.

Crisaor señaló inmediatamente a toda la gente y dijo:

—No sabía que hubiera tantos humanos en el mundo.

—Esto solo es un pequeño número de ellos. —Alexios recogió las velas, pero entonces se inclinó y apoyó su mano en el hombro de Crisaor—. Sé que puede ser abrumador.

—¿Me llevarás?

Alexios quiso echar un manto sobre la cabeza del niño para que nadie pudiera verlo en absoluto. Pero sabía que eso no arreglaría nada. Cris necesitaba estar en la multitud. Necesitaba experimentar lo que era estar rodeado de tanta gente, y entonces podría valerse por sí mismo con seguridad.

MEDUSA

EMMA HAMM

Así que, no iba a cubrir al niño de los ojos de nadie. Ninguno de los dos tenía nada de qué avergonzarse.

—Por supuesto que te llevaré. —Se inclinó justo cuando cuatro hombres llegaron para ayudar a atracar su pequeño barco.

Alexios tomó al niño en brazos, recogió su paquete de cosas y luego le dio la pequeña cesta de comida a Cris para que la sujete. Se bajó del barco con confianza y se resignó a las miradas en el muelle.

Sucederían. Pero nadie tocaría a su hijo. No cuando su padre llevaba una espada en la espalda tan afilada que ni siquiera el sol podría encontrar su filo.

Algunas personas se quedaron mirando. Por supuesto que lo harían cuando el niño era como una estatua en los brazos de este hombre excesivamente grande. Pero la mayoría de la gente fue acogedora sorprendentemente cuando se trató de la extrañeza de Alexios y su hijo.

Avanzó entre la multitud con pocas quejas. Cris se aferró a su hombro con una mano y enterró su cara en el cuello de Alexios durante un rato largo hasta que se sintió un poco más cómodo con todas las vistas y sonidos. Entonces, fue capaz de ver el mundo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando un puesto cercano.

—Son diferentes tipos de fruta de todo el mundo —respondió Alexios. Se detuvo junto al puesto y señaló una granada—. Es el símbolo de Perséfone.

—Vaya —susurró Crisaor—. Es simplemente hermosa como ella.

Supuso que la mayoría de las frutas podían considerarse hermosas si alguien las miraba de cerca. Sonrió y empujó al niño en sus brazos.

—Crees que todo es hermoso.

—La mayoría de las cosas lo son. —Crisaor siguió mirando a su alrededor con ojos muy abiertos y curiosos.

Alexios disfrutó mostrándole el reino de los mortales y explicándole todas las cosas que confundieron al pequeño. La ropa colgada en las ventanas. El aroma del trigo en el aire. Por qué había tantos peces en el suelo cuando deberían estar en el agua.

MEDUSA

EMMA HAMM

Y aunque mucha gente los miró con extrañeza, nadie preguntó por Crisaor. Nadie los atacó. De hecho, nadie pareció inmutarse.

Debería haber sido suficiente indicio de que algo extraño había ocurrido en Argos. Pero estaba tan enfrascado en mostrarle el mundo a su hijo, que apenas se dio cuenta hasta que llegaron a la posada pequeña donde estaba seguro que podría pagar una habitación.

La taberna había visto días mejores. Las paredes de madera estaban un poco desgastadas, y las persianas de las ventanas estaban llenas de polillas. Los hombres del interior fueron tal vez un poco toscos, pero se veían limpios.

Alexios se había alojado en lugares peores. Crisaor no sabría que había lugares mejores para ellos, así que no le importó pagar un poco menos por una habitación que estuviera lo suficientemente limpia para los dos.

De todos modos, el niño estaba agotado. Cris hacía tiempo que había apoyado su mejilla en el hombro de Alexios, con los ojos apenas abiertos mientras intentaba observar cada detalle nuevo. Su mente estaba cansada al igual que su cuerpo. Y necesitaba descansar.

Alexios pagó al posadero y se dirigió a la habitación trasera que habían alquilado. Era pequeña, con una sola cama, pero serviría para pasar la noche.

Dejó al niño en la cama y le dio un beso en la frente.

—Tengo que ir a hablar con el posadero, hijo mío. Quédate aquí y descansa.

—Buenas noches, papá —susurró Crisaor.

El pequeño se dio la vuelta y soltó un suspiro de cansancio. Alexios tenía el presentimiento de que el pequeño se dormiría mucho antes de que cerrara la puerta. Al menos eso lo mantendría tranquilo hasta que Alexios averiguara cuál era su siguiente paso.

Salió en silencio de la habitación, cerró la puerta tras de sí y respiró aliviado.

—Es difícil conseguir que se duerman, ¿verdad? —preguntó una voz femenina.

Se giró con un dedo presionado contra los labios.

—Sí, lo es. Acaba de cerrar los ojos, es bastante curioso y definitivamente saldrá por esa puerta para ver quién está hablando conmigo.

MEDUSA

EMMA HAMM

La mujer que estaba detrás de él era bastante bonita. Su largo cabello oscuro era absolutamente liso, una cascada de oscuridad que estaba perfectamente cepillada. Su himación caía sobre hombro, revelando la piel lisa que había visto el sol durante muchos años. Para muchos hombres, podría haberlos tentado en el acto.

Alexios no era tan inocente como para no saber lo que quería. Esta no era la clase de posada para una mujer. Y mucho menos sin su esposo o hermano vigilándola.

Ella se apoyó en la pared.

—Es difícil ser padre solo. ¿Dónde está tu mujer?

—No tengo.

—Entonces, eso será mucho más fácil. No me importaría mantener una compañía paterna en lugar de la mayoría de los hombres ahí dentro. —Apuntó un pulgar sobre su hombro—. Solo pido un par de monedas.

Alexios quiso pasarse una mano por la cara y mandarla de paseo. Sin embargo, probablemente acabaría con otro hombre demasiado brusco y que no se preocupara en absoluto por su bienestar, y eso le dolió en el corazón.

248

Podía ver que no era una mujer joven ni mucho menos. Había llevado una vida dura, y los años la habían desgastado más que a la mayoría. Quizás no por la profesión que ejercía, sino por el tipo de gente con la que se había rodeado. Nunca lo sabría.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algunas de las monedas que le quedaban. No eran muchas, pero la caverna había estado llena con suficiente como para compartir con una mujer como esta.

—Pagaré tu tiempo con gusto —respondió—. Pero no estoy buscando ese tipo de entretenimiento.

Ella frunció el ceño.

—No hago nada más, amor. No estoy segura de lo que tienes en mente, pero...

—Necesito información —la interrumpió—. Estoy buscando a alguien. Un héroe que podría haber pasado por aquí. Como ya he dicho. Estoy dispuesto a pagar por tu tiempo si me dices lo que sabes de él.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Un héroe? —Sacudió la cabeza con incredulidad, pero se volvió hacia la cocina de la posada—. Parece una petición extraña, pero estoy dispuesta a seguir el juego si es lo que quieres. La mayoría de la gente quiere algo más que una conversación, eso es todo.

Eso era lo suficientemente bueno para él.

Se sentaron juntos a una mesa y él pidió bebidas para ambos. La mujer lo observó todo el tiempo antes de preguntar:

—Entonces, ¿a quién buscas?

—Se llama Perseo, hijo de Zeus. —Alexios tomó la cerveza ofrecida y observó cómo los labios de la mujer se curvaron en una sonrisa—. Supongo que lo conoces.

—Todo el mundo conoce a Perseo. No es frecuente ver a un héroe en estas tierras. —Tomó un sorbo largo de su propia cerveza antes de dejar caer la jarra pesada sobre la mesa—. ¿Oíste que mató a la Gorgona, Medusa? Empuña su cabeza monstruosa, junto con la propia espada de Zeus. El héroe es imposible de vencer, aunque nadie lo ha intentado.

Entonces, lo había logrado. Y en lugar de ser el hombre bueno que una vez alcanzó su objetivo, Perseo se había convertido en un monstruo aún más.

249

Alexios no podía decir que estaba sorprendido.

—¿Dónde está ahora?

—Lo último que supe, es que estaba en Etiopía. Estaba volando por el aire en su caballo alado cuando llegó al reino. Verás, Poseidón los estaba atacando. La reina afirmaba que su hija Andrómeda era igual en belleza a las Nereidas. Y Poseidón odia cuando alguien afirma ser más bello que sus propias hijas.

Etiopía. Alexios solo había oído hablar del lugar en las leyendas, y la gente lo visitaba rara vez. Estaba gobernada por el rey Cefeo y la reina Casiopea, si recordaba correctamente.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—La historia clama que Poseidón envió una serpiente de mar horrible, Ceto, para matar a su hija. Se supone que debían colgarla desnuda en una roca para que la bestia se la coma. Perseo mató al monstruo con la cabeza de la Gorgona, y luego reclamó a la princesa en matrimonio.

250

MEDUSA

EMMA HAMM

36

Alexios encontró viajar con Crisaor aún más fácil de lo que había pensado. Al cabo de un mes de viaje, le acompañaba un niño de cinco años, aunque el niño tuviera menos de un año.

Caminaba solo, dando zancadas junto a Alexios durante horas y horas sin una sola queja. Nunca había visto a un niño que pudiera hacer lo que este niño dorado hacía. Y sin embargo, era posible.

El hijo de Poseidón era fuerte. Quizás más fuerte que la mayoría de los semidioses. Alexios solo tenía su experiencia con Perseo para guiarse, y ese joven había actuado como si fuera mortal. Aparte de mostrar su fuerza en algunas ocasiones, Perseo había parecido exactamente igual a Alexios.

Crisaor no lo era.

Cuanto más se acercaron a Etiopía, más se dio cuenta Alexios que este niño destacaría como un pulgar adolorido. Crisaor se movía con una velocidad anormal. Sus ojos veían a través de una persona como si estuviera mirando directamente en sus almas inmortales. Y su piel dorada nunca se atenuó.

—¿Padre? —preguntó Crisaor, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Me hablarás de madre?

Habían adquirido el hábito de hablar de Medusa. Todas las tardes, cuando el sol estaba en su punto álgido, Crisaor preguntaría detalles sobre la mujer que nunca había conocido. A veces las preguntas eran muy específicas, otras veces, solo quería escuchar una historia sobre ella cuando era una niña.

251

MEDUSA

EMMA HAMM

Alexios nunca rehuyó la conversación. Y cuanto más habló de ella, más disfrutó de los recuerdos. El escozor de la angustia desaparecía hasta que podía recordar la felicidad que ella le había proporcionado, aunque esa felicidad fuera agridulce estos días.

—¿Qué te gustaría saber hoy? —preguntó.

—¿Cuándo supiste que estabas enamorado de ella por primera vez?

Dioses, qué pregunta.

Alexios se tomó su tiempo para pensar en la respuesta. Había muchos recuerdos y pensamientos potenciales. Había estado enamorado de ella toda su vida, entonces, ¿cómo responder a un momento cuando había miles que le recordaban su amor?

Al final, se decidió por la historia que más significaba para él. El primer momento de su vida en el que alguien lo vio como algo más que el hijo feo del herrero.

—La primera vez que supe que amaba a tu madre fue cuando me detuvo en el mercado. Era unos años mayor que ella, aún no había cumplido los diez años. Los otros chicos del pueblo eran crueles con mi aspecto y con el hecho de que siempre tenía las mejillas manchadas de tierra por trabajar con mi padre. Pero ella se negó a dejarme pasar, me ofreció el borde de su chitón, y me limpió la tierra de la cara. —Se llevó una mano a la misma mandíbula y se rio—. Se ensució tanto el borde de su ropa. Su madre la regañó durante días.

Los ojos de Crisaor se abrieron de par en par con amor y dejó escapar un largo suspiro feliz.

—Entonces, era amable, como tú.

—Oh, sí. Tu madre siempre veía lo bueno de la gente. Incluso en aquellos que no lo merecían. —Enfocó su mirada hacia el horizonte, donde la ciudad de Etiopía había aparecido como por arte de magia—. Incluso en su muerte, solo quiso asegurarse que tuvieras una vida buena. Vio venir su final.

El chico respondió con un tono duro.

—El fin que trajo el hijo de Zeus.

Cada fibra en Alexios quiso empujar a Crisaor hacia la violencia. Quiso enviar a su hijo en una búsqueda de venganza que lo llevaría hasta la puerta de Perseo. El hijo de Zeus

MEDUSA

EMMA HAMM

podría ser capaz de derrotar a un mortal normal, pero dudaba que Perseo tuviera oportunidad contra el hijo de Poseidón.

Excepto que, eso no era lo que habría querido Medusa.

Quizás, en los últimos meses de su vida, podría haber sido un poco más feroz de lo que recordaba. Pero aún seguía siendo esa chica que no había tenido miedo de un extraño. Lo había ayudado, como quiso ayudar a todos los demás en su vida. Sin importar que los dioses hubieran apagado ese brillo de esperanza.

Este chico no se convertiría en el monstruo en el que otros héroes se habían convertido. Crisaor sería un dios bueno y amable que llevaría a su pueblo a una vida más feliz. Sin importar lo que costara.

Alexios sacudió la cabeza y dejó escapar un gruñido.

—A veces, la vida termina demasiado pronto para los que son dignos. A veces, se prolonga demasiado para los que merecen un castigo.

—Son los dioses los que deciden quién vive y quién muere —respondió el niño. El brillo dorado de su piel pareció resplandecer aún más—. Y algún día, seré un dios que decida esos destinos.

—No. —Alexios lo dejó todo y se arrodilló frente a Crisaor—. Debes evitar tomar el mismo camino que recorren todos los dioses. Miran en el corazón de los mortales y no ven nada que valga la pena salvar. Así que, se convierten en criaturas crueles y vacías que no ven ninguna razón para amar a las personas que los adoran. Ese no eres tú. Tú mirarás en los corazones de las personas malas y verás la última esperanza del bien que quede allí. Y tú serás el que los guíe hacia la luz.

Crisaor desplegó sus dientes.

—¿Y si no quiero convertirme en esa clase de dios? ¿Y si quiero castigar a los que lo merecen?

Alexios soltó un gran suspiro.

—Entonces, te unirás a las filas, justo como todos los demás dioses. Pero no serás hijo mío si caes en el camino más fácil de la vida. Estamos hechos de un material más duro,

MEDUSA

EMMA HAMM

tú y yo. El metal, el hierro y el acero no se doblan cuando un martillo los golpea por primera vez.

—Pero las espadas están hechas de metal, ¿cierto? —Crisaor lo observó como si la respuesta fuera mucho más importante que cualquier otra cosa—. El metal hace que un arma sea más poderosa.

—Por supuesto. —Alexios se levantó y recogió su mochila—. Pero una espada en sí no es un arma. Solo es una espada. Una mano debe blandir ese poder, y eso es lo que decide el destino de aquellos que los rodean. ¿Serás una mano misericordiosa? ¿O derribarás a todos los que se opongan a ti, simplemente porque puedes?

Dicho esto, continuó hacia la ciudad y esperó que las palabras se quedaran grabadas en la mente de Crisaor.

Los dioses ya eran difíciles de tratar. Llenaban el Monte Olimpo con sus ideas ridículas sobre lo que los mortales debían o no debían ser. Elegían héroes para luchar sus batallas y apostaban por la vida de miles de personas. Crisaor no necesitaba ser como ellos.

Los mortales necesitaban más dioses que se preocuparan si vivían o no. Eso era lo que quería enseñar al chico.

Y eso era lo que esperaba que hiciera una vida de aprendizaje de un herrero.

El sol estaba casi poniéndose cuando llegaron a la primera acrópolis. Era un edificio hermoso, claramente destinado al culto. Debería haber estado lleno de cientos de personas desde la ciudad, dejando su última cosecha para los dioses. Sin embargo, la plaza de piedra rodeada de pilares cuidadosamente tallados estaba vacía, salvo por una mujer.

Estaba agachada ante el pilar de piedra de un hombre con las manos levantadas, sus dedos apretados contra la boca mientras lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

No era normal ver a una mujer así. No era normal que un área como esta esté tan abandonada.

Bajó la vista y se encontró con la mirada de Crisaor, donde el pequeño parecía pensar lo mismo. Algo había sucedido aquí. Algo horrible.

Alexios dio un paso adelante, dejando que el sonido de sus pies atravesara la piedra para no asustar a la pobre mujer.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Mi señora? ¿Qué puedo hacer para ayudarla en su dolor?

Ella se estremeció, y luego se volvió para mirarlo lentamente. Sus ojos estaban enrojecidos, indicando que había estado llorando durante mucho tiempo. Señaló la figura de piedra y susurró:

—Este es mi hijo. Lloro por la vida que le han quitado.

¿Su hijo? No llevaba ropa de calidad notable, de modo que no podía imaginar que tuviera un relieve tallado en piedra de su hijo. A no ser que hubiera gastado hasta el último centavo de su fortuna para hacerlo, e incluso entonces habría sido una elección tonta. Había otras formas de recordar a un ser querido perdido.

Crisaor apoyó una mano en su pierna y susurró:

—Es la magia de madre, ¿no?

Sintió que toda la sangre se desvaneció de la cara. Con las rodillas débiles, quiso estirar la mano y equilibrarse en uno de los pilares, pero temió lo que pensaría la mujer.

Perseo había estado aquí. Había sacado la cabeza de Medusa de la alforja para poder usarla contra este hombre. Pero ¿por qué?

Se aclaró la garganta. La mujer tenía derecho a saber quién era y por qué estaba aquí.

—Estoy buscando a Perseo. Empuña la cabeza de Medusa, y temo que fue el asesino de su hijo. ¿Qué le hizo a tu hijo?

—¿Eres amigo de este héroe? —preguntó la mujer. Se puso de pie, enderezando los hombros con todo el fuego del amor de una madre en sus ojos—. No le diré nada a ningún hombre que respalde al monstruo que atacó a mi hijo con tan poco honor.

Alexios levantó las manos en un gesto de paz.

—No, mi señora. Ya no soy su amigo. Pero necesito dar caza a ese hombre porque ha robado algo muy valioso para mí.

—¿Qué será?

—El alma de la mujer que amo. —Tal vez dijo las palabras con demasiada dureza, pero el odio hacia Perseo aún ardía feroz en su pecho.

MEDUSA

EMMA HAMM

Y ahora estaba frente a la misma razón por la que el héroe había tomado la cabeza de Medusa. No porque la necesitara. No porque se hubiera apresurado a volver para salvar a su madre, sino porque, de alguna manera, acabó en Etiopía mucho antes de volver a salvar a Dánae.

La mujer que tenía ante sí respiró profundamente, y luego suspiró.

—Mi hijo se habría casado con Andrómeda. La princesa de Etiopía y la mujer más hermosa de los siete mares. Andrómeda es una amable joven gentil y no quería que esto suceda. —La mujer puso una mano en la oreja de piedra de su hijo—. Ella lo amaba, sabes. No todo el mundo tiene la suerte de tener un matrimonio por amor, pero Fineo y Andrómeda se amaban. Tanto que a veces me dolía ver la forma en que se miraban.

Él ya sabía a dónde iba esto. Alexios no estaba seguro de poder escuchar esta historia cuando su propio corazón se rompería.

Parecía que Perseo iba por todas las tierras conocidas, destruyendo cualquier cosa que quisiera. Solo para conseguir el futuro que había construido en su cabeza. Aquel que creía merecer, pero que no tenía el honor de ganarse de verdad.

—Perseo robó la novia de Fineo, ¿verdad? —preguntó Alexios.

—Más que eso. Salvó a Andrómeda de Ceto. Ese horrible monstruo marino se la habría comido viva, eso es cierto. Y Fineo no podía hacer nada para detener a la bestia. —Se limpió una sola lágrima que cayó de sus mejillas—. Pero no quería perder a la mujer que amaba. Así que, intentó luchar contra Perseo y entonces... no sé qué pasó. Me paraba detrás de ellos y vi a Perseo meter la mano en su alforja y sacar algo. Entonces, mi hijo se convirtió en piedra.

—Lo siento. —Alexios deseó poder ofrecerle más. Que podría haber sido capaz de detener al héroe antes de que tomara la cabeza de Medusa y comenzara este camino de destrucción.

O tal vez nunca haberse unido en absoluto al héroe en este viaje de locos.

Se agachó y tomó la mano de Crisaor en la suya.

—Entonces, te dejaremos con tu luto. Y le deseo a tu hijo un viaje rápido al Inframundo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Siquiera puede ir allí? —Presionó su mano contra la estatua una vez más—. ¿O mi hijo está atrapado para siempre aquí en esta imagen de piedra de lo que fue una vez?

Alexios la dejó con su luto. Hoy no se quedarían en la ciudad, no cuando sentía que había más cosas que hacer. De modo que, acampó un poco lejos de la pequeña acrópolis.

Encendió una hoguera y colocó a Crisaor junto a ella sobre un fardo de su ropa.

—Cuidado —murmuró—. Volveré enseguida. Si alguien se acerca al fuego, corre. Es lo primero que debes hacer. ¿Entendido, muchacho?

—Sí, padre.

No creía que nadie se acercaría al niño dorado, pero cosas más extrañas habían sucedido antes en su viaje.

Alexios dejó las llamas y volvió a la figura de piedra del hombre. Susurró en voz baja mientras avanzaba:

—Perséfone, Gran Diosa de la Muerte, te pido permiso para enviar el alma de este hombre al Inframundo. Fue castigado injustamente por el mismo hombre que se llevó a mi Medusa. Quiero que vaya al Inframundo, donde su alma podrá encontrar a los que ama.

Se acercó al hombre y observó la amplia mirada horrorizada de la estatua. Alexios asumía la responsabilidad de lo que había sucedido a este hombre. Si no hubiera ayudado a Perseo, el héroe podría nunca haber llegado tan lejos. Y por lo tanto, la muerte de este hombre estaba tanto sobre sus propios hombros como en los de Perseo.

—Si le das las monedas, héroe de Medusa, entonces lo guiaré al otro lado personalmente —le susurró al oído una voz ligera.

Era toda la respuesta que necesitaba.

Tomó el cuchillo pequeño de su costado y se puso a trabajar. Alexios pasó un buen rato tallando los ojos de piedra del hombre. Raspó con cuidado, como si la estatua aún podría sentir el dolor. Lenta y metódicamente, trabajó hasta que hubo espacio suficiente para encajar las dos monedas en las piedras.

—Descansa en paz —murmuró a medida que daba un paso atrás—. Deseo que tu alma encuentre a todos los que has perdido. Espera a tu esposa, Fineo. Aunque esté casada con otro, te reunirás con ella en el más allá por toda la eternidad.

MEDUSA

EMMA HAMM

Mientras sus palabras se silenciaban, las monedas de oro brillaron en el cráneo de la estatua. Brillaron y luego desaparecieron en polvo.

—Medusas te agradece por salvar a uno de los muchos que ha matado —susurró la misma voz.

Alexios volvió al fuego donde su niño dorado ya se había quedado dormido. Se agachó y puso su manto sobre Crisaor. El pobre niño temblaba mientras dormía. No por el frío, sino porque probablemente estaba atormentado por los sueños de un héroe cazándolo solo por deporte.

Jamás dejaría que eso le suceda a su querido hijo. Nadie tocaría al niño, y Alexios se propuso salvar también a los demás a los que Perseo había hecho daño.

Después de todo, si no era él, ¿quién lo haría?

MEDUSA

EMMA HAMM

37

Ambos se adentraron en Etiopía con el corazón encogido. Cuanto más se adentraron en el reino, más se dio cuenta Alexios que Perseo era venerado aquí como un héroe. Había pinturas de él en las paredes. Motivos de todas las criaturas y personas que había matado con la cabeza robada de Medusa.

Los niños jugaban en las calles, gritando que ellos eran Perseo y los demás eran los monstruos. Sus padres iban detrás de ellos con sonrisas en sus rostros y la esperanza de que sus hijos acabaran como el hijo de Zeus.

Aparentemente, ningún hijo de un dios podía hacer nada malo. Incluso cuando se trataba de todas las atrocidades que Perseo había hecho.

259

Alexios envolvió su capa alrededor de Crisaor y escondió al niño de la vista de cualquiera que pudiera ver su piel dorada. Aquellos que vivían en Etiopía fueron probablemente menos acogedores que los otros reinos que había visitado. Y francamente, no tenía ningún interés en ver cómo responderían a otro hijo de un dios.

Adorar a un héroe que había luchado cada día era una cosa. Podía ver cómo la historia de Perseo podía ser retorcida en algo que fuera material de las leyendas. Pero Crisaor solo era un niño, y no tenían derecho a poner ese peso sobre sus hombros.

Se movieron juntos entre la multitud hasta que Alexios encontró un lugar de reunión donde se había congregado mucha gente. Todos estaban sentados, escuchando a otro hombre al frente de la multitud que hacía gestos salvajes con los brazos.

—¡Y fue entonces cuando la criatura atacó! —Se abalanzó sobre una mujer sentada cerca de él. Ella gritó y casi cayó de su banco, ante la alegría de los demás oyentes—. Perseo metió la mano en su alforja y agarró la cabeza de la traicionera Medusa. No tenía

MEDUSA

EMMA HAMM

miedo de un monstruo que podía ser asesinado. Así que, blandió la cabeza contra la bestia y gritó: “¡No me quitarás a mi reina!”

Alexios reconocería que la historia era tremendamente dramática cuando la contaba así. Y el intérprete pintó un cuadro encantador.

El héroe con su única arma contra una bestia venida desde las profundidades del mar. Una princesa que necesitaba ayuda, rogando al héroe que libere su cuerpo desnudo y la lleve a la seguridad de sus brazos.

Pero al narrador le faltaban muchos de los detalles que habrían transformado esta historia heroica en una tragedia.

Los vítores se alzaron en la multitud. Alexios dio un paso adelante y se bajó la capucha.

—¿Y qué hay del monstruo?

El narrador frunció el ceño.

—¿Qué pasa con el monstruo? Ceto se convirtió en piedra justo en ese momento. Perseo nos salvó a todos de su ira.

—No ese monstruo. Todos sabemos que la bestia marina ha sido una amenaza durante años. Pero ¿qué pasó con Medusa? —Alexios intentó ocultar la rabia estremeciéndose a través de sus músculos agarrotados.

El narrador pareció no tener palabras.

—¿Qué hay de la criatura monstruosa? Era una abominación que había matado a casi tantos hombres como Ceto. Temo que no sé lo que me estás pidiendo. No hay una historia de Medusa. Sus hermanas aterradoras y ella eran una plaga en el Monte Olimpo, por lo que Perseo salvó incluso a los dioses con su batalla.

—¿Y si no lo era? —El fuego de toda su ira ardía tanto en su pecho que casi no podía respirar. Crisaor tenía la mano agarrada a la suya, pero sabía que el muchacho estaba escuchando cada palabra que decía este hombre venenoso y toda la gente que lo escuchaba.

Todos querían creer que un héroe no podía cometer errores. Querían pensar que el monstruo con cabeza de serpientes era la malvada de la historia.

MEDUSA
EMMA HAMM

Porque si no, eran ellos los que estaban equivocados. Eran ellos los que la habían condenado por su aspecto, y no por las virtudes de su corazón.

El narrador era tan malo como ellos. Él, un hombre creativo, que debería haber sido capaz de ver a través de los horrores de la historia y en la verdad más allá de ella. La verdad que era mucho peor que cualquier cosa que pudiera decir de las Gorgonas.

Excepto que, el narrador aparentemente no veía la misma historia que Alexios. Sacudió la cabeza, frunció los labios y volvió a decir:

—Temo que no estoy seguro de adónde quiere llegar, amigo. La Gorgona es la villana de esta historia.

—¿Y si Medusa era una mujer de buen corazón que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado? ¿Y si los dioses la castigaron cuando no debían hacerlo? — Dio un paso agresivo hacia delante, casi arrastrando a Crisaor detrás de él—. ¿Y si el héroe se convirtiera en el villano?

La boca del narrador se abrió y tal vez el público se habría vuelto contra Alexios. Podrían haberse levantado enojados de sus asientos porque estaba arruinando una historia perfectamente buena sobre un héroe perfectamente bueno.

Pero no tuvieron la oportunidad de hacerlo.

Una mano lo agarró por el hombro y lo arrastró lejos de la multitud. Alexios estaba tan sorprendido de que alguien fuera lo suficientemente fuerte como para arrastrarlo, que simplemente permitió que esa persona lo sacara de la historia monstruosa y lo llevara a las sombras de un callejón cercano.

Crisaor gimió, recordándole a Alexios que no estaba solo. No estaba aquí para salvar el honor de Medusa cuando todo el mundo ya pensaba que era el demonio de la historia. No tenía tiempo para reaccionar así. No cuando su hijo estaba escuchando.

No dirigió una mirada al extraño que los había salvado de la multitud. Alexios se arrodilló ante el niño y lo estrechó contra su corazón.

—Lo siento —murmuró contra la capucha del manto del niño—. Nunca debí dejar que mi ira tome el control. Sabes que no estoy enfadado contigo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Alexios buscó detrás de él a Crisaor y lo mantuvo cerca de su costado. ¿Cómo le pedía que lo ayude cuando cazaba a su hijo? Dánae era una madre antes que nada más, incluso una reina.

—Sé que quieres encontrar a Perseo —susurró—. Quieres evitar que haga todas las cosas horribles que ha hecho en nombre de ser un héroe. ¿Verdad?

La forma en que lo miró fijamente a los ojos, con su corazón en la mirada, le hizo saber que no podía mentirle. Alexios asintió con firmeza, suspirando.

—Sí. Quiero acabar con el sufrimiento de tantas personas. Ya ni siquiera lo reconozco, Dánae. No es el Perseo que ambos conocemos y amamos.

—Lo sé. —Se alejó un paso de él, retorciéndose las manos con angustia evidente—. Lo supe al momento en que no vino primero por mí. He oído hablar de sus aventuras con Andrómeda. Ni siquiera está en Serifos, ya lo sabes. Regresó a Argos, donde comenzó todo esto. Regresó a casa para matar a mi primer esposo, tal como la profecía dijo que lo haría. Y sé que lo logrará, porque si hay algo que le enseñé a mi hijo, fue a no empezar nunca algo que no pudiera terminar.

Qué horror para cualquier madre.

—¿Argos? —repitió—. ¿Por qué querría volver y matar a tu primer marido?

—Porque si Acrisio no lo hubiera negado como hijo, entonces Perseo habría sido criado como un príncipe. No como el hijo de un pescador. —Envolvió sus brazos alrededor de su cintura con fuerza, sosteniéndose contra la verdad—. Sin embargo, temo que habría sido aún peor si hubiera sido criado como un príncipe. Está tan empeñado con la idea de ser héroe y cree que el mundo debería arrodillarse para darle el futuro que tanto quiere.

Alexios no debería contarle toda la historia. Debería prometerle que volvería a poner a su hijo en el camino correcto y seguiría adelante porque ella seguía siendo la mujer que lo había acogido bajo su ala. Seguía siendo la figura materna que había llegado a conocer y amar.

Pero no podía. No podía dejar que siguiera avanzando en la vida sin saber todo lo que Perseo había hecho.

MEDUSA

EMMA HAMM

Con un empujón suave, acercó a Crisaor hacia adelante para que Dánae lo vea. Desnudó la piel del niño cuidadosamente a la luz mortecina y esperó que viera al niño dios como lo que era. Solo un niño. Un infante con la necesidad desesperada de una madre que lo abraza.

—Este es el hijo de Medusa. Debería decir, uno de ellos. El otro es el caballo alado que monta Perseo.

—¿Su hijo? —Miró al niño, y luego de vuelta a él con incredulidad—. Por lo que he oído, solo fue maldecida hace unos meses. ¿Cómo pudo...?

Vio cómo la comprensión apareció en su rostro. Las lágrimas se acumularon en los ojos de Dánae al darse cuenta que su propio hijo había matado a una mujer embarazada, incluso si Perseo no había sido consciente del hecho antes de tomar la cabeza de Medusa.

Aun así, lo había hecho. La ignorancia no era excusa para la violencia.

Dánae se agachó y extendió sus manos para que Crisaor las tome.

—Deja que te mire, muchacho. Eres el hijo de la mujer que mi hijo asesinó. Tengo mucho que enmendarte, pero primero, me gustaría ver quién eres.

264

Para su sorpresa, Cris no se apartó de esta mujer extraña, sino que la miró fijamente con esos ojos conmovedores, y finalmente sonrió.

—Tienes un buen corazón.

—Y tú eres el hijo de un dios —respondió ella—. Como mi hijo.

—No como tu hijo. —Cris conocía las historias de Perseo. Alexios se había asegurado que su hijo conociera todos los errores que Perseo había cometido a lo largo del camino, y cómo esos errores lo habían convertido en el héroe que era. El héroe falso que aún se deleitaba con los susurros famosos de hombres y mujeres por igual—. Seré mucho mejor que él cuando crezca.

—Eres semidiós, como Perseo.

—No estoy maldito por Hera. Perseo siempre será un semidiós, pero yo puedo ocupar el lugar que me corresponde en el Olimpo junto a mi padre. Poseidón. —Crisaor levantó la vista y sonrió a Alexios—. Aunque aquí tengo un padre mejor. Así que, simplemente aún no me he convertido en un dios.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Debemos seguirla?

—No creo que quiera hacernos daño a ninguno de los dos. —El niño miró sus manos, después volvió a mirar a Alexios—. Creo que deberíamos ir con ella. Quiere ayudarnos, padre.

Eso fue suficiente para él. Tomó la mano del niño y juntos siguieron a la mujer que una vez fue reina. Atravesaron las calles de Etiopía, pasando por vendedores que eran extrañamente similares a los de cualquier otra ciudad en la que hubiera estado. Hasta que finalmente se detuvieron frente a una puerta con una estrella pintada encima.

Dánae la abrió y los hizo pasar.

—Entonces, vamos, Alexios. Déjame llenar la barriga de tu hijo y juntos planearemos la caída de un héroe.

Esas eran palabras que nunca pensó escuchar.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Ahora ve a hablar con tu madre. —Crisaor se acurrucó debajo de las mantas y una vez más volvió a ser un niño—. Tengo sueño, padre.

—Como debería ser. Tuvimos un día ajetreado. —Se inclinó y le dio un beso más a la frente de Crisaor.

Al salir de la habitación, los pensamientos turbulentos nublaron su mente. El chico estaba cada vez más cerca de convertirse en un dios con cada día que pasaba. ¿Alexios estaba haciendo lo correcto? ¿Estaba ayudando a Cris a ver el bien en los mortales y convenciéndolo de ser un dios diferente a cualquier otro en el Monte Olimpo? ¿O solo estaba empeorando todo?

Entró en la cocina pequeña donde Dánae estaba agitando las llamas en el fuego. Miró por encima del hombro y resopló.

—Es normal preocuparse de que no los estés criando bien, ¿sabes?

Alexios se frotó la nuca.

—¿Son tan obvios mis pensamientos?

—Tan obvios como el día, querido. —Señaló una silla cercana—. Siéntate. Tenemos mucho de qué hablar y preferiría terminar con esto más temprano que tarde.

También él. A Alexios no le gustaba la idea de traicionar a su amigo. Le gustaba aún menos la idea de que esto pudiera llegar a los golpes. Perseo aún era el hijo de Zeus, podía matar a Alexios con un solo golpe.

Se sentó donde ella señaló y esperó a que Dánae empiece. Era una de las mujeres más inteligentes que había tenido el placer de conocer. Si alguien sabía cómo derrotar a Perseo, sería ella.

Dánae volvió a atizar el fuego, y entonces exhaló un suspiro largo.

—Mi hijo no regresará a menos que sepa que estoy en peligro. Y lo estaré, porque planeo regresar a Polidectes.

—¿Qué...?

—Sin interrupciones, Alexios. Regresaré y luego escaparé de la misma manera que lo hice antes. Aún no sabe cómo escapé la primera vez. Eso le dará a la gente la oportunidad de hablar sobre cómo he regresado, y Perseo debería regresar sin dudarlo. —Dánae se

MEDUSA
EMMA HAMM

volvió para mirarlo, con manos temblorosas—. Perseo estará en el castillo, listo para que hables con él. A esas alturas, no prometo cómo te responderá, querido.

Alexios tampoco estaba seguro de cómo respondería Perseo. Pero al final no importaba.

—Hay muchas palabras sin decir entre nosotros —respondió—. Podría llevar algún tiempo.

—Creo que Perseo intentará matar a Polidectes y después ambos tendremos mucho en nuestras manos. Se debe dar tiempo, y Perseo debe hablar contigo. —Se volvió hacia el fuego—. Incluso si eso es lo último que le gustaría hacer. Estoy segura que su fracaso con respecto a Medusa y a ti lo está carcomiendo.

No lo hacía. La probabilidad de que Perseo siquiera comprendiera lo que había hecho era tan mínima. Alexios ni siquiera había considerado que Perseo pudiera arrepentirse de sus acciones. El héroe ya no era el niño al que le preocupaba que sus acciones se reflejaran en su carácter. Era el héroe que había superado todos los obstáculos y se había convertido en un inmortal.

Justo como había dicho Perseo todos esos años atrás. Se volvería inmortal porque su nombre nunca dejaría los labios o la lengua de los humanos durante los siglos venideros. Quizás permanecería inmortal para siempre simplemente convirtiéndose en un personaje de un libro.

Suspiró, se inclinó hacia adelante y sostuvo su cabeza entre sus manos.

—¿Cuándo quieres comenzar este plan tuyo, Dánae?

—Inmediatamente. Iré ahora. Dame unas semanas después de eso, y pronto escucharás de Perseo regresando.

Alexios asintió.

—¿Y quién me dirá de su regreso?

—Todo el reino habla del héroe que los salvó de un horrible monstruo marino. Ellos te lo harán saber. —Se puso de pie y alcanzó el himatión colgando cerca de la puerta—. Prepárate, Alexios. Temo que no tendrás ninguna oportunidad si dudas durante demasiado tiempo.

MEDUSA

EMMA HAMM

Se fue y Alexios tuvo una vez más la tarea de esperar. No podía hacer nada más que sentarse en esta casa donde Dánae había estado a salvo. Sin embargo, a Crisaor no le importó la larga espera. El muchacho creció de niño a adolescente en el transcurso de días. Su cuerpo dorado se estiró mucho más alto hasta que miraba a Alexios a los ojos cuando estaba de pie.

La velocidad de su crecimiento pareció ser más rápida en esos días, o tal vez Alexios estaba notando la rapidez con la que el muchacho se había convertido de niño en otra cosa.

También era muy atractivo. Crisaor habría hecho llorar a muchas mujeres si hubiera salido por estas puertas. Su piel dorada era menos sorprendente y más una adición a su apariencia divina que era encantadora pero también extraña para el ojo que lo mire.

Su pequeño, aquel que había criado como propio, ahora era casi un hombre. O, supuso, la forma correcta de pensarlo era que su bebé se había convertido en un dios ante sus ojos.

Y no había duda del brillo de poder que hervía a fuego lento justo debajo de la piel de Crisaor. Alexios solo lo había visto en los propios Olímpicos, y tuvo que preguntarse si el chico ya había elegido ser un dios sin decírselo a Alexios.

Aunque ese había sido el plan desde el principio, aún le revolvía el estómago.

Finalmente, escuchó las palabras que lo liberarían a él y a su hijo de su escondite. Un aldeano pasó hablando del héroe que estaba regresando a su hogar. Aparentemente, este héroe había hecho todo lo que pidió Polidectes. Lo imposible no era imposible para este hijo de Zeus que había recorrido el mundo entero para conseguir lo que quería Polidectes. Seguramente la reina Dánae sería liberada ahora de sus garras.

Al menos todos podían estar de acuerdo en que Polidectes era un marido menos impresionante que un rey. Y era difícil de decepcionarse con eso cuando el listón estaba tan bajo.

—Ven —dijo Alexios, alcanzando sus mantos—. Este es el día en que regresaremos al castillo. El día que nos reuniremos con el hombre que mató a tu madre.

MEDUSA
EMMA HAMM

pensaba que era cruel. Esas personas serían pocas y espaciadas cuando un héroe tenía el tesoro mórbido.

Alexios esperó hasta que Perseo desapareciera antes de mirar a Crisaor.

El chico estaba mirando el espacio donde Perseo había ido con los ojos entrecerrados y una ira clara en su expresión.

—Cris —suspiró Alexios—. No podemos. Sabes que no podemos.

—Lo entiendo, padre. —La expresión del rostro del chico no cambió—. Simplemente estoy enojado porque mi propio hermano no me reconoció. Ciertamente lo reconocí.

¿No estaba enojado por Perseo? En cambio, estaba enojado por su propia sangre que estaba siendo utilizada como si no fuera más que una bestia salvaje que un héroe había domado.

Alexios supuso que esa era la forma honesta de verlo. Pegaso también había nacido de un ser divino. Su padre también era Poseidón, aunque Perseo nunca lo admitiría.

Ahora, se preguntaba qué diría la gente del caballo alado que montaba Perseo.
¿También pensaban que Pegaso era un monstruo que Perseo había derrotado?

Más historias que el héroe había arruinado. Más historias que unos pocos elegidos solo susurrarían, mientras que el resto obsequiaría al héroe por todo el bien que había logrado. Incluso si hubiera venido a costa de tanta maldad.

Alexios negó con la cabeza y suspiró.

—Entonces, ven. Aún tenemos que llegar al castillo. Con suerte, Dánae ya ha dejado ese maldito lugar.

—Estoy seguro que lo ha hecho, padre. Es una mujer ingeniosa.

¿Cuándo se había convertido su hijo en un hombre? Alexios frunció el ceño, miró al chico fijamente y se dio cuenta que había crecido en la forma más mínima en cuestión de segundos. El chico era ahora más alto que él. Su pecho era mucho más ancho y la determinación en su mandíbula cuadrada era mucho más que la de un niño.

—Ahora eres un hombre —murmuró a medida que se movían entre la multitud.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Los dioses pueden cambiar su forma cuando lo deseen. Me disculpo por haber sido un niño durante tanto tiempo. —Crisaor apoyó una mano sobre el hombro de Alexios, alejándolo de una reunión más grande de personas que ya estaban ebrias—. Debo admitir que preferí ser tu hijo mucho más que ser un hombre. Pero este parecía ser el único momento para crecer. Ojalá hubiera podido seguir siendo tu chico por mucho más tiempo.

Alexios también lo deseaba.

Caminaron juntos a través de la multitud, todo el camino hasta el castillo que ya estaba bajo vigilancia. Todo un batallón de soldados se paraba frente a las puertas, impidiendo que nadie entre.

Alexios los miró directamente a los ojos y dijo:

—Perseo querrá vernos.

—No lo creo —respondió un guardia. Apretó con más fuerza la lanza que tenía en la mano y miró a Alexios—. Háganse a un lado.

Abrió la boca, listo para abrirse camino hacia el castillo si era necesario. Pero no necesitó ni siquiera dar un solo paso hacia adelante. Crisaor se estiró y se bajó la capucha. La luz del sol se reflejó en la piel dorada de su hijo, ahora un hombre que se veía como todo el dios que era.

—Hazte a un lado —dijo Crisaor. Su voz retumbó en el aire como un trueno, o tal vez como el batir de las olas contra la orilla—. O te moveré.

Todos los guardias se separaron, tropezando con el sonido de la orden de un dios.

Alexios respiró hondo y avanzó. Ahora era el momento que había estado esperando. El momento que había llevado tantos meses de viaje. Y se sintió un poco mal del estómago.

274

La ira ardió tanto en su interior que le dolió la garganta. Quiso lanzarse hacia adelante y retorcer el cuello del hombre que tan fácilmente podía despedirlo. Después de

MEDUSA

EMMA HAMM

todo lo que habían hecho juntos, todas las peleas, todos los viajes, todas las experiencias que habían llevado a Perseo a este punto... ¿podía mirar a Alexios y decir que no era una persona importante en su vida?

—No —respondió—. No voy a irme, Perseo. Tienes algo mío que tengo la intención de recuperar.

—¿Algo tuyo? —Perseo inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera intentando escuchar a Alexios con un poco más de atención—. No ganaste nada del botín. Yo lo hice. No fuiste el héroe guiado por los dioses. La diferencia entre tú y yo es muy clara, Alexios. Incluso si eres demasiado ciego para ver. Todo lo que reuní en nuestros viajes permanecerá en mis manos.

—La cabeza en la alforja que mantienes tan cerca de ti. Esa es la cabeza de la mujer que amo. Y merezco los restos, de modo que pueda poner su alma a descansar. Esta fue la búsqueda que me dio la propia Perséfone. Atenea también estaba ahí. Tu patrona está de acuerdo en que debería tener esta oportunidad.

—No te daré la cabeza. Es mía.

Iba a matar a este hijo de Zeus. No se necesitaría mucho.

Alexios echó un vistazo a uno de los guardias cercanos. Una sola lanza estaba en sus manos, pero el otro guardia tenía una espada en su cinturón. Podía lanzarse hacia un lado, agarrar ambas armas y luego descender sobre Perseo con toda la rabia en su corazón. Si moría intentando vengar el alma de su amor, que así sea. No podía quedarse ahí nada más y escuchar estas palabras venenosas saliendo de la boca de Perseo sin la más mínima compasión.

Apenas se mantuvo quieto.

—Era una mujer —dijo—. Tuvo una vida antes de ser un monstruo, una familia, una historia que ni siquiera te tomaste el tiempo de pedir. Todo lo que hiciste fue colarte en la cueva donde había encontrado la paz y tomar su cabeza porque la necesitabas. Quitaste una vida porque hacía la tuya más fácil.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Y lo he hecho innumerables veces desde entonces. —Perseo se giró de nuevo, esta vez con la mano en la alforja conteniendo la cabeza de Medusa—. Si quieres verla por última vez, mi viejo amigo, entonces puedo hacer que eso suceda.

Con mucho gusto se quedaría mirando esa versión monstruosa de su rostro mil veces. Medusa era tan hermosa para él como la criatura con forma de serpiente en la que se había convertido. No importaba cómo luciera su forma.

Seguía siendo la mujer de su aldea para la que había hecho un brazalete. La mujer con la que había deseado desesperadamente pasar el resto de su vida, sin importar cuán difícil se volviera ese deseo.

—La volveré a ver. Me espera en los Campos Elíseos donde me uniré a ella en una eternidad de amor y felicidad. —Dio un paso agresivo hacia adelante—. ¿Puedes decir lo mismo de alguien a quien hayas ayudado supuestamente? Creo que irás al Inframundo y te darás cuenta que tu sed de gloria solo te dejó solo por el resto de nuestro tiempo. Perseo, dame la cabeza. Repara lo que has hecho.

Perseo se rio, y el sonido fue como el chasquido de un látigo.

—¿Qué he hecho? He salvado a mil personas con mis acciones, a costa de tan pocas. He hecho más de lo que jamás podrías soñar, Alexios.

Aunque tenía muchas más palabras para replicar, no fue Alexios quien respondió a esa afirmación ridícula. Fue Crisaor quien dio un paso adelante con un gruñido enojado.

—Era mi madre. No solo mataste a una mujer, mataste mil futuros a los que ella habría ayudado. Convertiste mi vida en una sin el abrazo cálido de una madre. Montas a mi hermano como si no es más que un caballo que encontraste en el campo. Aquí tú eres el monstruo, no el héroe.

Era la primera vez que Perseo veía a Crisaor. Frunció el ceño a medida que miraba al joven dorado.

—Ah. El hijo de Poseidón —murmuró en voz baja.

—Uno de los hijos de Poseidón. —Cris apretó los puños—. Le prometí a mi padre que no te mataría. No hay necesidad cuando solo continuarás arrastrándote hacia la ruina. Sin embargo, recuperaré la cabeza de mi madre. Y liberaré a mi hermano de tus garras.

MEDUSA
EMMA HAMM

—Tampoco sucederá.

—Solo eres un semidiós. —Crisaor se irguió y, de repente, se hizo aún más grande.

Tres metros, cinco metros de altura hasta que fue un gigante parado en medio de la sala del trono. Se elevaba sobre todos ellos, demasiado grande para que Alexios pudiera siquiera imaginar cómo había crecido tanto—. Soy un dios de sangre pura, hombrecito. Adoras a Atenea por las mismas razones que ahora me adorarás a mí. Si no te inclinas, destruiré todo aquí. Arrasaré esta ciudad hasta los cimientos, convertiré la piedra en polvo, aplastaré la vida en la muerte. No mostraré misericordia y todo será culpa tuya. Permanecerás entre los escombros de tu vida sabiendo que un semidiós no puede resistir la ira de un dios verdadero.

Perseo observó la respuesta enojada con una sonrisa en su rostro.

—Estás sujeto a las mismas reglas que yo. No habrá pelea entre nosotros porque el Olimpo debe evitar una guerra consigo mismo. ¿O harías que Poseidón y Zeus convirtieran el mundo entero en un campo de batalla entre ellos?

Crisaor se inclinó y sonrió ante la expresión de suficiencia de Perseo.

—No soy un Olímpico. No me considero uno de ellos, ni sigo ninguna de sus reglas. Mi padre está frente a ti, un herrero mortal y el hombre más fuerte que he tenido el placer de conocer. Poseidón no es mi padre, muchacho. Y si deseas pelear conmigo, lo haremos a sabiendas de que ningún Olímpico intervendrá en tu nombre.

El placer que Alexios sintió al ver que el rostro del héroe se volvía más blanco con cada palabra valió la pena el largo viaje para llegar hasta ahí. Quería que Perseo finalmente sintiera miedo en su vida. Y aunque era el hijo de Zeus con la fuerza de diez hombres, Alexios dudaba que pudiera derrotar a un gigante por su cuenta.

Incluso con la cabeza de Medusa.

Perseo puso una mano encima de la alforja, aunque Alexios notó que le temblaban los dedos.

—También usaré la cabeza de Medusa contigo, muchacho.

—La magia de mi madre no funciona conmigo. Podrías intentarlo, pero fallarías. Vengo del mismo poder que le dio la capacidad de convertir a las personas en piedra. —

MEDUSA
EMMA HAMM

Crisaor agitó una mano por su cuerpo—. Y como puedes ver, ya estoy hecho de metal. Tus amenazas no significan nada. Dame la cabeza ahora, o la tomaré.

Aún parecía haber algún argumento en el héroe. Miró a Alexios y abrió las manos, suplicando al hombre que lo había salvado innumerables veces.

—Alexios. Hace mucho que fuimos amigos. Hemos viajado por el mundo, seguro que entiendes el bien que puedo hacer con este poder.

—Hasta ahora no has hecho ningún bien con él. —Alexios sintió que su corazón se partía en dos. Quería creer que Perseo tenía el deseo de ser mejor.

Si estaba siendo sincero consigo mismo, había esperado que Perseo tuviera más en su alma que solo un héroe. Aún recordaba al apuesto joven que quería demostrar su valía ante un padre que nunca había conocido. Perseo entonces había sido normal. Había sido de buen corazón a pesar de que el mundo ya se estaba preparando para convertirlo en un nexo de poder y control.

Ahora, ya no importaba. No estaba seguro que alguien pudiera curarse a sí mismo de la oscuridad que se había extendido por el corazón de Perseo.

—Podría hacer mucho más —afirmó Perseo. Dio otro paso hacia Alexios con los ojos completamente abiertos y las manos delante de su corazón—. ¿No lo ves? Podrías quedarte aquí, conmigo. Como en los viejos tiempos. Iremos por todo este mundo y serás la persona que me apoye a tu sentido del honor. Juntos haremos grandes cosas.

—No quiero hacer grandes cosas. —Alexios no podía creer las palabras del héroe—. Me has oído decir miles de veces que lo único que quería era una vida sencilla. Me arrastraste por todo el mundo en esta búsqueda tuya, y luego me decepcionaste. No quiero pelear contigo, Perseo. Pero tienes que entender, le quitaste la cabeza. Nos quitaste un futuro. Habríamos criado a estos niños con tanto amor en su vida, y tú también les quitaste eso.

—¿Amor? —Perseo señaló al gigante dorado en el pasillo—. Este ni siquiera es tu hijo, Alexios.

Arqueó una ceja incrédulo.

MEDUSA

EMMA HAMM

—¿Como no eras el hijo de Dictis? Perseo. Incluso sabes lo endeble que es ese argumento. Es más mi hijo que cualquier sangre. Lo crie. Le mostré el mundo, y lo amo. Eso es todo lo que importa.

Las mejillas de Perseo se encendieron de un rojo ardiente, pero asintió con firmeza.

—Que así sea. No pelearé con ninguno de ustedes.

Crisaor se cruzó de brazos con una sonrisa complacida.

—Sabes que perderías, héroe. Y creo que perder la cabeza de mi madre es menos vergonzoso que perder una batalla.

—Les diré a todos que me robaste esto —respondió Perseo. Le arrojó la alforja con la cabeza a Alexios—. Mantendrán esa mentira. No dejaré mi honor en ruinas porque ustedes dos no pudieron mantener la boca cerrada.

Alexios acunó la cabeza contra su pecho. Finalmente. Estaba de nuevo con él, y casi podía sentir su alma presionada contra su corazón. Estaba en casa, en sus brazos, una vez más.

—Tienes mi palabra.

Crisaor se aclaró la garganta.

—Tienes mi palabra, solo si haces una cosa más, héroe.

El dios lo estaba empujando. Perseo solo aguantaría hasta cierto punto antes de que los dos lo lamentaran.

—¿Qué podrías necesitar de mí, niño dios? Dejaste perfectamente claro que no me tienes en la misma consideración que a ti mismo. Y como tal, pensaría que podrías conseguir por tu cuenta cualquier cosa que quisieras —preguntó Perseo.

—Oh, podría. —Cris sonrió—. Pero dijiste palabras tan bonitas sobre querer ser mejor, y cómo mi padre era el único que podía hacerte responsable. Te estoy dando esta oportunidad para demostrar que estás equivocado. Hazte responsable de tus fracasos y también libera a mi hermano.

—Pegaso no es como tú —respondió Perseo—. Es un animal, aunque pareces convencido de que no lo es. No hay un alma dentro de ese cuerpo equino, ni hay un dios esperando ser liberado.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No me importa. Quiero que viva libre y salvaje como debería hacerlo un monstruo legendario. —Crisaor miró a su padre, luego de vuelta al héroe—. No habrá otro trato entre nosotros. Pagarás lo que le robaste a mi madre con tus acciones. No me conformaré con nada menos.

La sonrisa burlona en el rostro de Perseo era cruel, pero Alexios sabía que cedería. La cabeza de Medusa y Pegaso eran ahora solo pequeñas partes de su historia. Tenía el trono delante de él, un reino que gobernar y la novia más hermosa del mundo.

También aún era un hijo de Zeus.

—Tienes mi palabra, niño dios. Por mi honor, liberaré a tu hermano al atardecer.

—Sano y salvo —gruñó Crisaor.

—Sano y salvo.

MEDUSA

EMMA HAMM



40

La tenía, finalmente. Estaba acunada contra su pecho donde siempre debería haber estado. Sin importar cuánto tiempo hubiera tardado, y todas las dificultades que hubiera soportado, todo valió la pena por ese momento.

Alexios la sostuvo contra los latidos de su corazón y juró que también pudo sentir su suspiro de alivio. Después de todo este tiempo, volvían a estar juntos.

Crisaor le tendió la mano a Alexios para que la tome.

—¿Estás listo, padre?

—¿Listo para qué?

—Te dije hace mucho tiempo que todo lo que tenía que hacer era aceptar el lugar que me corresponde entre los dioses. Obviamente, lo he hecho. —Hizo un gesto hacia su gran cuerpo—. Esta no es la forma de un mortal normal, aunque supongo que nunca fui tan normal.

281

Alexios de repente se sintió anciano. Miró a su hijo, al que había amado con tanta fuerza, y reconoció a un hombre delante de él. ¿Así era cómo se sentían la mayoría de los padres cuando veían a sus hijos adultos?

No era un anciano, de ninguna manera. Sin embargo, quizás ahora estaba fuera de los años de matrimonio.

Mirando la mano extendida de Crisaor, suspiró y preguntó:

—¿Será instantáneo?

—Nos llevará algún tiempo llegar de nuevo al Monte Olimpo. Es un camino largo.

De alguna manera, las palabras sonaron como si Alexios no notaría que estarían viajando. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Por qué suena como si tú estarás viajando, y yo no?

MEDUSA

EMMA HAMM

—Te has ganado un descanso largo, padre. Después de todo el estrés y las luchas que has tenido durante tantos años, merece tener un dios que te permita soñar por un tiempo. Déjame hacer esto por ti.

—Es un camino largo —respondió—. Como dijiste. No quiero perderme esa gran parte de mi vida.

Crisaor le lanzó una mirada indiferente.

—Padre, soy un dios que puede mirar el alma de los mortales y comprender lo que están pensando. Puedo mirar más allá de tus pensamientos y dentro de tu espíritu. Tu plan es bueno, pero no creo que te importe si te pierdes un año. Ya no.

Alexios ni siquiera sabía el plan del que hablaba su hijo, pero cuanto más pensó en ello, más se dio cuenta que Crisaor tenía razón. No planeaba regresar a este reino, ni iba a perder el tiempo por mucho tiempo.

La mujer que amaba lo estaba esperando. Finalmente la había salvado, y no quería esperar más para verla.

Se acercó y tomó la mano de su hijo.

—No quiero que estés aquí solo, Crisaor. Después de todo lo que hemos hecho juntos, después de todo lo que has visto, la idea de dejarte sin familia me rompe el corazón.

—Padre, jamás ibas a estar aquí para siempre. Eres un mortal y yo soy un dios. —Apretó los dedos de Alexios—. De todos modos, eventualmente iba a tener que dejarte ir.

Las palabras le dolieron, pero sabía que su muchacho tenía razón. Nunca vivirían juntos para siempre. Y no sabía si los dioses iban al Inframundo si morían, o si incluso había un Inframundo para los de su especie.

Pero sabía que no podía quedarse ahí cuando Medusa lo estaba esperando. Y les quedaba un camino largo por recorrer.

—Está bien.

Crisaor se agachó, levantó a su padre en brazos y luego Alexios ya no fue para nada consciente del reino de los mortales.

Cayó en un sueño profundo donde soñó con el futuro. Vio a Dánae volviendo junto a su hijo, atrayéndolo a sus brazos y susurrándole la verdad al oído. Perseo, por supuesto,

MEDUSA

EMMA HAMM

negó su solicitud a renunciar a su vida de héroe y la sentó en el trono en su lugar. Perseo continuó con su vida y se convertiría en rey de un reino cercano con la novia más hermosa a su lado. Eventualmente, Andrómeda se agregaría a los héroes entre las estrellas.

Vio a Pegaso volando libre en la naturaleza, echando hacia atrás su noble cabeza y dejando que sus alas se extiendan a medida que se elevaba sobre los picos de las montañas. Y aunque el monstruo no estaba con familiares o amigos, era libre.

Dánae gobernó el reino justamente, y comenzaron los rumores de que Perseo le había devuelto la cabeza de Medusa a Atenea. Esa era la verdad, supuso Alexios. Indirectamente, el héroe le había devuelto la cabeza a la mujer que había comenzado todo esto. El mismo Alexios la entregaría.

Las visiones se trasladaron a las hermanas Gorgona, quienes aún vivían debajo del Monte Olimpo. Su propia familia las había encontrado, y ya no estaban solas en la oscuridad. A su padre, Forcis, le gustaba enviar a sus hijas más rebeldes a las Gorgonas. Así, las mujeres aprenderían las verdaderas dificultades de la vida y se volverían menos consentidas.

283

Ningún otro cazador buscó las cabezas de las hermanas Gorgona. Vivieron bien.

Y cuando las visiones terminaron, Alexios abrió los ojos para ver a Crisaor sonriéndole. Parecía que su hijo había terminado de envejecer. Era un hombre fuerte con rasgos poderosos, llamativos rizos dorados y una amabilidad en su mirada que rivalizaba con el sol mismo.

—Hola, padre —dijo Crisaor—. Es bueno verte otra vez despierto.

—He extrañado estar despierto. —Estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó—. Pero me siento más descansado que nunca en mi vida.

—Un año de sueño hace eso a cualquiera. —Crisaor estiró el brazo e hizo un gesto a su alrededor—. Bienvenido al Monte Olimpo, padre. La forma en que debiste haberlo visto cuando me trajiste por primera vez a este lugar sagrado.

Alexios intentó evitar que se le caiga la mandíbula, pero no pudo mantenerla quieta. El Monte Olimpo era todo lo que decía la gente y más.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Eso es perturbador. Deberías tener cuidado con eso, sabes. Las serpientes muerden.

—No me morderán. —Alexios miró a través de la multitud, buscando a la única diosa con la que quería hablar—. ¿Has visto a Perséfone?

—Está ahí en alguna parte —murmuró Hermes, agitando la mano a su derecha—. Hades y ella rara vez se reúnen con el resto de nosotros. Demasiado buenos para beber con los Olímpicos, ¿sabes?

Alexios lo dudaba, de alguna manera.

Sin embargo, no estaba ahí para charlar con los dioses. Estaba ahí en una misión, y esa misión no podría completarse hasta que supiera con certeza que alguien se ocuparía de su muchacho.

Crisaor había tenido razón. Alexios ya había descubierto la única forma de unirse a Medusa en el Inframundo. Ese reino no era para Alexios, no ahora que su alma ya se había desplazado hacia la siguiente parte de sus vidas. No se quedaría ahí más tiempo del necesario.

¿Pero la culpa de dejar a su hijo solo sin nadie que lo abraza? Eso quemó más de lo que quería admitir.

Luego, vio los pliegues oscuros de los peplos de Perséfone, y supo que este era su momento.

—Ven —dijo, alcanzando la mano gigante de Crisaor—. Hay alguien que quiero que conozcas.

¿Quién era mejor para cuidar de su hijo que la diosa del Inframundo? Tal vez incluso le permitiría visitar a sus padres mientras descansaban en los Campos Elíseos. No conocía las reglas sobre eso, pero ciertamente esperaba que Perséfone tuviera la amabilidad de dejarlo visitar.

Aun así, era mejor estar del lado bueno de los dioses en estos días.

Arrastró a su chico hasta el otro extremo de la habitación donde se reunían los Olímpicos. Cris se movió con él sin quejarse, aunque tuvo que caminar con cuidado considerando que era cinco veces más grande que todos los dioses ahí.

MEDUSA

EMMA HAMM

Y cuando se pararon ante el rey y la reina del Inframundo, Alexios se arrodilló.

—Gran Perséfone, sin tu ayuda nunca habría podido salvar a mi amada.

El silencio que se extendió entre ellos le hizo tragar con fuerza. ¿Y si no lo recordaba? Los dioses ayudaban a muchas personas todos los días, pero había pensado que estaba interesada en su historia. Ciertamente había estado interesada en su muchacho.

Unas rodillas golpearon el suelo y una franja de tela oscura flotó en su regazo. Estaba tan cerca que él podía oler las flores oscuras en su cabello.

—Alexios. Estoy tan feliz de saber que cumpliste tu misión, y que salvaste a la mujer que amabas. —Perséfone se acercó, apoyó un dedo en su barbilla y lo obligó a mirarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas casi tanto como los de él—. Esperaba que lo lograras, pero la esperanza es una emoción peligrosa para sentir en estos días.

—No me detendría ante nada para salvarla —susurró—. Gracias por ayudarme. Te debo una gran deuda.

—No me debes nada. Ni una sola cosa en absoluto. —Miró a su hijo con los ojos completamente abiertos—. Veo que tu hijo dorado ha crecido.

—Este es Crisaor, y sí, ha crecido de manera impresionante. Está listo para ocupar su lugar entre los Olímpicos y yo... —Se preguntó si podía escuchar el deseo de muerte en su voz. Estaba listo para ir al reino que ella gobernaba, pero no estaba listo para dejar a su hijo. Aún no—. Necesito que alguien lo vigile. Seguir enseñándole como lo he hecho. Quiero que sea un dios amable. Un dios bueno cuando todos los demás les han fallado tan a fondo a los mortales.

Ella lo miró a los ojos y supo que estaba leyendo sus pensamientos. Alexios dejó que sus recuerdos se reproduzcan en su mente de todos los dioses que lo habían defraudado. Y los que habían defraudado a Medusa. Toda la pobreza y el odio que se propagaba por la tierra mientras los Olímpicos languidecían ahí en sus mejores galas con comida y vino.

Perséfone asintió.

—Hay una diosa que lo entrenará bien y que ha centrado toda su vida en la tierra. Creo que Artemisa será una pareja adecuada. Le enseñará cómo proteger a quienes lo adoran, pero también permanecerá firme. Cuantos más mortales sepan de él, más difícil

MEDUSA
EMMA HAMM

será su vida. —Se puso de pie y le tendió la mano para que la tome—. Despídete. Creo que ahora tienes que buscar a Atenea, ¿cierto?

Así era, pero la idea de despedirse de su chico le estaba desgarrando el corazón. Ya echaba de menos a Cris.

Perséfone lo ayudó a ponerse de pie, pero él tomó su mano entre las suyas, presionando sus dedos contra su corazón.

—¿Puede visitarnos? Odiaríamos perder la oportunidad de ver a nuestro hijo.

—En serio piensas en él como tu propio hijo, ¿no? —Inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió—. Es un dios, Alexios. Puede ir adónde le plazca. Crisaor es bienvenido en nuestro reino siempre que no se entrometa con los muertos.

—No lo hará.

—Entonces, podrá verte cuando quiera. —Dejó caer sus manos y retrocedió hacia las sombras esperando entre los brazos de su esposo.

A su vez, Alexios alcanzó a su hijo y atrajo a Crisaor a su corazón, presionando al chico contra la cabeza de su madre y el cuerpo de Alexios.

—Voy a extrañarte mucho.

—Padre, te veré pronto. ¿Crees que te dejaría ver a madre sin unirme a ti? —Crisaor se rio entre dientes y dio un beso en la coronilla de Alexios—. Recuerdo cuando solías hacer esto. Soy lo suficientemente grande para besarte de la misma manera que me besaste a mí.

Qué pensamiento tan extraño.

Alexios sorbió un poco y se apartó para secarse las lágrimas repentinas corriendo por sus mejillas.

—Te amo, muchacho. Y soy el padre más orgulloso que el mundo haya visto jamás.
Has crecido fuerte y bien.

—Te veré pronto —repitió Crisaor. Apoyó su dedo gigante en una de las mejillas de Alexios y la sostuvo en alto—. También te amo, lo sabes. Pero creo que necesito encontrar a Artemisa y comenzar el próximo capítulo de mi vida. Necesitas encontrar a mi madre.

—Lo haré.

—Entonces, te veré de nuevo pronto. —Crisaor le guiñó un ojo—. Te daré solo unas semanas con ella para ti, padre. Luego iré de visita y espero no ver nada que me ciegue.

Alexios ni siquiera había pensado en eso. Estaba tan emocionado de volver a verla. Sus mejillas ardieron.

—Ve a buscar a tu mentora, muchacho.

—Y ve a buscar a tu esposa, padre.

Alexios vio a su hijo caminar entre la multitud hasta que Crisaor se encontró con una mujer vestida de verde brillante con un arco a la espalda. Crisaor comenzó a hablar con ella y su risa fue un bálsamo para la herida abierta de su corazón. Ahora, tenía que encontrar a Atenea y terminar con todo esto.

289

Atenea parpadeó un par de veces, sorprendida, antes de quedarse boquiabierta.

MEDUSA
EMMA HAMM

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, deberías avergonzarte de todo el dolor que has causado. Entiendo que intentas compensarlo, pero te llevará mucho tiempo enmendar todas las cosas horribles que has hecho. —Miró la alforja y luego de vuelta a ella—. No le importaría ser un símbolo para la gente que necesita saber que hay alguien que los protege. Alguien más que los dioses, que entiende que la vida a veces no es feliz.

El gruñido bajo que salió de su boca era claramente de frustración. Tal vez estaba enfadada porque él se atrevía a difamar la reputación de los dioses y sugerir que los mortales debían buscar ayuda en los monstruos en lugar de ellos. Pero estaba a punto de morir, ¿no? Alexios no se quedaría en esta llanura mucho más tiempo y quería asegurarse que se dijera todo lo que tenía que decirse.

Así que, iba a regañar a la diosa de la guerra.

Atenea se humedeció los labios antes de extender la mano para tomar la alforja.

—Entonces, acabemos con esto. Te prometo que se convertirá en el símbolo más conocido de la seguridad de las mujeres en toda Grecia. Con su cabeza por encima de una puerta, la gente sabrá que les espera la libertad. Solo tomarán sus propias decisiones si su cabeza está grabada.

—Gracias.

Aún luchaba por entregar la alforja a Atenea. No quería soltar a Medusa, no cuando sus serpientes habían despertado nuevamente y estaban siseando en frustración. No querían tener nada que ver con Atenea. De hecho, tenía el presentimiento de que si dejaba que su cabeza salga de la alforja, las serpientes se alejarían con ella. Lejos de la diosa de la guerra.

Miró a Atenea y suspiró.

—Renunciar a ella está resultando ser más difícil de lo que pensé.

—¿Después de todas las aventuras que has vivido, Alexios? ¿Eso es lo único que te molesta? —Atenea buscó en su mirada la respuesta a alguna pregunta que no podía comprender, y luego volvió a suspirar—. Deseo que algún día tu hijo pueda experimentar el amor que sientes obviamente por su madre. Después de todo este tiempo, sigues siendo tan leal y dedicado como el día en que ella se fue para convertirse en mi sacerdotisa.

MEDUSA

EMMA HAMM

—Sí —susurró—. Nada cambiará eso jamás.

Atenea buscó entre los pliegues de su quitón y sacó un brazalete dorado.

—Entonces, ¿tal vez podría intercambiarte esto por la cabeza?

Su corazón se detuvo. Su respiración se atascó en la garganta y no pudo concentrarse en nada más que en el pequeño brazalete de oro que tenía en sus manos y recordaba tan bien haber hecho.

Los recuerdos se desplazaron a la vanguardia de sus pensamientos, casi como si la propia Atenea los hubiera sacado a la luz para observarlos. Alexios recordaba haber visto sus manos trabajar durante horas mientras martillaba el oro. Lo había fundido a partir de algunas de las joyas de su madre, y cada golpe del martillo había infundido el metal con el calor de su pasión. Aquella pequeña joya contenía todo el amor que sentía por ella, todo envuelto en una pieza sencilla que ella había llevado en el brazo.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y asintió.

—Sí, eso servirá. Intercambiaré su cabeza gustosamente por eso.

Atenea se lo tendió para que lo tome.

—Entonces esto es tuyo, héroe. Sé que nunca te he llamado antes así, y si lo hice, ciertamente nunca fue en serio. Pero ahora veo que eres más héroe que cualquier hombre que haya conocido antes. A veces los silenciosos te sorprenden.

Alexios le tendió la alforja y la cambió por el brazalete. Lo sostuvo en sus manos, maravillado por lo pequeño que había tenido que hacerlo para que cupiera en sus brazos delicados. Hacía tanto tiempo que no veía esa versión de ella. La mujer serpiente había sido grande. Poderosa. Llena de vida y vigor, pero eso solo significaba que el brazalete era demasiado ajustado. Cuando lo hizo en un principio, ella era una cosita diminuta.

Su labio inferior tembló. El metal estaba caliente por estar dentro de la ropa de Atenea, pero durante unos minutos quiso fingir que aún estaba caliente por la piel de Medusa. Que aún estaba en su brazo cuando se lo entregó, justo como había estado cuando vio su cuerpo caer.

—Gracias por conservar esto —susurró—. Es muy importante para mí.

MEDUSA

EMMA HAMM

—No lo he guardado por ti. —Atenea sostuvo la alforja con cuidado en sus manos, observando la tela enrollada mientras las serpientes se deslizaban y siseaban—. Lo guardé por mí. Para recordarme los errores que había cometido. Aquellos que no pude arreglar por más que lo intenté. No podía hacerla feliz, Alexios, solo tú podías hacerlo.

Las palabras fueron una victoria pequeña, pero las aceptaría.

Alexios se puso el brazalete en la muñeca y asintió.

—Muy bien, entonces. Nuestro trato ha terminado, y he completado tu búsqueda, Atenea. Ahora necesito que le permitas entrar en los Campos Elíseos.

—No es así cómo funciona, y lo sabes, Alexios. —Levantó la mano, y el escudo apareció en su mano. El metal dorado estaba perfectamente pulido, brillando a la luz del sol. Ni un solo rasguño arruinaba su superficie—. Temo que hay una cosa más que debes hacer para poder ver a tu amada. Y probablemente será la parte más difícil de tu búsqueda.

—¿Cuál es? —Aunque, Alexios ya tenía la sensación de saber lo que estaba a punto de pedirle que haga.

Atenea volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó dos monedas de oro. Se las entregó con una sonrisa suave en el rostro, aunque no llegó a sus ojos.

—La única manera de que un mortal cruce el río Estigia es con las monedas que le ha dado un ser querido. Ella debe tener las monedas en sus ojos, justo como se las proporcionaste a ese joven que Perseo asesinó.

No era para nada una tarea difícil. Con mucho gusto le colocaría las monedas en los ojos de modo que pudiera pagarle a Caronte.

Alexios frunció el ceño, luego miró las monedas y volvió a mirar a Atenea.

—¿Por qué esto va a ser lo más difícil que he hecho hasta ahora?

Atenea empujó la alforja. Las serpientes que había en su interior sisearon con furia, y sus cuerpos chocaron contra la arpillera.

—¿Has olvidado su maldición, Alexios? Una mirada a su rostro y te convertirás en piedra. Y no puedes colocar las monedas con los ojos cerrados. Debes mirar su rostro para colocarlas, de modo que tu amor pueda ser visto en todo el Inframundo.

MEDUSA
EMMA HAMM

Entonces, así era como iba a morir. Si tenía que ser a manos de la propia Medusa, incluso en la muerte, que así sea. Colocaría las monedas y entonces volvería a verla.

Aunque su cuerpo se convirtiera en piedra.

—Entonces, ¿quién colocará las monedas en mis ojos? —preguntó Alexios—. No queda nadie de mi familia. Dánae podría servir, pero tendrías que llevar mi cuerpo de piedra hasta Serifos.

La voz de Crisaor interrumpió su conversación.

—Padre, yo lo haré. —Su hijo se alejó de la multitud de Olímpicos y se unió a él—. Te he visto colocar las monedas en otros, sé cómo hacerlo en una estatua de piedra.

Y eso era todo. Su hijo sería el que lo enviaría al Inframundo mientras su madre le quitaba la vida. De alguna manera, todo pareció encajar en su sitio.

Así era como debía ser.

Alexios asintió, aunque su corazón le susurraba que esto era injusto para su hijo.

—Entendido. Entonces, está listo.

Atenea lo observó con el ceño fruncido en su rostro hermoso.

—Supongo que sí. Por favor, date la vuelta mientras coloco la cabeza de Medusa en el escudo. Luego la mirarás, Alexios, como debe hacerlo un ser querido para enviar su alma al Inframundo.

—Con mucho gusto.

Se giró y las mariposas estallaron en su estómago. No sabía si podría hacerlo. El amor que ardía por ella en su corazón era suficiente para superar muchos miedos, pero ¿y si no sabía cómo salvarla? O peor, ¿y si llegaba al Inframundo y ella seguía sintiendo lo mismo que en vida? ¿Que no quería pasar la eternidad con él?

Crisaor se acercó y tomó su mano.

—Padre, te ha estado esperando. Estará feliz de tenerte en sus brazos.

Dioses, solo podía esperar eso.

Las serpientes en la alforja sisearon salvajemente. Solo podía suponer que porque Atenea había sacado la cabeza de la alforja. Permaneció inmóvil y observó la expresión del rostro de Crisaor.

MEDUSA

EMMA HAMM

Los ojos de Cris se abrieron en absoluto placer y luego se quedó con la boca abierta.

—Oh, padre, era hermosa. ¿Verdad?

Lo había sido. Incluso como el monstruo que todos decían que era.

Sonrió, recordando lo encantadora que era cuando la había encontrado.

—Solo sentí su cara cuando era así. Estoy emocionado por verla otra vez, mi muchacho. Aunque sea antes de mi muerte.

Un sonido abrasador provino de Atenea al decir:

—Muy bien, héroe. Tienes tus monedas. ¿Qué te parecería ponérselas en los ojos?

Alexios asintió a Crisaor, y luego dijo:

—Ponme delante de ella. Al alcance de la mano.

—Sí, padre.

Lo guio hasta detenerse delante de su amada y después lo soltó. Alexios se armó de valor con una respiración profunda. Seguiría siendo mortal el tiempo suficiente para colocar las monedas. Sabía que lo haría porque su amor por ella era mucho más fuerte que la magia.

294

Había llegado el momento de probarse a sí mismo por última vez.

Abrió los ojos y la vio como todo el monstruo que había sido al final. Sus hermosos labios de felpa eran tan suaves como los recordaba. Su cara seguía siendo, sorprendentemente, exactamente igual que antes. Escamas finas espolvoreaban la parte superior de sus mejillas, y todas las serpientes se levantaron para mirarlo con ojos rojos y brillantes.

Levantó sus manos sin dudar, y colocó la primera moneda.

—Te amo —susurró, y entonces colocó la segunda—. Te amo más que a la vida misma. No puedo esperar a unirme a ti en la otra vida, mi querida y maravillosa Medusa.

Alexios acunó su mejilla y sintió que su mano dejó de moverse. Aunque intentó acariciar la curva suave de su mejilla, no hubo más movimiento en absoluto. Y mientras la piedra subió por su brazo, sintió que su alma por fin estaba descansando.

Pronto.

Pronto volvería a ver a su amada.

Extraño. Tal vez si seguía caminando, recordaría más.

MEDUSA

EMMA HAMM

El peplo blanco en su cuerpo tampoco le resultaba familiar. Sus piernas se sentían extrañas bajo la tela transparente, como si no estuviera acostumbrada a caminar sobre ellas. ¿Por qué no recordaría cómo caminar?

Alguien más apareció en el horizonte. Era fuerte, alto y delgado. Sus hombros eran anchos y, por un momento, creyó reconocerlos. Pero entonces, el hombre se dio la vuelta y supo que no había conocido a nadie con el cabello tan rojo.

—Disculpe —preguntó—. ¿Dónde estamos?

Él le sonrió con amabilidad en sus ojos.

—Pobrecita. ¿Eres nueva aquí?

—Supongo que sí.

—Esto es el más allá. Los Campos Elíseos, por así decirlo. —Señaló alrededor de ellos con los brazos abiertos—. Bienvenida al mejor lugar de todos los reinos, mi señora. Ha llegado a su lugar de descanso final, y estoy seguro que disfrutará cada momento que pase aquí.

¿Los Campos Elíseos?

Sí, recordaba las historias de este lugar. Era el lugar al que la gente iba cuando moría. Solo que no se había dado cuenta que estaba muerta.

—Gracias —susurró—. No recuerdo quién era.

—Al principio nadie lo hace. Cuando veas a alguien que amas, entonces recordarás. —El hombre se estiró y le dio una palmadita en el hombro—. Con el tiempo todo se hace más fácil. Solo tienes que saber que aquí estás a salvo. Nadie te hará daño.

Algo en su interior le sugirió que otra persona le había dicho antes lo mismo. Y se había equivocado.

Se alejó del hombre frunciendo el ceño, y siguió adelante por el campo. ¿Por qué no podía recordar nada sin ver a alguien a quien amara? Eso no tenía mucho sentido. Los recuerdos eran de ella, no de ellos. ¿Qué razón podría tener alguien para olvidar su propia vida?

Vagó con ese pensamiento inquietante en su mente. Medusa no tenía idea del paso del tiempo. El sol parecía no ponerse nunca aquí, aunque vio a muchas personas caminando

MEDUSA

EMMA HAMM

Pero ahora sabía que él quería casarse con ella. Él la amaba. Y él había visto a través del velo delgado que había pintado sobre sí y sabía que ella lo amaba. Con cada pizca de su alma.

Medusa corrió por los campos, el trigo golpeando sus muslos mientras corría hacia el río. El viento azotó su cabello, que una vez antes había estado lleno de serpientes, y el suelo pareció empujarla hacia delante. Más rápido, cada vez más rápido, para poder tener por fin al hombre que amaba en sus brazos.

Golpeó la arena al mismo tiempo que el barco. Alexios saltó y también corrió hacia ella.

Medusa se abalanzó sobre sus brazos con toda la fuerza de un huracán. El aliento de sus pulmones salió disparado, pero no le importó. Nada de eso importaba cuando él estaba aquí.

Alexios acunó su nuca con las dos manos. Y luego, finalmente, la besó con todo el amor de su corazón. Grabó su propia alma con sus esperanzas y sueños sobre su futuro y la búsqueda que había emprendido para asegurarse que pudieran estar juntos.

298

Le devolvió el beso con lágrimas en los ojos, con todo el anhelo y la desesperanza de una vida que le había sido arrebatada. Hasta ahora.

—Mi héroe —susurró cuando se apartaron para respirar—. Estás aquí.

—Siento haber tardado tanto. —Alexios besó su frente, sus ojos, siguió el rastro de sus lágrimas hasta sus labios, donde la besó una vez más—. Medusa, te amo. Te seguiría hasta el fin del mundo si tuviera que hacerlo.

—Y así lo hiciste. —Sonrió, y luego se echó a reír—. Tonto, me seguiste hasta el Inframundo.

Alexios se echó hacia atrás, con una sonrisa en la cara y los ojos llenos de amor.

—Sí, tonto. Pero feliz.

Y supuso que, al final, eso era lo único que importaba.

MEDUSA

EMMA HAMM

43

Olympia absorbió la historia en su totalidad. Dejó que su alma se impregnara con saber que otra persona había pasado por lo mismo que ella. Qué aunque Medusa había sufrido, había sobrevivido.

Y ahora su símbolo era uno de seguridad y libertad para las mujeres de todo el mundo. Permitía a las mujeres conocer los lugares donde sus decisiones serían suyas.

—Así que, después de todo, encontró el amor —susurró.

Alexandra se encogió de hombros.

—En cierto modo. El hombre al que debería haber amado la encontró, y la otra vida fue más fácil por ello. Pero esa no es la moraleja de su historia, querida. Pensé que eras lo suficientemente inteligente como para verlo.

299

Sopesó la historia y la vida de Medusa. Pensó en todo lo que le habían contado y, finalmente, levantó los hombros encogiéndose de hombros con timidez.

—Entonces, vas a tener que explicármelo. Temo que no alcanzo a ver el significado.

—¿Cómo terminó su historia?

—Feliz —respondió Olympia—. Más feliz que cuando estaba viva.

Alexandra asintió.

—¿Crees que fue feliz y plena porque un hombre vino a buscarla? No, esa nunca fue Medusa. El tiempo curó todas sus heridas. Medusa no tenía control sobre Alexios ni sobre el tiempo que tardó en completar su búsqueda, ni siquiera si tendría éxito. Pero el hecho de vagar por el Inframundo le dio el tiempo necesario para sanar y recomponerse. Fue bueno que la encontrara, porque un final feliz es mucho más satisfactorio que uno oscuro. Pero ya había sanado para cuando él llegó ahí.

MEDUSA

EMMA HAMM

Las otras mujeres de la mesa se pusieron de pie, alejándose de la joven que había sido aceptada en sus aposentos privados y, pronto, en sus vidas.

Olympia pensó en ello y se dio cuenta que sí, con el tiempo podría sanar de lo que había pasado. Incluso podría tener una vida normal si se daba el espacio para vivirla.

Asintiendo, levantó la vista y se encontró con la mirada de Alexandra.

—Tiempo. Puedo darle tiempo.

Alexandra le dio una palmadita en el hombro con una sonrisa.

—Bien. Creo que harías grandes cosas una vez que llenes ese espacio en tu corazón, querida. Si quieres, eres bienvenida a quedarte aquí. No tienes que trabajar. Hay mucho que hacer aquí.

—Creo que eso me gustaría.

Se puso de pie, miró hacia el callejón y se dio cuenta que había un futuro completamente nuevo ante ella si quería aceptarlo. Olympia podría sanar en este lugar, reconstruirse y tomar sus propias decisiones bajo el símbolo de Medusa. Podría tomar el control de su propia vida, incluso después de lo ocurrido.

Y así lo hizo.

Fin

La siguiente, es Afrodita <3

303

Imma Marques, LizC y Nanis

Tolola

